

GRACIELA RAMOS

LOS AMANTES DE SAN TELMO

TRES CULTURAS, UN SOLO AMOR

SUMA de letras

Graciela Ramos

Los amantes de San Telmo

Tres culturas, un solo amor

SUMA

SÍGUENOS EN

megustaleer

 **@Ebooks**

 **@megustaleerarg**

 **@megustaleer**

Penguin Random House Grupo Editorial

A los aborígenes, a los inmigrantes
y a todos los que nos toca vivir situaciones no elegidas.

Al Sagrado Corazón de Jesús,
por iluminar cada día mi camino.

PRIMERA PARTE

BUENOS AIRES, 1870 - 1878

La epidemia de fiebre amarilla tocó el suelo de Buenos Aires en varias oportunidades. Entre los años 1870 y 1871 la muerte caminó gloriosa por las calles porteñas, principalmente en los barrios del sur: San Telmo, Monserrat, Socorro, Concepción.

Llegaron a morir quinientas personas en un día. Lamentablemente, de todas las banderas que se entrelazaban en las calles, la muerte eligió la Italiana.

Diez años después, en un congreso médico en La Habana, el doctor Carlos Finlay expuso su tesis que demostraba que la fiebre amarilla era transmitida por la picadura del mosquito Culex *o* Aedes aegypti *y que la enfermedad no se propagaba por contagio directo entre las personas.*

El viaje al futuro

Donatella y Stefano estaban sentados uno pegado al otro en el rústico sillón de madera, expectantes y en silencio. Ya estaban casados y ahora seguía la otra parte del plan, la que tal vez nunca llegaría, pero llegó. El viaje al nuevo mundo. No sabían qué les deparaba el destino, tenían la ilusión y la esperanza que les regalaba la juventud y el miedo que les imponía lo desconocido.

Días y noches enteras estuvieron conjeturando acerca de si estaban tomando la decisión correcta. Pedían opiniones a todas las personas con las que se cruzaban, pero claro, cada una contestaba según su parecer y ellos se llenaban cada vez más de dudas y confusiones.

La tía María les había dejado la cabeza dura con las recomendaciones, era la hermana mayor de la madre de Donatella y estaba muy afligida al ver cómo su sobrina desperdiciaba su vida viajando a un lugar tan lejano, tan incierto, y solo porque un amigo de Stefano les había contado que en la Argentina la vajilla era de oro, y que uno se podía volver de pobre a rico en muy poco tiempo.

En cambio, la tía Eulalia tenía otra técnica para retenerlos, les había contado que en el nuevo mundo los indios se comían a las personas, y que esa era la razón por la cual el territorio estaba tan despoblado y prometían tierras y oro a todo el mundo para que fueran.

Pero como en todas las familias siempre hay un tío bueno, el tío Benito los alentó para que viajaran y les enseñó con paciencia y tiempo el idioma español.

Ahorraron todo lo que pudieron y el resto lo pidieron prestado a parientes y amigos.

Y así fue como Stefano Giuseppe Costa y su esposa Donatella Elsa Sabatino, tomados de la mano y llenos de baúles, miedos, incertidumbres y esperanzas, salieron del puerto de Génova hacia el país de las oportunidades, Argentina.

Cuando el barco zarpó, no había vuelta atrás. A Donatella le costaba controlar sus emociones, lloraba viendo a su madre, a su padre, a sus hermanos, a sus parientes y amigos allí parados; sabía con seguridad que sería la última vez que los vería. Pero por otro lado se sentía feliz de irse con su marido, querían salir de la pobreza y esta era una buena oportunidad.

Transformaron ese viaje en tercera clase en una gran aventura en el medio del océano.

Codo a codo, con las miradas perdidas en el mar, cada uno le otorgaba vida a sus sueños, a sus campos, a sus hijos, a la felicidad y sobre todo a la tranquilidad.

—*¡Addio, Italia!* —gritó Stefano, luego volteó hacia su esposa y le sonrió.

—*¡Addio, Italia!* —exclamó Donatella devolviéndole la sonrisa—. *¡Saremo felici!* —agregó.

—¡Seremos felices! —replicó, en español, Stefano.

La brisa fresca, el firmamento salpicado de estrellas y el rugiente océano plateado fueron reemplazados por la comida escasa, la hediondez, la falta de higiene y el hartazgo de no llegar nunca.

Cuando parecía que ya no soportarían más, el capitán anunció la pronta llegada y la sirena del barco aturdió sus oídos. Un escalofrío recorrió el cuerpo de ambos, cruzaron sus miradas ansiosas, nerviosas. Habían llegado.

Luego de recibir todas las instrucciones para el desembarco, estaban listos. Stefano acomodó su gorra y ciñó el cinto que cerraba su pantalón por arriba de la cintura, y Donatella, luego de ajustar el pañuelo que cubría su cabeza y rodeaba su cuello, apretó fuerte la medallita de la Virgen que traía en el bolsillo de su vestido oscuro, largo hasta los tobillos, que dejaba al descubierto sus toscos zapatos negros y sus medias grises.

El corazón se les vino a la boca cuando subieron a los carros destartalados de madera, con grandes ruedas, que se utilizaban para desembarcar. Mojados hasta la cadera, abrazados y asustados, llegaron a tierra firme. El caos de la muchedumbre fue la primera impresión que tuvieron de una Buenos Aires húmeda y briosa.

Tuvieron que hacer largas colas para controlar su documentación en la Comisaría General de Inmigraciones. Stefano hablaba en italiano y en español, y trataba de averiguar cómo eran los trámites y a dónde había que dirigirse para adquirir tierras. Pero nadie sabía nada, allí solo se hacía el control de documentos. A los que llegaban como ellos les otorgaban cinco días de gracia para vivir gratuitamente en un lugar hasta que se pudieran ubicar. Se sintieron un poco más aliviados.

Luego de los papeles y de interminables horas de espera, los montaron en carros con todos sus bártulos y los trasladaron en pequeños grupos al Asilo para Inmigrantes ubicado en la calle Corrientes. El lugar ya estaba atestado de personas de distintas partes del mundo, con los mismos sueños que los Costa.

Cuando se instalaron, les avisaron que deberían trasladarse a otro lugar para recibir la comida. No eran justamente los cinco días de gracia que se habían imaginado, pero era lo que había. Ya acomodados, ambos sentados sobre sus baúles, miraron a su alrededor. Lo que veían era poco gratificante.

Donatella observaba los rostros lúgubres de las personas que tenía a su alrededor. Una sensación de incertidumbre comenzó a invadirla. No eran más que un grupo de humanos acorralados. En ese sitio no había comodidades, ni siquiera camas; solo una música de dialectos desconocidos preponderaba en el lugar.

Stefano se sentía un poco confundido, tal vez había exagerado en sus sueños, en imaginar cómo sería su nueva vida. Los dichos de su padre terminaban teniendo razón: “no sueñes tanto que después la realidad es muy dura”.

Se acercó a conversar con los residentes. Luego de escuchar las historias de varias familias enteras, regresó al lado de Donatella con una sonrisa dibujada en el rostro. No quería preocupar a su joven mujer.

En ese sitio todos esperaban lo mismo, pero nadie sabía dónde buscarlo.

Stefano seguía tratando de encontrar por dónde sonreía este país.

Un italiano le contó que venían “los representantes” con las ofertas laborales; trabajo había y mucho. Algunos se iban a lidiar con la caña de azúcar a Tucumán, los más corajudos se habían largado por su cuenta campo adentro para colonizar. Por lo general, se trataba de lugares descampados y prometedores a la espera de la intervención humana para empezar a ser. Corrían diferentes versiones y se escuchaban comentarios que afirmaban que los indios estaban al acecho de los nuevos pobladores que invadían su territorio. Pero nadie vendía ni otorgaba tierras como pensaba Stefano. Las propuestas eran de trabajo y eran aceptadas bajo el coraje y la necesidad de sobrevivir.

El joven estaba muy indeciso, si bien tenía el dinero para comprar un terreno, no quería gastarlo a los pocos días de haber llegado. Pero la situación apremiaba. El tiempo comenzaba a transcurrir en ese inhóspito lugar, en el cual hombres, mujeres y niños esperaban ver qué les deparaba el destino. ¿Qué esperaban? Solo Dios sabría.

Stefano se preguntaba qué hacer, si buscar un trabajo ahí mismo. Pero, ¿qué trabajo? No le gustaba la idea de irse a otro lugar, temía encontrarse con un panorama parecido al que estaban viviendo ahora. O tal vez peor, con los indios de la tía Eulalia. Había escuchado los comentarios de quienes no quisieron irse tierra adentro por miedo a los indígenas. Lo que hacía un tiempo le sonaba a leyenda, ahora se transformaba en una cruenta realidad.

Luego de dejar a Donatella custodiando los baúles, salió a caminar prestando especial atención a la traza de las cuadras para no perderse y poder regresar.

Preguntó por todos lados si existía una oficina que otorgara tierras a los recién llegados; pero siempre lo enviaban al mismo lugar; la Oficina de Inmigrantes.

Mientras recorría las calles sedientas de lluvia, el pegote le subía por el cuerpo ocasionándole fuertes picazones en el cuero cabelludo. Se sacó la gorra y se la metió en el bolsillo. Luego revolvió su cabello, así estaba mejor. Siguió caminando mientras pensaba qué hacer. Las ideas rebotaban en su cabeza.

Caminó y caminó y cuando se dio cuenta había ingresado a una zona de la ciudad un poco más linda, mejor cuidada. Se notaba en la gente que transitaba por las calles, los carruajes eran lujosos. Era otra Buenos Aires, las mujeres encorsetadas, ataviadas con vestidos y sugerentes sombreros sobre sus cabezas. Caballeros gustosos en sus cabriolé biplaza sobre dos ruedas, con sus galeras al viento.

Se detuvo en la esquina justo antes de cruzar, dejando que pasaran unos caballos. Instintivamente se dio vuelta y vio las palabras en el cartel: Club del Progreso. “¡Qué lindo

nombre, del progreso!”, pensó. Se acomodó para ver mejor. Por la puerta principal ingresaban señores muy distinguidos. Se acercó un poco más y se quedó mirando.

Las horas siguieron pasando y Stefano estaba allí, clavado como una estaca, al frente del Club del Progreso. Soñando con los ojos abiertos con su propio progreso.

Se abrió una puerta lateral y un hombre salió, se trataba del portero. Stefano, sin pensarlo, se acercó.

—Buenas. Sé hablar español, y estoy buscando trabajo…

El robusto hombre lo miró con extrañeza, luego pegó media vuelta y se fue sin responder. Stefano se quedó allí, parado, lleno de decepción. Miró hacia adentro del edificio y lo que vio iluminó sus ojos. A los pocos minutos una figura interrumpió sus pensamientos. Era otro señor, vestido de mozo.

—Dice el portero que buscás trabajo —le dijo en italiano.

Stefano estrujó su gorra apretándola contra el pecho e inclinándose hacia adelante le contestó:

—Sí, señor, también hablo español y sé cocinar. *Ma propriamente* no tengo cómo demostrarlo, recién llego de Italia.

El desconocido lo contempló de arriba abajo. Stefano enseguida se enderezó y luego de mover su cinto de un lado para el otro con ambas manos, hasta dejarlo en su lugar por encima del ombligo, se acomodó la gorra sobre el cabello ondulado y transpirado y pegó sus brazos a los costados del cuerpo.

—Pasá, *presto*, hombre, que el Vasco se enfermó y nos faltan mozos —le dijo apenas terminó la inspección ocular.

Stefano experimentó una fuerte sonrisa interna. De esas que no se ven por fuera pero que te hacen vibrar por dentro. Caminó detrás del hombre, firme como un soldado. Tenía los ojos abiertos como un pescado, no podía dar crédito a todo lo que veía. Contó hasta seis arañas de bronce dorado colgadas del techo, con bombitas de más de cuarenta luces de gas. Brazos de pared, cortinados de seda. Las paredes empapeladas con ribetes de oro. Miró hacia arriba como si pudiera traspasar el techo y comunicarse directamente con el firmamento y le dijo a su querido San José: “quiero trabajar aquí”.

El lugar se veía tan impecable como las personas que lo atendían.

Sintió alivio. Tener trabajo le ayudaría a seguir conservando el dinero para comprar un pedazo de tierra. Estaba ansioso, quería salir corriendo y contarle todo a Donatella.

Lorenzo era el nombre del italiano, y era el jefe de personal del Club del Progreso. Luego seguía Dieter, a quien le decían el Alemán. Y Ahmed, el Turco. Eran muchos más los empleados, pero entre estos tres había una amistad muy particular.

El Tano, como le decían a Lorenzo, le indicó a Stefano que tenía que hacer los trámites para poder incorporarlo al plantel de trabajo. Debía dirigirse al Hospital General de Hombres, conseguir el certificado de sanidad y regresar con sus documentos. Si todo estaba en orden

comenzaría a trabajar enseguida.

Donatella había acomodado sus baúles y se había sentado encima de ellos a esperar a su esposo. Mientras pasaba el tiempo seguía mirando todo a su alrededor. El desasosiego era general. Tuvo la necesidad de taparse disimuladamente la nariz con un pañuelo para no dejar que la hediondez ingresara directamente en sus fosas nasales. Los niños eran muchos y todos orinaban allí mismo. Apenas lo viera ingresar a Stefano se iba a tomar ella el tiempo para poder salir a respirar un poco de aire fresco.

Inmersa en sus propios pensamientos desgraciados no vio a su marido que ingresaba corriendo, con la respiración agitada. Le contó todo y se propuso cumplir cuanto antes con los mandatos solicitados para ingresar a su nuevo trabajo. Ahora sí podía buscar un sitio para vivir y sacar a Donatella ya mismo de ese lugar. Y bueno, después de todo, el país le había regalado una sonrisa.

Luego de una larga noche sin amor, tomados de la mano y apoyados en sus pertenencias, durmieron algunas horas. Pensamientos de todos los colores inundaron sus mentes.

A la mañana siguiente Stefano salió a completar todos los trámites que le habían solicitado en el Club del Progreso, mientras que Donatella sentía la necesidad imperiosa de salir a tomar un poco de aire fresco. No iba a soportar todo el día allí encerrada. Conversó con una joven irlandesa que hablaba un poco de italiano, y que estaba apostada con su familia justo al lado de ella, y le pidió que le cuidara sus bártulos por un momento. Así podría salir a cambiar el aire de sus pulmones. En cuanto estuvo afuera se sintió renovada. Compró pastelitos y fruta, y luego regresó.

Pasaron dos días más. Donatella y la irlandesa se turnaban para salir a refrescarse. Cuando le tocaba el turno a ella, salía corriendo a abrazar la calle polvorosa. Estaba distraída con sus pensamientos cuando levantó la vista y lo que vio le llamó la atención: su marido venía, junto a dos hombres, montado en un carro desvencijado. Se bajó del mismo y llegó corriendo hasta donde estaba su esposa. Eufórico, le hablaba a los gritos:

—¡*Presto*, Donatella! ¡Nos vamos a mudar ahora!

Ella lo miraba sin entender. Él seguía hablando sin esperar respuestas.

—Te presento al Alemán —le dijo.

Donatella lo seguía mirando, incrédula, ¿dónde había hecho amigos su marido? ¿En tan poco tiempo? ¿Y un alemán?

Stefano tomaba aire y continuaba.

—¡*Andiamo*, Donatella, el Alemán nos va a acompañar a una casa donde alquilan habitaciones!

—*Ma*, Stefano, ¿estás seguro? —preguntaba la joven, aturdida.

—¡Claro, mi Donatella, nos vamos! ¡*Presto*! No tenemos mucho tiempo.

Ingresaron al Asilo. Donatella se despidió de la joven irlandesa y su familia. Cargaron sus pertenencias en el precario carro que habían alquilado a un criollo que los esperaba afuera. Subieron los tres, y Donatella, sostenida del brazo de Stefano para no caerse con el bamboleo del carromato, observaba y rezaba por lo bajo. ¿Qué había hecho su marido, a dónde la llevaba? Siempre tan impulsivo. Pero, en fin, salir del hacinamiento en el que estaban era bueno.

Los cuatro, con los baúles arriba del carro tirado por un caballo, comenzaron a balancearse después de que el látigo sonara sobre el lomo del animal.

Con la cosquilla en la panza y el vértigo que le producía ir montada allí arriba, Donatella se regaló una sonrisa. Un poco mareada y llena de intrigas se entregó a lo que vendría.

San Pedro Telmo

Recorrieron unas cuantas cuadras y, ya en pleno barrio de San Telmo, se detuvieron al frente de una casa con un espeso ligustro que apenas dejaba ver las altas rejas negras. El Alemán, de un tiro, estaba abajo ayudando a descargar los baúles del matrimonio Costa.

Ingresaron a la vivienda que era mucho más pequeña de lo que parecía por fuera. El Tano los guió hasta el cuarto que estaba en el segundo piso. Allí sí, la joven se sintió feliz.

Luego de dejar todos los baúles y petates en la habitación, bajaron. Donatella se sorprendió al ver la cantidad de personas que los miraban, esperándolos al pie de la escalera, y hasta se le dibujó una sonrisa en su rostro al verlos.

Tomó la palabra el Tano. Se presentó él y a su esposa, María, que inclinó la cabeza ante los nuevos integrantes de la casa, y luego a sus seis hijos. Siguió el Alemán, con su esposa, Nina, y sus cuatro hijos, y al final del grupo estaba el Turco, que era soltero.

Después de las presentaciones oficiales, Stefano le contó a Donatella que los tres hombres trabajaban en el Club del Progreso. Fue al Alemán a quien se le había ocurrido la idea de alquilarles el cuarto donde dormían los niños. Eso los iba a ayudar a pagar el alquiler y a disponer de unos pesos más para mejorar la alimentación de las dos familias.

Con ellos, eran diecisiete personas en la casa. Cada matrimonio tenía un cuarto, el más grande lo ocupaba el Tano con su tropa.

Se saludaron con complicidad. Las mujeres se dieron dos besos, uno en cada mejilla, y los hombres se palmearon la espalda. Sin palabras, la comunicación era intrínseca.

La cocina estaba completa. Los niños se cruzaban entre las piernas de los adultos. Las dos mujeres alimentaban a sus hijos con el guiso que bramaba dentro de la olla teñida de negro colocada sobre el fuego. Los adultos comían de pie, apoyados contra la pared, con el plato en una mano y la cuchara en la otra. Las mujeres enseguida la incluyeron a Donatella.

El Tano era el hacedor del grupo. Había comenzado a trabajar en el Club del Progreso y luego hizo ingresar al Alemán y al Turco. Allí se conocieron y comenzaron una gran amistad que los acompañaría durante años. Gracias al Turco habían conseguido esa casa, que pertenecía a una viuda que se había mudado con sus parientes, y se las había dejado en alquiler. Se trasladaron todos allí, establecieron sus propias reglas, y convivían amontonados.

Mientras cenaban apostados contra la pared, conversaban en español, para que las mujeres y los niños aprendieran el idioma.

Las tres mujeres hicieron buenas migas enseguida. Donatella se incorporó a las tareas esa misma noche ayudando a repartir el pan y ofreciendo la jarra con agua a los muchachos; así les decían a sus hombres.

Los chicos eran revoltosos hasta que sus padres los frenaban con un pellizco en el brazo o un buen tirón de cabello. Llorando y avergonzados frente al resto se recluían en un rincón, al menos por un rato.

Al fin llegó la noche y subieron a su cuarto. Allí tampoco había cama. El Turco les indicó un lugar donde podrían comprarla usada y barata al día siguiente. Donatella puso una sábana bordada por ella en el piso, el clima no ayudaba, el calor era sofocante. Se acostaron tomados de la mano. A poca distancia estaba el candelabro herrumbrado con la vela encendida adentro.

—Después de todo vamos mejorando, ¿no?

—*Ma*, sí, Stefano, pero tenemos que tener cuidado, esto no es como me lo imaginé.

—*Ma*, ya lo creo… Pero mi trabajo es en un sitio muy distinguido, seguro nos va a ir bien. No sabés, Donatella, el lujo que hay en ese lugar. Las cortinas del salón rojo *propriamente* son de brocado.

—¿Sí?

—Lujo por donde se mire.

—Eso quiere decir que es un país con riquezas. Tal vez más adelante podamos comprar la tierra. ¿No, Stefano?

—Claro que sí. Estoy seguro —contestó.

—Esta gente es buena, nos deja compartir su casa…

—*Ma* no seas ingenua, mi Donatella, necesitan de nuestro dinero.

—Bueno, pero a nosotros nos vino muy bien. Las mujeres parecen amables. Los niños son un poco revoltosos…

—Son chicos, Donatella.

—Sí, todavía no tengo los míos y ya estoy perdiendo la paciencia.

El joven sonrió.

—¿Cuántos hijos vamos a tener? —preguntó Stefano con su mirada pícara.

—Yo creo que con diez está bien.

—¡*Ma*, te volviste loca! Diez críos, vamos a quedar como los tíos Scavino, con el humor destrozado y los cuerpos desarmados —dijo con seriedad el muchacho.

—¡Era broma! Pocos hijos, Stefano, así podemos darles un buen futuro. Digamos, los que Dios nos regale.

—Ojala tengan tus ojos —concluyó el joven.

Se dio vuelta hacia donde estaba la muchacha, cruzó su brazo sobre el pecho y su pierna sobre las de ella. Hacía calor. La besó despacio en la boca. Le susurró al oído recordándole cuánto la amaba y luego se levantó y se despojó de toda la ropa. Se sentó al lado de su esposa y la ayudó a

sacarse la enagua. No se habían amado en el nuevo mundo. Sentados en el piso, sobre la sábana bordada, Stefano acariciaba con su mano callosa por el trabajo las suaves y acaloradas mejillas de Donatella.

Sobre el piso duro, Stefano se acostó sobre su mujer, con cuidado de no hacer ruido, y la penetró suavemente. Besaba sus labios y acariciaba sus pechos. Se detuvo a besarlos, eran su debilidad. Con el pene en su mano guiaba el camino hacia la intimidad de su esposa; bajo la tenue luz de la vela se veía preciosa, receptiva, dulce, exquisita. Volvió a penetrarla con suavidad y sintió el gozo de su mujer. Donatella permanecía con los ojos cerrados, aún le daba vergüenza mirar a Stefano cuando hacían el amor, y mantener los ojos cerrados la autorizaba a moverse, a abrazarlo, y a gozar sin que nadie la viera. Se encorvó de placer y dejó la marca de un suave rasguño en su espalda. El joven, con cuidado y sin hacer ruido, se acostó al lado de ella y en menos de cinco minutos ya estaba roncando.

Donatella esperó un ratito y luego silenciosa y suavemente se levantó, se arrodilló al costado de la sábana, cruzando sus manos enredadas con el rosario, y comenzó a rezarle a la Virgen.

Al día siguiente, antes de que el sol anunciara su llegada, la casa se llenó de voces de todas las edades y todas las naciones.

Stefano, a pesar del dolor de columna, estaba emocionado por su primer día de trabajo. Sin desayuno y apretados por el tiempo, los tres muchachos se fueron al Club del Progreso.

—Donatella, vos cocinás el primer y segundo día de la semana, esos mismos días yo me ocupo de los niños y María de la ropa —le dijo Nina, la mujer del Alemán.

La muchacha asintió con felicidad, no había nada mejor que una buena organización para llevar con éxito una familia adelante.

La luz del día cambió las dimensiones de las cosas. La casa tenía pocos muebles y muchas personas. En el fondo convivían los yuyos, que luego de cada lluvia revivían en nuevas especies, junto a los trastos inservibles y los improvisados juguetes de los niños, como un tambor de madera viejo y en desuso.

“Se ve todo bastante mugroso”, pensó Donatella.

Por su lado, Stefano estaba feliz en su nuevo trabajo en el Club del Progreso. Tal vez tendrían que esperar un poco y darle otra oportunidad a este país que los había convocado. Tal vez…

Saludaba con respeto a todos los clientes que entraban, envueltos en sus levitas, los más jóvenes ingresaban almidonados en sus *jackets.* Se distraía admirando a esas personas que lucían tan adineradas, tan distinguidas. Tan diferentes a él y su entorno. No se animaba a soñar con ser uno de ellos. “Eso es imposible”, pensaba Stefano.

La Navidad

Stefano Costa estaba contento con su empleo, aunque en el fondo de su corazón aún conservaba la ilusión de comprar su tierra y establecerse allí con su esposa.

Cuando terminaba la jornada laboral en el Club del Progreso, se iban a fumar y a beber con otros trabajadores a un bar en San Telmo. Allí, Stefano se fue enterando de la realidad del momento. No había una oficina que vendiera tierras, tampoco había planes para los inmigrantes más que penosas ofertas de trabajo de muchas horas y poca paga.

La mayoría de los inmigrantes había venido al país por lo mismo: una esperanza de mejorar la calidad de vida.

Algunos lo hicieron solos, los más audaces habían traído a toda su familia. Unos se habían marchado de la ciudad y habían logrado fundar sus colonias y sobrevivir a los indios; otros se quedaron allí y se emplearon donde pudieron.

Stefano escuchaba atentamente las distintas historias de vida. Y a pesar de las quejas de muchos por la cantidad de horas que trabajaban y por lo poco que les pagaban, Stefano se sentía entusiasmado y con esperanzas.

Caluroso y seco transcurría diciembre. Las mujeres se turnaban para mantener la casa y la comida mientras que los hombres trabajaban de sol a sol.

La mañana se sentía caliente desde muy temprano, Nina y Donatella salieron hacia el mercado, mientras caminaban, conversaban. Nina le contó la historia del Francés.

—Cuando llegó con toda su familia y no encontró el oro que venía a buscar, se amargó tanto que se volvió loco.

—*Ma,* ¡no digas!, pobre hombre —exclamó Donatella.

—Sí. Se murió tratando de cortarse la cabeza por haber tomado tan malas decisiones. Y ahora la pobre mujer quedó indigente y está en la calle con sus hijos a cuestas. ¿Qué te parece, Donatella?

—No lo puedo creer, qué desafortunado. Lo mató la culpa y no pensó en su familia. ¿Será verdad…?

—Sí, es verdad y no es el único. También me contaron del Polaco que le dijo a su mujer que se iba a trabajar al interior y no volvió más. Ahí está la mujer, con sus cinco hijos. Dicen que de noche hace favores a los hombres y con eso consigue un poco de comida.

—Bueno, nosotros vamos a salir adelante, ¿no?

—¡Claro que sí! Te cuento otra, la esposa del Irlandés. Dicen que era muy linda. Cuando el marido se empezó a hacer el cocorito con los trabajos que encontraba y lo echaban enseguida, la *muy doña*, se fue con uno de los cogotudos, dueño de una tienda importante. Lo dejó a él y a los dos chicos. Cuentan que la vieron muy almidonada paseando por Palermo.

Nina imitaba a la supuesta mujer caminando con elegancia y Donatella se reía. Llegaron al mercado y comenzaron a regatear precios y a comprar.

La joven Donatella quedó tan impresionada con esa historia que le contó Nina del hombre que se había suicidado como consecuencia de la depresión, que cada día motivaba a su esposo: siempre le repetía que estaban muy bien y que lo mejor aún no había llegado. Se quedó pensando… ¿Y si su Stefano se desalentaba porque no podía comprar la tierra que tanto quería? ¿Y si se deprimía?

Pensó que la solución sería buscar un trabajo para ella, pero a Stefano se le ocurrió la idea de que trabajara como costurera en su casa. Los inmigrantes también necesitaban ropa. Y más que nada arreglar la que tenían. Y así empezó a trabajar Donatella; un arreglo, un botón, una camisa. En poco tiempo se hizo conocida entre los vecinos y el trabajo ya no le faltó.

Como era el mes de la Navidad, con los retazos que le quedaban fabricó ropa, muñecos y pelotas de trapo para los más pequeños. Los envolvió y los guardó para regalárselos en Nochebuena.

Era la primera vez que pasaban la Navidad lejos de sus familias. Las mujeres hicieron magia con los pocos pesos que tenían y fueron al mercado a comprar lo necesario para festejar.

En la precaria cocina a leña prepararon pollo a la canaleta, una receta del abuelo de Donatella, a quien, justamente, le decían Canaleta. A cada pollo lo trozaron bien pequeño, incluyeron el corazón, el hígado y la panza. Apenas lo rebozaron con harina, huevo batido, leche y mucho pimentón, ají molido, sal y un poco de comino. Lo dejaron chillar en el aceite hirviendo. Se las ingeniaron para elaborar exquisitas bombas de papa rellenas con queso y pasas, fritas en el mismo aceite. Terminaron con varias manchas color bordó en sus manos y brazos propias de las quemaduras.

Luego de la misa, las mujeres y los chicos degustaron las frituras y algunos dulces. Cantaron, repartieron los regalos entre los niños, entonaron canciones de sus países, ensayaron algunos pasos de baile y se rieron mucho.

Tarde y bien pasada la medianoche, llegaron los muchachos, cansados. Las mujeres los estaban esperando con la reserva de comida que habían separado para ellos.

Stefano, aún con todo el agotamiento posado en su espalda, revivía sus fuerzas en el cuarto, junto al cuerpo desnudo de su joven esposa. Donatella, siempre con los ojos cerrados y al tanteo acariciaba al muchacho. Si por accidente llegaba a rozarle el pene, sacaba su mano rápidamente, y el joven, pícaro, se la tomaba y la volvía al lugar. Lo enloquecía de placer sentir su miembro

contenido en la mano de su mujer. Transformaba su cansancio en excitación. También le gustaba ver cómo su tímida esposa le pedía con su cuerpo, sin hablar, que la penetrara. Levantaba las caderas hacia arriba, frotando los pliegues de su sexo en el glande de Stefano, esperando que la poseyera, que la impregnara, deseando sentirlo adentro suyo. Se gozaban y se amaban, ese momento era para ambos la perfecta culminación de un pesado día.

Tímida y sabrosa, pero con una hermosa sonrisa, la Navidad pasó por la humilde morada de los Costa y sus amigos. “Seguro que lo mejor está por venir”, se consoló Donatella.

Luego de rezar y santiguarse, abrazó a su amado Stefano y con el aroma de su transpiración, mezclado con el humo de los cigarros y las frituras, se durmió.

Bajo el mismo sol, Recoleta

El progreso era indudable y venía apresurado. La Argentina era definitivamente un país extenso en tierras, ávido por la explotación de las mismas.

Luego de la guerra por la Independencia, en la cual quedaron tendales de muertos de todos los colores, siguieron guerreando por las preferencias Unitarios y Federales. Amigos que se desconocían cuando el poder estaba en juego. Privilegios hacia el sillón que ya era presidencial.

Ahora quedaban los Urquicistas y los Porteños y los conflictos de intereses seguían. El país estaba en manos de Sarmiento y su gente. Un masón y provinciano comprometido con el progreso, pero fundamentalmente con la educación.

Don Rafael Alejandro Martínez Peña era uno de los beneficiados por el gobierno del momento. Había acrecentado sus herencias patricias no solo con el casamiento con su joven mujercita, Josefa Margarita Lenrico, sino, además, con la amistad pujante con algunos mandatarios dispuestos a devolver favores con los bienes del país.

Los recién casados se habían mudado a su nueva mansión al estilo europeo, cerca de las tierras de los frailes recoletos de la orden franciscana que dio vida a la iglesia parroquial del Pilar.

La mañana de diciembre transcurría serena y calurosa en la residencia de los Martínez Peña. Ostentaba lujo al desperdicio, cuartos decorados que nunca nadie ocuparía y coloridos jardines que la destacaban del descampado.

Don Rafael ya había revisado varios papeles y los había dejado acomodados en su escritorio. Mientras esperaba, observaba por la ventana el florido jardín de su propiedad.

Al fin, la criada le anunció la llegada de su abogado y de su contador. Dos personajes que parecían salidos de una novela policial. El contable, con sus anteojos redondos, despeinado, emanaba aroma a humedad de sótano en el saco, y a su lado el joven abogado, impecable y sonriente.

La criada los acompañó hasta el escritorio y luego regresó con mate y limonada.

Don Rafael era comerciante y estanciero, al igual que toda su familia de antaño, y también estaba muy involucrado en las actividades de la Sociedad Rural.

—Si no quieren pagar lo que sale el traslado que se busquen sus propios barcos para transportar esa miseria de granos. ¿Entendido? —dijo don Rafael a su contador.

—Estamos de acuerdo, es lo que pensamos. Pero necesitábamos su aprobación.

—¡Ya estoy cansado de esos campesinos brutos, que quieren enriquecerse con apenas algunos

potreros sembrados! ¿Lo del saladero ya está listo?

—Sí, señor —contestó el abogado.

—¿Los papeles de James Sellers están firmados? —preguntaba don Rafael, al tiempo que sus súbditos se chocaban por poner primero los documentos sobre el escritorio, frente a los ojos de su jefe.

—¡Sí, señor, ya están firmados!

Luego de una larga hora de conversación. Las visitas se retiraron con todos los papeles listos para presentar en la Aduana. La flota de barcos de su amigo inglés, James Sellers, estaba casi completa con las exportaciones de don Rafael: las propias y las que su empresa gestionaba.

James Sellers, un inglés muy ávido por los negocios, luego de su segundo viaje al nuevo mundo entendió que su dinero se multiplicaría muy rápido transportando los productos de la Argentina a otros países, a través del océano. Entonces se había trasladado con su joven esposa y había comprado una casona de lujo a una joven viuda inglesa que había decidido regresar a su país de origen con sus hijos. Sellers se radicó definitivamente en el barrio de San Telmo. Y con su empresa naviera, Sellers & Argentine —a la que luego agregaría los barcos establo para transportar ganado vivo a Inglaterra— incrementó sus ingresos abruptamente.

Don Rafael repasaba sus negocios. Los granos ya estaban listos para exportar, acaba de vender sus mejores toros a un rico hacendado chileno, y recientemente había comprado una gran extensión de campos en Santa Fe; pronto llegaría el ferrocarril hasta ese lugar y eso beneficiaría el traslado de las cosechas hacia el puerto. Luego llegarían los potros árabes para el haras que estaba formando en la estancia que tenía en Luján.

Se sentía feliz, solo le faltaba un primogénito que siguiera agrandando su herencia, pero eso no hacía falta ni pensarlo, con su joven esposa era una cuestión de tiempo.

Josefa se había casado con don Rafael mientras recorría su adolescencia, tenía catorce años recién cumplidos. El caballero la triplicaba en edad. Pero eso no fue problema, cuando se hizo el arreglo, la niña era pequeña y creció alardeando entre sus amigas la fortuna de su futuro marido.

A pesar de los intentos de su madre para convertirla en una esposa digna de la sociedad porteña, ella siempre fue una niña rebelde y caprichosa. Nunca nada la conformaba y se la pasaba bufando como toro encerrado la mayor parte del día. La joven luchaba con la dualidad de carácter propia de la adolescencia y su vida de señora de la sociedad que la aburría terriblemente.

Simulaba como podía la relación con su esposo. Dormía hasta tarde todos los días; algunas veces cuando se despertaba temprano por el azar de la vida, jugaba a ser la esposa ideal. Ese día las pobres criadas añoraban convertirse en aves para poder salir volando y perderse en el firmamento en lugar de tener que soportarla.

Josefa era ansiosa, la palabra “esperar” no estaba disponible en su diccionario. Y para el colmo de los sirvientes, don Rafael trataba de consentirla en todo.

Su día comenzaba torturando a las criadas. El primer tormento de la jornada era vestirse. La ayudaban tres sirvientas y demoraban una hora, si estaba de buen humor.

—¡Pancracia, me estás asfixiando, bruta! —le decía a la pobre negra.

—Perdone, señorita. Ya le aflojo —le contestaba la criada mientras se tapaba la cara porque seguro le tiraba con algo.

—¡No quiero este corsé! ¡Soltá el cordón! ¡Traeme el azul! ¡Dale, apurate!

Mientras Pancracia corría con los vestidos, otra de las sirvientas la apantallaba, caminado detrás de ella, y una tercera la perseguía con el vaso con agua. Se armaba una peregrinación por toda la habitación.

Luego, como pavo real luciendo sus colores, ingresaba a la cocina. Allí estaba Ramona, la cocinera, una mulata que les había regalado la suegra de Josefa, para que le cocinara a su hijo. Era muy buena guisando. La mujer había trasladado su gusto por la vida a la comida, la pobre ya había servido con cuerpo y alma a la familia de don Rafael, y ahora estaba de obsequio para atender, además, los caprichos de la joven Josefa. Sabía que su vida se apagaría un día con penas y sin gloria, hasta entonces su disfrute sería la cocina.

Ramona trataba de evitarla, pero pocas veces lo lograba. Josefa pedía las recetas de lo que iban a preparar para todas las comidas del día. Tomaba nota celosamente de todo y luego se retiraba. Al rato regresaba:

—Ramona, hoy quiero que prepares carne de cordero con ajo y perejil. También quiero que le pongas *pimentún*, bastante.

—Pimentón querrá decir, señorita —dijo Ramona sin levantar la vista.

—¡Señora! ¿Cuántas veces tengo que repetirles que ya no soy señorita? Soy la patrona de todas ustedes. Y no me importa cómo se diga, si vos no sabés ni hablar. Y la carne la quiero con… no, no la quiero con las papas.

—¿Y con que la va a *queré*? —preguntó Ramona mirando al piso y cruzando las manos.

—La voy a querer con… nada. ¡No, sí, quiero choclos, muchos choclos!

—No tenemos, señorita, digo, señora.

—¡No es mi problema! Carne con choclos —giró sobre sí misma y se fue dejando su sello personal y a la servidumbre completamente desorganizada. Muchas veces, Ramona se mordía la lengua para no mandarla de visita a los santos de los blancos.

Lo peor seguía cuando ella salía personalmente a hacer las compras. Pedía que le prepararan el coche con los mejores caballos. Luego se paseaba por el mercado con la tropa de sirvientas a los saltos detrás de ella, llevando los canastos colgados de los brazos. Compraba atraída por los colores que más le gustaban y por lo que le parecía interesante en ese momento. Y cada vez que Pancracia le recordaba algo que necesitaban en la casa, la pobre negra se ligaba de su ama un golpe de parasol en la cabeza. Al rato, haciendo ademanes de olvidadiza, regresaba al lugar y lo compraba. Esos días la casa era un caos total.

Otras veces organizaba en su residencia tertulias para sus amigas, todas estaban solteras y ávidas de maridos acomodados. Josefa obligaba a todas sus criadas a estar presentes y atendiéndola en todo momento solo para provocar la envidia de las muchachas. Se hacía rascar la espalda, pedía que le alcanzaran los utensilios que se le caían al piso, y cualquier menester del momento. También obligaba a su marido a invitar a todos los jóvenes casaderos que les indicaban sus amigas.

En la intimidad, Josefa no disfrutaba mucho con don Rafael. Le sentía olor a viejo y los espesos bigotes le dejaban ronchas coloradas por donde pasaban. Se limitaba a ponerse la camisa de dormir de encaje francés que le habían regalado para su ajuar y lo esperaba casi con las piernas abiertas para que todo fuera bien rápido. Cuando él quería besarle los pechos simulaba dolor, igual que el día que quiso lamer su triángulo peludo, casi lo desmaya al hombre de un rodillazo. Así que cuando don Rafael veía las piernas abiertas se apresuraba antes de que su escurridiza mujercita le saliera con algún quejido o golpe inesperado. Le tomaba los brazos con sus manos y apuntando con su pene se acomodaba sobre ella y la penetraba con fuerza. Era tan hermosa, tan joven, que enseguida explotaba de placer. Se desplomaba y antes de terminar de cerrar los ojos ya estaba roncando. Josefa se sacudía como si pudiera sacarse todo lo que el hombre había dejado en su cuerpo, y después trataba de dormirse.

Así pasaban los días en la mansión de los Martínez Peña.

La mesa estaba dispuesta en la sala para ellos dos.

Ramona ingresó seguida de dos sirvientas más, dejaron las bandejas en el centro de la mesa y luego mientras la cocinera servía los dos platos, las otras criadas completaban el servicio con el pan y las bebidas.

—¡Esto está muy picante! ¿Qué le pusiste, Ramona?

—¿Le parece, querida? —intervino don Rafael antes de que la pobre negra cayera en las jóvenes garras de su esposa—. Para mí está en su punto justo.

—¡Le dije que no use tanto *pimentún*! Ah, pero bueno, no me hacen caso, querido.

—Luego hablo con Ramona, no se preocupe.

—¡Gracias! —le dijo Josefa y luego se comió toda la carne que le habían servido en su plato.

Ramona corrió a la cocina a llorar, “qué mujer tan malvada”, pensaba. Pancracia la consolaba y le decía que no le hiciera caso. Justo ella que la tenía que aguantar el día completo.

Luego del almuerzo, don Rafael tuvo que salir a atender unos asuntos en la Sociedad Rural. Antes de salir se despidió de su esposa con un beso en la frente.

Apenas el hombre desapareció, trepado en su cabriolé de dos ruedas, Josefa, a los gritos, le pidió a Pancracia que la acompañara. En su habitación, con su enagua enrollada hasta el pupo, echada sobre la cama, con las piernas abiertas y mirando el techo, se dispuso a dormir la siesta, al tiempo que la criada la apantallaba parada al lado de la cama.

Cerca de la tardecita, don Rafael se fue directamente a tomar su aperitivo al Club del Progreso, ritual que nunca dejaba.

El Club había surgido hacía varios años con una noble intención. Los constantes conflictos bélicos dificultaban el desarrollo del país. Esa fue la motivación que tuvo don Diego de Alvear para invitar a vecinos ilustres de la ciudad de Buenos Aires con la intención de generar un espacio de encuentro, reunión y debate político, que incluía tanto a los caballeros nacionales como a los extranjeros, y con el fin de mancomunar los esfuerzos hacia el progreso moral y material del país. Así, en marzo de 1852, nacía el Club del Progreso.

Las intenciones del nacimiento del Club habían sido las correctas, pero muchas veces con las intenciones no resultaba suficiente. Los hacedores, que son los hombres, a veces se olvidaban de ser consecuentes con sus deseos. El Club del Progreso era un lugar lujoso, daba gusto caminar por sus espacios exquisitamente decorados; las lámparas eran inmensas, majestuosas. Las paredes suntuosamente empapeladas; tanta elegancia europea expuesta allí.

Don Rafael sabía que a esa hora se jugaba al whist en el salón de los retratos, le gustaba hacerlo con algunos ingleses y luego se reuniría con don James Sellers y don Pablo Echenique para repasar sus negocios y confirmar que todo estuviera listo para salir en los barcos de Sellers. Antes de despedirse bebían y conversaban de política, siempre con las palabras “paz y progreso”, lema que acompañaría más adelante al Partido Autonomista Nacional.

El caluroso diciembre acosaba con las fiestas de fin de año. Don Rafael y su esposa decidieron aceptar la invitación para el festejo de Navidad del esposo de una prima de Josefa, un francés adinerado que los tenía a todos obnubilados con sus extravagancias. La fiesta estaba programada en su palacete. Josefa estaba encantada, esas veladas eran magníficas. Había que prepararse. Por ser familiares de los anfitriones tendrían una ubicación destacada en las mesas principales. Su vestido tenía que estar especialmente confeccionado para ella, ser el más llamativo. Debía tener cuidado con los escotes, había que concurrir a la misa de gallo. Todo tenía que estar en su lugar. Don Rafael estaba satisfecho, los preparativos para la Navidad mantendrían a su esposa ocupada.

Así que Josefa y su criada dedicaban horas a pasear por la calle de las tiendas. La joven no tenía ningún reparo en dilapidar la fortuna de su esposo. Luego regresaba cansada con tantas adquisiciones, las cuales, muchas veces, incluso antes de llegar a su hogar, ya no le gustaban más. Entonces se estiraba en la cama y se hacía masajear los pies por Pancracia.

—¡Pancracia!, cuidado, me duele. ¡Sos tan burra! Con los dedos gordos me presionás en el medio de la planta del pie, ¿entendiste? —le decía la jovencita enseñándole con sus propias manos cómo debía hacerle el masaje.

—Sí, es que no *tingo juerza* en las manos, *mi* tiemblan. Están cansadas mis manos con todo lo que trajimos —decía Pancracia que ya no daba más del cansancio. No veía la hora de que Josefa se durmiera un rato para poder descansar ella también.

—¡Dale negra, apretá!

Apenas Josefa se durmió, Pancracia se hizo un bollito en el piso, a los pies de la cama, y en menos de un minuto estaba roncando también.

Al primer crujido de la cama, la negra, dormida y todo, quedaba de pie como un soldado. Lista para recibir las instrucciones de su malcriada patrona.

No compró regalos para nadie que no fuera ella misma. Se hizo envolver sus propias sorpresas. Sin escuchar los consejos de su madre preparó todo según su criterio para asistir a la gran fiesta de Navidad.

El día anterior al festejo Josefa había organizado una reunión con sus amigas, para saludarlas por las fiestas. Muchas de ellas luego se irían con sus familias a las casaquintas y ya no se verían con tanta frecuencia.

Don Rafael llegó a la tarde a su casa y se encontró con un ramillete de jovencitas. Le gustaba verlas allí, rodeando a su esposa.

Ingresó a la sala y saludó con una inclinación y reverencia hacia todas. Luego siguió camino hacia su escritorio, pero su esposa se le cruzó…

—Querido, ¿cómo le fue? —le dijo y le puso el cachete para que la besara.

Don Rafael, galante, la tomó por la cintura y le dejó rojo y húmedo el cachete con un fuerte beso. Luego, sin contestar, se retiró.

Sonriendo y triunfante, ya con sus amigas más íntimas, Josefa caminó con una mano en su pequeña cintura, y moviendo sus caderas se sentó en el sillón principal. Todas la rodearon y la bombardearon a preguntas.

—¡Contanos cómo fue! Desde que te casaste que estamos esperando, Josefa —le dijo una de sus amigas y luego siguieron todas sin pausa.

—Sí, nos prometiste que nos ibas a decir cómo era, qué se sentía…

—Si la tenía muy grande y que pasaba ahí abajo, ¿te dolió?

—¿Lo hacen todos los días?

—Dicen que algunos hombres lloran cuando lo hacen, ¿es cierto? —preguntaban todas al mismo.

—¡Shh!, despacio —las frenó Josefa, y se acomodó para comenzar con el relato—. Les voy a contar. Esa noche fue la noche más hermosa de toda mi vida. Se imaginan… yo lo esperaba en el centro de la cama con mi camisa de dormir blanca, de seda francesa. Él llegó y comenzó a acariciarme —decía, mientras se contorsionaba tocándose sensualmente todo el cuerpo—. Tomó mi rostro con su gruesa mano y me besó en la boca, suave, me metió la lengua y me acarició por dentro. ¡Qué dulce era! —continuaba ante las caras de embobadas de sus amigas que seguían el relato como propio—. Impulsivamente me recostó sobre la cama. Yo me asusté y lo miré preocupada. Pero pude disfrutar al ver sus músculos cuando se sacaba toda la ropa. ¡Qué cuerpo, chicas! Y se lo vi. ¡Se lo vi! Lo tenía parado, ancho y largo. ¡Me asusté!

—¿Tiene músculos don Rafael? —cortó el relato Anastasia que estaba sentada en el piso, acodada en la base del sillón.

—¡Claro que tiene músculos, pava! Como ese negro, el que espiamos la tarde que nos escapamos al río, ¿se acuerdan?

Todas suspiraron al mismo tiempo gracias al recuerdo que Josefa les instaló en la mente. Luego continuó con su relato:

—Se lo miré y me moría por tocarlo para ver cómo era. Pero me quedé sentada en la cama mientras él, con ese tronco bamboleando entre las piernas, se acercó a mí y me abrazó ¡desnudo!

—No, ¿sí? ¿Y qué hiciste vos? ¿Se lo tocaste? ¿Cómo era?

—preguntó Concepción con la respiración entrecortada.

—Ah, como si Concepción no lo conociera. ¿Te olvidaste cuando fuimos a tu casa y estuvimos casi como un día escondidas para poder espiar al negro que se lo hacía a tu nana? —la cortó María de los Milagros.

—¡Bueno!, dejá que siga. Dale, Josefa y ¿qué pasó después? —alentó Anastasia.

—Ah, sentí su cuerpo desnudo y sus manos sacarme todo, todo, todo. Quedé desnuda. ¡Ay, chicas! —exclamaba y se pasaba la mano por la frente—. Me tomó por la cintura y a lo puro macho me apuntó con su… cosa grande y me la empezó a meter, ah, chicas no saben lo que es. Me puso la punta y yo me quería morir. ¡Qué vergüenza!

—¿Qué sentiste? ¿Te dolió? —preguntaba colorada de la desesperación Carmencita.

—¡Calor!, mucho calor que me subía por todo el cuerpo.

Se sintió el suspiro compartido de todas, con las miradas perdidas y las piernas apretadas, conteniendo el derrame hormonal que estaban experimentando ante el relato de Josefa sobre su mentirosa e inventada luna de miel.

—¿Y después? —apuraba Anastasia.

—No puedo contarles todo, me da vergüenza. Pero no saben lo que es. Lo que se siente. Con decirles que lo hacemos todos los días… a veces dos o tres veces por día.

Mientras Josefa seguía inventando, sus amigas, sentadas a su alrededor, la idolatraban como siempre. Todas querían ser como ella. Cuando ya estuvo aburrida del relato, sin cortesía, las despidió a todas y se fue a descansar un rato con Pancracia por detrás.

Llegó la esperada fiesta de Navidad. Una gran parte de la sociedad porteña estaba presente. La vajilla europea, los vinos importados. Las mujeres más bellas se desplazaban por los parques, colgadas de los brazos de sus elegantes esposos. La servidumbre, impecable, siempre atenta a los pedidos de su anfitrión. La orquesta que acompañó el baile estaba a cargo del maestro Foirani.

La misa de gallo se hizo en el parque, en un altar armado especialmente para la ocasión.

Josefa se entretenía con sus amigas calificando a los jóvenes más destacados para las casaderas. Por su lado, don Rafael fumaba puros con su cuñado y algunos amigos mientras

conversaban de política.

Entre lujos y derroches los Martínez Peña gozaron de la fiesta navideña, comida, baile, misa, y orquesta durante toda la noche.

Cuando el sol ya declaraba el día siguiente, regresaron en el carruaje a su residencia. Durante el trayecto, Josefa, agotada, había apoyado los pies descalzos sobre las piernas de su marido. Cuando estuvieron en el cuarto, iluminado por la luz natural, la joven puso las mil y una excusas para sacarse de encima a su esposo que andaba desnudo correteándola por toda la habitación. Las copas de sobra que tenía don Rafael le dieron coraje y la obligó a cumplir con su responsabilidad de esposa en la cama. La desnudó con vehemencia mientras ella bufaba para todos lados. Luego la ayudó —con un empujón— a acostarse sobre la cama. Josefa se tomaba la frente con la mano aduciendo un fuerte dolor de cabeza. Con generosidad el hombre le sacó la mano y comenzó a besar los pechos juveniles de la muchacha. Ella miraba el techo y él bajaba lamiendo la piel salada hasta llegar a su monte de Venus. Le separó las piernas con ambas manos y metió su cara. Antes de que su lengua alcanzara a recorrerle el clítoris, ella quiso cerrarlas con fuerza, pero don Rafael ya estaba preparado y sosteniendo sus rodillas abiertas introdujo su lengua en la vagina de la muchacha.

Lentamente Josefa se aflojó y su cuerpo comenzó a contornearse. Cuando el hombre sintió que estaba más relajada, tomó su miembro y comenzó a frotarlo sobre su vulva. La penetraba apenas y luego lo sacaba. Así hasta que Josefa, con un meneo de las caderas, se encargó de que el pene de su esposo quedara completamente adentro de ella. Corcoveó y gimió hasta que quedó exhausta al lado de don Rafael. Enojada por haber gozado tanto, le dio la espalda y se quedó dormida. Esa había sido la primera vez que Josefa disfrutaba de los placeres sexuales.

Al día siguiente se levantó espléndida. Feliz, comenzó a organizar la fiesta de fin de año. Nuevos vestidos, nuevos tocados. Y todo volvía a empezar.

Siete días en cama, con Pancracia apantallándola al costado, le costaron a Josefa todos los desmanes producidos en las fiestas de fin de año.

La costumbre de las familias de la sociedad porteña era que, luego de recibir el Año Nuevo, se retiraban a pasar el verano a sus casaquintas o a sus campos. Don Rafael tenía en mente organizar el viaje, pero Josefa puso el grito en el cielo. La verdadera razón era que se aburría como una ostra estando sola con su esposo en el campo. A ella le gustaba más la ciudad. No lograban ponerse de acuerdo.

—Querida, si usted quiere puede invitar a su madre para que nos acompañe a Luján, así no se aburre.

Josefa casi se muere ante la propuesta de su esposo de pasar el verano junto a él y a su madre. Tenía que encontrar una salida rápida.

—Qué amable, querido, pero mi madre es alérgica. Ella no puede ir al campo.

—Ah, pobrecita, se ve que es algo de ahora. Recuerdo varios asados en la estancia de sus padres cuando usted era pequeña.

—Sí, es un mal que la aqueja ahora. Por eso no lo cuenta nunca y no le gusta que le pregunten nada sobre el asunto. Yo le diría que esperemos un poco y luego nos vamos.

—Puede ser, pero no tanto tiempo, mi querida, tengo mucho trabajo que me espera en el campo.

Don Rafael no quiso contradecirla, hacía poco que se habían casado, tenía que darle tiempo. Era muy jovencita e inmadura.

Cuando se repuso de los festejos, comenzó a organizar cada día una actividad diferente: paseos por Palermo, picnic y lectura a la vera del río, tertulias en su casa y salidas por la tiendas.

Su madre estaba preocupada, temía que un día don Rafael se la devolviera. Ella veía cómo su hija estaba lejos de comportarse como una noble señora de su casa, preparada para concebir hijos y educarlos. Cuando podía, y su hija se lo permitía, la visitaba. Pero, claro, esas visitas se convertían en un monólogo en el cual Josefa terminaba enojada, llorando, y echaba a su madre de la casa.

Pero don Rafael estaba dispuesto a soportarlo todo de su mujercita, estaba embobado con ella desde el primer día en que la vio jugando a las muñecas en la casa de su amigo, su actual suegro.

El desparejo matrimonio siguió disfrutando de la sequía y el calor porteños.

LA PESTE BUSCA HOGAR

Enero comenzó raro. El verano pasaba tedioso, pesado, caluroso y oloroso. La hediondez de las cercanías del río donde estaban los mataderos y los saladeros calaba los huesos de los humanos.

Los soldados que volvían de Asunción se veían cansados y enfermos. Ya llegaban las noticias de la fiebre amarilla que azotaba a los paraguayos.

Los habitantes comenzaban a preocuparse. No sabían de qué se trataba, ni de dónde venía.

El cólera ya se había desprendido de la Triple Alianza con los soldados brasileros, su rugir había diezmado a la población. A pesar de los años que habían pasado, la sensibilidad había quedado en el aire y cada muerte sospechosa, en cualquier lugar del país, comenzaba a causar inquietud.

En el Club del Progreso Stefano juntaba los diarios de los días anteriores y se los llevaba a Donatella para compartir con ella la lectura. Los repasaban completos. Interpretando las letras escritas iban conociendo el país que habitaban y su gente. Allí se enteraban de todas las noticias algunos días después de ocurridas. Cuando alguno de los clientes del Club aparecía en alguna crónica de los periódicos, el muchacho se la mostraba especialmente a Donatella.

Cada día, luego de salir del trabajo, Stefano acompañaba al Alemán a las reuniones de los trabajadores que habían dejado de hacerse en el bar. Ahora se realizaban en lugares privados, por lo general, en la casa de algún inmigrante. Allí podían conversar con tranquilidad sobre las injusticias que recaían sobre los trabajadores de todos los rubros: las extensas horas de trabajo, las adversas condiciones de los mismos; el abuso laboral.

Stefano no estaba incómodo con su empleo. Su objetivo seguía siendo, en algún momento, poder comprar tierras, y para eso trabajaba sin descanso. Estaba acostumbrado, su padre le había enseñado que había que esforzarse y no quejarse jamás. Al trabajo había que agradecerlo. Pero no se perdía ni una sola reunión. Lo motivaban el espíritu y la fortaleza con la que defendían sus derechos el resto de los trabajadores. Tal vez en su más profundo interior él pensaba lo mismo. Pero le estaba prohibido aceptarlo. No podía sacar ese fuego tapado dentro de sus entrañas, solo admirarlo en los demás.

Era en esas reuniones de trabajadores pobres de todas partes del mundo donde el anarquismo nacía con prisa y sin pausa. La búsqueda de amparo los unía. La desesperación por sobrevivir dignamente los inspiraba.

Solo fueron interrumpidas cuando empezaron a circular los comentarios acerca de algunas

muertes dudosas; había quienes decían que la causa era la fiebre tifoidea, otros opinaban que se trataba de cólera. Allí las conversaciones comenzaron a desvariar entre los derechos de los trabajadores y las dudas sobre el posible brote de alguna enfermedad.

Stefano decidió no contarle nada a Donatella acerca de la preocupación que ya corría entre los trabajadores porque no quería inquietarla. Pero ella misma leyó en los diarios que traía del Club las noticias en las que ya se escribía sobre las sospechas de una fiebre desconocida que estaba empezando a matar personas. Aunque las autoridades descartaron y afirmaron que no era cólera, no sabían a ciencia cierta de qué se trataba. A pesar de los esfuerzos, ni siquiera los médicos lograban determinar claramente de dónde provenía y cuál era la enfermedad. Los síntomas se repetían y fueron ellos mismos, los médicos, los primeros en dar el alerta de prevención.

El cuento del vómito negro fue tomando fuerza en las calles de San Telmo, sobre todo en los inquilinatos. En diferentes idiomas, y con síntomas acordes al vocero, el chisme se desparramó y comenzó a preocupar cada vez más a la población.

Donatella manifestó enseguida la necesidad de tomar medidas extremas de higiene en la casa. Personalmente se encargó de barrer el fondo; tiró todos los escombros y excrementos, y a puro coraje increpó a los más pequeños a que no hicieran sus necesidades en el patio. Les indicó que debían pedirle a sus padres escupideras, o que lo hicieran fuera de la casa, en el retrete. Tiró lejía por todos los rincones, sacó el agua guardada de la batea y la limpió. Lavó la ropa en el bajo y le pidió al resto de las mujeres que hicieran lo mismo.

—Sepan que la enfermedad, donde hay limpieza, no molesta —sentenció Donatella cuando todos empezaron a mirarla con rareza y pereza. Es que el calor dificultaba el acarreo de agua o el trayecto hasta el río para lavar la ropa.

Un día, el hijo mayor del Tano confrontó a Donatella. Parado con los brazos en jarro y gesto de preocupación le dijo:

—Donatella, me enteré de la verdad…

—¿*Ma* qué verdad? —le preguntó la joven.

—La del vómito negro —contestó el niño con seriedad—. Primero, te señala el fantasma negro. Te señala en la oscuridad, vos no lo ves. Después te agarra la fiebre y luego cuando llega el vómito negro, chau, pasás a ser finado.

Donatella lo observaba, el pequeño hablaba conteniendo el llanto. Estaba muy asustado.

—Y eso no es todo. El fantasma negro señala a los blancos, dicen que la piel blanca es su preferida, y también la de los niños.

La muchacha esbozó una sonrisa mientras le acariciaba la cabeza.

—¡No te rías, Donatella! Es muy grave —le dijo el niño enojado y muy preocupado.

—No me río, al contrario —le aclaró y, por supuesto, aprovechó el chisme para su beneficio y continuó—. Estoy pensando que con más razón deberíamos cuidarnos. No más pichín ni caca en el patio, el fantasma sabe diferenciar la caca de los blancos y de los negros. ¿Qué te parece si no

decimos nada para no preocupar más a nadie y vos te encargás de que el patio esté siempre limpio?

—Me parece bien —concluyó con gesto de responsabilidad, y se marchó a cumplir con su compromiso.

Con un viejo palo en la mano, parado bajo el quicio de la puerta que daba al patio, el niño vigilaba celosamente que nadie lo ensuciara.

Para despabilarse de sus tareas Donatella salía a caminar por las calles de San Telmo, era un lugar atestado de personas de diversas nacionalidades, de todos los gustos, todos los colores; desde las gorras de fieltro hasta los sombreros bombín que lucían esbeltos los caballeros.

Solía detenerse en algún pasaje para apreciar la multitud de personas conviviendo; chicos, grandes. Todos amontonados, esperando que el día pasara y llegara la noche que siempre era el descanso de los humildes. Cuando todo moría bajo el cielo oscuro, los pobres tenían paz, hasta el día siguiente; cuando el sol salía el infierno comenzaba de nuevo.

Algunas calles rezaban pobreza acumulada, sueños archivados y esperanzas olvidadas. Seguramente todos habían venido a este país con la misma ilusión que ella y su querido Stefano. ¿Cuántos tuvieron la suerte de conseguir una pieza cómoda? ¿O un trabajo que los dignificara? ¿O una tierra prometida que ni siquiera existía?

Le gustaba detenerse a escuchar la música que sonaba en alguna pieza olvidada. Alguien ejecutando un instrumento cualquiera.

Cuando llegaba a la zona de las grandes casonas del barrio, ella no distinguía los estilos de cada una, que los había y muchos, solo trataba de imaginar cómo serían por dentro. Soñaba despierta viviendo en una de ellas, cruzando sus habitaciones, admirando los cortinados, reposando en algún sillón… y sonreía.

Siempre se demoraba más de lo debido. Pero esos paseos la ayudaban a reivindicarse, a no preocuparse por su situación; a aceptarla y esperar. Con esas salidas se refrescaba un poco y juntaba esperanzas.

Ya de regreso a su hogar, se quedaba mirando a las mujeres que estaban paradas en los umbrales de las casas, pasivas. Le llamaba la atención la falta de acción, la mugre crecía a su alrededor, y bueno, tal vez estaban esperando que los vinieran a buscar para llevarlos a un lugar decente, digno, tal como pensaban que serían las cosas en el nuevo mundo. No todos eran portadores del coraje, ese que impulsa desde adentro a tomar decisiones antes de pensar y que te obliga a caminar, quieras o no.

Cruzó la reja para ingresar a su vivienda. Ahora: trabajo, comida, limpieza y luego esperar a que llegara Stefano. Para volver a empezar.

La relación entre las mujeres ya no era tan empática. Donatella ocupaba su tiempo libre atendiendo a sus clientas que no dejaban de llevarle ropa vieja para que ella se las remendara. A

Nina no le gustaba eso porque de esa manera Donatella no estaba disponible a tiempo completo para los quehaceres de la casa.

—Al fin llegaste. Pensamos que te habías perdido… —le dijo María con cara de fastidio apenas la vio ingresar.

—No, me detuve a rezar en la iglesia un rato —mintió.

Entró y se dirigió derecho a su cuarto donde tenía todo para pasar el tiempo entre los trapos. Donatella ya sabía que Nina la estaba esperando para acarrear agua. Siempre le hacía lo mismo. Así que esta vez se hizo la desentendida y siguió su camino.

Trabajaba como una burra para todos y ella ni siquiera tenía hijos, eran ellos dos. Tanto María como Nina estaban cansadas con todos sus críos, pero bueno, tampoco era su responsabilidad. Además siempre le dejaban los trabajos más feos y pesados.

No le dijo nada a su marido, no quería preocuparlo con cuestiones caseras. Pero ya no se iba a dejar mandonear más ni por Nina ni por María.

Cuando Stefano ingresaba al Club, era como si entrara a otro mundo. Uno que su Donatella no conocería nunca. “Un mundo solo reservado para algunas personas, las que nacieron con *la suerte*”, pensaba mientras se disponía a comenzar sus largas horas de trabajo.

A pesar de que lo hacía todos los días, cuando recorría los pasillos no dejaba de sorprenderlo el empapelado siempre nuevo, las lámparas con infinidad de luces; solo con lo que costaban las cortinas de la sala de los cuadros, Donatella y él podrían vivir un año o más…

Nunca fue un hombre resentido, siempre supo conformarse con lo que tenía y trabajar por lo que le faltaba. Pero en este caso el contraste entre el lujo extremo y su humilde pieza era tan marcado que le producía dolor. A veces terminaba tan cansado que cuando llegaba no tenía ganas ni de conversar con su esposa.

Una vez tuvo tanta mala suerte que en una difícil maniobra se tropezó y rompió seis copas. Se quedó sin cobrar durante quince días porque las tuvo que pagar con su salario.

Los días que Stefano tenía franco salían a pasear. Recorrían las calles del barrio. Conversaban tranquilos y renovaban sus esperanzas por un tiempo más.

Fueron a caminar hasta la Plaza del Comercio y allí adquirieron algunos caramelos para llevarles a los niños de la casa. También telas, hilos y agujas que usaba Donatella para atender a sus clientes de la costura. Y, además, la lista completa que había preparado ella misma para hacer un guiso especial.

Esa semana Donatella había trabajado muchas horas en su habitación zurciendo agujeros, poniendo botones. El dinero que ganaba Stefano lo utilizaban para vivir, los ahorros estaban bien escondidos, y el extra que había logrado la muchacha lo gastaron: compraron tres pollitos y una ponedora.

Llegaron con los brazos doloridos y cargados. Repartieron las golosinas y mostraron a la gran

familia los nuevos integrantes: la gallina y sus pollitos. Luego los ubicaron en el fondo.

Esa tardecita, aprovechando que estaban todos juntos, prendieron un lindo fuego en el patio. Los hombres maniobraron con hierro y madera hasta lograr un soporte donde luego colgaron la olla de hierro que ya estaba en la casa cuando ellos la alquilaron. Donatella quería cocinar la receta del guiso que le había enseñado una de sus clientas. Así que se puso manos a la obra. Colocó sobre la mesa todos los ingredientes que habían comprado y comenzó a cortarlos con la compañía y la mirada curiosa de las otras dos mujeres.

—Nina, ayudame pelando las papas, y vos cortá las batatas en cuadrados.

Stefano y los muchachos custodiaban el fuego mientras bebían un rico limoncello que había preparado Donatella. Para hacerlo había pelado cuidadosamente unos limones. Había puesto las cáscaras en una botella de vidrio con alcohol y luego, a escondidas de los menores, la guardó durante siete días. Cuando el líquido de la botella estaba bien amarillo, lo sacó y siguió con la preparación bajo la mirada atenta del Alemán y el Turco. Colocó el azúcar y el agua y lo puso a hervir sobre el fuego casi media hora. Lo dejó enfriar. Luego con una media vieja bien limpia coló el alcohol y lo mezcló, dejando el limoncello listo para disfrutar.

Las tres mujeres salieron al patio llevando las fuentes llenas de cebollas cortadas, papas, batatas, tomates y carne trozada.

Cuando Donatella se dispuso a cocinar, vio que la botella de limoncello estaba a la mitad.

—¡*Ma porca miseria!*, no se lo tomen todo hoy. Dejen un poco para otro día. Se van a poner borrachos. *¡Madonna santa!*

Los muchachos la miraron, serios. La joven parecía enojada. Entonces taparon la botella y se quedaron callados frente a las tres mujeres que con los brazos en jarro los miraban con expresión severa.

Donatella comenzó a freír las cebollas, luego las papas, las batatas y los tomates, agregó la carne y mientras todo chillaba en la pesada olla, Nina le alcanzó las hierbas. El aroma comenzó a inundar el patio y todos a preguntar cuánto faltaba para comer. Con el cucharón fueron llenando los platos con el guiso, y sentados donde encontraban un lugar, comían y conversaban.

La olla quedó vacía, y los comensales pesados y transpirados.

A pesar de que al día siguiente tenían que ir a trabajar muy temprano, ya eran las doce de la noche y todos seguían en el patio. Era una burbuja de felicidad compartida, no querían terminarla.

Donatella y Stefano fueron los últimos en retirarse. El muchacho ayudó a su mujer a acomodar las cosas; a diferencia de las otras dos mujeres con las que convivían, ella era metódica y muy estricta con el orden y la limpieza.

Subieron las escaleras con la botella de limoncello en la mano. Se sentaron en el catre que habían comprado. Habían conseguido una de cuero sujeto a la madera por sogas, y arriba un delgado colchón de lana. Donatella abrió la botella y bebió de allí varios tragos seguidos.

Stefano la miraba, sonriendo. Qué mujercita, su presencia siempre se notaba, no podía pasar desapercibida.

—¿No había que guardar limoncello? —le dijo, divertido.

—Yo lo hice, yo lo tomo —le respondió, risueña, y bebió otro trago.

—Está muy rico —aseguró mientras cariñosamente le quitaba la botella. Era su licor preferido.

El tufo dulzón espesaba el aire en el cuarto cerrado. Stefano ayudó a su mujer a sacarse la ropa, luego él hizo lo propio. Ambos se estiraron sobre la cama, desnudos, mirando el techo.

—Stefano, ¿te gustó la comida?

—Me chilló la panza de lo rica que estaba. Ahora quiero amarte y no me puedo mover.

Donatella estalló en risas.

—¿Te parece que algún día llegaremos a tener una casa como esta para nosotros solos?

—*Ma*, claro, estoy seguro. Hay que tener un poco de paciencia. Esperar la oportunidad. Todo llega, mi Donatella.

Stefano giró hacia donde estaba la muchacha.

—Mi bella esposa, vamos a salir adelante y si no, nos volvemos a nuestra Italia.

—¡Claro que vamos a salir adelante! Me contó una clienta que su primo se fue a Santa Fe con su familia, y que luego de superar algunas adversidades, se pudieron instalar y están muy contentos. Es más, ahora se va el resto de la familia. Me trajo los pantalones para arreglarlos bien porque dice que allá hay mucho trabajo para hacer en el campo.

—Sí, yo también escuché algunas historias parecidas. Nosotros no tenemos apuro. Analicemos bien qué es lo mejor para comenzar nuestra familia.

—Sí, querido mío —le dijo Donatella mientras su esposo ya la estaba inundando a besos.

—Pero, ¿no era que usted estaba tan lleno de comida y cansado? —le dijo, colorada como un tomate, y sin tutearlo, mientras el miembro henchido de Stefano chocaba con sus piernas.

—Es su culpa, mi reina. Usted me enloquece. Me vuelve loco —decía y seguía besando su cuerpo transpirado con olor a guiso ahumado.

Donatella respiró hondo, tomó coraje y entonces, despacito, agarró el pene de su marido. No supo qué hacer con eso y lo soltó enseguida. Stefano tomó la mano de su esposa, la llevó nuevamente a su miembro y comenzó a acariciarse con ella.

A pesar del calor, los pesados cuerpos jadearon de placer. Stefano la penetró y cuando empezó a hamacarse sobre ella, el catre se convirtió en musical. Las maderas crujían a cada movimiento. A pesar de que lo intentó, Stefano no pudo detenerse. Tenían que mudarse al piso, allí no harían ruidos. Pero no pudo parar. Donatella tampoco. Entregados al placer se gozaron entrelazados, abrazados. Sus lenguas cruzaron sus bocas jugosas. Sus manos se recorrieron sin timidez. Se amaron. Se amaban.

El chisme de la fiebre rara seguía corriendo por todos lados. Cada uno se protegía como podía.

De lo que no iban a poder protegerse los de la zona sur era de las medidas arbitrarias que comenzarían a tomar los que tenían el poder en sus manos.

Ese día, en el trabajo, estaban todos raros, nerviosos. Cuando terminaron su turno, el Tano les comunicó que los habían llamado a ellos y otros dos más a una pequeña reunión. El jefe, con pocas palabras, les dio su salario y les comunicó que como transcurría el mes de enero les otorgaba unas vacaciones sin paga. Luego, sin más explicaciones, les hizo firmar unos papeles y les dijo que ya se podían retirar.

Los muchachos se quedaron paralizados por unos minutos. Luego salieron aturdidos y enojados. Caminaron sin rumbo definido y casi sin darse cuenta terminaron en el bar. Tenían que juntar fuerzas para enfrentar a sus familias y decirles que se habían quedado sin trabajo. ¿Y ahora? ¿Cómo iban a pagar el alquiler el mes siguiente…?

Allí lo encontraron al Irlandés, era amigo del Tano. Compartieron algunas copas y conversaron sobre lo sucedido. Se fueron agregando a la mesa otros trabajadores que iban llegando al lugar. Luego de un rato se dieron cuenta de que en varios establecimientos habían despedido a quienes vivían en la zona sur: Monserrat, San Telmo y aledaños.

Sin muchas vueltas el Irlandés organizó una reunión en su casa para discutir el asunto esa misma noche, un poco más tarde.

Los muchachos, sin regresar a su hogar, se quedaron en el bar hasta que se hizo la hora y acudieron al encuentro programado en la vivienda del Irlandés. Quedaba a pocas cuadras de allí. No les costó encontrar la casa, había mucha gente hasta en la vereda. Conversando con otros trabajadores, se enteraron de que se había corrido la voz de que la fiebre desconocida había nacido en San Telmo.

La pequeña casa quedó ahogada de personas. La mayoría eran hombres, trabajadores inmigrantes. El Irlandés en persona comenzó la oratoria.

—Los cogotudos dicen que nosotros somos los portadores de la peste. ¿Pueden creer? Los inmigrantes traemos la plaga… —dijo el Irlandés para dar como inaugurada la reunión.

—Nosotros venimos del hotel donde trabajamos y nos dijeron lo mismo. Solo dejaron lo indispensable; mentira, dejan a los que viven del otro lado ¿Qué le vamos a dar de comer a nuestras familias? —dijo Ismael que era vecino del Irlandés y trabajaba en un hotel en el centro.

—Y si es verdad lo de la peste, estamos acorralados. No tendríamos que decir dónde vivimos. Los de este lado estamos fritos —agregó el Tano.

Stefano los escuchaba atentamente, pero no emitía opinión.

—No sabemos de dónde viene, pero si la tuviéramos nosotros ya estaríamos muertos. No nos pueden hacer esto —insistía el Irlandés.

Fueron muchas las vueltas que le dieron al asunto. Llegaron a la obvia conclusión de que no se podían quedar sin empleo. Ellos no eran culpables de nada. Era una locura que les quitaran sus trabajos de esa manera. Motivados por el Irlandés, que parado sobre la mesa seguía discursando,

acordaron entre todos acudir a trabajar al día siguiente, y no aceptar las vacaciones impagas que les habían impuesto. A su vez, prometieron ir al hospital o a la asistencia pública para volver a presentar a sus patrones los certificados de buena salud. De esa manera quedaría demostrado que ellos no eran portadores de ninguna enfermedad y así les devolverían sus puestos. Era justo.

Stefano quedó admirado de la fortaleza del Irlandés. Luego del discurso y del acuerdo, seguía teniendo palabras de aliento para todos. ¡Cómo defendía los derechos que les correspondían!

Era tarde cuando llegaron. Donatella estaba despierta, sentada en el catre, zurciendo a la luz de la vela y muy acalorada. No podía dormir sin saber dónde estaba su esposo, si le había pasado algo. Hasta que sintió el chirrido de la reja y supo que habían llegado.

Stefano le contó todo lo que había sucedido en esa larga jornada que estaba a punto de terminar. Seguro al día siguiente las cosas se arreglarían y él podría seguir con su empleo, al igual que el resto de los muchachos. Esa noche, antes de cerrar los ojos, rezó y le pidió a San José por su trabajo. Luego de eso se durmió.

Al día siguiente, con calor y esperanza, salieron muy temprano para presentarse en el Club del Progreso. El encargado los recibió con desgano. Luego de escucharlos, se retiró un momento y cuando regresó les comunicó que estaban todos despedidos por falta de respeto e insubordinación a sus patrones. Ahora sí, estaban sin trabajo.

El Tano se le tiró encima al portador de la mala noticia, estaba tan enojado. Entre Stefano y el Alemán lograron separarlo y lo sacaron antes de que llamaran a la Policía.

Con el alma por el piso, se dirigieron cansinamente en dirección al río. Stefano no podía creer que ya no volvería al Club del Progreso, le gustaba su trabajo. Ingresaron a un bar, y enseguida pegaron media vuelta y salieron. No tenían un solo peso encima. Los muchachos, con la felicidad agotada y sin palabras, caminaron sin rumbo.

La caprichosa

Don Rafael ya estaba en el Club del Progreso con sus amigos. Mientras fumaban puros y se organizaban para jugar a las cartas, él aprovechó para conversar sobre un asunto que lo tenía preocupado.

Su primo Luis era médico y ejercía su profesión en el Hospital General de Hombres. Le había comentado que el doctor Larrosa había detectado una muerte producida por ictericia y que esa noticia había provocado una alarma entre los mismos médicos. No habían podido detectar el origen de la infección.

En la mesa, don Rafael compartió su inquietud con los presentes:

—¿De dónde vendrá esa enfermedad que nos tiene alerta?

—Tal vez sean los soldados que traen la peste del Paraguay. Habría que hacer algo con eso —dijo French.

—Esa lucha es nuestra. No se achiquen por la Patria, ¡carajo!, las pestes aquí las traen los mugrientos inmigrantes que llegan en los barcos de todos lados para hacerse de nuestras tierras —agregó Gutiérrez, que tenía a su hermano guerreando por el país.

—Yo creo que es un poco de todo, los inmigrantes nos están salvando con la mano de obra, ¿no lo creen? —agregó don Rafael.

—Sí, claro, pero ahora que trajeron la peste, ¿qué hacemos? —dijo Pérez.

La discusión tomó fuerza, al igual que los puros y los licores. Y a pesar de que enseguida la conversación viró para el lado del gobierno, la preocupación por la desconocida enfermedad quedó instalada.

Esa noche cuando don Rafael llegó a su casa, doña Josefa estaba ingresando a la sala principal donde ya estaba preparada la mesa para recibir la cena.

El hombre, luego de acompañar a su esposa a tomar asiento, se dirigió a su lugar y se sentó. Cató el vino, le gustaba hacerlo.

—Querido, nuestros caballos están viejos. Me gustaría que traiga los potrillos del campo para mi carruaje. Ayer cuando fui a la casa de doña Filomena todas contaban sus nuevas adquisiciones, ¿puede creer que estén en esas pavadas las mujeres? Yo solo estoy preocupada por los caballos, quiero potros jóvenes.

Don Rafael miró con cariño a su adolescente esposa y le contestó:

—Sí, querida, puedo creerlo.

—Entonces, ¿va a traer los caballos del campo para que pueda taparles la boca a esas envidiosas? Como verá, esposo mío, yo me preocupo por cosas importantes… como los caballos y dejo de lado las necedades —dijo, orgullosa, Josefa.

—Sí, querida, voy a traerlos.

Cuando el aroma de la carne asada invadió el recinto, ambos esposos se dedicaron a degustar la exquisita comida preparada por Ramona.

—¿Querida, sabe algo usted de los malestares físicos que están aquejando a la población?

—Sí, escuché que nos van a invadir como moscas. Todos vienen a este país, ¡qué horror! Nos van quitar todas las tierras y nuestro progreso. ¡Tiene que hacer algo, querido!

—Mi querida, esos son los inmigrantes, y sí, quédese tranquila que vamos a hacer algo, yo le decía de la fiebre que está dando vueltas por ahí…

—¡Claro! Ayer me dijo doña Filomena que hay una peste que comenzó a expandirse y que la traen los soldados enfermos de... —se quedó pensando.

—Paraguay —completó don Rafael.

—Tiene que hacer algo con esos soldados. Deberían mandarlos de nuevo al Paraguay.

—Es una buena idea, querida —contestaba automáticamente—. Y, ¿cómo está doña Filomena?

—Muy bien, cada día asume un poco más la muerte de su amado esposo. De todas maneras él se la pasaba en el ejército y viajaba por el país arriba de su caballo. No estaba casi nunca en su casa y era sabido que se iba a morir, ¿no? Ahora está organizando una fiesta en su residencia, ya le confirmé que nosotros vamos a ir. Invitó a un pianista francés que justo vino al Colón. ¡Imagínese! Invitó a todos. Hasta el Presidente va a estar, el mismísimo Sarmiento.

—Va a ser muy divertido, querida, encárguese de nuestros trajes.

—Por supuesto, mañana mismo salgo de compras. Ahora, ¿qué me dice de doña Filomena? El marido aún está en viaje al cielo y ella… bueno, digo…

Don Rafael, gran conocedor de su esposa, esquivó enseguida la conversación que lo tendría un largo tiempo chismorreando y le preguntó:

—¿Ya decidió cuándo quiere que nos vayamos al campo? Este calor se hace insoportable ¿No le gustaría? Ya no lo vamos a poder postergar mucho tiempo más.

—¡No! Mi querido esposo, tengo tantas cosas que hacer… Tal vez, más adelante —esquivó la invitación otra vez.

—Querida Josefa, vamos a tener que ir en algún momento. Le aseguro que cuando llegue no va a querer regresar.

—Seguro que sí. Bueno, lo que podemos hacer es que yo en unas semanas le aviso y nos vamos.

—Tendría que ser pronto, pero, bueno. Organice, querida, y partimos cuanto antes.

Terminada la cena, ambos pasaron a la sala. Doña Josefa, aletargada sobre el sillón, retomaba

las páginas de la lectura de su novela.

—¿Por qué siempre tiene un libro dentro de otro? —preguntó don Rafael parado al frente de su esposa.

Ella lo miró y se sonrojó.

—Porque las señoras de bien no leen novelas y a mí me… gusta mucho leer, y algunas veces leo novelas.

Don Rafael, que no esperaba esa respuesta, sonrió.

—Querida, no me molesta que usted lea lo que quiera, simplemente no lo haga en público y listo. Pero aquí puede leer lo que le plazca. Siga con su novela —le dijo, mientras le acariciaba la cabeza.

Luego se acomodó en el sillón que estaba justo al frente de Josefa y abrió su periódico.

Cuando don Rafael entró al dormitorio, su mujer ya estaba dormida. Se quedó mirándola, era tan hermosa. Imaginó la familia que formarían juntos. Su primogénito llevaría su nombre, por supuesto. Se llamaría Rafael hijo. Sonrió. Se desvistió despacio, sin hacer ruidos, y luego se metió en su cama junto al joven y jugoso cuerpo de Josefa. Sin darse tiempo, ni cuenta, ya estaba montado sobre ella, listo para penetrarla y disfrutarla. Y dejar su semilla puesta; en algún momento le devolvería su fruto. El hombre nunca descubrió cómo se hacía la dormida su esposa para no tener que colaborar con el acto sexual que era otro de los rituales aburridos que le tocaba soportar.

Los días calurosos de enero hacinaban a los pobres e incomodaban a los ricos.

La noticia de una supuesta fiebre que producía la muerte comenzaba a regarse por la comunidad. Fue el mismo doctor Juan Argerich quien no quiso alertar a la población con las muertes de un inmigrante italiano y su nuera, alterando el diagnóstico en sus certificados de defunción. Pero sí notificaron al jefe de Policía O’Gorman la verdad de lo que estaba sucediendo. Había una peste que estaba atacando a la población y creían que era la fiebre amarilla.

A don Rafael las últimas noticias le llegaban de la mano de su primo Luis, que también era el médico de la familia. A pesar de que a su alrededor todo seguía con las rutinas del verano porteño, su preocupación por el tema aumentaba día a día.

Se sentía muy apenado porque no compartían con su esposa las ganas de ir al campo. Él, que quería estar disfrutando de su haras y supervisando la producción agrícola y ganadera en persona, en cambio, mataba su enero entre la Sociedad Rural y el Club del Progreso, con la esperanza de que su esposa en algún momento accediera a acompañarlo.

Josefa, apabullada por la persistencia de su madre, tuvo que retomar su presencia en la misa. “Las mujeres de bien van a la iglesia” y Josefa, desde su casamiento, no había regresado. Allí se aburría y no sentía, como el resto de los mortales, la amenaza de Dios por no hacer lo correcto.

Decidió volver a la iglesia, a la misa de la mañana; de esa manera terminaba el trámite rápidamente y le quedaba todo el día libre para las otras actividades.

A ella, más que la misa, le interesaba ser parte de la Sociedad de Beneficencia. Allí estaban las mujeres más importantes de la sociedad porteña; la mayoría eran las madres de sus amigas. Le había insistido mucho a don Rafael para que hablara con sus amigos y la admitieran. Sentía la necesidad de pertenecer.

Le cedieron el honor, solo porque su marido era una persona muy influyente y no porque les interesaran las opiniones de una adolescente caprichosa y recién casada.

Doña Josefa se sentía muy entusiasmada con su incorporación. Enseguida le contó a toda su familia, sobre todo alardeó un rato largo frente a su madre.

A la primera reunión que fue invitada, tuvieron que pedirle que se callara, y le propusieron que escribiera todas las ideas que tenía y que luego las presentara porque si no se les acabaría el tiempo disponible y no podrían conversar. Josefa se sintió muy ofendida, pero entendió que si se enojaba y se iba, ya no podría regresar. Se quedó en un rincón, con los brazos cruzados, y con cara de potranca empacada.

Para coronar el día su madre le anunció, por medio de una de sus criadas, que la pasaría a buscar a la mañana siguiente para ir a la misa.

Ya había entendido que no podía evitar más sus faltas religiosas; todas las mujeres de bien de todas las edades tenían el compromiso con el crucifijo. Entonces, de muy mala gana, se propuso asistir al día siguiente a la iglesia. Su madre era terca como una mula, si avisaba que la pasaría a buscar, así sería.

Esa velada estuvo de muy mal humor. Solo disimuló algunas sonrisas cuando compartió la cena con su esposo. Se quedó leyendo en la sala hasta bien tarde, no quería correr riego de que esa noche su marido la quisiera fornicar.

A la mañana siguiente, Pancracia tuvo que ingresar al cuarto para despertarla. Y a cambio se ligó un zapatazo en la cabeza. Josefa se levantó de mala gana y esperó a su madre en la puerta.

—Madre, no voy a ir. Yo soy una mujer casada y don Rafael me apoya para que tome mis propias decisiones.

La mujer, luego de escucharla, bajó del coche con la ayuda de Pancracia, se paró delante de su hija y le dijo:

—Tiene cinco minutos para arreglarse, yo la espero aquí. Usted va a venir conmigo a la misa y luego va a continuar todos los días, pero a la tarde; la misa de la mañana es para los criados y el resto de la gente común. Hasta puede elegirse una iglesia para concurrir, así luego le pide a su esposo que la acompañe.

Josefa sabía que cuando su madre tomaba esa posición, tenía que obedecer. Así que de mala gana, le pidió a Pancracia una mantilla para su cabeza. Y luego subió al carruaje que aún esperaba en la calle. Salieron hacia la iglesia del Pilar, donde siempre iba su madre.

Dispuesta a aburrirse como una ostra, Josefa ocupaba sus pensamientos en cómo se vengaría de las mujeres de la Sociedad de Beneficencia. “¡Qué se creían, viejas arrugadas!”, pensaba.

La voz del cura y el coro de mujeres ocupaban el templo. Levantó la vista y lo vio. Una maléfica sonrisa se dibujó en su rostro.

Cuando terminó la misa y su madre se puso a conversar con sus amigas, ella aprovechó para averiguar quién era el nuevo fraile. Ese jovencito que, involuntariamente, la había obligado a escuchar toda la misa solo por sentir resonar su voz en sus oídos. Josefa había encontrado una gran motivación para regresar a la iglesia. Y un nuevo entretenimiento en su vida.

La joven no entendía los límites ni las reglas. Como tampoco la preocupación de saber hasta dónde podían llevarla las consecuencias de esa actitud.

El pecado

Don Rafael salió sin dar explicaciones a su esposa, la reunión en el Club del Progreso estaba programada y tenía un motivo: conversar sobre lo que todos ya sabían pero que nadie quería ni asumir ni hacerse cargo.

No jugaron a las cartas; solo cigarros, bebidas y muchas conjeturas. Se comentaba que recientemente el doctor Tamini, municipal del barrio San Telmo, había solicitado que se ensanchara el Lazareto Municipal como medida de precaución frente a una posible epidemia. Los síntomas ya estaban afectando a todos sin distinción de clases. Fue el mismo O'Gorman, que se desempeñaba como jefe de Policía, quien aseguró que las últimas muertes habían sido por causa de la fiebre amarilla. Ya no se ocultaba más la información.

Don Rafael trataba de seguir con su rutina, pero la preocupación lo perseguía. Por ahora el peligro estaba concentrado en los barrios de San Telmo y Monserrat. Algunos de sus conocidos ya estaban tomando parte en el asunto y se habían puesto a disposición para ayudar con acciones preventivas. ¿Y si se estaba gestando una epidemia?

Las familias más importantes y adineradas de San Telmo comenzaron a mudarse a zonas que, según la teoría del momento, no serían afectadas por la enfermedad.

Mientras todos corrían ante el fantasma de la fiebre amarilla, Josefa tenía sus propias fantasías; lejos de la realidad social del momento, se dedicaba con ahínco a seleccionar vestidos, sombreros y mantillas para ir a la iglesia.

Don Rafael se quedó tranquilo al ver que su joven e inquieta esposa había conseguido refugio en la iglesia, acudía cada día y con entusiasmo.

Aburrida de esperar, agobiada por el calor, Josefa decidió ir antes a la iglesia. Ingresó y allí, delante del púlpito barroco y de espaldas, estaba el presbítero Gastón José Caparrós; andaluz, el hombre. Había llegado recientemente al país y se lo veía feliz y entusiasmado. Había trabajado mucho para conseguir el privilegio de poder viajar al nuevo mundo para seguir desarrollando su carrera eclesiástica.

El padre Gastón no parecía español, sus ojos celestes y la tez amarronada, todo eso enmarcado con los rulos colgando de su cabeza, hacían dudar de su nacionalidad.

El cura era toda una novedad para las mujeres consumidoras de hostias de la parroquia. La juventud y la simpatía del padre Gastón las tenía a todas al pie de la cruz. Las mujeres, sin decir

una palabra, estaban todas como perras alzadas revoloteando a su alrededor. Con cualquier excusa lo retenían para conversar un rato y apreciarlo de cerca. Pero el terreno estaba ganado por Josefa, su juventud y su arrogancia dejaba a las otras fuera de carrera.

Con la mantilla de encaje negro sobre su cabellera rubia, y abriendo grandes los ojos azules para que el joven sacerdote cayera preso de sus encantos, Josefa se tropezó "sin querer" con él.

—Hola, doña Josefa. Pase, por favor —le dijo el sacerdote apenas la vio. Ya sabía quién era. Una docena de veces se la habían presentado, como integrante de las damas de Beneficencia, como la esposa del adinerado y colaborador de la iglesia, don Martínez Peña, y muchas otras más.

—Justo pasaba por aquí y quise rezarle un momento a la Virgen por todo esto que está pasando, la fiebre desconocida… —dijo, simulando estar aturdida y preocupada. Era una gran actriz.

—Claro, señora, pase y rece. Yo sigo con mis cosas —dijo el joven sacerdote y se perdió por la puerta del costado.

Josefa caminó rápidamente hasta el primer asiento, se arrodilló y cruzó sus manos donde apoyó su cabeza. Luego se puso de pie y se dirigió hacia la imagen de la Virgen del Pilar. La miró a los ojos, sintió cómo ella le devolvía esa mirada.

—Por favor, Virgencita, ayudame, necesito que me descubra, que me mire, que sepa que existo —eran las palabras que se atropellaban en la mente de Josefa.

Hasta la imagen de la Virgen se sentía incómoda con el proceder de la jovencita. Rezó dos avemarías, un pésame, y luego, ya aburrida y con las rodillas adoloridas, esperando al cura que nunca regresó, se fue.

Desde que conoció al padre Gastón, de un día para el otro, su tranquilo y tedioso mundo se revolucionó y comenzó a tomar color. El sacerdote estaba en sus pensamientos el día completo. Si hacía algo, lo imaginaba con él, si pensaba algo, también estaba invitado, si salía de compras, a cada minuto esperaba verlo. Su vida era tan irreal como fantasiosa.

Cuando llegaba la noche, se ponía su mejor camisa de encaje para dormir y lo esperaba a don Rafael imaginando, soñando despierta, que se trataba del padre Gastón. Solo la regresaba a la realidad la molesta barba del pobre hombre que siempre se ligaba un golpe cuando la raspaba mucho. Se abría completa y, cerrando los ojos, lo cabalgaba a don Rafael hasta dejarlo seco. Así fue como las noches comenzaron a ser más entretenidas en la alcoba de los Martínez Peña.

Cuando abría los ojos y veía el rostro de su marido, se enojaba. No quería que estuviera él ahí, justo a su lado. Lo quería al padre Gastón. Pero enseguida conseguía consuelo cerrando los ojos y regresando a su hermosa vida de fantasía.

En cambio, el acosado cura nunca le concedió más que los minutos que correspondían.

Por su lado, don Rafael estaba muy contento con los cambios que se habían producido en la

intimidad con su mujercita, y además estaba tranquilo porque pensaba que la casa y la iglesia eran los lugares correctos para que a una mujer no se le pudriera la cabeza, al menos hasta que llegaran los hijos, que entonces ocuparían todo su tiempo.

Josefa, con la excusa de buscar ayuda para prevenir el avance de la fiebre sobre la población, había organizado un té en su residencia y había invitado a las mujeres de la Sociedad de Beneficencia. Su iniciativa fue muy bien vista ante los ojos de las encorsetadas mujeres, sin embargo, la única intención de Josefa era involucrarlo al cura para llevarlo, luego, a su casa. El resto le importaba un rábano. La juventud la convertía en invencible e inmortal. Hacía todo lo que quería. Y siempre lo lograba.

Una mañana muy temprano, el matrimonio Martínez Peña recibía su desayuno en la galería; hacía calor.

—Mi querida, tenga mucho cuidado, la fiebre no perdona —le dijo cariñosamente don Rafael a su esposa.

—Voy a ir a la misa de las diez, nada más. Luego regresaré a casa, quédese tranquilo —replicó la joven con una sonrisa armada para la ocasión. Su cabeza ya estaba volando por otros lados.

Don Rafael se fue en su cabriolé de dos ruedas, y Josefa también partió en su carruaje hasta la iglesia, a pedido de su esposo que no quería ni siquiera que caminara por la calle. Cuando entró, casi por empezar la misa, se quedó parada en un costado de la nave de frente al padre Gastón que empezaba la ceremonia.

Era tal el tumulto de pensamientos en la mente de la joven que se le pasó el tiempo sin darse cuenta; la misa ya había terminado.

—Doña Josefa, ¿se siente bien? —era el sacerdote, ya no quedaba nadie en la iglesia.

—No, me siento un poco descompuesta, padre, ¿me daría un vaso con agua? — rápidamente la muchacha abandonó todo pensamiento culposo y aprovechó la situación.

—Pero, claro —le dijo y enseguida la tomó de los hombros para ayudarla, ni siquiera se dio cuenta del sobresalto que le ocasionó a Josefa el contacto de pieles.

—Usted es demasiado joven para ser cura —le dijo, mientras caminaban hacia la sacristía. Ella le calculaba unos veinticinco años. Josefa que siempre tuvo la idea de que los curas eran feos y viejos, no podía salir del asombro.

—No hay edad para el sacerdocio. Solo estoy siguiendo mi corazón. Siempre supe que este era mi destino —le contestó el joven, mientras la ayudaba a sentarse—. Espere aquí, doña Josefa, voy hasta la cocina y le traigo agua —luego de decir eso salió por la otra puerta y desapareció de la vista.

Ella abrió grandes los ojos y comenzó a observar todo, a recorrer cada rincón del lugar. Cuando regresó con el vaso con agua, la joven bebió dos sorbos y luego lo dejó sobre la mesa.

—¿Usted vive aquí, padre? —preguntó.

—Sí, quédese todo el tiempo que necesite, doña Josefa, yo voy a seguir con mis asuntos.

—No me diga doña, me siento como si tuviera doscientos años —le dijo con una sonrisa jovial.

El padre Gastón también le sonrió y con una reverencia se fue, la dejó casi hablando sola. Ya se había dado cuenta de que lo perseguía como perro a su dueño. Y eso había empezado a incomodarlo.

Josefa, luego de esperar infructuosamente que el cura volviera, de mala gana se fue.

Ese día, en la misa de la tarde, otra vez estaba allí. Parada en el mismo lugar, pero con un vestido diferente, esperando la oportunidad para conversar unos minutos con el padre Gastón.

Con el beneplácito absoluto de su madre, Josefa no dejó de ir a la iglesia ni un solo día. Terminaba el oficio y el cura salía casi corriendo para evitar ser acorralado, primero por Josefa y luego por el resto. No era fácil escapar de la jovencita.

—Padre, padre, ¡espere! ¡Qué horror todo lo que está sucediendo! Quería contarle que estuve trabajando con las damas de la Sociedad de Beneficencia y juntamos algunas cosas para que usted las reparta entre los necesitados.

—¡Muchas gracias, doña Josefa!

—Ay, no me diga doña… —replicó la joven, subiendo los hombros e inclinando la cabeza.

El padre Gastón le sonrió, tomó las bolsas que Pancracia traía apretadas en sus manos y siguió su camino.

—¡Padre! —corrió detrás de él—, me gustaría que venga el domingo a almorzar con nosotros, mi esposo colabora siempre con la iglesia —sabía que eso no fallaba con los curas.

—Muchas gracias, doña Josefa, pero tenemos mucho trabajo.

—Solo un momento, comer va a tener que comer. Venga a mi casa, almuerza con nosotros, y de paso conoce a personas que lo van a ayudar mucho con lo que usted necesite. ¿Qué le parece la idea, padre?

El padre Gastón, ahora sí, aceptó. Aunque le parecía charlatana y se sentía algo acosado, doña Josefa le caía simpática, y además tenía la frescura de la juventud.

Josefa estaba tan feliz que saltaba de contenta. La euforia le duró todo el día, tanta energía acumulada tenía que salir por algún lado. Y no tuvo mejor idea que descargarla sobre Pancracia. Le hizo sacar todos sus vestidos y desfilar cada uno en su percha, solo para recordarlos. La pobre negra daba vueltas con el brazo en alto, agarrando la madera de donde pendía el vestido, para que no tocara el piso.

—Niña, *si mi* acalambró el pescuezo —le decía Pancracia luego de dos horas de paseo por el cuarto.

—¡Patrona, qué carajo! ¡No entendés que no soy una niña, soy tu patrona! Y dale, seguí que todavía no me decido por cuál vestido ponerme.

Pancracia, sumisa, continuó con su tarea. Sabía que si le decía algo se venía el golpe, Josefa era de manos fáciles.

Se pasó todo el día encerrada, solo salió a recibir el almuerzo y luego la cena. Amenazó a la servidumbre para que no le dijeran a don Rafael que ella había estado todo el día tirada en su cama eligiendo vestidos, zapatos, tocados y joyas. Les hizo repetir a cada uno y en voz alta, parados en hilera al frente de ella, que había estado todo el día de un lado para el otro buscando y organizando lo que no se usaba más para regalarlo a la iglesia.

Cuando llegó la noche, Josefa, como nunca, estaba con su camisa de encaje esperando a que su esposo se metiera en la cama.

Él la miraba, dichoso. Lo que no sabía don Rafael era lo que pasaba por la cabeza de su mujercita que con los ojos muy cerrados y mordiéndose la lengua para no equivocar el nombre, fantaseaba con que estaba con el padre Gastón.

—Querida, qué linda está. No veía la hora de que llegara este momento para estar juntos. Abrazarla, besarla —le decía don Rafael al verla tan florecida y no arrebujada como la encontraba siempre.

Ella lo miró, le sonrió y cerró los ojos. Claro, si veía el rostro de don Rafael, la cosquilla que sentía en su estómago se esfumaría y sería reemplazada por el asco.

Le tomó la cabeza con ambas manos y la aplastó contra su busto. Sentada en la cama, semidesnuda, gozó de la boca de su esposo en sus erectos pezones. Se estiró en la cama y se abrió completa. En su mente repetía “¡Gastón, Gastón!”.

Don Rafael, de un tirón, le arrancó lo que le quedaba de su camisa de dormir. Se aplastó sobre su mujer, la recorrió con su lengua como solo lo hacía con las prostitutas de La Casona. La lamió entera. Estaba enloquecido, los cambios de su esposa en el lecho matrimonial eran sorprendentes. Con las dos manos estiradas y prendidas de los pechos de su esposa, y su boca ocupada en la entrepierna, espió el goce de su mujer. Cuando estuvo lista, tomó su pene que ya no podía esperar más y con fuerza la penetró robándole un gritito de placer.

Ella se sentó, y con una maniobra acompañada por su marido, quedó encima de él. Se acomodó hasta que la penetración fue bien profunda y comenzó a cabalgarlo. Don Rafael estaba enloquecido, bramaba de placer e intentaba durar más tiempo y prolongar el gozo. Pero cuando abrió los ojos y la vio a Josefa, con el cabello suelto sobre sus pechos jóvenes, con los pezones erectos, se inclinó hacia delante y apenas posó la lengua sobre uno de ellos, el espasmo llegó. Doblados de placer y cada uno con sus fantasías, llegaron al mayor gozo que habían experimentado hasta ese día.

El sábado estuvo ocupada todo el día. Debía asegurarse de que el almuerzo del domingo saliera perfecto. Tenía que confirmar que todas las invitadas asistirían. El vestido que había seleccionado en el desfile de Pancracia ya no le gustaba. Así que eligió cuidadosamente otro, una

preciosa horquilla de carey y zapatos haciendo juego. Estaba agotada, pero debía continuar. El menú consistía en una entrada de fiambres, quesos y pan casero, luego servirían asado de carne de vaca, cerdo y cordero. Papas quemadas y abundantes ensaladas. Y de postre, ambrosía y tortas de nuez y miel.

El domingo bien temprano ya estaba levantada y Pancracia detrás de ella la ayudaba a ponerse el vestido elegido para la ocasión. El mismo que desfilaría en unos minutos más en la iglesia del Pilar. Su madre estaba satisfecha de ver a su hija encaminada con la religión. Luego de la misa, se irían todos a la comilona en la residencia de los Martínez Peña.

El padre Gastón estaba muy agradecido. Mientras el caluroso día corría, el cura trataba de salvarse de las solteras, que al verlo tan joven y buen mozo, lo apabullaban a preguntas, y también de las mayores que se deleitaban con solo mirarlo; todas querían contarle su vida, grabar su imagen en la retina para luego, en la intimidad, imaginar pecados. Compartir con el joven, algo… lo que fuera. Morían por estar con él.

Cuando se sentaron para almorzar, las mujeres tropezaban para ganarse alguna de las sillas dispuestas una de cada lado del cura. Por supuesto que vino la anfitriona y tomando del brazo a una que ya estaba sentada la levantó y la sacó para ocuparla ella.

Sin que nadie se diera cuenta, Josefa rozó tantas veces como pudo su pierna y su brazo con los del padre Gastón. El cura parecía una gallina acorralada por los zorros, atragantado con el asado y la piel del pollo. Apenas sirvieron los postres se levantó de la mesa y quedó parado detrás de la silla. Cuando se dio cuenta de que su pene se había endurecido, posó las manos cruzadas disimulando el bulto y salió a caminar por el parque. Antes de que pudiera hacer dos pasos, Josefa lo alcanzó.

—Padre, ¿se siente cómodo? —le preguntó.

—Sí, todo muy agradable. Solo que recordé que tengo un oficio dentro de media hora, ¿puede creer que lo olvidara? Pero ahora justo me iba. Me están esperando para llevar las donaciones a los barrios afectados.

Josefa, poniendo cara de angustia, le tomó el brazo y le dijo:

—¡Qué pena, padre! ¿Un ratito más y le pido a las sirvientas que le preparen un poco de torta para llevarse?

—No, gracias, doña Josefa, es muy amable y le agradezco nuevamente, pero ya me tengo que ir.

El cura no sabía cómo desprenderse de la jovencita e irse de allí. Incluso se había arrepentido de aceptar la invitación.

—Bueno, no se preocupe, yo después le acerco todo.

La muchacha se dio cuenta de lo aturdido que estaba el padre Gastón y se ofreció a acompañarlo hasta la puerta. El cura sintió alivio y comenzó a caminar delante de ella, sin prestar atención a las mujeres que lo saludaban y le prometían cosas.

Cuando cruzaron la sala y llegaron a la puerta principal, Josefa, con el rabillo del ojo se aseguró de que no hubiera nadie alrededor y con un gesto rápido, como si se hubiese tropezado, lo apretó contra la pared. Cuando sintió la erección del cura, enloqueció.

Lo tironeó hacia uno de los cuartos de la planta baja y antes de que el padre Gastón pudiera reaccionar, lo tumbó sobre la cama. Se acostó sobre el joven y comenzó a frotarse, moviendo las caderas, buscando el roce de su sexo con el pene erguido del sacerdote. El padre Gastón la empujó hacia atrás, tratando de zafarse, pero se dio cuenta de que caería al piso y entonces la agarró. Josefa, aprovechando la situación, volvió al ataque y, ya transitando un orgasmo, terminó de restregarse contra el miembro atrapado en los pantalones del cura.

—¡Usted está loca! ¡Demente! —le decía mientras se la sacaba de encima y se bajaba la sotana para tapar su pantalón completamente mojado. Se dirigió hacia la puerta, pero antes de que llegara, Josefa lo atacó de nuevo. Ahora lo besó, metió su lengua en la boca del cura hasta casi ahogarlo. Otra vez, de un empujón, casi la tiró al piso. Josefa se acomodó la ropa y el cabello, respiró hondo y lo acompañó hasta la puerta principal. Lo despidió con un simple:

—¡Hasta mañana! Gracias por venir, padre.

El cura salió casi corriendo de ese lugar, mirando para todos lados, aterrado y aturdido. Mientras que ella se acomodó el vestido y ajustó su horquilla de carey. Levantó su larga falda, metió su mano, se acomodó los calzones húmedos, luego se llevó los dedos a su nariz y disfrutó de su propio olor. Sonrió. Caminó a reunirse con los invitados.

Tenía que hacer algo esa semana, sus amistades la reclamaban. Estaba tan metida con el padre Gastón en su cabeza que no se dio cuenta de que había dejado de lado sus actividades, sobre todo las tertulias que solía organizar con sus amigas. Entendió que debía ser más cuidadosa, podrían sospechar, así que se propuso continuar con su vida lo más normalmente posible. No le contó a nadie de su gran amor por el sacerdote y, sobre todo, no faltó nunca a misa.

Lo que empezó a inquietar a Josefa era la indiferencia del padre Gastón. Cada vez que terminaba la misa, corría a buscarlo, pero nunca lo encontraba.

Sin muchas ganas organizó un té con sus amigas. Había solo cuatro que estaban disponibles, el resto ya se encontraba disfrutando del verano en las casaquintas. Aburrida y con la cabeza en otro lado, luego de un rato se paró y les dijo:

—Me duele mucho la cabeza, me voy a recostar. Sigan conversando que luego Pancracia las acompaña a la puerta. Sin esperar respuestas se esfumó.

Le costaba mucho seguir tolerando la indiferencia del cura. Luego de darle varias horas de pensamiento al asunto, decidió que iría a buscarlo, directamente.

Al día siguiente se presentó en la iglesia convertida en una leona lista para atrapar a su presa. Cinco minutos antes de que terminara la ceremonia, se escabulló sin ser vista por el fino pasillo de paredes blancas, y cuando llegó a la puerta de la sacristía, lo esperó. Era cuestión de minutos

para que el padre Gastón ingresara a cambiarse.

El cura se sorprendió cuando la vio allí, de pie, con la sonrisa de siempre. Tuvo el impulso de escapar, pero era tarde.

Caminó hacia ella y cuando pasó a su lado, ahora él sintió el latigazo en sus entrañas al rozarla. Entró y se sacó la estola, luego de acomodarla, la colgó en su lugar. De espaldas a Josefa, sintió cómo sus manos se acercaban y lo ayudaban. Totalmente aturdido se dejó guiar, sin palabras, su cuerpo estaba preso de una revolución que ya no podía controlar. Ahora, parado al frente de la joven, sus respiraciones se mezclaban, tuvo deseos, instintos de olfatearla, de lamerla. Pero se contuvo. Él era un ser de Dios. Punto.

—Doña Josefa, muchas gracias, creo que ya puede irse tranquila —le dijo completamente ruborizado como si ella pudiera adivinar todo lo que pasaba en su mente y en su cuerpo.

—Sí, solo quería disculparme por mi comportamiento. Espero me pueda perdonar, padre.

El padre Gastón, que esperaba un salto atigrado a su yugular, se quedó sorprendido, y más tranquilo.

—No se preocupe, no fue nada —le contestó, aliviado.

—Bueno, entonces me voy. Hasta luego, padre.

Josefa se fue enseguida, estaba feliz. Había logrado tranquilizar al cura. No se detuvo a pensar hasta dónde podía llegar su juego… y las posibles consecuencias del mismo. Ese mismo día llegó el infierno para el padre Gastón. Ya no tuvo paz en su corazón. Josefa se había instalado en sus pensamientos.

Todas las noches rezaba de rodillas, al costado de su catre, hasta la madrugada o hasta que el sueño lo vencía, para no permitir que su mente trajera a la joven. La odiaba, y al mismo tiempo la deseaba. La lucha interior comenzó a carcomerle la carne; las emociones a volverlo loco. Durante los días siguientes esperaba verla entre las mujeres, mientras daba la misa. Disfrutaba al sentir su mirada, pero luego se culpaba por ese mismo sentimiento, rezaba y se flagelaba. ¿Por qué esa mujer tenía que aparecer en su vida? Era como el vino dulce, tomaba un poquito y quería más. Era apenas una niña. ¿Por qué lo había elegido justo a él?

Mientras la fiebre amarilla se seguía llevando a los vivos, el padre Gastón creaba su propio infierno en su interior. Su fe estaba flaqueando, tenía que hacer algo. Urgente. Había ofrecido su vida a este país, lo había elegido para engrandecer su corazón, no para pudrir su vocación y su vida.

A pesar de que nunca más habían vuelto a intercambiar palabra con Josefa sobre el tema, cuando ella lo miraba, él sentía arder su entrepierna; sus manos temblaban y comenzaba a transpirar. Se trataba de una joven muy impetuosa y atractiva. Cualquier hombre al que le latiera el corazón caería rendido ante ella.

Josefa seguía su plan al pie de la letra. A los hombres hay que hacerlos desear, y eso era justamente lo que ella estaba haciendo. Iba a misa siempre envuelta en hermosos y románticos

vestidos. Luego se retiraba, sin más. Aunque el padre Gastón sentía alivio cuando se iba, en su interior lo lamentaba.

Era lunes, el padre Gastón se sintió aligerado cuando vio que Josefa no había ido a misa. Se concentró mejor, pero no por eso pudo evitar que estuviera en sus pensamientos torturándolo.

Cuando terminó, se cambió y salió a la parte trasera de la iglesia; en el fondo había un pequeño huerto. Se sentía a gusto cuando caminaba por ahí, percibía la magia de la naturaleza en sus pies. Se encontraba con la luz de Dios que iluminaba su vida. Sentía respirar su ajetreado cuerpo. Sonreía por sonreír; eso era la felicidad del corazón. Iba a tomar un poco de aire y luego, corriendo para recuperar el tiempo perdido, tenía que ir a la Iglesia del Socorro.

—¡Padre Gastón, padre Gastón, lo buscan en la sacristía! —llamó el ayudante que aún daba vueltas por ahí.

Se despabiló y se dirigió caminando despacio hasta la sacristía para atender sus asuntos; no quería destruir la sensación de felicidad que lo había invadido. Se sintió agradecido de la distancia que había puesto entre ambos Josefa, al fin había dejado de acosarlo.

Cuando entró y la vio se quedó mudo. Su corazón comenzó a golpear en su pecho con fuerza, y toda sensación de bienestar desapareció inmediatamente. ¿Por qué llevaba ese escote? Lo hacía a propósito, lo quería enloquecer. Esa mujer movía las fibras más remotas y desconocidas de su ser.

—Padre, le traje estos postres. Hoy nos juntamos a tomar el té con las señoras de la Sociedad de Beneficencia y yo les pedí lo que sobraba para traerlos, son para usted…

El padre Gastón la observaba y sentía cómo el demonio lo estaba devorando por dentro. Sus ojos se estaban inyectando de sangre. No podía parar, no quería parar. Comenzó a caminar hacia ella, ya no la escuchaba, solo veía que sus labios se abrían y cerraban; sonreía, parpadeaba. Era tan hermosa. La tomó de la mano y la sacó afuera, la llevó hasta el galponcito donde guardaban las herramientas, mientras ella seguía hablando. ¿Acaso era un sueño? ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué le pasaba? Reaccionó en la puerta. La miró con vehemencia y le dijo:

—¡Váyase, doña Josefa, no regrese! ¡Se lo suplico!

Ella se dio cuenta de lo que sucedía y sonrió. Jamás desaprovecharía semejante oportunidad. Sin perder un solo minuto abrió la puerta y casi lo tiró adentro. Ella misma lo abrazó sin descaro, lo besó justo como había practicado con su esposo. Estaba decidida.

El padre Gastón había escuchado muchas veces lo que se comentaba sobre la visita del demonio en los cuerpos de los sacerdotes, pero nunca le había tocado experimentarlo. Jamás había tenido la necesidad de una mujer, y allí estaba, casi desnudo, con doña Josefa con sus pechos a la vista, sonriéndole, y su pene que le dolía; estaba duro como una piedra.

—¿Nunca lo hiciste? —le preguntó al oído, tuteándolo, mientras mentía su lengua en el orificio de la oreja, enloqueciéndolo más.

—No…

Parada delante de él, recorrió el cuarto con la mirada y vio el banco, lo corrió y lo sentó al padre Gastón sobre él. Luego, con cuidado, se colocó encima, con sus piernas abiertas a los costados. Con el vestido puesto, incómoda, pero muy excitada, buscó el miembro del cura y trató de apuntarlo para que entrara en su cuerpo y hacerlo hombre en ese preciso momento.

El padre Gastón, que nunca había tenido intimidad con una mujer, enloqueció antes de introducirse en el cuerpo de la joven. Allí mismo, a medio camino, sintió el espasmo que le cortó la respiración; creía que era la muerte por semejante pecado, pero al mismo tiempo lo ahogaba el placer que lo inundaba. Doña Josefa sintió el chorro espeso y tibio en su pierna, se apuró a darse placer ella misma, hamacándose sobre él antes de que se desinflara el henchido pene que acababa de ver. Con tanta ansiedad, y mala suerte, que se cayeron con banco y todo entre los trastos y herramientas. Allí terminó el encuentro. La joven sin haber llegado a un orgasmo y el padre Gastón aterrorizado por lo que acababa de hacer. Se vistió sin mirarla a la cara y enseguida salió disparado, dejando a la muchacha semidesnuda, con la ropa en el piso y las ganas entre las piernas.

MALAS DECISIONES

La reunión transcurría en el Club del Progreso, el humo de los puros había logrado impregnar el ambiente. En esos días todo se duplicaba, fumaban más, bebían más. Conversaban más.

Don Rafael se puso de pie, aplaudiendo un par de veces atrajo la atención de la mayoría.

—Estoy preocupado al igual que ustedes sobre el asunto que todos estamos conversando, por eso les quiero comentar que el doctor Larrosa confirmó que el deceso de cuarenta personas fue a causa de la fiebre amarilla. Sí, señores, fiebre amarilla. Las estadísticas dicen que el número de fallecidos es mucho mayor. ¡¿Hasta cuándo vamos a seguir negando que estamos afectados por una epidemia?! Sí, estamos afectados por una epidemia, señores. El Consejo de Higiene Pública de San Telmo confirmó lo que les estoy diciendo. Lamentablemente, como hay amigos nuestros preocupados y ocupados en el asunto, también debemos saber y reconocer que el gobierno está mirando para otro lado. ¿Qué vamos a hacer? ¿Dejar que la peste nos lleve? —dijo don Rafael con ímpetu.

—No sea injusto, don Martínez, tengo parientes involucrados en el gobierno que están arriesgando sus vidas entre los infectados. Algunos serán zorrinos, pero no todos. ¿Usted, qué piensa hacer por la causa? ¿Está dispuesto a ayudar en los hospitales, o mejor en la Policía…? —lo increpó Méndez.

Se hizo un silencio, pero a los pocos minutos otra vez todos comenzaron a hablar al mismo tiempo. Don Rafael se sentó, resignado. Era claro que la fiebre amarilla estaba en Buenos Aires y comenzaba a caminar entre ellos. Enseguida las discusiones tomaron un color político, se cuestionaba quién participaba y quién no, lejos de conversar sobre qué medidas preventivas tomar al respecto. Recargó su copa y se unió a la ronda de discusión.

Agotado de discursar, se despidió de sus amigos y partió para su casa. Llegó dispuesto a conminar a su esposa para que se fueran al campo.

Doña Josefa ya estaba acostada y apenas lo escuchó entrar al cuarto, iluminado por la luna redonda y blanca que ingresaba por la ventana abierta de par en par; fingió estar dormida. Pero cuando don Rafael la despertó para conversar y acordar la ida al campo, enseguida se sentó en la cama. Se despejó de su bata de dormir, aduciendo calor, y dejó su joven y hermoso cuerpo desnudo a la vista de su esposo.

—Querido, sé de su preocupación, venga… —le dijo mientras lo ayudaba a sacarse la ropa.

Cuando estuvo completamente desnudo lo tiró sobre la cama y luego, como un felino

enjaulado, comenzó a gatear hasta quedar sobre él. Cerró los ojos, pensó en el padre Gastón y comenzó a besarlo. Don Rafael se olvidó enseguida hasta de su nombre y se dispuso a disfrutar lo que su excéntrica esposa le estaba a punto de ofrecer. Cuando su mujercita comenzó a lamerle el pecho y a bajar a su ombligo, con delicadeza, la fue bajando hasta dejarla sobre su pene erecto y feliz. Ella obedeció y se lo metió en la boca, pero una arcada rompió el encanto. Lo sacó y comenzó a masajearlo entre los senos. Luego frotó su glande a gusto; cuando estaba por llegar a un orgasmo, lejos de saber lo que pasaba con su esposo, lo introdujo en su vagina húmeda y empezó a cabalgarlo hasta quedar exhausta. Don Rafael estaba enloquecido debajo de su esposa. Con ambas manos le apretaba los glúteos y acompañaba los corcoveos de Josefa. Cuando la joven comenzó a encorvarse y a gritar de placer, dejó escapar su líquido espeso y tibio adentro de su querida mujer.

Cuando la fiesta terminó, Josefa, aún sobre su esposo, lo miró a los ojos y le dijo:

—Querido, ayer me comprometí con ayudar a las señoras de la Sociedad de Beneficencia. Tiene que darme una semana más y nos vamos al campo, se lo prometo.

Don Rafael, pipudo de sexo, se durmió tranquilo y feliz.

Cada uno inmerso en sus preocupaciones transitaron los calurosos días siguientes. Don Rafael seguía con sus negocios sin dejar de observar en la prensa cómo continuaba el avance de la enfermedad. Había posiciones encontradas. Mientras el presidente Sarmiento y su vice, Alsina, más su comitiva, se retiraban por la puerta trasera tratando de proteger sus vidas, otros se habían movilizado a la Plaza de la Victoria y allí apoyaron a la Comisión Popular a cargo de los doctores Roque Pérez, que era abogado y Francisco Muñiz, médico, entre otros valientes que trataron de ocupar el lugar que había dejado vacío el gobierno de turno. Esa era la Comisión que luego impartiría la ley en los barrios del sur, donde decían que había surgido la fiebre y que de allí se había expandido para todos lados.

Parecían crónicas de lugares completamente diferentes: en la ciudad el intendente estaba preocupado por organizar los corsos que pronto llegarían, mientras el jefe de Policía O’Gorman se involucraba con el propósito de detener el avance de la epidemia. Salía codo a codo con la Comisión a cumplir con el objetivo de desalojar la zona sur, donde estaban los inquilinatos de los inmigrantes, culpados por el tormento de la ciudad.

A su vez, en el Club del Progreso se comenzaban a planificar los distinguidos bailes de máscaras del carnaval.

Don Rafael, como nunca en su vida, se sentía indeciso ante el confuso panorama. Por un lado era incentivado por algunos de sus conocidos a participar y a hacerse cargo del aluvión que se les venía, y por otro con el deseo de protegerse quería mudarse al campo un tiempo, como lo estaba haciendo la mayoría de sus amigos más cercanos. No tenía necesidad alguna de correr riesgo. Pensaba que en esta situación los heroicos tenían la muerte asegurada, y no estaba tan equivocado.

Josefa tenía otras preocupaciones rondando su turbia cabecita. Luego de la fracasada tarde en el cobertizo de las herramientas, aún seguía enojada, se sentía humillada. No había sido como lo había imaginado. Tanto deseaba entregarse a los brazos del padre Gastón, tantas veces asaltó sexualmente a su marido, incentivada por la imagen del cura.

Durante los días siguientes el sacerdote la había evitado a toda costa. No podía soportar lo sucedido. Se lastimó la espalda con el cuero trenzado que tenía colgado en la pared de su aposento. No podía sacar de su cuerpo la sed de Josefa. Tenía que borrarla. No debía suceder nuevamente… Era la maldición que lo perseguía. Entonces decidió no verla nunca más. Punto final. Su cuerpo y su alma eran de Dios. Se entregó a su trabajo y compartió la tarea, junto con el resto de los sacerdotes y monjas que trabajaban sin descanso, de asistir a los afectados por la fiebre amarilla.

Josefa se presentaba todos los días preguntado por el padre Gastón y algún sacristán era siempre el portador del mensaje: “no está”, “tiene oficio afuera de la iglesia”, “está saliendo”, “falleció alguien”, “está ayudando en los lazaretos”. La atajaban en la puerta de la sacristía y le anunciaban la excusa del momento.

Josefa no volvió a verlo. Su humor empeoraba a cada segundo. Las pobres criadas, sobre todo Pancracia, que era su preferida cuando estaba feliz o infeliz, quien debía soportar los golpes, los rasguños y las palabrotas de la niña.

Ya no estaba pendiente de la casa, ni de las reuniones con sus amigas o las de la Sociedad de Beneficencia. Su mirada, su energía, su todo, estaba puesto con un alto grado de obsesión sobre el padre Gastón.

Hasta llegó a salir arrastrando a Pancracia detrás de ella. Luego, cuando estaban cerca de la iglesia, la obligaba a ir a espiar, ingresando por la parte de atrás, mientras ella esperaba. La criada se resistía y lloraba con las manos entrelazadas y mirando el piso, pero luego del quinto golpe en la cabeza con el parasol cerrado salía protestando bajito y cumplía con los mandatos de Josefa.

—Pero, amita, yo ni sé cuál es el mocito cura —le decía la criada.

—Andá, negra olorosa, si no sabés cuál es, preguntá por el padre Gastón y traeme noticias, porque si no te mato aquí mismo y te dejo tirada para que te coman los perros.

Al rato regresaba Pancracia compungida por todo lo que veía y escuchaba sobre la fiebre amarilla.

—¡Negra que sos, negra, nunca vas a ser blanca por bruta! Te dije noticias del cura, no de la epidemia.

Y así se pasaba algunas mañanas Josefa, escondida esperando que su criada le trajera algún dato referente a la presencia o no del cura en la iglesia. Tenía una necesidad imperiosa de verlo.

Luego de varios intentos fallidos, Pancracia trajo la noticia que Josefa estaba esperando ansiosa: el padre Gastón sí estaba pero se hacía negar, o sea que no quería verla a ella. De

regreso caminó golpeando a Pancracia con su parasol hasta dejarlo roto. Estaba tan enojada.

Llegaron a la mansión. Pancracia pasó llorando hacia el patio donde estaban los cuartos de la servidumbre y Josefa daba vueltas por la sala como un caballo salvaje encerrado. No encontraba la salida. Algo tenía que hacer, urgente.

Tan ensimismada estaba que no se dio cuenta de que mientras ella pensaba y planificaba cómo encontrarse con el padre Gastón había llegado don Rafael.

—¿Qué le pasa, querida?, su cara…

—Ay, querido esposo, es que estoy muy preocupada por lo que está pasando.

—Yo también, y justo venía a conversar con usted, es imperioso que nos mudemos al campo. Estamos transitando una epidemia, aunque no lo quieran reconocer.

Josefa enseguida se dio cuenta de que estaba metiendo la pata.

—Seguro, querido, pero antes déjeme terminar con la ayuda que ya hemos organizado con las señoras de la Beneficencia. Me quedan tres o cuatro días y nos vamos, ¿le parece?

Don Rafael aceptó, no estaba muy conforme, pero era preferible esperar un par de días más y no tener que llevarla a la fuerza al campo. Y así Josefa se había ganado un poco de tiempo para encontrarse con el padre Gastón y borrar de su cuerpo el recuerdo de ese día, cambiarlo por uno nuevo, amoroso. Iba a lograr que el padre Gastón la amara más que a su vida, que dejara de ignorarla. Eso no lo podía soportar.

Al día siguiente, estaba decidida, lo iba a enfrentar, estuviera donde estuviera. No le importaba.

Se probó quince vestidos, ninguno le gustaba, así que comenzó a descargar su rabia con Pancracia que no hacía más que alabarla en cada puesta.

Al fin salió, tenía que irse antes de que llegara don Rafael quien o no la dejaría salir o querría acompañarla. Y eso no podía ocurrir. Tenía que ir sola. Ataviada con un hermoso vestido de fiesta, completamente fuera de lugar para la ocasión y el horario, se fue en su carruaje.

Llegó a la iglesia y se escondió. Cuando todo estaba en silencio y vio el camino despejado, se dirigió hacia la parte trasera. Avanzando a hurtadillas por el angosto pasillo se raspó los brazos contra la pared; trataba de asomarse por las diminutas ventanas de los cuartos donde dormían los religiosos. Cuando vio al padre Gastón arrodillado, rezando y con toda su espalda lastimada, pensó que se caería redonda al piso. Esa imagen, lejos de enternecerla, la excitó más todavía.

Dio la vuelta despacito y se le metió en la habitación. Cuando la vio, el joven se puso de pie y corrió hacia un rincón, como si hubiese visto al mismísimo demonio.

—¡Váyase! ¡Váyase, doña Josefa!, por favor —exclamaba tapándose la cara con las manos.

—Pero, padre Gastón, tranquilícese —le decía mientras se acercaba al sacerdote que parecía poseído.

—Usted activa los demonios que duermen en mí. Déjeme tranquilo, por favor —seguía implorando el cura.

—No, no son demonios, es el amor, padre, el amor —le decía Josefa como si le hablara a un niño.

—El amor no ocasiona dolores como los que yo siento. Yo conozco solo el amor de Dios y allí quiero quedarme. ¡Esto es el infierno mismo! ¡Váyase!

—Tranquilo, Gastón, todo va a salir bien —le decía cambiando el tono de voz, y sin tratarlo de usted, extendía su mano para tocarlo.

El cura cayó de rodillas y ella lo tomó por los hombros. Con mucho esfuerzo lo arrastró hasta el humilde catre que estaba contra la pared.

—Déjeme tranquilo, doña Josefa, vaya con su esposo, sea feliz —le decía el sacerdote, entregado.

—No te preocupes, querido, todo va a salir bien —le contestaba la joven haciendo caso omiso a lo que realmente sucedía. Ella seguía inmersa en su fantasía y el cura caía inmerso en su desgracia.

Comenzó a acariciarle las heridas de la espalda y los brazos. Luego comenzó a besarlas. Despacito. El padre Gastón, ya casi sin voz y sin aliento, le imploraba:

—¡Váyase, doña Josefa! ¡Váyase, doña Josefa! ¡Usted es mi maldición! ¡Usted está arruinando mi vida! —repetía.

Acostado con la frente hacia el techo quiso quitarse a la mujer de encima. Pero ella era muy hábil y estaba preparada. Lo sostuvo de sus brazos, trabándolos hacia atrás, de la misma manera que hacía su esposo con ella para que no escapara. Esta vez se apuró y ni siquiera se sacó el vestido, solo los calzones. El pene del padre Gastón hablaba por sí solo, se metió en la entrepierna de Josefa y ella, con hábiles movimientos de culebra, logró que la penetrara. Así lo cabalgó a gusto, frotó su clítoris contra él, le abrió la boca con su lengua y se introdujo dentro. Hizo todo lo que le hacía su marido a ella, lo gozó hasta saciarse.

Satisfecha y cuando ya no quedaba nada del padre Gastón, se levantó, sonriente. El cura quedó como muerto sobre el catre, con los ojos cerrados, sin abrirlos, juntó sus brazos y sus piernas y se colocó en posición fetal. Allí quedó.

Ella le tomó el rostro con la mano y lo besó en la boca.

—Mañana vengo, no le cierres la puerta al amor, Gastón. No te maltrates, aceptá lo que sucede —le dijo, y salió sin mirar atrás.

Caminó despacio y se perdió en busca de su carruaje. Sentía su cuerpo lleno de gozo. Lástima que se había hecho un poco tarde, sino hubiese pasado a comprar un pastelito. Tenía hambre y se sentía muy feliz.

Ingresó a su casa, tratando de no hacer mucho ruido, luego de amenazar de muerte a Simón, el chofer, para que no dijera nada y pensando en una excusa para don Rafael. Pero él no había llegado. Todo le salía a pedir de boca, con una sonrisa y cantando fue hasta la cocina a buscar

comida. Las criadas la miraban de reojo. Se preguntaban qué le había cambiado el humor de esa manera.

Don Rafael amaneció temprano, luego de leer todos los diarios, tenía que arreglar algunos asuntos antes de irse al campo con su esposa.

Estaba tan concentrado en lo suyo que no se dio cuenta de la alegría de su mujer.

Josefa, luego de devorar el desayuno, besó a su esposo en la frente y le dijo:

—Querido, me voy a misa, y si me demoro, no se preocupe, prometí colaborar con todo lo que está pasando. ¡Qué barbaridad!

Don Rafael tiró el diario.

—¡No, querida! No se mezcle con los portadores de la fiebre. Pero, ¿qué está haciendo?

Ella lo miró con una sonrisa y le contestó ya casi llegando a la puerta.

—¡Por supuesto que no! Quédese tranquilo. Si me retraso es solo porque voy a llevar la ropa para donar a la Sociedad de Beneficencia y enseguida regreso. No se preocupe, me cuido. Luego nos organizamos y en una semana de estas nos vamos al campo.

Don Rafael se quedó inquieto. Se daba cuenta de que su joven esposa no estaba dando la importancia real a lo que estaba sucediendo con la epidemia.

Josefa se fue a la iglesia más bella que nunca, el vestido rosa claro y la capelina al tono, sujeta con una cinta blanca que le caía sobre el pecho. Cuando preguntó por el padre Gastón le respondieron que el sacerdote se había ido a colaborar a la parroquia de San Pedro Telmo que oficiaba de hospicio para los enfermos víctimas de la fiebre mortal.

No le gustó nada que el sacerdote no la estuviera esperando con los brazos abiertos como ella se había imaginado. No se quedó en la iglesia pero tampoco se animó a ir a San Telmo. Regresó a su casa con la cara por el piso. Le pidió a Pancracia que la ayudara a sacarse el vestido, con el calor y la humedad que hacía no soportaba el corsé tan apretado.

—Señorita, se le aguó la mañana —le dijo la negrita para comenzar una conversación con su ama.

—¡Callate y apurate! —le dijo, al tiempo que le pegaba una cachetada.

Pancracia, casi llorando, agachó la cabeza y siguió haciendo lo que le había ordenado.

Josefa tuvo un impulso fugaz de ir a buscarlo a San Telmo, pero se detuvo. En algunas ráfagas de razón se daba cuenta de que su obsesión podía llevarla por caminos desagradables. Tenía que controlarse. Pero, ¿por qué él no estaba enloquecido de amor por ella, buscándola por todas partes, sin respiro? ¿Por qué no estaba esperándola con un vino dulce en el cuartucho ese en el que vivía? “Claro, porque la epidemia lo absorbe el día completo, seguro es eso”, pensaba.

No podía contarle a nadie lo que estaba viviendo, lo que sentía, lo que le pasaba. Su humor cambiaba como el tiempo, y eso la ponía peor. Cuando se detuvo a pensar unos minutos con cordura, se dio cuenta de que nadie podía saber lo que ella sentía por el cura. Apenas por un

instante pudo ver el gran error que había cometido. Se imaginó a don Rafael enterándose de la historia oculta. “No, no está bueno perder ni un minuto imaginándome eso”, pensó, y enseguida continuó pensando en lo que la había mantenido entretenida el último tiempo: el padre Gastón.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y dispuesta a llevar a cabo su plan. Estuvo horas delante del gran espejo torturando a Pancracia y a Ramona para que la ayudaran con el corsé, las faldas, los zapatos, las cintas y el tocado. Todos los preparativos no eran justamente para una fiesta, era para ir a buscar al padre Gastón a San Telmo. A don Rafael le dijo que iba a la iglesia del Pilar a una reunión con las señoras de la Beneficencia.

Quería estar hermosa para él. Se imaginaba, soñaba despierta con esos ojos verdes llovidos de sus propios párpados; la enloquecían de solo evocarlos. Fantaseó con la escena: ella lo estaría viendo desde la ventanita del carruaje, y apenas los caballos se detuvieran, ella descendería con la ayuda de su postillón y luego correría a sus brazos; dejaría que él la abrazara y acariciara su rostro. Esperaría un húmedo beso sobre su boca. Sintió una cosquilla descender desde el estómago y detenerse en la entrepierna. Cruzó las rodillas y con la mano se apretó fuerte su parte íntima.

—Ay, *mi Dió*, ¿la pinché, niña? — Pancracia soltó todo lo que tenía en las manos, levantando los brazos hacia arriba, al ver a su ama retorcerse y fruncir el ceño con los ojos cerrados.

—No, pava —le dijo apenas terminó de gozar de ese hilo de placer que la recorrió entera. Sonrió.

Sentada sola en el carruaje, con la mirada fija al frente, comenzó a sentir el paso de los caballos y el chirriar de las ruedas.

Llegaron y con la ayuda de Simón bajó.

Había un grupo de personas delante de la iglesia. Ella se veía como un pavo real con la cola abierta, caminando dentro de un chiquero. No le importó, al contrario, desfilando su vestido y abriéndose paso con su parasol cerrado, transitó entre las mujeres mustias, esperando atención. La parroquia ya se había convertido en un lazareto.

Cuando estaba llegando a la entrada, apenas la vio el sacristán de la otra iglesia, corrió a su encuentro.

—¡No sabe, doña Josefa, lo que pasó! —decía el niño casi sin voz y colorado hasta las orejas.

—¿Qué pasó? —preguntó, tomando del brazo al pobre chico—. Hablá.

—Es el padre Gastón…

—¡¿Qué pasó con el padre Gastón?!

—¡Está muerto! ¡Está muerto!

—¿Qué? —preguntó, incrédula.

—Se ahorcó. Dicen que se mató. Ahora no va a poder pasar por la iglesia. Es un pecado quitarse la vida. Dice el padre Fermín que esto es una gran locura y que yo no diga nada. Vamos

a decir que se murió con las monjitas de San Telmo.

Josefa se quedó estupefacta, esperaba cualquier noticia menos esa. Empujó hacia un costado al niño y se fue directo al tumulto de gente. Trataron de detenerla pero no pudieron.

Tiró el parasol, perdió el sombrero y logró meter la cabeza entre los policías que había en el lugar y lo primero que vio fueron unos pies descalzos flameando en el aire. Sintió cómo sus piernas perdían fuerza. Agarrada de la chaqueta de uno de los policías, levantó la mirada y lo vio completo. El padre Gastón estaba desnudo, todo su cuerpo latigueado. Tieso. Lechoso. Horrible. No lo pudo resistir, cayó desplomada al piso.

Cuando volvió en sí varias personas la rodeaban y le preguntaban al mismo tiempo si se sentía bien.

—¿Qué pasó? ¿Quién le hizo eso? —preguntaba Josefa con un hilo de voz.

Una negra que estaba detrás, casi invisible, fue la que habló:

—El padre Gastón dijo que hacía unos días el diablo se había *metío* en su cuerpo, y la única forma de sacarlo era la muerte. Por eso tenía la espalda y los brazos tan *golpeao*, el pobre. Tan *güeno* que era mi finadito.

Doña Josefa se levantó, se fue hasta su carruaje y le pidió a Simón que la sacara de allí, enseguida. Con la mirada perdida y temblando como una hoja al viento sentía que la horrible imagen del padre Gastón colgado la acompañaba a todos lados.

Llegó, no regañó a ninguna criada, ni habló con nadie. Se sacó sola la ropa y se tiró en la cama. Estaba impresionada. Vomitó.

Apenas llegó don Rafael, se colgó de su cuello, llorando, y le pidió que se fueran al campo hasta que la situación se calmara en Buenos Aires.

—No sabe, querido, las cosas que he tenido que ver esta tarde en el lazareto. ¡Pobre gente! Vámonos al campo, ¡ya mismo! —mintió.

Don Rafael suspiró. Al fin. Hacía tiempo que ya tenía todo listo para la mudanza a su estancia en Luján.

La epidemia estaba llegando a su máxima expresión. Ese mismo día recibió la noticia de la muerte de un médico, amigo personal. Se sintió amargado y cobarde. Él se iba. Y punto.

Y así fue, mientras Buenos Aires sufría la más grande y aterradora epidemia de fiebre amarilla, ellos huían y se retiraban al campo a descansar y protegerse. El beneficio de los ricos… la desgracia de los pobres.

El vómito negro

La fiebre amarilla estaba arrasando con los humanos. No estaba claro su origen, algunos seguían afirmando que la traían los inmigrantes, otros, los soldados que llegaron de la guerra del Paraguay muy maltrechos. También se creía que el contagio era producido por los supuestos vapores que emanaban los cuerpos de los muertos. El folclore popular sobre los orígenes de la enfermedad se agrandaba cada vez más.

Los síntomas que la describían con certeza eran dolor de cabeza, inapetencia, sofocos, vómitos, y luego la piel comenzaba a ponerse amarilla.

Los que estaban a cargo del gobierno comenzaron a tomar medidas en San Telmo y los barrios aledaños donde la muerte incierta se presentaba. Cerraron el ingreso de los barcos al puerto. También se agudizaron las medidas de higiene. Los médicos se habían preparado ante la inminencia de la epidemia, pero todo pasaba muy rápido y nada de lo que se hacía era suficiente.

Las familias propietarias de las casonas de lujo de San Telmo se mudaron sin respiro a la zona norte, donde teóricamente la peste no llegaba.

Esa mañana hacía mucho calor, muy temprano Donatella ayudó con los más pequeños. Luego asearon la casa, limpiaron el retrete del fondo y cuando se disponían a ir a buscar agua sintieron los golpes en la entrada. Se alarmaron, los muchachos ya se habían ido a buscar trabajo. Solo había mujeres, niños, perros y las gallinas en la casa. Donatella tomó la iniciativa y abrió la puerta. Se encontró con tres hombres apretados en trajes oscuros, sombreros de copa y rostros ceñudos. Eran de la Comisión de Higiene de San Telmo. La joven les preguntó qué querían. Ellos le explicaron que estaban recorriendo toda la zona y revisando, sobre todo, las casas de alquiler.

Donatella entendió claramente las preguntas de los señores y las contestó sin reparos. Revisaron todas las habitaciones, levantaron los tachos del fondo para ver si no había niños ocultos allí, contaron cuántos eran, presionaron para ver si no había más personas escondidas y luego de observar el estado de la vivienda les dejaron algunas recomendaciones.

—¿Me entiende, señora? —decía el más alto de los tres. Hablaba fuerte como si ella fuera sorda.

—Claro que entiendo, y eso haremos —contestó Donatella que se había puesto al frente de la situación.

—Alquitrán, señora, para desinfectar, y mantenga limpia la casa.

Luego de repetir algunas recomendaciones más, se retiraron y siguieron visitando los inquilinatos de la zona.

Esa noche, cuando llegaron los muchachos se los veía tristes y amargados. Les contaron a las mujeres que el Turco se había ido al norte, había recibido una propuesta concreta y se había ido a trabajar con la caña de azúcar, lejos de la peste. El Turco, con sus chistes, siempre mantenía la casa con una sonrisa. Pero la angustia silenciosa de los muchachos no era por lo que iban a extrañar al Turco, era por no poder irse ellos también. Habían perdido el coraje que los había llevado hasta allí, acobardados del fracaso y con la dignidad aplastada, regresaron con sus familias. Era el único tesoro que aún conservaban.

Los chicos correteaban por la casa, cada tanto alguna de las madres estiraba el brazo y los frenaba de un cachetazo. Protestaban en su idioma, y sosteniendo la mejilla colorada con una mano, se retiraban bajo la burla del resto. Las mujeres repartían el caldo espeso que habían hecho con los restos del mediodía y luego un poco de pan con cebollas rebozadas en harina y azúcar. Cada familia siempre se guardaba algo extra para los más pequeños, se los daban ya en las habitaciones. Antes de dormir, las mujeres aprovechaban para sacudir las prendas de los maridos que al día siguiente debían volver a usarse.

Todos los mañanas, sin desayuno previo, los tres salían a buscar trabajo. Pero los días pasaban y a la tardecita regresaban con el cuerpo cansado y la ilusión perdida. Comenzaron a fraccionar la comida dando prioridad a los niños. Ya no quedaban ahorros. Ya no quedaba comida, ya no quedaban esperanzas.

Stefano se vio obligado a sacar algo de dinero que tenía guardado y compró comida para todos. La situación comenzaba a apremiar.

La paz llegaba con la noche, era el descanso. El único momento en el que los hombres y las mujeres, tomados de la mano, y luego de orar por sus hijos, se entregaban a un ratito de nada. Paz. A más de uno le hubiera gustado quedarse dormido y no despertar. Descansar para siempre y salir de ese infierno que no mostraba ni un solo gesto de amabilidad.

La vida en la casa era austera. Donatella ya no tenía clientes y los pocos que venían no tenían para pagarle los arreglos.

Cuando llegaba el primer dolor de cabeza o vómito, las personas entraban en pánico. Corrían a la asistencia pública o a los hospitales y los lazaretos. Mandaba la desesperación. La peste seguía cobrándose vidas, sobre todo las de los niños. A cada rato se escuchaban los gritos de una nueva muerte: las madres corrían por las calles con sus hijos amarillentos, muertos en sus brazos.

Cada día era un día ganado.

Pero ellos se sentían protegidos, la enfermedad no tenía que ingresar a ese hogar, no tenía forma de hacerlo. Las mujeres aseaban la casa desde la mañana hasta la noche. Mantenían la improvisada letrina con cal y lejía, siempre impecable. Como también habían afirmado que la

peste venía con el agua, Donatella, antes de consumirla a cuenta gotas, la rociaba con lejía.

Las reuniones en los bares ya no se hacían y cada uno bajo su techo trataba de sobrevivir a la peste mortal.

El Tano llamó a los hombres al patio.

—Muchachos, hoy salgo a buscar comida, *propriamente* que ya no queda trabajo. ¡Ustedes mismos vieron lo que está pasando! —dijo.

—¿*Ma* dónde vas a buscar comida? Si ya ni el mercado tiene para vender… ¿O vas a ir a la Asistencia? —preguntó Stefano.

—De eso queríamos hablarte, Stefano. Fui y esperé pero ya no quedaba nada en la Asistencia. Vamos a ir a buscar comida como sea.

—*Capisco* —dijo el joven mirando al piso.

Los tres salieron sin decir nada. Cuando estuvieron en la calle, cubrieron sus rostros con pañuelos dejando solo los ojos al descubierto. Caminaron por las revolucionadas calles de San Telmo. Llegaron hasta la zona de las casonas y eligieron las que estaban desocupadas. Saltaron por el ingreso de los criados y se metieron. Cuando estuvieron adentro se dieron cuenta de que las mansiones ya habían sido saqueadas. De todas maneras pudieron llevarse algunas cosas, cucharas de plata que encontraron tiradas en el piso, utensilios, cacerolas.

Siguieron revisando las casonas y en la calle canjeaban lo que encontraban con los carros de los vendedores ambulantes aprovechadores de la situación.

El Alemán había descubierto un cofre con joyas debajo de una cama. Eso los ayudaría. Se fueron a la Plaza del Comercio a ver si había llegado alguna carreta con mercadería. No tuvieron mucha suerte, pero algo consiguieron. Luego repasaron los almacenes. Estaban todos en las mismas condiciones. Lo que se iba acabando no tenía reposición.

—Me siento como si estuviera adentro de un mal sueño —dijo Stefano en un alto que hicieron para descansar.

—Yo no quiero pensar que me vine aquí arrastrando a toda mi familia. Al menos donde estábamos no corríamos riesgo de muerte —replicó el Tano.

—Esto pudo pasar en cualquier parte del mundo. No se maltraten, amigos. Tenemos que salir adelante —dijo el Alemán.

—Yo no esperaba esto. Pensé que las cosas iban a ser muy diferente. *Ma*, bueno, ya estamos en el baile. ¡Tenemos que bailar!

—Me siento acorralado. Solo le pido a Dios, si aún no nos abandonó, que cuide a nuestras familias de la peste —agregó el Tano.

Los muchachos se dieron aliento unos a los otros y siguieron camino con sus bolsas colgadas de los hombros.

Cuando llegaron a la casa, las mujeres no preguntaron nada, solo se pusieron manos a la obra.

Prendieron el fuego, pusieron la olla con agua a hervir y cocinaron lo que había. Encerrados en la casa, repasaron los trastos con trapos húmedos en agua e impregnados de lejía. Cuando bajó el sol, Donatella y Stefano tomaron un cuchillo cada uno y fueron a sacar los yuyos del fondo.

Al día siguiente, apenas el sol despuntó, los muchachos salieron, los tres juntos, y las mujeres se quedaron en la casa.

En las calles de San Telmo, mientras las personas morían amarillas y esqueléticas, los sepultureros trabajaban a sol y sombra. Los oportunistas remataban de todo en las calles, incluso algunos vendían las casas que estaban vacías con papeles y todo. Stefano, en su fuero interno, tenía el impulso de aprovechar la oportunidad, de buscar lo que quedaba de sus ahorros para comprar la tierra y hacer negocios. Pero no, él era un hombre honesto, y esas cosas no las hacen los hombres de bien. Se sacó la idea de la cabeza y siguió caminando detrás de los muchachos. Se habían llevado tres sombreros de una de las casas, eso los cubría un poco del sol. Con los rostros tapados para protegerse de la peste y los sombreros sobre sus cabezas parecían tres *cowboys* pero a pie.

Cada tardecita los muchachos llegaban con las manos prácticamente vacías. Comían lo que lograban conseguir.

Donatella ya no quería que su esposo se expusiera ante la enfermedad en las calles. Temía que un día alguno cayera preso de esa fiebre maldita.

Cada vez más costaba mantener a los niños en la casa. Cuando los más grandes encontraban un descubierto, se escapaban a deambular por las calles un rato. Pero luego regresaban con los rostros pálidos y asustados y se quedaban quietos por algunas horas. Las cosas que veían afuera los dejaban impresionados.

Todas las noches, antes de dormir, Stefano y Donatella rezaban un rosario en voz baja. Los días seguían pasando y, lejos de mejorar, las cosas empeoraban cada vez más.

Cuando el sol ya estaba bien arriba, cerca de las doce del mediodía, Donatella fue la que descubrió a Bruno, el hijo más pequeño del Tano, sentado en el último escalón, con la cabeza entre las rodillas. Le llamó la atención verlo tan quieto, se agachó a su lado y cuando lo tomó del mentón para mirar su cara, se dio cuenta de que volaba de fiebre. Enseguida lo levantó en sus brazos y fue en busca de su madre. Lo acostaron sobre la cama y María, llorando, comenzó a limpiar el rostro del niño, que no llegaba a los tres años, con compresas de agua con vinagre, para bajarle la fiebre.

—¿*Ma*, ahora qué hacemos, Donatella? Los muchachos no están

—Tranquila, María, nosotras nos vamos a ocupar de Bruno —le contestó la muchacha.

—Hay que llevarlo al hospital.

—No conviene sacarlo de la casa, puede ser peor. Yo me voy corriendo hasta el Hospital de Mujeres, busco un médico y le pregunto qué hacemos —decía con desesperación.

—Gracias, Donatella, gracias.

María no podía dejar de llorar, sabía lo que significaba que su hijo contrajera la enfermedad. Lo sacó de la cama y bajó las escaleras con el niño en brazos. Se sentó en la cocina y allí mojaba el trapo en el agua con vinagre y lo posaba sobre la frente del pequeño. El resto de los niños espiaba por la puerta. Nina separó enseguida a sus hijos y los encerró en su cuarto. A pesar de que Donatella trató de explicarle, el miedo la superó y la mujer entró en pánico.

Los muchachos aún no había regresado y Donatella, sin saber de dónde salían las fuerzas que la impulsaban, se fue corriendo a cumplir su promesa. Con un pañuelo tapando su boca, comenzó a caminar a paso apurado por las veredas de San Telmo. Las calles, lejos de estar vacías, estaban colmadas de personas: indigentes, niños solos llorando por sus padres perdidos… o tal vez muertos, víctimas de la fiebre.

Siguió avanzando sin escuchar los pedidos de ayuda y los gritos desesperados. Por fin llegó al Hospital de Mujeres. A diferencia de lo que imaginaba, estaba lleno de hombres y mujeres, curas y monjas que iban de acá para allá. Inútilmente se colgó del brazo de cada uno que encontraba, pero todos estaban muy ocupados. Las personas morían en las manos de los médicos sin que ellos pudieran hacer nada.

Entró en pánico y comenzó a gritar hasta que vio a la mujer. Estaba de pie, en un rincón, con su pequeño en brazos, esperando a que la atendiera alguien. Pedía ayuda en un idioma que Donatella no pudo descifrar. Eran demasiados. Tenía que salir de allí. Tuvo el impulso de ayudar a todos, pero, ¿qué hacer? Tenía que volver a ayudar a María. Entendió que allí no podrían atender a nadie más. Todo estaba fuera de control.

Salió con desesperación de ese lugar. Sintió un revoltijo en el estómago que le produjo algunas arcadas en seco. Regresó caminando, despacio. ¿Qué le diría a esa madre desesperada? Ni siquiera se imaginaba estar en su lugar. Les pidió fuerzas a Dios y a la Virgen, fuerzas para poder ayudar a María con su niño.

Llegó con las manos vacías y el corazón destrozado.

—María, tenemos que alimentarlo bien, pero liviano, y sobre todo controlar la fiebre —dijo, sin saber de dónde salían esas palabras—. No creo que sea buena idea llevarlo al hospital, hay gente por todos lados. Me parece que se les fue de las manos. *Propriamente* me lo indicó un médico —mintió.

María le agradeció y siguió con las compresas.

—No hay más vinagre —fue todo lo que pudo decir.

Cuando llegaron los muchachos y les contaron lo que estaba sucediendo con el niño fue desgarrador. El Tano cayó de rodillas junto a su esposa que estaba sentada en la cocina con Bruno en sus brazos. Lloró sin consuelo, lloró toda su desgracia. El Alemán corrió a asegurarse de que su familia estuviera sana y Stefano se puso a la orden de Donatella para conseguir lo que hiciera falta, lo que pudiera.

Mientras, en la calle, el silbato, conocido por su música que estremecía, sonaba a cada rato. Eran los carros de la Policía, los agentes que con sus casquitos redondos irrumpían en cualquier lugar, donde fuera necesario, para establecer el orden y la higiene.

Stefano había salido en busca de vinagre. Con lágrimas en los ojos, miraba cómo luego de que pasaran los de la Comisión a determinar el desalojo de los inquilinatos, los policías tiraban desde adentro hacia fuera de todo: ropa, muebles. Vaciaban el lugar. Las pobres mujeres, en sus distintos idiomas, imploraban sin saber por qué los sacaban a la calle, quemaban sus pertenencias, cerraban con candado la casa por fuera y se iban. Los niños lloraban y solo quedaba el tendal humano y la hediondez en el medio de la calle.

Siguió caminando, pasó al frente de ellos. Pudo entender a uno de los hombres que pedía ayuda en italiano. ¿Qué hacer? Una lágrima rodó por su mejilla mientras le temblaban las piernas y su alma se desgranaba. Se metió a través de todas las puertas que encontró abiertas en busca de vinagre. Con la nariz y la boca tapadas con un pañuelo gris, revolvía las casas, hurgaba en los bienes ajenos.

Luego de recorrer durante varias horas, por fin regresó con vinagre, arroz y azúcar.

Donatella circulaba por la casa repartiendo caldo entre las mujeres, Nina seguía encerrada, mientras el Alemán trataba de que saliera. María, con Bruno en sus brazos, y el Tano tratando de contener al resto de sus hijos que lloraban todos juntos; sabían que su hermanito se iba a morir.

Stefano percibía cómo sus sentimientos se encontraban, por primera vez saboreó la emoción del resentimiento. Comenzó a sentir cómo le hervía la sangre, quería insultar, quería correr, quería llorar.

—¿Donatella? —la llamó, incrédulo de ver a su mujer allí, deambulando.

Cuando ella lo vio, lo abrazó y comenzó a sollozar sin consuelo.

—Calma, mi amor. Tranquila —le decía Stefano mientras la abrazaba. Él también tenía ganas de dejarse caer al piso y llorar como un niño.

Le acarició la cara y juntos rezaron un rosario. Eso los dejó un poco más tranquilos y listos para seguir luchando contra la fiebre amarilla, el vómito negro o el fantasma más aterrador que estaba terminando con la humanidad.

Luego de muchas conversaciones lograron que Nina bajara y dejara a sus hijos tranquilos. A María la instalaron en su habitación para que cuidara a Bruno y el resto de la familia se pasó al cuarto que gentilmente cedieron Stefano y Donatella, ellos dormirían abajo, en la cocina.

Llegó la noche y bajo la luz de la luna en San Telmo, todos intentaban dormir, apagar sus vidas por un rato. Stefano, sentado sobre una colcha en el piso de la cocina y con la espalda apoyada sobre la pared, sostenía a Donatella que lloraba en silencio, para adentro, recostada sobre su pecho.

—Calma, mi Donatella. No llores, mi amor.

Con la incomodidad de la inmediatez el joven matrimonio Costa estaba perdiendo la

esperanza…

La muerte acecha

Pasaban los días y la peste se expandía ahora por toda Buenos Aires.

Ya no había trabajo, ni comida… nada. Las clases no empezaron, las instituciones cerraron sus puertas. No había más insumos, ni remedios. El caos mandaba. Sobrevivían como podían. O los que podían.

El Tano llegó a la casa, se había ido muy temprano y solo. Dio vuelta su camisa transpirada y dejó rodar algunas papas y cebollas sobre la mesa. Las miradas de todos se cruzaron, nadie preguntó. No hacía falta.

El hombre había tocado tantas puertas que al fin, en el lazareto, una monja le había dado unas gotas para Bruno, le dijo que eso lo aliviaría. Enseguida subió para contarle a María y administrarle el remedio al niño lo antes posible.

Bruno seguía bajo el cuidado de su madre, algunas mañanas se despertaba de buen semblante, eso llenaba de esperanzas a sus padres. Los otros niños deambulaban por la casa pero no podían acercarse al cuarto donde estaba Bruno. Solo observaban de lejos.

Donatella cocinaba mientras que Nina y María se ocupaban cada una de sus hijos. Comenzaron a mirarse con cierto recelo, tenían la peste en la casa y eso los desanimaba a todos.

Esa mañana amaneció calurosa. El primero en llegar a la cocina fue el Tano. Donatella se levantó enseguida y se puso en marcha para preparar mate cocido. Stefano vio la cara del hombre y supo que la situación había empeorado. Sentado en el banco, con los codos apoyados la mesa, y tomándose la cabeza como si pesara lo que una piedra, les dijo que Bruno había pasado una mala noche. Durante ese mismo día la piel del niño comenzó a secarse y a ponerse amarillenta.

El Tano deambulaba con los hombros casi rozando el piso y el alma cansada, su pequeño se iba para el otro mundo, en el fondo lo sabía, todos los sabían. Donatella le acercó la botella con limoncello.

—Tomá, Tano, te va a ayudar en este momento.

El hombre tomó la botella y bebió bastante de un solo sorbo, se atragantó. Luego la dejó a un costado y salió a la calle. Stefano quiso seguirlo pero Donatella lo detuvo.

—Dejalo solo, Stefano.

El muchacho le hizo caso a su mujer y regresó.

María seguía encerrada en el cuarto con su niño. El resto deambulaba por la casa. Era

Donatella quien les preparaba algo de comer. Nina pasaba la mayor parte del tiempo encerrada con sus hijos. Tenía pánico del contagio. Cuando rara vez bajaba a la cocina, trataba de no rozarse con nadie. Esquivaba a todo el mundo. Se estaba volviendo loca.

Desgraciadamente a los pocos días el niño falleció. Fue devastador. María lo seguía teniendo en sus brazos, no quería dejarlo, no quería bajar. La tristeza se había apoderado de su cuerpo, de su mente y de su alma. Donatella le recordaba que sus otros hijos esperaban por ella. Trataba de animarla, pero era inútil. La pobre mujer estaba desecha. El dolor la había consumido.

Nadie se animó a decir nada cuando vieron al Tano con una pala, haciendo un hueco en el fondo de la casa, y a su lado su esposa con el niño muerto en brazos, envuelto en una sábana. Todos sabían que no había dinero para un funeral y un entierro decentes. Y si no hacían eso tendrían que entregarlo a los carros municipales que pasaban por la calle recogiendo a los muertos.

Se acercaron de a poco y Donatella recitó un rosario en voz alta. Algunos la acompañaron, otros solo hicieron silencio. Cuando María depositó al pequeño en ese pozo, Donatella pudo ver cómo la mujer dejaba su vida junto al niño muerto. Pudo sentirlo en sus entrañas. Sabía que esa imagen la acompañaría hasta que cerrara los ojos para siempre. Se apoyó en Stefano, rojo de ira, que la abrazó y la sostuvo para que no cayera al piso.

—No voy a soportar ver a otro hijo morir —le dijo María. La mujer era un alma en pena.

Concluyeron con el entierro de Bruno, el Tano improvisó una cruz de madera y la puso sobre la tierra amontonada donde yacería para siempre su hijo más pequeño.

Luego de eso ingresaron a la cocina y ya nadie salió al patio esa tarde.

Al día siguiente la segunda tragedia los sacudió. El hijo mayor del Alemán cayó preso de la fiebre. Nina enloqueció de ira y la culpó a María por el contagio. La corrió escaleras abajo y la agarró justo en el último peldaño; si no fuera por Donatella, que llegó justo para separarlas, se hubieran lastimado mucho.

—Les dije que sacaran ese chiquito enfermo de aquí, nos vamos a morir todos, ¡todos! Y es culpa de tu egoísmo, María.

La mujer casi no respondía ni a los insultos ni a los tirones de cabello.

—¡Soltala, Nina! ¿No ves que acaba de perder a su hijo? ¿Quién es la egoísta? —gritaba Donatella mientras trataba de que la mujer liberara los cabellos de María que estaba tirada en el piso, entregada, lejos de defenderse.

—¡Ahora se muere mi hijo! ¡Se muere!

Luego de unos minutos de lucha cuerpo a cuerpo, quedaron las tres mujeres en el suelo. Nina llorando en los brazos de Donatella y María acostada en posición fetal, tapándose el rostro con las manos. Los niños presenciaron el espectáculo en silencio y todos juntos.

Más tarde la historia se repetía, el Alemán también se trenzó con el Tano, pelaron hasta dejarse los rostros ensangrentados. Stefano trató de interferir pero los muchachos tenían tanta

bronca, tanta ira acumulada, que el pobre se ligó una trompada en el estómago. Cayó al piso doblado en dos. Donatella enseguida fue a asistirlo. La casa se había convertido en un caos.

Cuando se calmaron, luego de haberse machucado todo el cuerpo, se pidieron disculpas. La desolación los invadía. Sentados en el suelo, los tres hombres se quedaron en silencio mirando el piso entre sus rodillas. Solo la noche oscura les dio un espacio para descansar sus cuerpos y llorar a sus muertos.

Donatella reposaba con su cabeza sobre el pecho de su esposo. Stefano se propuso sacar a su mujer de ese lugar o ella terminaría enloqueciendo. Por un lado tenía el impulso de salir corriendo de esa casa junto a su esposa. Pero por el otro se sentía mal por abandonar a todos en el peor momento de sus vidas. Él era hombre de honor, no un cobarde que abandonaba el barco cuando se hundía. Sin embargo, no estaba solo, estaba Donatella.

Cuando el sol anunció que debían seguir soportando la cadena de los días negros que sacudían sus almas convalecientes, escucharon los gritos de Nina. Stefano abrió los ojos y la vio en la puerta que daba al patio. Todos corrieron pensando que le había pasado algo al niño. Pero no, estaba de pie en el quicio de la puerta, con las manos tapando su boca, horrorizada y con los ojos inyectados de furia y de lágrimas. En el fondo estaba María, tirada sobre la tumba de su hijo y bañada en sangre. La mujer se había cortado las venas de ambas muñecas. No pudo soportar más la vida y decidió buscar refugio en la muerte.

Stefano sujetó a su mujer. No quería que viera a María todavía desangrándose.

En el medio de la tragedia y con la mirada trastornada, Stefano caminó hacia su baúl, lo abrió con decisión y tomó sus ahorros escondidos en el doble fondo que él mismo había confeccionado. Luego buscó a Donatella, la encontró llorando abrazada a Nina, la agarró del brazo y la sacó de la casa como pudo.

—No puedo dejarlos solos, van a morir de a uno. Dejame regresar, Stefano, tenemos que estar con ellos, ayudarlos —gritaba la joven mientras su esposo la arrastraba.

—Vamos, Donatella, no vas a soportar esto. Tengo en vista un lugar para vivir por un tiempo. Ellos van a poder salir adelante solos. Vamos —decía Stefano sin dejar de sostener a su mujer.

—No podemos dejarlos. Es un pecado abandonarlos cuando nos necesitan tanto. ¡¿Qué va a hacer el Tano solo con los niños?! ¡Pobre hombre!

—Vamos, Donatella si nos quedamos vamos a morir también —Stefano se sentía el más miserable de los seres humanos y estaba avergonzado con su santo, San José, pero había decidido priorizar a su esposa.

—¡*Ma* decime un poco dónde vamos a ir, Stefano! ¡Ya estamos muertos!

—Tengo un lugar, vamos, Donatella, vamos. Esto es horrible. Que Dios los apañe en su misericordia a todos. ¡*Presto*, mujer!

Solos, tomados de la mano, sin nada más que su ropa y los pocos ahorros que les quedaban,

caminaron por las calles del castigado barrio de San Telmo.

El sepulturero

Se dirigieron a un hotel que había visto Stefano en sus salidas con los muchachos. Cuando entraron lo hicieron tímidamente y temerosos de que nos los aceptaran, pero el dueño, al que llamaban el Polaco, no dudó en alquilarles una pieza por un buen monto de dinero.

Fue un regalo de la vida poder disfrutar de esa habitación para ellos dos solamente. La pieza era diminuta, húmeda y tenía una pequeña ventana. Pero para ellos era lo más parecido al paraíso. Donatella lloraba desconsoladamente mientras agradecía poder estar en ese lugar.

Stefano fue al cuarto de baño que estaba separado de la pieza. Allí llenó un cuenco con agua fresca y luego regresó por Donatella. Le sacó cada una de las prendas y la bañó como si fuera una niña, frotó su cuerpo con un trapo, enjuagó su cabello y luego la acompañó a la habitación a descansar. Hizo lo mismo.

Limpios, juntos, tranquilos… se quedaron dormidos.

La situación apretaba, no daba respiro. Al día siguiente Stefano tendría que encontrar algún trabajo, ya se estaban consumiendo las últimas gotas del dinero que tenían como reserva. Y el cuartucho del hotel costaba caro. Los otros inquilinos les habían contado que cada semana el precio subía.

Salieron los dos, codo a codo. Caminaron por la calle hasta el mercado, entraron a todos los negocios que aún tenían sus puertas abiertas y se ofrecieron para trabajar. Pero era como ir en contra de la corriente, la ciudad estaba diezmada.

En una de las tiendas un comerciante les comentó que en una funeraria estaban necesitando gente. Stefano condujo a Donatella al hotel y luego fue solo a ver el trabajo. La muchacha se quedó en el cuarto protestando, ella solo quería acompañarlo.

Stefano se dirigió hasta el lugar que le había indicado el tendero. Apenas llegó agradeció que Donatella no estuviera con él. El lugar estaba rebalsado de cadáveres, cajones de madera y pocas flores. Enseguida lo contrataron para llevar los muertos al cementerio. Nadie quería hacer ese trabajo, decían que el vapor de los cuerpos contagiaba la fiebre amarilla, pero Stefano no hizo caso. No era un trabajo agradable, pero como le dijo a su esposa, los muertos también merecen respeto y dignidad hasta que están bajo la tierra. Con la fiebre atacando por todos lados, ese era el negocio del momento. Y él no lo iba a desperdiciar.

Había sido un buen día, después de todo.

Mientras Stefano lidiaba con los muertos, Donatella había llegado a un acuerdo con el dueño

del hotel: ella se encargaría de cocinar para aquellos que alquilaban el cuarto con comida incluida, y de lavar la ropa en el bajo del río con el resto de las lavanderas. Y a cambio solo pagarían la mitad del alquiler de la pieza. Ella quería a toda costa que Stefano dejara ese trabajo. Tenía terror de que su esposo contrajera la enfermedad. Se pasaba todo el día entre los muertos.

Donatella no podía dejar de pensar en sus amigos, quería ir a visitarlos, saber qué había pasado con el hijo de Nina. Pero los dos trabajaban todo el día, de sol a sol. Se despedían a la mañana con un beso y se volvían a ver a la nochecita, exhaustos.

El tiempo seguía pasando, por fin a Stefano le tocó un día de descanso. Decidieron ir juntos a visitar a los únicos amigos que tenían. Caminaron en silencio, salteando la desgracia. Lo que encontraban a cada paso no los alentaba. Y cuando llegaron, lo que vieron no era mejor, la casa estaba cerrada con candado por fuera. Stefano le prometió que al día siguiente iría hasta lo del Irlandés para preguntar por ellos. Regresaron sobre sus pasos, en silencio, y con el peso de la culpa sobre sus espaldas. ¿Qué había pasado con sus amigos? Ellos sabían bien lo que significaba el candado puesto por fuera de la casa.

El panorama, lejos de mejorar, empeoraba cada vez más. El calor no ayudaba. Aunque no dejaba de agradecer cada día, Donatella se sofocaba en el cuartucho del hotel. Ya casi no le quedaba tiempo para coser, acarrear las sábanas y toallas al bajo, para luego lavarlas. Además, después de eso, debía cocinar para todos. Al final del día terminaba muy cansada y con la espalda y las piernas doloridas.

La información que circulaba en los periódicos no era para nada auspiciosa. Un artículo que versaba sobre la enfermedad y sus causas, publicado en esos días en el diario *La Nación* afirmaba textualmente: "*… la fiebre ha buscado el punto de mayor aglomeración y desaseo y lo ha atacado sin piedad. Inmediatamente que se han hecho cesar las causas de la propagación, la peste ha desaparecido encerrándose de nuevo en su guarida primaria. Sabido es que un nuevo foco de peste se había anunciado en la calle Paraguay, entre Artes y Cerrito. Averiguando el hecho, resultó que el lugar atacado, teniendo capacidad para cincuenta personas, alojaba trescientas veinte. Pero había algo peor… con un objeto que no es fácil adivinar, el locador o dueño de esa casa no consentía que se sacasen las basuras que se hacían diariamente en ella, que no serían pocas ni de buena calidad. Iba amontonando en el fondo de la casa donde hacía diez meses que se estacionaban, por manera que, cuando se sacaron, fue necesario ocupar diez grandes carros de los que hacen el servicio municipal. Allí dio su asalto la fiebre amarilla, atraída sin duda por los inmundos efluvios de aquella atmósfera, y la primera víctima que hizo fue el mismo dueño o arrendatario de la casa, en seguida fue atacada su mujer y murió…*".

Ese artículo lejos de ayudar alertó a las personas que estaban en el poder, entonces fue cuando se hizo el acuerdo entre las autoridades del Municipio, la Comisión Popular y el Gobierno y se dispuso de inmediato el desalojo de todos los conventillos de la ciudad. El plazo que

establecieron fue de cinco días; si no se desocupaban llegaban las autoridades con la fuerza pública para efectivizarlo. Pero en la realidad el hecho era que ya venían inspeccionando y desalojando, a ojo de buen cubero, todas las casas en las que suponían vivían conglomerados de inmigrantes.

Stefano no podía creer que estuvieran desalojando a las personas más necesitadas. Estaba indignado y muy preocupado porque no podía encontrar a sus amigos. El debacle de inmigrantes era tremendo.

—¡Vamos! Volvamos a Italia —dijo casi llorando Donatella.

—Ya fui a la compañía Genovesa y no quedaban más pasajes, vendieron más de cinco mil. ¿Cómo no fui antes? ¡*Ma* es que soy un tonto!

—*Ma*, bueno, Stefano, ya estamos acá. Dios sabe por qué —replicó la joven para aminorar la desesperación.

—¡Dios no está, Donatella, nos abandonó! Tenemos que lograr sobrevivir —le dijo con seriedad.

Mientras, afuera, se anticipaba lo que ya era una tragedia.

Por más que trataron de ubicarlos, no volvieron a ver al Tano, ni al Alemán ni a sus familias. Mucha gente se iba, otros se amontonaban como podían hasta que llegaban los de la Comisión y otra vez los sacaban a las calles. Algunos se lanzaban a la aventura de irse al interior, sin nada, como fuera. Ante todo el objetivo era sobrevivir.

Stefano se despedía cada mañana de su esposa y caminaba hacia su trabajo. Donatella, cuidadosa como era, protegía a su marido con medidas extremas de higiene y lo llenaba de ungüentos amargos para espantar la peste. Lavaba con lejía los pañuelos con que envolvía su cara cada día, dejando solo los ojos afuera. Y cada noche agradecía a la Virgen y a San José que lo mantenían vivo un día más. Cuando Stefano se iba, con los ojos llenos de lágrimas, Donatella amenazaba a su Virgen para que se lo devolviera a la noche sano y salvo.

Para Stefano los días transcurrían distintos, no se cansaba de llevar los cadáveres al cementerio, la mayoría eran niños. Revisaba a cada uno que llegaba para ver si allí estaban sus amigos. Los cajones no alcanzaban, tampoco los espacios para enterrarlos. Las iglesias ya funcionaban como hospicios, lazaretos improvisados, nuevos cementerios.

El carnaval pasaba, sin murgas ni bailes, con carrozas de muerte.

La trágica Semana Santa

Llegó abril y en el diario *La Nación* ya aconsejaban el éxodo de la ciudad. De lo que quedaba. La editorial seguía pintando la triste realidad. Solo quedaban los rezagados, los que no tenían a dónde huir.

Llegaba la noche y Stefano llegaba exhausto a su casa. Donatella le había suplicado que dejara ese trabajo, pero la realidad era que ya no había empleo de ningún tipo, y él no iba a dejarlo, quedarían en la calle. Morirían inmediatamente.

—Hoy me enteré de que, al fin, trajeron vagones del Ferrocarril Oeste, para los inmigrantes que quedaron en la calle —le contaba a su esposa para sacarla del tema.

—Cuando se instalen vamos a ver si encontramos a Lorenzo y su familia. ¿Sabés dónde van a estar esos vagones?

—Sí, en Moreno, no es cerca, pero tampoco tan lejos. Podemos ir, también están instalando carpas en San Martín. Los vamos a encontrar, seguro.

—¡Que la Virgen los proteja y nos proteja! Tengo miedo, Stefano, ¿qué pasa si te morís? ¿*Ma* qué hago aquí sola? Por favor, no vayas más a ese trabajo, todos esos muertos están infectados.

—San José me protege y me dijo que no me quiere allá, así que tranquila, mi amor. Nada me va a pasar —por más que intentaba calmarla, él también tenía miedo, y mucho y hubiese querido dejar el trabajo, pero no podía, cada vez les alcanzaba menos el dinero. Aprovechando la situación de caos y tragedia general, el dueño del hotel aumentaba el precio a cada rato.

Cuando parecía que ya no podía ser peor, la cara del diablo volvía a sonreír y ganaba otra partida. ¿Podrían aguantar más tiempo? O será que una epidemia termina cuando todos mueren…

Con un pañuelo sujeto anudado detrás de la cabeza, cubriéndose la boca y la nariz, y su sombrero hasta las orejas, Stefano hacía su trabajo con responsabilidad. Nadie soportaba esa tarea más de una semana, todos se iban. Desertaban los carpinteros, los cocheros. El que siempre quedaba era Stefano. Él era absolutamente consecuente con su trabajo.

Debido a que no había más lugar para enterrar a los muertos, tuvieron que abrir otro cementerio. Las casas vacías, los cementerios llenos, las iglesias ya no alcanzaban para dar asistencia a todos.

Donatella había imaginado su muerte y la de Stefano una y otra vez. La fiebre llegaría a ellos, era inevitable. Y seguro empezaría con su marido que convivía todo el tiempo con los muertos

por la peste. Si Stefano se enfermaba, apenas se muriera, ella se quitaría la vida. Se iría con él. Lo había acompañado hasta este submundo, lo acompañaría al otro mundo. Con ese obsoleto pensamiento dando vueltas por su cabeza transcurría su día, mientras cumplía con sus tareas. Cuando llegaba la noche, se paraba en el quicio de la puerta a esperarlo. Cuando lo veía aparecer, sentía que la noche se lo regalaba, ella suspiraba y sus hombros caían relajados. Stefano llegaba cansado, maltrecho, pero sano.

Flor de susto se llevó Stefano una mañana mientras hacía su trabajo. Arriba de un carro había unos diez cadáveres. Los había dejado el personal municipal, él tenía que revisarlos para luego trasladarlos al cementerio y allí dejarlos. Luego, los encargados del camposanto los quemarían a todos juntos. Mientras caminaba hacia el carretón vio que uno de los cuerpos se levantaba y quedaba sentado entre los otros. El corazón de Stefano casi le explota en el pecho.

—¡*Madonna santa*! —exclamó agarrándose la cabeza con las manos y retrocediendo unos pasos.

Luego se acercó con cautela. Le temblaban las piernas, los brazos y llegó a pensar que había perdido la razón. Recién le volvió el alma al cuerpo cuando descubrió que el muerto vivo era un paisano con una gran borrachera que aún no lo dejaba reaccionar.

Mientras ayudaba al borracho, pensaba en la última noticia que le había dado su patrón. Ya estaban listos los rieles hacia el oeste, ahora podrían llevar los muertos en el tren a las tierras donadas de la Chacarita. Esa era una buena noticia para él. Le aliviaría muchísimo el trabajo.

La Semana Santa pasaba con penas y sin glorias. Siempre que Donatella salía al bajo con los canastos, observaba todo, intentando encontrar a alguno de sus únicos amigos.

Una de las fatídicas tardes, cuando ya regresaba revoleando los ojos para todos lados con ansias de encontrarse con alguien conocido, lo vio. El canasto se le cayó de las manos desparramando la ropa limpia sobre el piso mugroso. Era su amado Stefano. Conducía un destartalado carro lleno de cadáveres. Esa imagen fue como un cachetazo en todo el cuerpo de Donatella. En ese momento tuvo conciencia del negro destino que los acechaba. ¿Cuánto tiempo más podía durar su esposo allí? Cuando reaccionó, tuvo el impulso de correr detrás de él. Pero luego regresó. Stefano nunca se enteró del suceso.

Ella seguía rezando a escondidas, tenía esperanzas. No se sentía abandonada por Dios como el resto, estaba viva y su esposo también. Siguió desde la intimidad de su cuarto todos los rituales de la Semana Santa. Hasta que su Virgencita le envió un alivio. Y fue por medio del Polaco.

Esa tarde, como otras, luego de que Donatella le rindiera todo al Polaco, este la invitó a quedarse, quería conversar con ella. Estuvieron varias horas a solas y con la puerta cerrada. Cuando Donatella salió de allí, su semblante era otro.

Corrió a su cuarto, se arrodilló al costado de la cama y con lágrimas en los ojos agradeció. Luego de rezar, se dispuso a esperar a su esposo. No veía la hora de contarle. Apenas la

oscuridad le regaló a Stefano, corrió a su encuentro.

—Stefano, tenemos que hablar —le dijo antes de que el muchacho cruzara el quicio de la puerta principal del hotel.

Acompañó a su esposo hasta el cuarto de baño, lo ayudó a cambiarse y luego lo llevó casi a rastras hasta la cocina. Le puso un plato de puchero humeante con papas y batatas y un vaso de vino. Le cortó la comida en pedacitos pequeños como si fuera un bebé y comenzó a darle de comer. Stefano sentía con cada bocado cómo su cuerpo intentaba arrancar de nuevo. Donatella empezó a hablar.

—Hoy vino el Polaco, y me dijo que ya no quiere volver, tiene miedo del contagio. Pero tampoco quiere perder el hotel en manos de indigentes o vándalos. Así que a cambio de que nos quedemos aquí sin pagar nos tenemos que encargar de todo hasta que la epidemia termine y él pueda regresar. ¡*Propriamente soy* tan contenta! ¡Stefano, no vas a ir más a trabajar a ese lugar! ¿*Ma*, no *sos* contento? —dijo emocionada y con lágrimas en los ojos—. Va a venir el abogado para que firmemos los papeles y listo.

Detrás de la barba, la piel ajada y los ojos irritados, apareció la sonrisa de Stefano. Con la ayuda de Donatella llegó a la cama, sonrió a su esposa, suspiró y durmió siete horas seguidas.

El frío trajo el alivio

La llegada del invierno fue la sonrisa a la desgracia. Las heladas comenzaron a espantar a la peste. Poco a poco la gente dejó de enfermarse y morir. Stefano se fue recuperando, agradecido de haber resistido a semejante audacia.

El joven matrimonio Costa nunca más volvió a ver a sus amigos ni a sus familias.

Le habían ganado la batalla a la fiebre amarilla gracias a la higiene casi obsesiva de Donatella y sobrevivieron en un hotel del barrio San Telmo.

Con mucha lentitud y esfuerzo las calles comenzaron a ser transitadas nuevamente, los almacenes y las tiendas abrieron sus puertas, y con paciencia fueron retomando sus actividades. Las iglesias y monasterios recuperaron sus curas y su monjas.

Stefano estaba preocupado, en cualquier momento llegaría el propietario del hotel y reclamaría lo suyo. ¿Y ellos? Conseguir trabajo aún era un imposible, tal vez, más adelante.

Una fría mañana, cuando terminaban de servir el desayuno a los clientes, lo vio venir. Había llegado el Polaco, tenían que conversar.

Luego de los saludos, el dueño recorrió su hotel y no paraba de felicitarlos. Todo estaba impecable. Las cuentas en orden. No sobraba ni faltaba nada. Se sentaron los tres en una de las mesas del comedor y conversaron un largo rato.

El Polaco estaba tan agradecido de haber sobrevivido y de que ese joven matrimonio de inmigrantes le hubiese mantenido su negocio en buen estado, que decidió retribuirles de alguna manera. Los dejaría quedarse allí, trabajando para él, hasta que ellos pudieran organizarse y alquilar algo por sus propios medios. Stefano no sabía cómo agradecerle. No se esperaba semejante premio. Enseguida, y con la mejor predisposición, ambos se pusieron manos a la obra.

Stefano era el encargado de todo, mantenía las maderas firmes, las ventanas con sus herrajes engrasados y el jardín cuidado. El resto del tiempo ayudaba a Donatella con la comida, con la limpieza, a servir las mesas y sacudir las habitaciones. El cuarto de baño lo limpiaba él, no dejaba que su esposa se encargara. Entre los dos habían conformado un gran equipo que mantenía el hotel en perfectas condiciones.

Donatella consiguió algunos clientes como costurera entre todos los inquilinos del hotel. El matrimonio había vuelto a sonreír.

Sobrevivir fue un regalo de Dios. Habían vencido a la peor pesadilla de sus vidas. La peste se iba y los Costa luchaban por volver a enamorarse de la tierra prometida.

De a poco las familias fueron dejando sus casas en las quintas y regresaron a sus casas de invierno. Las escuelas y las instituciones retomaron sus rutinas. El Presidente regresó con su gente y se puso manos a la obra con la limpieza del riachuelo, la ciudad, el agua. Lamentablemente era un gobierno de reacción y no de acción. Tuvo que morir un alto porcentaje de la población porteña para que los dirigentes pusieran atención.

Por supuesto que llegaron las grandes disputas legales por algunas propiedades que habían sido vendidas teniendo dueños. Los reclamos por robos. Los abogados y los escribanos eran los que más trabajaban en ese momento.

El puerto se puso en acción, nuevas obras, orden y un nuevo comienzo…

Acomodados, más tranquilos. Se mudaron a una habitación más espaciosa, la más confortable del hotel. Con cama grande y cortinas. Donatella estaba comenzando a armar nuevamente todo su ajuar perdido entre las mudanzas. Lo miraba a Stefano ir y venir, hacía frío, abrigado hasta los dientes podía ver sus ojos, su andar. Sonrió. Otra vez tenía tiempo para el amor.

Stefano llegaba con los dedos engarrotados y Donatella lo esperaba con chocolate caliente, mientras ella organizaba la cena para ellos y los comensales que hubiera esa noche en el hotel. Luego la calma. El descanso.

Hacía mucho tiempo que sus cuerpos solo se rozaban, se acoplaban para descansar donde les tocara. No había espíritu, ni tiempo para el amor. Pero todo eso ya era historia. Donatella había puesto en la cama las sábanas blancas a las que les había bordado a mano los extremos. También con la misma tela y la habilidad de sus manos confeccionó dos camisas de dormir. Les bordó sus iniciales a cada una, las de ella en rosa y las de marido en celeste. Tal vez por las circunstancias de la vida de cada uno, ambos apreciaron la blancura de las sábanas. Stefano disfrutó con sus dedos callosos la suave textura de los bordados realizados por las manos de su esposa. Él observaba, tocaba y alardeaba, y ella, colorada como un tomate, le decía:

—Pavo, no es nada, es solo un bordado.

—Donatella, no es solo un bordado. Es todo tu amor puesto en cada puntada aquí —le decía al tiempo que tocaba la seda con sus manos.

Ella no podía controlar más sus emociones internas, sus ojos disparaban brillos para todos lados, sus manos inquietas se movían sin poder dominarse, su rostro estaba enrojecido y su sonrisa era un caramelo.

—Donatella —le dijo al oído y la abrazó con fuerza.

Sentados en la cama, uno al lado del otro, ninguno sabía cómo empezar. Hacía tantos meses que no se amaban.

Stefano empezó a desvestirla en silencio. Ella lo dejaba hacer. La observaba, ¡qué bella era! Aún recordaba la emoción que sintió cuando la joven lo aceptó en matrimonio. No podía creerlo. Nunca se imaginó que la bella Donatella, admirada por todos los muchachos del pueblo, lo eligiera a él.

Desnudos los dos se metieron en la cama, se abrazaron. Con los besos recordaron sus cuerpos, hicieron revivir el amor que estaba en silencio, esperando.

La cigüeña

La corona de la felicidad la puso la noticia del incipiente embarazo de Donatella.

Luego de toda tormenta, sale el sol. Igual pasó en la vida de los Costa.

Stefano había conseguido trabajo como estibador y Donatella se dedicaba a la costura. Habían alquilado una pieza en una casona vieja, siempre en San Telmo.

La preñez de Donatella había cambiado las perspectivas del joven matrimonio. Ahorraban cada peso que sobraba, pagaban la pieza y la comida. Querían juntar dinero para volver a intentar comprar un pedazo de tierra.

El Polaco les había regalado la cama para el matrimonio, una mesita del hotel y dos sillas. Con eso empezaron de nuevo.

Mientras Stefano trabajaba, Donatella zurcía, y cuando terminaba con los encargos, ella misma fabricaba algunas prendas para luego venderlas entre sus clientes.

Ambos trabajaban todo el día, Donatella solo se permitía algunos mates con sus clientas y cuando Stefano llegaba cansado, conversaban un rato y él se quedaba dormido sentado.

Llegaron las fiestas de fin de año y un montón de trabajo para Donatella. Cosió vestidos, camisas, pantalones. Cada clienta contenta le acercaba otra más y así fue creciendo.

Para la fiesta de Navidad fueron cargados de regalos a cenar al hotel del Polaco.

Fue una hermosa fiesta y aunque había personas que ellos no conocían mucho, pero que vivían ahí, compartieron comida y hasta bailaron.

Cuando el calor agobiaba, Donatella, cuya barriga estaba empezando a crecer cada vez más, salía a coser afuera. Prefería lidiar con las moscas pero disfrutar de alguna brisa fresca.

Los días siguieron pasando y llegaron los festejos del carnaval. Los Costa salieron a disfrutar de las comparsas, los bailes y los candombes. A Donatella le encantaba y aunque a Stefano lo ponía un poco nervioso tanto desorden y amontonamiento de personas igual la acompañaba.

En uno de los encuentros que tenían frecuentemente con el Polaco, les comentó que había surgido una posibilidad de alquilar una pequeña casa sobre la calle Defensa, cerca de la Plaza del Comercio. Se trataba de una propiedad perteneciente a una viuda irlandesa que vivía en la zona norte. Él mismo los contactó con la dueña, que era una mujer mayor y algo arisca, pero con el Polaco como garantía pudieron alquilarla.

Así fue como el matrimonio Costa, luego de haber vivido hacinados en la pieza de alquiler, pasaron a esperar a su primogénito en la casita sobre la calle Defensa.

Stefano estaba muy feliz, la vivienda era pequeña pero les regalaba la tan ansiada intimidad. Distribuyeron los pocos muebles que tenían y enseguida comenzaron a planear: debían comprar una mesa más grande para que Donatella pudiera cortar sus géneros sin problemas, y la cuna para el bebé, y tantas cosas más.

La joven, luego de trabajar cosiendo para ganar dinero, se dedicaba un rato para confeccionar prendas para su hijo en camino: hacía batitas, camisetas, todo lo que su imaginación pudiera inventar y sus manos fabricar.

Stefano, en su intimidad, algunas noches de desvelo, se preguntaba qué sería de sus vidas. ¿Y si se ponían viejos viviendo en esa casita alquilada? ¿Qué futuro tendría su hijo en ese lugar? ¿Cómo hubiera sido la vida de ellos si no se hubieran aventurado a este país?

Nunca le dijo nada a Donatella de sus inquietudes. Sí les preguntaba a sus compañeros inmigrantes, le gustaba escuchar las diferentes historias. A veces se sentía bien por estar donde estaba y otras sentía envidia por no tener la valentía de lanzarse al interior como lo hacían muchos.

Una tarde, cuando el sol sangraba sobre el río, Stefano pensaba en sus amigos, los seguía buscando en vano en cada rostro. “Pobre Tano, ¿qué habrá hecho solo con sus hijos”, se preguntaba.

Esa noche, cuando llegó a su casa, la miró a su esposa que ya tenía una panza tan grande y redonda que Stefano temía que se le reventara o que se le cayera y se enterneció.

—Hoy me siento cansada, este chico o chica me está consumiendo toda la energía —decía Donatella detrás de la pila de ropa en la que había estado trabajando.

—No es todo el chico, es mucho trabajo, mujer, tendrías que parar un poco. Ya está por nacer, ¿no? ¿Y qué vamos a hacer cuando nazca? —le preguntaba Stefano con seriedad.

—*Ma, mirá un poco* lo que pregunta. Criarlo, Stefano, criarlo.

Con la ayuda de la asistencia pública y el amor de sus padres, la cigüeña dejó a Vittorio en la pequeña casita de los Costa sobre la calle Defensa.

Cuando lo tuvieron por primera vez en brazos, Stefano y Donatella lo observaron. Asustados. Se veía tan pequeño y frágil que no sabían qué hacer. Donatella seguía las instrucciones de la enfermera para darle el pecho. Stefano la ayudaba, espantado de ver lo que nunca ni siquiera se había imaginado.

Luego de muchos días de trasnochar, Vittorio se prendió del pecho de su madre y no volvió a soltarlo. Stefano pudo dormir más horas por las noches. Poco a poco se fueron acostumbrando a Vittorio. Les ocupaba las horas y el pensamiento. Con el pequeño, la felicidad había llegado al hogar.

Cuando Stefano llegaba de trabajar, su esposa lo esperaba para darle la última papilla a Vittorio. Ambos miraban cómo desarmaba en su boca el zapallo hervido en caldo de gallina, como quien mira a su tesoro más valioso.

La felicidad del matrimonio era ver cómo crecía Vittorio, cada peca nueva en sus cachetes, los rulitos color naranja que asomaban de su cabeza lechosa.

Cuando el niño finalmente se dormía, ambos se miraban, se sonreían y luego se quedaban observando embelesados cómo respiraba con la boca entreabierta y los ojos cerrados. Aunque flacos y agotados, Donatella y Stefano transitaban sus días plenos de felicidad.

Vittorio era un niño alegre y muy amado. Sus padres estaban dispuestos a allanarle el camino y forjarle un buen destino. Acordaron que tenía que estudiar.

Stefano trabajaba cada vez más. Solía llegar a la casa cansado y con intensos dolores de espalda, el trabajo de estibador no era muy saludable para su cuerpo. Donatella lo espiaba con el rabillo del ojo de su corazón y entonces la tristeza la invadía hasta los pies, tanto sacrificio, solo para vivir. Aunque él jamás se quejaba, llegar a su hogar y confirmar que su hijo estaba sano y era feliz era todo lo que le había pedido a su querido San José.

Vittorio era inquieto y curioso. Cuando aprendió a caminar tuvieron que atarlo con una soga a la pata de la mesa. Vivía escapándose y era tan veloz que en varias oportunidades Donatella casi se muere del susto cuando el niño salía de la casa corriendo y se iba a la calle. Tenía miedo de que terminara debajo de algún carruaje, o aplastado por un caballo.

Habían dispuesto uno de los cuartos para que Donatella pudiera trabajar con sus telas, hilos y tijeras, y Vitto dormía con sus padres. La mayoría de las veces en el medio de ambos. A Stefano no le gustaba eso, decía que el chico podría tener problemas cuando fuera mayor, pero Donatella terminaba el día tan cansada que cuando su niño la reclamaba, ella lo metía entre los dos y dormía un rato más.

Con Vittorio en casa Stefano ya no disfrutaba del cuerpo de su mujer como antes. Cuando el niño se dormía, hacían el amor rápidamente. Stefano se trepaba sobre Donatella y con el rabillo del ojo controlaba que el niño siguiera durmiendo. Enseguida la penetraba y le pedía que le besara las orejas, entonces el orgasmo llegaba rápido. Varias veces Vittorio había hecho algún sonido estando dormido, y del susto los dos se quedaban quietitos, y bueno, Stefano estaba tan cansado que ya no podía retomar y se dormían con las ganas.

Durante los años siguientes, mientras Vittorio seguía creciendo sano y hermoso, Donatella visitaba la asistencia con cada embarazo que perdía. Estaba cansada y débil.

Su cuerpo no sostenía a sus hijos y ella se entristecía y se culpaba. Cuando quedó embarazada por cuarta vez y casi pasa para el otro lado, el médico la operó y le dijo que ya no correría más riesgos de quedar encinta. Se repuso lentamente y con mucho dolor enterró la idea de darle hermanitos a Vittorio.

Stefano trabajaba doce horas por día, Donatella hacía lo propio con la costura y Vittorio crecía

feliz en el barrio de San Telmo junto a una manada de niños de diferentes nacionalidades.

La maldición

La estadía en el campo fue bastante engorrosa para todos. Josefa no se acostumbraba y se quejaba todo el tiempo. Don Rafael la justificaba y, como siempre, le daba todos los gustos.

Se pasaba los días añorando su vida en Buenos Aires, tirada en los sillones de la galería y haciéndose masajear los pies o apantallar por Pancracia. Otras veces se deprimía y se encerraba a llorar en su cuarto.

Un día se despertó temprano y salió a caminar sin rumbo, con Pancracia siguiéndola a los tropezones sosteniendo su parasol. Llegaron a los corrales en la parte trasera de la estancia, detrás de las casas de servicio, donde estaban los gallineros y los huertos.

Allí Josefa encontró una nueva diversión que la ayudaría a matar su aburrimiento. A escondidas de don Rafael, que salía temprano acompañado de Rudecindo, el capataz, y otros peones a ocuparse de los quehaceres del campo, ella empezaba corriendo y fastidiando a las gallinas. Visitaba las casitas de las ponedoras y les sacaba los huevos. A veces se quedaba espiando, quería ver justo el momento en que ponían los huevos. Otras veces le pedía a su criada que tomara una gallina y al gallo y los pusiera juntos, quería saber y ver cómo era la relación sexual entre ellos.

Seguían con las conejeras, los terneritos. Pancracia sufría al ver cómo Josefa trataba de separar al ternero mamón de la vaca, o cuando quería montar las ovejas. Cuando veía que se acercaba don Rafael en su caballo, para que no la descubriera se tiraba de panza al piso y allí quedaba confundida con los pastizales. Pancracia padecía su compañía todo el día.

Don Rafael le restaba importancia a su comportamiento. Y cuando los sirvientes veían que Josefa se acercaba, salían disparados para todos lados.

Superada la crisis de la epidemia, don Rafael regresó a Buenos Aires con su esposa y toda la tropa de criados, sirvientes y baúles cargados en los carruajes tirados por caballos seleccionados especialmente de su haras.

Apenas llegaron a la mansión, Ramona y el resto de los sirvientes se pusieron en campaña para poner la casa en funcionamiento.

Don Rafael le pidió a Josefa que lo acompañara, tenían que salir a dar las condolencias a todos los amigos que estaban transitando el luto por la muerte de sus seres queridos bajo las garras de la fiebre amarilla. Josefa trató de zafarse de ir, pero no pudo. Así que su primera salida porteña fue todo un fiasco para ella.

Cuando la tranquilidad llegó a la mansión de los Martínez Peña. Josefa comenzó a organizar su vida. Las salidas, las reuniones con amigas y, sobre todo, las compras. No volvió a la iglesia del Pilar. Nunca más preguntó nada sobre el desgraciado cura y se lamentaba en público en forma exagerada cuando se hablaba de las grandes pérdidas humanas como consecuencia de la fiebre amarilla.

Don Rafael enseguida se concentró en sus negocios. Había que repuntar con todo. Josefa se lamentaba todo el día porque las tiendas no estaban en su mejor momento y no conseguía vestidos nuevos para comprar. Aún no había podido reunirse con sus amigas y nada era como cuando se fueron al campo. Todo lucía distinto. Triste.

Pasaban los días y poco a poco todo iba tomando color, menos Josefa que comenzaba a sentirse descompuesta. Enseguida le echó toda la culpa a Ramona y sus comidas y al famoso *pimentún*. Pero después de varios días más, se dio cuenta de que hacía tiempo que su sangre no la visitaba. Se puso a repasar en silencio, ella había hecho todo lo necesario para no quedar embarazada. Las únicas veces que no había hecho los baños de asiento fue cuando estuvo con… ¡Dios! El padre Gastón. Se tomó la cabeza con las manos y se dejó caer sentada en el sillón que tenía detrás de ella.

¿De quién era el hijo que llevaba en su vientre? Inmediatamente vino a su pensamiento la imagen del cura colgado de la cuerda, desnudo y ensangrentado. La muerte del sacerdote se había perdido entre todas las muertes que había dejado la fiebre amarilla. ¿Y si ese embarazo era del padre Gastón?

No, ella no dejaría que ese niño fuera hijo del cura. Ese niño era hijo de don Rafael y listo. Sacudió la cabeza, borró las imágenes que la perturbaban, se levantó y siguió con sus cosas, como si nada. No se quejó más de su estado, pero su malestar comenzó a molestar a todo su entorno.

Don Rafael se preocupó mucho por el estado de Josefa cuando Ramona, a escondidas, le contó de sus descomposturas y vómitos matutinos. Enseguida llamó a su primo médico para que la revisara. Josefa estaba tan irritada con todo que pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su cuarto y solo permitía el ingreso de Pancracia.

En unos días el médico le dio la feliz noticia. Estaba embarazada. Aunque ya lo presentía, a Josefa no le gustó mucho la idea, no tenía ganas de lidiar con un hijo y menos aún de engordar como una vaca. Don Rafael, en cambio, estaba tan emocionado que se la pasaba hablando de su primogénito.

Deprimida y enojada, comenzó a transitar su no deseado embarazo. Como siempre, disimulaba al frente de su esposo. Cambiaba su estado de enojo por malestar físico.

Por las noches, excusada por su condición, no se dejó tocar más por don Rafael, excepto los días que retomaba la lectura de sus novelas románticas y entonces sí, quedaba tan excitada que cuando el hombre llegaba a la cama, ella lo trababa, se colocaba encima de él y cuando ya tenía

el pene de su marido dentro de su cuerpo se frotaba hasta darse el máximo placer, sin importarle lo que pasara con él. Cuando el orgasmo terminaba para ella, se recostaba a su lado y se dormía.

Todos esperaban a ese niño o niña con ansiedad, menos Josefa. Ella solo quería recuperar su cuerpo y su vida. No veía la hora de que la pelota que crecía en su panza se desinflara y todo regresara a la normalidad. Su normalidad.

Don Rafael la mimaba todo el tiempo, le gustaba observar a su joven mujer en estado. No se daba cuenta del fastidio que sentía ella con el embarazo. La llevaba a todos lados como un trofeo. Cuando Josefa estaba muy aburrida comenzaba a simular las descomposturas para que su marido la llevara corriendo de regreso a su hogar.

Los meses pasaban y el humor de Josefa estaba cada vez peor, ya casi no podía disimular delante de su esposo. Fueron su madre y sus parientes mujeres quienes la obligaron a armar un ajuar para el bebé que estaba por llegar. No hizo caso a ninguna recomendación y llevó el embarazo con obligación y mal humor hasta el último día.

El parto comenzó tranquilo y amoroso, acompañada por los médicos de la familia, los parientes y la servidumbre al pie de la cama para cualquier necesidad que ella o el bebé pudieran tener. El cuarto estaba acondicionado especialmente para que fuera lo mejor y más tranquilo posible.

A medida que avanzó el tiempo los gritos de Josefa aturdieron hasta las gallinas del fondo. El parto amoroso se convirtió en una carnicería. Josefa pegó y pateó a todo el mundo. A la pobre Pancracia la tenía agarrada de los pelos, agachada a su lado. No paraba de gritar y maldecir.

Apenas nació el bebé, pidió que se lo llevaran y que se ocuparan de calmar sus dolores. Fue Pancracia quien tomó al niño en sus brazos, era un hermoso varón, y en ese mismo instante se enamoró de él y para siempre. Salió del cuarto con el crío aún embardunado en los líquidos de su madre, envuelto en una sábana blanca con Ramona corriendo detrás para ayudarla.

Tuvieron que buscar una comadrona enseguida, había que alimentar al niño. Josefa lo miraba escondida debajo de las sábanas, dejando solo sus ojos al descubierto. Ni loca permitiría que ese bebé le succionara los pechos.

Apenas don Rafael se enteró de que era padre de un hermoso varón, lleno de felicidad salió a compartir la buena noticia con sus amigos. Josefa, a los gritos, asistida por todo el mundo y Pancracia con el niño y la comadrona.

Los primeros días solo aceptaba tenerlos en brazos cuando estaba don Rafael presente, pero antes de que el hombre cruzara el quicio de la puerta ya se lo revoleaba a Pancracia. No quería saber nada con ese bebé que lloraba todo el tiempo.

Cuando al fin pudo levantarse de la cama, fue un alivio para todo el mundo.

A partir de ese momento, caminaba ella adelante y detrás Pancracia con el niño en brazos. Cuando el bebé lloraba, pedía que se lo llevaran bien lejos de ella. Su llanto, sus ruidos extraños y sus olores la ponían de mal humor y le producían dolor de cabeza.

Don Rafael, en cambio, estaba feliz, no veía la hora de llegar a su hogar y levantar a su hijo en brazos, llenarlo de besos. Esa pequeña bola de carne humana lo tenía completamente embobado. Se llamaría Rafael como su padre, y Pedro como su abuelo paterno. Josefa consintió en todo con el nombre del niño. En realidad no le importaba mucho. Solo estaba interesada en sí misma.

El niño tenía la blancura de su madre. Sus ojos eran redondos y muy claritos. El médico dijo que era un hermoso bebé sano.

A partir de ese momento a Josefa solo le importaban las fiestas en honor al niño, aunque a él ni siquiera lo miraba. Ella misma se encargó de organizar la fiesta de bautismo del pequeño. Cursó invitaciones a todo el mundo, eligió cuidadosamente su vestido y también lo que llevaría el bebé. Cuando llegó el momento de acordar con el cura, sintió un escalofrío correr por su espalda. Pero igual fue hasta la Iglesia del Pilar. Por suerte el sacerdote que estaba a cargo no era conocido y era viejo y bien feo. Enseguida arregló todo el asunto y regresó a su residencia. Los recuerdos del padre Gastón habían sido removidos por la audaz memoria de la joven.

Josefa trataba de recuperar su cuerpo y su vida social mientras que Pancracia se ocupaba de día y de noche de Pedrito, así le decían para no confundirse con el nombre de su padre. La madre únicamente lo tomaba en brazos un momento cuando estaba delante de su esposo, solo para que a don Rafael no le llamara la atención y pensara ella que no era una buena madre.

Pedrito perseguía gateando a Josefa como un cachorro por toda la casa. Parecía como si el pequeño adivinara que esa mujer distante era su madre. Algunas veces ella se entretenía escondiéndose de él y luego lo asustaba; ver al niño llorar desesperadamente le causaba mucha gracia y placer.

Otras veces lo ponía sobre la cama y cuando él le sonreía, le pegaba en la mejilla. Pedrito la miraba desolado, otra cachetada suave, luego más fuerte hasta que el niño lloraba y ya entraba Pancracia y se lo llevaba con la excusa de que tenía que comer o cambiarlo. La criada no se despegaba de Pedrito ni un solo segundo y menos cuando estaban solos con Josefa. Su crueldad no tenía límites.

Para su primer cumpleaños los Martínez Peña brindaron una gran fiesta. Carnearon dos vaquillonas, corderos y pollos. Josefa estuvo un mes organizando las mesas, las tarjetas para los comensales, la misa, las estampitas y los recuerdos para los invitados. Lo que no tuvo en cuenta es que para el evento tan esperado ella tenía que tener consigo a Pedrito todo el tiempo.

Pedro crecía feliz junto a Pancracia, durante el día recorría el patio, el gallinero y la cocina y cuando llegaba don Rafael posaba desorientado, en la sala principal de la mansión, sobre la falda de Josefa.

Por lo general lo tenía un momento en brazos y luego se lo daba a Pancracia para que lo llevara así ella podía cenar y conversar tranquila con su esposo. Luego de la cena Pancracia tenía que traerlo dormido y dejarlo un momento en los brazos de Josefa para que don Rafael viera que

tan comprometida estaba con la maternidad. A pesar de todo el esfuerzo que hacía la muchacha fingiendo que era una buena madre, don Rafael se había dado cuenta de que no era tan así. Pero no le dio importancia, era el precio por tener una mujer tan jovencita. Era cuestión de tiempo para que se enamorara de su hijo. “Todas las madres aman a sus hijos, ella no será la excepción”, pensaba el hombre.

Pancracia, siempre con una sonrisa, se ocupaba y corría detrás de Pedrito todo el tiempo. Amaba a ese niño que la estaba convirtiendo en madre sin darse cuenta y también porque la estaba salvando de las garras de Josefa.

Fue ella la que comenzó a notar con el paso del tiempo que las extremidades del niño comenzaron a ponerse extrañas. Lo consultó con Ramona y, sí, también lo había notado. Menos doña Josefa toda la servidumbre veía algo raro en Pedrito.

No comprendían qué pasaba. Intentó hablar con Josefa sobre el asunto pero nunca la escuchó. Don Rafael, por su lado, también comenzó a advertir la rareza. Enseguida convocó a don Luis, el médico de la familia, para que lo revisara. Algo no andaba bien con el niño. Su cabeza comenzó a ponerse rara y sus bracitos también.

Allí comenzaron las conjeturas e intercambio de opiniones médicas.

Josefa no interfería en nada, su atención ahora estaba puesta en el joven inglés que estaba de novio con una de sus grandes amigas. En cambio, don Rafael estaba muy preocupado por la salud del niño. No sabía qué pensar. Preguntaba todo el tiempo al médico para saber algo. Le pedía que le recetara algún medicamento para que Pedrito creciera normal. Le comentaba a cada rato sus dudas.

Luego de algún tiempo de investigación el doctor había confirmado las sospechas de don Rafael: su primogénito padecía enanismo.

Las dudas se transformaron en certeza y se convirtieron en la peor pesadilla de la familia Martínez Peña. Don Rafael no podía tolerar la noticia, no quería. Era algo terrible. Totalmente inesperado, era inaceptable. Caminaba de un lado a otro, con la mirada clavada en el piso, y los dedos de su mano derecha marrones de los cigarros que no paraba de fumar.

Su pariente, su querido amigo, el médico de la familia, le había dado la peor noticia de su existencia, la noticia que cambiaría el curso de su vida de allí en adelante. Josefa estaba sentada junto al médico, su rostro ya no era el mismo. La niña tenía el horror pintado en su cara.

Don Luis, luego de dejar instalada la peor tragedia en la familia, se fue. No sin antes escuchar repetidas veces el pedido de don Rafael de que guardara el secreto. Nadie podía enterarse del horror que estaba viviendo la familia Martínez Peña.

Josefa observaba a don Rafael, sus rasgos eran distintos. Su rostro hablaba ira, enojo, disgusto.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó la joven, entre lágrimas.

—No lo sé, tal vez tendríamos que regalarlo a un circo…

Josefa se tapó la cara con las manos y dio rienda suelta al llanto contenido mientras pataleaba

sobre el piso.

—Nuestro hijo, ¡un enano! ¿Por qué este castigo de Dios? Yo no quiero un hijo enano, haga algo, por favor, lléveselo ahora.

—Ya le encontraremos una solución. Un enano en esta familia no puede haber. ¿Acaso en la suya hay parientes deformes?, porque no me lo dijeron —decía don Rafael desencantado con todo, hasta con su esposa.

—Nosotros no tenemos parientes enanos, ¡pero qué dice! Y no voy a volver a tener hijos, ¡nunca más! —decía llorando Josefa.

—Perdón, querida, es que estoy muy impactado con esta noticia, nunca me imaginé que podría pasarnos algo como esto. Imagínese, nuestro apellido Peña tiene escudo propio, no podemos mancharlo con un enano en la familia.

—¡Y pensar que yo lo tuve en mi cuerpo! ¡Usted me puso eso adentro! —decía espantada Josefa.

—Bueno, compórtese como una mujer, ¡carajo! Y pregunte a sus familiares de dónde sacaron a este enano. ¡No, no! ¡Ni se le ocurra contarle a nadie! Yo me ocupo del resto —le dijo don Rafael cerrando el asunto.

—Nadie puede saber que tuve un animalito en vez de un hijo —decía la joven asintiendo con la cabeza.

A partir de ese día Josefa ya no levantó en brazos a Pedro, lo miraba de lejos. Cuando el niño la veía y tiraba sus bracitos, ella se daba la vuelta y se iba corriendo como si tuviese una enfermedad que se contagiara con el contacto humano.

Los fantasmas volvieron a atacar los pensamientos de Josefa, definitivamente ese era un castigo divino para ella, por haber estado con un cura… ¿Por qué no lo pensó antes de andar flirteando con el padre Gastón? Los ojos verdes y el cabello rojizo eran herencia absoluta del cura. Don Rafael no se había dado cuenta porque ella también tenía ojos claros. “Pero seguro que en la familia del cura había algún enano, si no, ¿de dónde saldría este engendro?”, pensaba Josefa sintiéndose desorientada con todo.

Dios le había mandado un enano. ¿Acaso el padre Gastón vendría de una familia con esos problemas? Se enojó y tiró la tetera al piso. ¿Cómo no lo había pensado antes? Tiró la taza llena de té y a los gritos y pateando todo lo que se encontraba a su paso. Llamó a las sirvientas para que limpiaran. Encima ahora ese niño deforme también le había quitado la exclusividad de Pancracia. Se sentía tan malhumorada, enojada y deprimida.

Luego de que pasaran unos días de la noticia y de andar deambulando por la casa envuelta en su camisa de dormir, una mañana se levantó temprano, se puso su mejor vestido y le pidió a Pancracia que mantuviera al niño fuera del contacto visual y físico de ella y continuó con su vida.

Pedrito comenzó a convivir con la servidumbre el día completo. Nunca más volvió a salir a la calle. Sus padres nunca más los alzaron ni abrazaron. Y Pancracia comenzó a ser lo más parecido a una familia que hubiera tenido. Confinado al último patio con las gallinas, los patos y los conejos vivía Pedrito como podía.

Josefa, sin dar explicaciones en su entorno social, siguió con su vida mientras presionaba a su esposo para que sacara “el coso” de su hogar. Don Rafael sentía en su interior una batalla de emociones, por un lado el cariño extremo que sentía por el niño, pero cuando lo veía ese afecto se transformaba en rechazo.

Comenzó a decir entre sus amistades, en complicidad con don Luis, que el niño tenía serios problemas pulmonares, que su vida pendía de un hilo. Fingía todo el tiempo estar angustiado por la situación.

Pasó muchas noches sin dormir hasta que tomó una decisión. Tenía que sacar a Pedro de la casa. No podía soportar ver cómo su hijo dejaba de crecer y se convertía en un enano. Lo enviaría a su estancia en Luján.

En la mansión de los Martínez Peña todos estaban tensos. Don Rafael organizó el viaje involucrando a la menor cantidad posible de servidumbre.

Lo mandó confiscado a vivir en la estancia. Pancracia se iba con él. No le faltaría nada, nunca, pero lejos, bien lejos. Para ellos, el niño había muerto. Luego vería que haría con él. Tal vez mandarlo a Europa… bien lejos.

Pedrito, sin poder comprender a los adultos y sus decisiones, vio por última vez a su padre y a su madre. Abrazado y llorando en los brazos de Pancracia se subió a un carruaje, para nunca más volver.

Dejaron pasar un tiempo y luego el matrimonio Martínez Peña anunció la triste noticia de la muerte de su único hijo. Comenzaron a vestir de luto y Josefa estuvo obligada a usar el crespón y a fingir tristeza delante del resto de los parientes y amigos, que se solidarizaban con su dolor.

Aludiendo al dolor familiar, el velorio fue a cajón cerrado con los mejores carruajes tirados por caballos. Muchas flores y nunca más hablaron del niño.

Y LA VIDA CONTINÚA

Se fue el sanjuanino Sarmiento dejando el legado de las escuelas públicas y el telégrafo. Y también el lugar a su amigo tucumano Nicolás Avellaneda. Los comicios fueron muy cuestionados. Como siempre, guerreando, siguió Mitre que terminó preso por denunciar fraude y se cargó las armas para arreglar el asunto. Pero allí otro provinciano fue puesto al frente de las armas y logró sacar del camino a los mitristas en Santa Rosa. Avellaneda avanzó sentado en el sillón de Rivadavia. Y así los provincianos siguieron en el poder.

Avellaneda continuaría con la línea progresista de sus antecesores, aunque tuvo que intervenir varias veces para mantener el orden en algunas provincias que seguían batallando.

Stefano seguía trabajando de estibador, mientras Donatella distribuía su tiempo en el cuidado y atención de su hijo y también dedicándose a la costura.

Vittorio era un niño sano que llenaba de gozo y alegría la vida de sus padres. Donatella vivía para su pequeño retoño. Bermudas grises, camisa impecable blanca. Sus rulos colorados estirados a la fuerza para atrás y sus ojos claros y saltones que jamás perdían el brillo.

Tenía cinco años cuando les dio el primer susto. Donatella estaba conversando con una clienta mientras lo vigilaba con el rabillo del ojo. Fue un segundo de descuido. Vittorio desapareció. Desesperada, comenzó a buscarlo por todos lados. Alertó a los vecinos. Gritó su nombre por las calles. Regresó a su casa mientras una vecina avisaba a la Policía. Fue a su dormitorio y se quedó de pie en el marco de la puerta. Estaba desesperada, no sabía qué hacer. Cayó de rodillas al piso y comenzó a rezarle a la Virgencita. Por puro instinto se puso en cuatro patas y miró debajo de la cama. Allí estaba el mocoso, muerto de la risa. Lo agarró del tobillo y lo arrastró hacia afuera. Se sentó en la cama y lo cruzó sobre sus piernas boca abajo y le dio tantos chirlos en la cola que estuvo enojado con su madre durante varios días. Esa noche le contó a su esposo.

—¡Qué papelón! Ese hijo suyo, Stefano, escondido. Tuve que juntar *el coraje* para salir a decir que estaba en la casa. Revolucioné el barrio completo y ese mocoso de porquería estaba escondido debajo de la cama.

—*Ma*, Donatella, es que usted le da todos los gustos, a ese chico le hace falta cinto.

Siempre que discutían volvían a las viejas costumbres y no se tuteaban. El “usted” ponía la distancia que ambos necesitaban para poder disentir.

Y así Vittorio siguió creciendo, inquieto, curioso y cada tanto con algunos tirones de orejas; siempre estaba metiéndose en líos.

Lejos del ruido porteño, en la estancia que tenían los Martínez Peña en Luján, crecía Pedrito custodiado por los brazos y el corazón de Pancracia.

Con amor, mentiras y ricas comidas, el niño comenzó a transitar los primeros años de su infancia. Su cuerpo se desarrollaba desparejo. Su mente razonaba como adulto. Pancracia era su sombra divina y la luz de sus ojos.

En los primeros años de Pedro en la estancia, Pancracia se propuso aprender a leer y a escribir, lo haría para luego compartir esa herramienta de libertad con él. Pero el niño tenía una velocidad mental tan asombrosa que aprendió a la par de ella.

La lectura se convirtió en su actividad preferida. Cada vez que Rudecindo, el capataz, iba a Buenos Aires le traía obras de temáticas variadas. Los libros fueron su puente hacia el mundo. Por medio de las letras recorrió lugares, mares. Vivió aventuras con Dumas. Aprendió filosofía. Disfrutó historia. Entendió matemáticas y lógica. Experimentó la biología.

Disecando insectos, operando ranas y sapos, cabalgando con Rudecindo, corriendo a las gallinas y sin respuestas a las miles de preguntas que hacía por día, Pedrito transitaba su infancia.

SEGUNDA PARTE

BUENOS AIRES, 1879

"¿Lograremos exterminar a los indios? Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esa canalla no son más que unos indios asquerosos a quienes mandaría colgar ahora si reapareciesen. Lautaro y Caupolicán son unos indios piojosos, porque así son todos. Incapaces de progreso, su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado."

Domingo Faustino Sarmiento

"Estamos como nación empeñados en una contienda de razas en la que el indígena lleva sobre sí el tremendo anatema de su desaparición, escrito en nombre de la civilización. Destruyamos, pues, moralmente esa raza, aniquilemos sus resortes y organización política, desaparezca su orden de tribus y si es necesario divídase la familia. Esta raza quebrada y dispersa, acabará por abrazar la causa de la civilización. Las colonias centrales, la Marina, las provincias del norte y del litoral sirven de teatro para realizar este propósito."

Julio Argentino Roca

Sayén

Era india, o una china… Su cara lo decía todo. Su nombre era Sayén.

Los recuerdos recurrentes de su infancia eran los vientos fuertes y fríos, la piel suave acariciando su cuerpo y el olor a carne dulce asada. Las caminatas a la vera del río junto a su madre. Cuando salían a cazar guanacos, a destripar mulitas. Todo eso quedó en el camino aquel día, aquel trágico día donde todo cambió… y para siempre.

Sayén tenía seis años y corría a toda velocidad, tenía que ganarle al ñandú, cuando vio que Aylín, su madre, le hacía señas para que fuera a donde estaba ella. Llegó casi sin aliento a los pies de la mujer que tenía el rostro enrojecido de rabia. Rápidamente repasó en su memoria qué habría hecho para ponerla tan furiosa. Pero se sorprendió mucho cuando su madre, lejos de reprenderla, la abrazó con fuerza y la pegó a su pecho. La besó en las mejillas, en la frente y se quedó de rodillas para mantener las cabezas a la misma altura.

—Sayén, llegó la hora —le dijo Aylín en su idioma indígena.

No pudo seguir hablando, las lágrimas invadieron sus ojos y volvió a abrazarla. Sayén la miraba sin entender lo que sucedía.

—¿Qué hora? —preguntaba la niña, desorientada.

—La hora de comenzar una vida nueva, diferente.

—¿Pero, por qué llorás, entonces?

—Porque estoy… muy emocionada.

En ese momento la niña se dio cuenta de que algo extraño pasaba. El ambiente olía a polvo en suspensión y rareza.

—¿Por qué se van? —le preguntó a Aylín señalando con su dedo índice a un grupo de indios que galopaban hacia el horizonte, a puro grito y boleadora.

—Porque no quieren ir con nosotros a comenzar una vida nueva. ¡Vamos! —le dijo a su hija, luego la tomó en sus brazos y corrió a su toldo.

Sentadas en una cuja de piel, Aylín acariciaba el rostro de su hija. Nunca dejó de llorar.

—No vamos a llevar nada a la vida nueva, así no nos agarra la nostalgia y nos ponemos tristes —le decía a su única hija.

—Pero, ¿nos vamos ahora? ¿Y papá?

—Se fue hace un rato con Inakayal. Me dijo que iba antes, tenía que buscar el mejor lugar para su princesa Sayén.

La niña sonrió.

—¿Vamos a ese lugar que dijo la machi, donde los hombres con vestidos largos nos enseñan…? No me acuerdo.

—Sí, algo así —contestaba su madre sin dar muchas explicaciones.

Sayén seguía preguntando y Aylín lloraba.

El cacique de la tribu y sus hombres más allegados partieron rápidamente a negociar con los blancos apenas se enteraron de que venían a llevárselos a todos. Cuando se dieron cuenta de que eran muchos soldados, dieron vuelta la intención y, protegiendo a su pueblo, trataron de negociar. Primero los escucharon y luego los detuvieron y los enviaron a Buenos Aires.

Pasaron unas horas y los soldados, montados en sus caballos, comenzaron a llegar a la toldería, eran muchos, estaban por todas partes. La pequeña Sayén tenía los ojos abiertos como dos platos. No llegaba a comprender qué estaba pasando. Corrió hacia donde estaba su mamá conversando con otras indias, y abrazadas, se refugiaron detrás de la tienda donde vivían.

La mayoría de los indígenas salió de sus toldos haciendo caso a las recomendaciones del cacique Inakayal que les había indicado que si él no regresaba junto a los soldados, tenían que ser pacíficos, no atacar.

Cuando los indios se dieron cuenta de habían quedado encerrados por los soldados y que les quedaba poco por hacer, los más bravos empezaron a huir, como podían. Otros quedaban muertos, besando el piso. Aylín, al ver que su esposo no regresaba, abrazó a su hija y se quedó junto a los que no iban a atacar ni huir. Solo esperar.

Luego siguieron los preparativos, más llantos, más huidas. Cuando las correrías se calmaron y todo parecía tranquilo, Sayén buscó la muñeca de junco que le había hecho su madre y no se despegó de ella.

A partir de ese día todo sería distinto. Sayén no entendía lo que decían los soldados. Escondida detrás de su madre, se alistó a la caravana que estaba a punto de salir. Los soldados les dieron pocas explicaciones, solo les dijeron que iban a trasladarlos a un lugar mejor. Con falsas promesas, patadas y fusilazos en la cabeza a los que no obedecían en forma inmediata, comenzaron a caminar mansos detrás de los jinetes que les marcaban el camino. ¿A dónde iban? ¿Por qué se iban? ¿Por qué abandonaban su tierra?, esas eran las preguntas de Sayén. Aylín nunca supo, o no quiso contestar.

Mientras el pueblo indígena era diezmado bajo las botas de los soldados y los fusiles Remington, Sayén observaba la situación sin comprender. Esos hombres trepados en sus caballos, que los increpaban a cada rato, empujándolos con sus fusiles, con sus sables. Ella los desafiaba con la mirada, se las podía mantener; algunas veces, incluso, les sonreía. Estaba sorprendida por la variedad de rostros diferentes a los que estaba acostumbrada a ver.

La niña preguntaba, su madre solamente le respondía que tenía que ser amable con el hombre blanco, que esa era la única forma de sobrevivir. Pero sus palabras se contradecían con sus actos,

a Aylín se la veía enojada y escupía cada vez que un soldado se le acercaba. A los más audaces les ataron las muñecas para que no perturbaran la paz. Y así, con el frío que calaba los huesos y el alma destrozada, quienes pudieron dominar su carácter se quedaron mansos, esperando no sabían qué.

Una triste caravana se puso en marcha. Los soldados, emponchados sobre sus caballos, les marcaban el camino a los indios que iban caminando por detrás. Primero iban los que estaban encadenados, que eran los más bravos, luego el resto, con las mujeres y los niños. Entreverada en esa masa humana viajaba Sayén con su muñeca en la mano. Su madre le sonreía cuando se encontraban en sus miradas. Eso aliviaba a la niña.

No sabían a dónde se dirigían, cuánto tiempo demorarían ni qué sería de ellos cuando llegaran a quién sabe dónde.

Sayén, colgada de la mano de su madre, miraba para atrás. La toldería abandonada era el centro del paisaje. La caminata más larga de toda su vida estaba en curso.

Cuando los más ancianos se cansaban, un estampido de Remington y caían al piso sin vida.

Pegada a la cintura de Aylín, Sayén caminó hasta que los pies le dolieron, luego su madre la cargó en brazos.

Tenían la suerte de que los caballos se cansaban, entonces debían detenerse para darles agua y algo de comida; allí los indios aprovechaban para descansar los pies y esperanzar sus almas.

Cuando a la tardecita detenían la marcha, los soldados atendían a los caballos y cocinaban para ellos. Los indígenas, menos que los caballos, esperaban que la noche pasara para seguir caminando. A Sayén le chillaban las tripas al sentir el aroma de las mulitas clavadas en los hierros asándose al fuego. Algunas veces, cuando se quedaban dormidos y las guardias estaban descuidadas, la niña se animaba y se escurría a robar un poco de las sobras.

Pasaron los días y los indios comenzaron a enfermarse y morir. Esa tarde, al retomar la marcha, luego del descanso, Sayén presenció algo cuyo recuerdo la acompañaría durante toda su vida. El Ñacho, que no era tan viejo, pero que estaba flaco y consumido, era pariente de Sayén. La machi le había curado los huesos muchas veces porque andaba siempre quejumbroso, aunque el indio era bien compadrito y agrandado. Sayén lo adoraba. Él mismo le había enseñado el paso de la danza de la tierra. Ese día estaba tan cansado y dolorido que se desplomó sobre el suelo. Enseguida un soldado se acercó y lo pinchó con el fusil. El Ñacho se dio vueltas y desde el mismo piso lo escupió. ¡Para qué! El militar se enojó tanto que con su sable lo garroneó. Sayén, al escuchar el grito devastador del Ñacho, se tapó los ojos con las manos. Lloró abrazada a su madre y ya no pudo ver con simpatía a los soldados. Comenzó a sentir desprecio por ellos. A pesar de su corta edad comprendió que los blancos trataban a los indígenas como animales; ni siquiera, porque ella adoraba a los animales. ¿Con qué derecho divino los expulsaban de sus tierras y los arrastraban como bestias? Con la bronca contenida en el pecho y el dolor en el alma, caminaban… caminaban.

Fue tan largo y penoso el camino que mejor olvidar.

Ingresaron a Buenos Aires con el último aliento, muertos de hambre, consumidos y enfermos. Dejando atrás a esposos, hijos y hermanos muertos en el camino.

Sayén también estaba flaca, sucia y desgreñada; siempre con su muñeca colgada de la mano. Sus ojos se le abrieron como uvas cuando ingresaron a la urbanidad, las casas, los carruajes, las personas vestidas con tantos trapos. Todo eso la emocionó, caminaba altiva, como si fuera uno de los soldados vencedores y no una vencida. Le gustaba sentir la mirada de las personas sobre ella, como si fuera un bicho raro. En cambio, Aylín estaba resentida, enojada. Los escupía. Los maldecía. Pero cuando tomaba conciencia de la presencia de su hija se tranquilizaba por un rato.

Luego del desfile por las calles de la ciudad, los amontonaron en el Hotel de los Inmigrantes. Allí esperarían por su incierto futuro, escrito por las manos humanas. A los encadenados y a los revoltosos los llevaron directamente a la isla Martín García. Al padre de Sayén y al Cacique ya los habían trasladado a Tigre.

Esa noche, a pesar de la incomodidad, pudieron descansar un poco los huesos. Cuando Sayén escuchó lo que conversaban los adultos tuvo mucho miedo: se decía que a los hombres les iban a cortar los huevos, y las ubres a las mujeres para que no pudieran procrear más indios. En ese momento agradeció no tener todavía sus tetas grandes. Y a partir de ese momento se las empezó a controlar por las dudas que le crecieran. Aylín no pudo saber dónde estaba su esposo. Los habían separado y enviado a todos a diferentes lugares. Estaba muy confundida y sin saber qué hacer. Las peores suposiciones pasaban de boca en boca.

—Sayén, no olvides nunca que sos la princesa Sayén. Mirame a los ojos —le repetía Aylín a su hija.

—¿Adónde vamos ahora? ¿Esta es la vida nueva?

—No, todavía no llega. Pero prometeme que siempre vas a ser amable con los blancos. Prometeme que vas a mantenerte con vida. Pase lo que pase.

—¿Y qué va a pasar? ¿Y papá?

—Siempre tenés que decir que sí, no escupir ni maldecir.

Sayén se estaba asustando cada vez más. La pequeña entendía que las cosas no estaban bien.

—No tengas miedo, no ataques, no escapes. Siempre voy a estar con vos.

Cuando regresaron los soldados, Sayén, temerosa, se escondió detrás de su madre. Los hombres comenzaron a darles instrucciones que los indios no entendían. En un momento se acercó uno de los militares y tomó a Aylín del brazo para ubicarla en una fila, ella se defendió con patadas y escupitajos. Algunas mujeres más se sumaron a la fiesta de la escupida, pero enseguida fueron reducidas a golpes y quedaron tiradas en el piso. Sayén corrió a abrazarse a la cadera de su madre, que había quedado tendida junto a su amiga Yanara.

Luego de que los soldados armaran distintos grupos, Sayén quedó junto a Aylín y a Yanara,

que no se separaban por nada del mundo. Los sacaron al exterior y los subieron a unos carros con ruedas grandes y tirados por caballos. La niña, aunque estaba aterrada, contenía su llanto. Pero finalmente las lágrimas embarradas con tierra y miedo se escaparon de sus ojos y rodaron en silencio sobre las mejillas de Sayén.

Los caballos echaron a andar con el carro lleno de indios, Sayén podía sentir el bamboleo de la carreta y tuvo que aferrarse a la cintura de Aylín para no caerse al piso. Cuando los caballos se detuvieron, tuvo la sensación de que seguiría volando hacia adelante. Pero no. Con unas varas largas y duras los golpearon en la espalda para que bajaran e ingresaron a un lugar caracterizado por unas paredes corcoveadas y altas.

Allí los desnudaron y luego les tiraron agua con lejía. Sayén trataba de escaparse, pero su madre la tenía apretada junto a ella. Luego unas mujeres les revisaron la boca, la cabeza, les dieron ropa y los acomodaron a todos contra una pared.

Luego de esperar varias horas allí parados, ingresaron tres hombres y los trasladaron a otro lugar, sin explicaciones.

Cuando Sayén vio al cura, un hombre grande con sotana, se escondió entre la pared y Aylín. Unos minutos más tarde, después de limpiar el lugar, comenzaron a ingresar mujeres y hombres de la más alta sociedad porteña, ataviados con lujosos trajes. La niña los observaba, espiando detrás de su madre. ¿Cómo hacían para llevar encima tanta cantidad de tela?, se preguntaba. Hasta le causaba un poco de risa.

En la primera fila, la más cocorita de todas, que no paraba de hablar y de dar órdenes, era Josefa, la esposa de don Rafael Martínez Peña. Cuando pasó al lado de los indios, se detuvo al frente de Aylín, impulsó a la niña a salir detrás de su madre y pararse al lado. Tenía tanta firmeza en su mirada clara que Sayén obedeció sin decir una sola palabra. Siguió caminando, ni loca se llevaba una india con cría a su casa.

Comenzó la esperada entrega de indios, chinas y los pequeños a las familias. A los más corpulentos los habían separado y enviado a las estancias amigas del colonizador Roca. El resto estaba ahí para ser repartido, regalado a quienes quisieran. Fue desgarrador cuando una mujer se quiso llevar a una india, pero no a su hijo. Sayén pudo ver cómo quien había sido su compañero de juegos quedaba tendido en el piso, mientras que a su madre se la llevaban a la fuerza, tirándola de ambos brazos. Se asustó tanto que se estrechó a su mamá con todas sus fuerzas y comenzó a llorar. Aylín se agachó, la abrazó y la besó con ternura y le habló al oído.

—Hija, no te rindas jamás. Tenés que negociar tu vida a cualquier precio.

—Pero, mamá, no entiendo…

—Vas a vivir, Sayén, vas a salir adelante y vas a contar nuestra historia. Nunca olvides que sos una princesa tehuelche —luego corrió hacia un hombre que tenía un cuchillo en la mano, con el que les habían cortado el pelo hacía un rato. Se lo arrebató, le dio la espalda a su hija y se degolló allí mismo.

Sayén, incrédula, sintió cómo sus piernitas se doblaban y caía al piso. Se arrastró hasta donde estaba Aylín y la estrechó con todas sus fuerzas. Allí quedó abrazada a su madre muerta, llena de sangre y dolor.

Yanara, debiendo aplicar la fuerza, la sacó de ahí antes de que se la llevaran junto al cuerpo de Aylín. La apostó a su lado y quedó parada en el mismo lugar que estaba minutos antes de la tragedia.

James Sellers, que había presenciado el drama, enseguida se apuró para elegir a Yanara y a la niña ensangrentada. El inglés había leído el aviso en el diario *El Nacional* donde se informaba que ese día sería el primero en el que entregarían indios y chinas a las familias que lo necesitaran para el servicio doméstico. Su empresa seguía incrementado su flota de barcos y la mano de obra gratis era otro regalo de este generoso país. Luego de la pérdida irreparable de su joven esposa, Sellers había quedado solo con su caprichosa hija, Catherine. Sin embargo, sus negocios con la Argentina estaban cada vez mejor. No era tiempo de irse. Era tiempo de seguir sembrando y cosechando riquezas. Con la llegada tan prometida de las nuevas vías del ferrocarril los tiempos para acercar los cereales y animales al puerto se acortaban.

Los indios que obsequiaban estaban en su mayoría muy maltrechos, habían perdido el espíritu de vida. Los que estaban buenos ya habían sido designados a familias de Buenos Aires o a estancieros amigos de los colonizadores. Luego de revisar un largo rato, había seleccionado seis, aunque no de gran porte, pero que con una buena alimentación se pondrían aprovechables.

Ahora tenía que ir en busca de algunas chinas para que colaboraran con las sirvientas en su casa. Desde el fallecimiento de su bella esposa, su hija Catherine había quedado en manos de la servidumbre, sobre todo cuando él se ausentaba debido a sus largos viajes. Ya conseguiría una nueva esposa para que se encargara de la niña. El hombre era todo un mezquino. Pero, bueno, eso le servía para aumentar su tesoro día a día.

James le indicó a un sirviente que subiera a Yanara y Sayén, junto a los otros indios, en un carro que los llevaría a su mansión. Durante un rato recorrieron las calles porteñas hasta que ingresaron por la parte trasera de la residencia. Allí los bajaron y los separaron: los hombres fueron para un lado, y a ellas dos las llevaron a un cuarto lleno de baldes y una tina con agua. Era la primera vez que Sayén veía algo así. Se asustó y se escondió debajo de una mesita que había en un rincón. Allí vio por primera vez a Asunción. Era una negra grandota y gorda. La mujer se agachó, la agarró del pequeño y mugroso pie y comenzó a tironear. Sayén se aferró con todas sus fuerzas, y luego de raspar el piso con la cola, abrazada a la pata de la mesa, Asunción cedió y la dejó ahí.

Las sirvientas tomaron a Yanara de los brazos y los pies y la metieron en la tina con agua, la enjabonaron, la enjuagaron, le estiraron el cabello y se lo cortaron al ras de la nuca; parecía un ñandú, la pobre. Sayén tiritaba entera de solo pensar que la iban a meter ahí adentro. Pensaba que la iban a ahogar. Cuando terminaron con Yanara, se fueron todas. Entonces Sayén soltó la pata

de la mesa, ya le dolían los brazos. Al rato ingresó de nuevo Asunción, esta vez sola. Cuando la niña la vio entrar volvió a abrazarse a la mesa con fuerza. Seguía con atención los pasos de la negra, quien se detuvo justo al frente de ella. Sayén casi se muere del susto y lanzó un grito aterrador cuando, entre sus pantorrillas, apareció la cara regordeta de la criada, mirándola. Le dijo unas palabras que la niña no entendió y luego le extendió la mano. Sayén dudó, pero no se animó a salir. Asunción se fue fastidiada.

Al rato entraron varias personas. Levantaron la mesa y Sayén se resbaló y quedó enrollada en el piso. Así nomás como estaba, la tomaron entre todos y la metieron en la tina con agua. La niña tragó agua, sintió que la muerte la acechaba. Y a los manotazos quedó parada en la bañera. Asunción aprovechó y con la rapidez de una gacela le sacó la manta y la dejó desnuda. Luego la presionó por los hombros hasta que cayó sentada. La lavaron bien, le frotaron la cabeza. Para Sayén no fue tan horrible. Aunque después del baño, la niña se sentía desprotegida sin toda la mugre cubriéndole el cuerpo.

Luego de peinarla, seguía el corte de cabello. Pero antes de que la tijera llegara a su cabeza, Sayén mordió la mano de la criada y se ligó un golpe en la cara que le dejó el cachete rojo. Cuando estuvo lista, Asunción la abrazó con una túnica que despedía aroma a lavanda. La negra estaba prendada de esa niña india, tan pequeña, tan sola. Cuando la quiso tomar en sus brazos para llevarla hasta la cocina, Sayén le pateó los tobillos y le pegó sin parar con los puños cerrados. Luego de aferrar sus dos muñecas juntas, como cuando agarraba las gallinas, Asunción la levantó en sus brazos y se la llevó.

Sayén lloraba porque había perdido todo, hasta su muñeca. No recordaba dónde la había dejado. La pedía a gritos en su idioma que nadie más que Yanara entendía.

La sentaron en la mesa frente a Yanara y, mientras una sirvienta las vigilaba, les pusieron una taza con agua y varios platos con gallina hervida trozada, papas, huevos duros y pan. Yanara la rechazó y no comió nada. Sayén se atragantó, no podía parar de comer, tomaba los pedazos de gallina con las manos y los metía en su boca al mismo tiempo. Comía rápido y revoleaba los ojos para todos lados. Y lo que sobró se lo guardó debajo de la túnica. Asunción la miraba y cuando pudo acercarse le acarició la cabeza.

Se llevaron a Yanara de la cocina y la niña quedó sentada donde estaba. A los minutos regresó Asunción, la llevó a su cuarto y la acostó en un catre que tenía al lado del suyo. Con un ojo dormía y con el otro la espiaba. Sayén se durmió como un tronco a los pocos minutos de estar acostada. Entre sueños, roncaba y se revolcaba en el catre. Asunción se despertó sobresaltada cuando escuchó el golpe seco. La niña se había caído al piso. La negra la observó para ver qué hacía. Sayén se acomodó y siguió durmiendo donde había caído. Con fiaca en las piernas, Asunción se levantó, la alzó con delicadeza y la volvió a acomodar en el catre.

La casona de los Sellers era muy grande. Cuando Sayén se despertó al día siguiente, salió a la

puerta y no supo para qué lado ir. Tardó todo el día en entender que cuando Asunción la agarraba no era para atraparla o cazarla, sino que solo la quería abrazar. La hizo correr a la pobre negra varias veces por los distintos patios.

Sayén se rió a carcajadas cuando se reencontró con Yanara; a la niña le causaba gracia verla así, vestida. Yanara estaba malhumorada, enojada y resentida. Ninguna de las dos entendía nada de lo que les decían. Solo se podían comunicar entre ellas.

—Yanara, llevame con vos —le pedía Sayén.

—No nos vamos a ningún lado, acá moriremos limpiando la bosta de esta gente.

—¿Qué? ¿Y mi papá? ¿Cuándo viene a buscarme? ¿Ya sabe de mi mamá?

—Qué niña tonta que sos. Tu papá está muerto como tu mamá.

Sayén se puso a llorar y se abrazó a Yanara.

—Salí, andá y cuídate porque la negra que te limpió, ahora te va a engordar bien para después meterte en la olla y comerte con papas.

Sayén se apartó aterrorizada. ¿Qué le pasaba a Yanara? Estaba desconocida.

—¡Mentira, decís puras mentiras! —le gritaba la niña, asustada.

—Mentira es lo que nos dijeron a nosotros. ¡Cuidate de la negra! ¿Acaso alguna vez viste a alguna persona con el color de la noche? La negra tiene todos los secretos malignos de la noche y le gusta comer niños indios.

Sayén se asustó mucho y otra vez comenzó a estar atenta a los pasos de Asunción; cuando caminaba hacia ella corría con todas sus fuerzas y se escondía. Asunción, con toda la paciencia del mundo, trataba de acercarse despacio.

Poco a poco Sayén se fue resignando a su nueva vida, pero no podía sacar de su cabecita la imagen de su madre degollada. Dejó de escaparse de Asunción, y tampoco creía todo lo que le decía Yanara, quien era a la única a la que le entendía cuando hablaba.

Una vez intentó cortarse el cuello como había hecho su madre, pero luego de frotar varias veces el cuchillo desafilado y herrumbrado solo logró lastimarse un poco. Otro día trató de quitarse la vida con una cuerda, se la puso como collar y comenzó a tironear para ahorcarse. Pero tampoco le dio resultado y terminó con el cuello ardido como por una semana, pero viva.

Asunción, que no le perdía pisada, se dio cuenta de lo que tramaba la niña así que la empezó a vigilar de cerca. Sayén no se dejaba tocar por ella y cuando se alimentaba, la espiaba de reojo. Tenía miedo de que ahí mismo la metiera en la olla para comérsela.

Mientras Yanara seguía muriendo en vida, llena de odio y rencores, Sayén estaba atenta a todo. Cada mañana se despertaba antes que Asunción y se paraba cerca de la puerta a mirarla. La negra ya no sabía qué hacer para poder acercarse a la pequeña hasta que descubrió que le gustaba mucho el dulce de zapallo.

Sin tocarla, y a una determinada distancia, comenzó a relacionarse con Sayén. Comenzó

ofreciéndole el dulce y otras delicias y luego, poco a poco, con mucha paciencia empezó a enseñarle algunas palabras en español. Eso cambió su vida por completo. Sayén era una niña muy inteligente, con un poco de atención comenzó a aprender y cuando se dio cuenta de que eso le facilitaba la comunicación con el resto, le puso más énfasis. Cambió los intentos fallidos de quitarse la vida por el aprendizaje del nuevo idioma.

Le gustaba barrer el último patio con el palo en cuyo extremo tenía un puñado de paja. Pasaba la mayor parte del tiempo en el fondo donde estaba el gallinero y el resto de los animales, se sentía una más de ellos. Cuando Asunción la perdía de vista, sabía dónde encontrarla. Caminando despacio, iba en su búsqueda. Antes de llamarla la observaba. Siempre estaba en el mismo lugar, sentada entre las gallinas y llorando desconsolada. Cuando la veía a Asunción la niña quedaba parada como un soldado.

Esa tarde lloraba y mencionaba el nombre de sus padres. Asunción se acercó sin hacer ruido y la levantó en brazos con rapidez. Sayén trató de zafarse e irse corriendo, pero con firmeza la mujer la puso a la altura de sus ojos, la miró fijo un momento y luego la abrazó con todas sus fuerzas. Sayén estiró sus bracitos alrededor del cuello de Asunción y lloró una hora seguida.

—No tengas miedo, niña, no te voy a hacer daño y no voy a dejar que nadie te haga daño —le decía mientras acariciaba su cabecita.

La amistad

Sayén sintió su presencia aún sin verla. Con la escoba en la mano, se quedó quieta por unos minutos, luego la soltó y salió corriendo, se encerró en su cuarto y se metió abajo del catre. Era Catherine, la señorita de la casa. Asunción le había contado de su existencia pero también le había dicho que ella no podía acercarse a la niña. Por eso salió corriendo cuando la vio.

Cada día Yanara se resentía más y su carácter se tornaba más oscuro. A ella sí le costaba olvidar y adaptarse a esta vida nueva que tenían. Por lo general, se las agarraba con Sayén. Y cuando se dio cuenta del vínculo que había entre Asunción y la niña, enloqueció más de lo que estaba.

—Sayén, no creas nada de lo que te dicen, son todas mentiras. Sobre todo la negra grandota —le decía Yanara.

—¿Asunción? Es muy buena, y eso que todavía no sabe que yo soy una princesa.

—¡Qué princesa, en unos años vas a tener que limpiar los orinales de todos!

—Callate, Yanara —le decía Sayén, llorando.

—Es la pura verdad, o por qué creés que tu madre se cortó el cogote. Porque sabía muy bien que no iba a soportar esta miserable vida.

Sayén salió corriendo justo cuando entraba Asunción que no había entendido nada porque hablaban en su idioma, pero intuyó lo que estaba pasando.

—La próxima vez que infles la cabeza de la niña con historias que nunca van a llegar y que se las llevó el diablo, te voy a mandar con tus parientes a trabajar al campo. ¿Entendiste? ¡India desgraciada! ¡No ves que aún es una niña!

Yanara no le entendió absolutamente nada, solo le devolvió una mirada oscura y apenas si bajó la cabeza asintiendo. Luego se fue sin más y cuando estuvo fuera de la vista de Asunción, le echó una maldición seguida de un escupitajo al piso.

No había vuelto a ver a Catherine, pero la curiosidad la carcomía. La imagen de la niña rubia había quedado grabada en la retina de Sayén.

Una tarde no aguantó más. Sigilosamente se metió en la mansión a través de la cocina. Le quedaron los ojos como platos y la boca abierta. Los muebles eran algo que nunca se había imaginado que pudiera existir. Las cortinas eran… interminables. Pero su atención quedó prendada cuando la vio a Catherine, que tendría aproximadamente su misma edad. La niña era

muy hermosa, su rostro lechoso y su cabello amarillo como el sol le llamaban tanto la atención que no podía dejar de mirarla. Luego de un rato, y sin que nadie se percatara de nada, regresó a la cocina.

Con el paso del tiempo Sayén ya hablaba español y Asunción era su referente para todo. La niña quería ir a ver a Catherine otra vez. Le preguntaba por qué era blanca, qué hacía en esa casa. Al fin y cansada del acoso de Sayén, Asunción le dijo que había llegado el día en que podía conocer a Catherine. Antes, la llenó de recomendaciones.

—Sayén, no la toques, no le contestes.

—Bueno.

—No le hables si no te habla y no le preguntes nada.

—Bueno, ¿vamos?

—Sayén, ella es la niña de la casa, es la señorita.

—Bueno, vos decile que yo soy la princesa Sayén.

Asunción no esperaba ese comentario. Se quedó pensando.

—Claro, después le decimos que vos sos una princesa, pero ahora tenés que hacer caso a lo que te digo. ¿Entendido?

—Sí. ¿Vamos?

Sayén caminaba despacio detrás de las caderas de Asunción, no se perdía detalle de nada. Las mesas, los adornos, los sillones. Cuando pasaron por los dormitorios, las camas con las telas colgadas de los doseles le parecieron trampas para humanos. Ya había perdido la cuenta de todos los espacios que habían cruzado, ni siquiera sabía cómo volver.

Todo le parecía exagerado. Sin darse cuenta, distraída con todos los lujos de la casa, cuando levantó la vista, estaba frente a Catherine. Asunción le había remarcado que no le hablara y que la consintiera en todo. Ella era la niña de la casa. Se lo había repetido varias veces.

Quedaron frente a frente, se observaron, se analizaron hasta el más mínimo detalle y juntaron sus miradas, desafiantes como dos pumas listos para atacarse.

Cuando Asunción percibió lo que pasaba, se llevó a Sayén tironeada de un brazo hasta la cocina.

A partir de ese momento la vida de Sayén cambió para siempre.

Cathy, así le decían, también había quedado prendada de la niña india. Le pedía a Asunción que la llevara para verla. Bajo amenaza, la dejó ir a Sayén.

Al comienzo, Cathy solo la miraba con detenimiento. Luego se fue animando y comenzó a acercarse más. Jugaba con su cuerpo, la tocaba por todos lados y miraba su cara para ver la reacción. Le tocaba sus partes íntimas y cuando Sayén chillaba, se reía y lo volvía a repetir. La india, parada con los brazos caídos a los costados del cuerpo, era objeto de contemplación e investigación de la niña Cathy.

Por su lado, la niña tomaba clases en su casa. Desfilaban a diario los maestros de piano,

idiomas, literatura y matemáticas. Y Sayén se había convertido en su sombra, mientras Cathy estudiaba ella estaba parada detrás, era su guardiana, y lo que la niña renegaba con sus profesores, Sayén… lo aprendía. Algunas veces se desplomaba en el piso de tanto estar parada. Asunción la llevaba a la cocina y le daba un trago de los licores que ella misma preparaba. La niña escupía, pero enseguida se recomponía.

Sayén descubrió que Cathy era tan solitaria como ella, tenían casi la misma edad y a ambas les faltaba la mamá. Con pocas palabras, pero siempre juntas, comenzaron a compartir los días bajo la amorosa mirada de Asunción.

—Sayén, te voy a educar —le dijo Cathy con seriedad una tarde apenas se había ido el profesor de matemáticas.

—¿Educar? ¿Qué es eso?

—Te voy a enseñar a leer y escribir.

Sayén se emocionó, tantas veces tuvo en sus manos libros de Cathy, sin poder entender lo que decían.

—Después te voy a enseñar todo lo que me enseñan a mí. Pero me vas a tener que pagar, como paga mi padre a los maestros.

—Pero yo no tengo con qué pagar —le dijo angustiada Sayén.

—Bueno, después vemos cómo me pagas. Ah, ¡ya sé! Me tenés que entretener.

—¿Y eso qué es? —preguntó Sayén.

—Hacer cosas divertidas para mí, para que yo me divierta.

Sayén siguió al pie de la letra las indicaciones y en ese mismo instante se convirtió en un payaso para Cathy. Comenzó practicando las danzas que recordaba, canciones en su lengua, y cuando veía cómo se reía la niña exageraba los movimientos. Terminaba revolcándose en el piso, imitando un animal recién cazado y muriendo desangrado.

Cathy se reía sin parar y Sayén seguía exagerando. Luego ambas niñas se sentaron a la mesa y Cathy comenzó a enseñarle las letras a Sayén.

—Me tenés que llamar señorita Catherine. Soy tu maestra.

—Bueno —contestó muy entusiasmada la niña lista para aprender.

Asunción le pidió permiso al señor James para que Sayén compartiera tiempo con su hija. Le dijo que le hacía bien jugar con alguien de su edad y que Sayén la divertiría. James frunció un poco el ceño, se rascó la nariz y luego le dijo que sí.

El tiempo seguía pasando y Cathy dejó de verla como un animalito exótico. Finalmente la incluyó en la categoría de los humanos y comenzaron a charlar. A partir de ese momento fueron inseparables.

Cathy le enseñaba, pero no era una buena maestra, le tiraba de los pelos cuando se equivocaba o le pegaba en la cabeza para que le entraran los conocimientos, o se enojaba y la dejaba plantada. Pero Sayén había ejercitado tanto su capacidad de aprovechar todo lo que pasaba a su

alrededor que asimilaba todo rápidamente.

Con Asunción aprendió a cocinar las comidas de los blancos. Lo que más le gustaba eran los dulces de zapallo y de naranja. Poco a poco se fue integrando a la vida de la casa. Le gustaba y disfrutaba de la comodidad de dormir en un catre, de comer sentada en una silla y delante de una mesa. Asunción le arregló algunos vestidos viejos que Cathy ya no usaba. Los rompió un poco y les cortó el ruedo para que ella los pudiera usar sin parecer una niña, sino una criada.

Un domingo por la tarde, mientras James navegaba por el Atlántico en uno de sus barcos, Asunción se aventuró y vistió a Cathy con un hermoso vestido de popelina blanca y bonete de encaje. Y a Sayén le puso un vestido de la niña, también de popelina, con una cinta lavanda en la cintura. Sayén estaba tan emocionada, parecía una princesa. La niña india portaba el vestido con seriedad. Caminaba derechita, dura, no doblaba las rodillas para que el vestido no se arruinara.

Las llevó a dar una vuelta en mateo por Palermo. Cuando Sayén subió al carruaje no quiso sentarse para no ensuciar su vestido nuevo. Al estar parada en el vehículo en movimiento, tuvo tanto vértigo que casi vomitó. Y cuando el mateo se detuvo, estuvo a punto de caerse si no fuera por la mano de Asunción que la agarró al vuelo. Asunción se moría de la risa y Cathy imitaba a Sayén tambaleándose para todos lados, revoleando los brazos, parada en el sulky de paseo.

Fue uno de los días más hermosos para las niñas. Regresaron tan emocionadas y alborotadas del paseo que Asunción tuvo que calmarlas con unas gotas de licor adentro del té.

La borrachera

Los porteños seguían sin poder dejar de tener a los provincianos ocupando el sillón de Rivadavia. Fiel a su estilo, el país seguía gestándose bélicamente. Luego de guerrear casi un año, y con muchos conflictos resueltos con los Remington, Roca asumió su discutida presidencia.

Lejos de las armas, Sellers seguía incrementando sus bienes personales, gracias a los largos viajes por los océanos con sus barcos cargados de riquezas. Para James su familia ahora era solo su hija. Era un inglés seco como el invierno. Su preocupación radicaba en que Catherine pudiera recibir la educación adecuada para luego convertirse en una mujer casadera y ubicarla con un buen y adinerado esposo. Pero muchas veces se le pasaba por la cabeza la opción de enviarla con sus cuñadas a Inglaterra, quienes la reclamaban sin respiro.

La pobre Cathy volaba con los ánimos de su padre. Algunas veces la obligaba a pensar que debía prepararse para irse a vivir con sus tías a Inglaterra, y otras veces la inducía a no pensar en ello y a quedarse con su padre que la amaba.

Durante el tiempo que Cathy no tenía que estudiar hacían expediciones por el parque. Juntaban flores. Sayén, haciendo alarde de sus conocimientos, le enseñó a cazar a su amiga. Comenzaron con las palomas y las loras. Luego siguieron con los sapos de noche. También armaban trampas para las ratas. Asunción se enojaba mucho cuando las descubría en esas aventuras masculinas. Las retaba y luego a Cathy le preparaba un baño en la tina y a Sayén la mandaba al fondo con un balde y se higienizaba sola. Luego se encontraban ambas limpias en la cocina.

—El verano es muy feo y caluroso —dijo Cathy sentada en la sala principal, a punto de comenzar con su clase de piano.

—Enseguida pido un refresco, niña, usted siga repasando las notas —le contestó muy gentil el hombrecito francés que iba a su casa tres veces por semana a impartirle lecciones de piano por una insignificante paga mensual.

—No me gusta tocar el piano —protestó la niña.

—Pero su padre dice que una niña de sociedad tiene que saber tocarlo. Si usted se esfuerza, la tortura termina enseguida.

Bien fastidiada y resoplando por lo bajo Cathy se ponía a repasar las notas. Sayén la escuchaba desde la cocina. “Es una agrandada, porque cuando toca, es la mejor”, pensaba.

Sayén anotaba y guardaba todo lo que le importaba. Lo hacía con el objetivo de no olvidar

determinadas cosas, como los recuerdos de sus padres, de su tribu, de su gente. A pesar de que algunas veces la niña prefería olvidar su corto pasado, como el degüello de su madre, en otro momento, era su mejor compañía. Repasaba los nombres de sus parientes. Se angustiaba cuando la nostalgia la visitaba y no recordaba algunos detalles.

También anotaba las recetas de Asunción que le interesaban, las confituras, las papas dulces, la torta de almendras. La más importante: la receta del licor de Asunción. No solo era riquísimo, también le regalaba alegría al alma. Sayén la escuchó una tarde cuando la negra la compartía en privado con una amiga, que era criada en una casa vecina. La memorizó y fue enseguida a escribirla: naranjas, miel, aguardiente, canela y agua. Las cáscaras de naranja tenían que macerar durante unos días con el aguardiente y la rama de canela. Luego había que preparar una mezcla con el agua y la miel y calentar. Filtrar el alcohol y mezclar, esperar unos días y al buche.

El tiempo pasaba y las niñas crecían juntas. Cathy suplantó las largas ausencias de su padre con su nueva y querida amiga. Y Sayén reemplazó su dolor con las horas compartidas con Cathy. Eran una dupla perfecta.

A veces se escapaban del cuidado de Asunción y caminaban unas cuadras por San Telmo. Leían juntas en el gallinero, y pasaban de darle vida a una obra clásica europea hasta quedarse horas vigilando una trampa para ratas solo para verlas morir.

Les costaba separarse cuando don James estaba en la casa. Pero Asunción las obligaba a guardar las formas. Cathy y Sayén no comían en la misma mesa y tenían horarios para jugar. Contaban los días para que James se fuera nuevamente.

Una tarde, luego de la siesta, Asunción con otras criadas habían salido a hacer algunas diligencias. Las niñas se quedaron solas, estudiando.

—Sayén, ¿hacemos el licor de Asunción, ese que guardaste la receta?

—¡Sí! —contestó la niña y salió corriendo a buscar su cuaderno con las anotaciones.

Se fueron a la cocina y comenzaron a prepararlo. Pelaron las naranjas y pusieron a macerar las cáscaras y la rama de canela en el aguardiente dentro de una botella de vidrio que luego escondieron en el gallinero, detrás de las casitas de las ponedoras.

Lo custodiaban todos los días. Hasta que se cumplió el plazo. Ese día esperaron a que Asunción se fuera a dormir la siesta y corrieron a la cocina llevando la botella que tenían escondida. Calentaron el agua y la miel y la mezclaron. Lo sacudieron bien y ahora tenían que dejarlo macerar unos días más. Así decía la receta, pero ellas no aguantaron.

Al gallinero de nuevo, las gallinas ya las tomaban como parte del paisaje, no las picoteaban ni les revoloteaban. Se sentaron con la botella aún tibia. Cathy fue la primera en probarlo del pico.

—Está muy rico.

—¡Dame! ¡Dame! —le pidió Sayén casi quitándosela de las manos.

—Nos salió muy rico, tendríamos que hacer más.

Entre charla y charla, lo probaron como diez veces cada una.

Comenzaron a darle a las gallinas desde la palma de la mano, luego a los chanchos; se morían de risa. Empezaron a pensar en un lugar para esconderlo, si se los veía Asunción no solo se los iba a quitar, las iba a retar y de lo lindo. Cuando se enojaba, las amenazaba con el cuero que tenía colgado en la pared de la cocina. Nunca las había tocado, con la advertencia era suficiente.

Ya le quedaba poco a la botella de licor y la volvieron a esconder en el mismo lugar en el que lo habían macerado. El sol comenzaba a sangrar en el horizonte y las dos niñas estaban completamente borrachas. Comenzaron a adularse una a la otra.

—Sos muy linda, Cathy, tus ojos son como el cielo. Eso les va a encantar a los muchachos —decía Sayén, muerta de risa.

—Y vos sos muy fea, Sayén, pero no importa, seguro que más adelante te pones linda —le contestaba la otra también muerta de risa.

—No importa, igual sigo siendo una princesa.

—Sí, sos la princesa Sayén —le decía Cathy.

Disfrutaban, se reían de lo lindo, no tenían vergüenza de nada.

Decidieron que era hora de ingresar a la casa sin que las vieran. Hombro con hombro y a los culebrazos cruzaron los tres patios, y cuando estaban ingresando a la cocina las vio Asunción.

—¡Mi Dios del cielo! ¿Qué les pasó, mis niñas?

Ellas la miraban y se reían hasta casi no poder respirar más.

—Están intoxicadas —exclamó Asunción sin saber qué hacer.

Don James estaba de viaje así que sin pensarlo mucho llamó al médico de la familia en calidad de urgente. El hombre tuvo que dejar de atender a sus pacientes para correr a la casona de los Sellers. Asunción bebía todo el tiempo por eso no se había dado cuenta del olor a alcohol que tenían las dos.

El médico, luego de estar a solas con cada una un buen rato, las sacó a las dos del cuarto y llamó a la criada.

—Estas niñas están muy borrachas, Asunción. Tenga mayor cuidado, no vaya a ser que le agarren el gusto. Un baño a cada una, una tisana y a dormir la borrachera.

La negra se quedó petrificada y mortificada ante la inesperada noticia. Cuando el médico se retiró, fue a buscarlas para retarlas. ¡Qué vergüenza había pasado delante del doctor! Ingresó al cuarto de Cathy y las dos estaban apoyadas, una contra la otra, completamente dormidas. Asunción las miraba con bronca, susto y ternura.

Cuando Cathy cumplió diez años, coincidió con que James estaba en la casa. Organizaron una gran fiesta, pero Sayén no estaba incluida en la lista de invitados.

Cathy desfiló con su vestido nuevo ante todos, con la sonrisa apagada y esperando a que terminara el evento para ir a buscar a su amiga. Estaba muy enojada con su padre porque no la

había dejado invitarla a la fiesta. James le explicó que no había problema en que mantuvieran una amistad con la niña india, pero que era necesario que conservara su lugar de criada.

Cuando la fiesta terminó corrió a buscarla. Ese día se hicieron un pequeño corte en los dedos y mezclaron su sangre. Cathy era ahora era un poco india, y Sayén estaba feliz porque era un poco blanca. Juraron sobre su sangre que iban a estar juntas para siempre. Y que si algún día se casaban lo harían juntas y con dos muchachos que fueran hermanos.

MUJERCITAS

Cathy le había solicitado a su padre que habilitara un cuarto al lado del suyo para Sayén así no estaban tan alejadas. La niña se emocionó mucho al enterarse de que iba a tener su propia habitación, por más que no fuera igual a la de Cathy. Ella sabía disfrutar y valorar esos pequeños detalles.

Se pasó una semana corriendo los muebles de un lugar a otro, pidiendo telas y objetos para su nueva cueva, así la llamaba.

Le puso tantas cosas que luego tuvo que empezar a sacar. De noche no se podía dormir, sentía que todos los adornos la estaban acechando y que de un momento a otro le saltarían encima y la aplastarían hasta ahogarla.

Después de todo, el cuarto nuevo la tuvo preocupada un montón de tiempo. Hasta que definitivamente pidió que sacaran las telas del dosel; no podía despegar de su cabeza la sensación de que la cama así dispuesta era una trampa para cazar humanos. Y de los adornos dejó solo una imagen de la Virgen, no porque la conociera o la venerara, le agradaba esa mujer con la cara dulce, era como una buena madre. Le gustaba mirarla.

Una mañana como tantas, Cathy se despertó apenas asomaron los rayos del sol. Se sentía mojada, rara. Se levantó y se dio cuenta de que tenía sangre en su entrepierna. Miró la cama y vio la sábana manchada. Corrió a contarle a Sayén. Estaba muy asustada, no sabía qué le había pasado. Pensó que estaba enferma y que seguro se moriría igual que su madre. La niña escuchó atentamente y luego las dos se abrazaron y lloraron, ambas por sus madres muertas y por el cruel destino que se estaba escribiendo en la vida de Cathy.

Sayén prometió cuidarla y con un nudo en la garganta le traía tisanas con distintos yuyos. La sangre salía a cada rato. Y no paraba. Algunas veces tenía dolores fuertes y otras no tanto. No quisieron decirle nada a Asunción, la pobre se iba a morir de tristeza, como ellas. Guardaron el secreto y Cathy se quedó en su cama con la excusa de un fuerte dolor de cabeza. Cuando llegaba la noche, Sayén le robaba licor a Asunción y le daba un copita para que durmiera tranquila.

Al segundo día Cathy le pidió a su amiga que escribiera su testamento en el que le legaba todas sus pertenencias. Sayén lloraba por todos los rincones pero nunca frente a su querida Cathy.

Al quinto día de sufrimiento la sangre desapareció como si nada. Sayén agradeció tanto, le había pedido a todos los espíritus, a los santos de Cathy, a su madre desde el más allá. Hasta

rezaron un padrenuestro juntas. Ese milagro las llenó de fe y Sayén tuvo que ponerse a disposición de las creencias católicas. Se los debía. Habían sanado a su amiga. Se aprendió el avemaría y cada noche, arrodillada en el piso mirando a la Virgen, lo rezaba.

Todo retornó a la normalidad y las niñas se unieron más aún. Guardaron el secreto de la misteriosa enfermedad de Cathy, no se lo contaron a nadie.

Pasaron quince días y una mañana temprano cuando Sayén se despertó se vio toda bañada en sangre. Enseguida fue a contarle a Cathy. Lloraron juntas. Empezaron con todos los rezos de nuevo, lloraban a escondidas y se legaban pertenencias. Los síntomas, la sangre, todo estaba pasando de la misma manera que con Cathy, la había contagiado, ¡qué desgracia!

—Cathy, no es tu culpa que me haya contagiado —le decía Sayén a su amiga.

—Sí, yo te contagié la enfermedad, ahora yo me salvo y vos te morís.

—Es así, lo dijeron los espíritus. Yo quise morirme muchas veces y ahora es mi turno.

—¡No, Sayén! ¡No vas a morir! Yo te voy a cuidar y vas a ver que te vas a sanar. Digámosle a Asunción.

—¡No! No le contemos nada. Va a llamar a ese médico y mirá si nos separan.

—Sí, tenés razón. Bueno, decime cómo hago y yo te voy a preparar esos líquidos amargos y vomitivos que me hiciste tomar.

Sayén sonrió.

Al tercer día, Sayén sentía que sus tripas se exprimían y le seguía chorreando sangre por ahí abajo en cantidad. Le dolía mucho. Escucharon algo de la culebrilla, pensaron que era una culebra que se les metía cuando dormían y que luego las apretaba por dentro hasta hacerlas desangrar. Dieron tantas vueltas. Cathy armó tanto líos en la cocina para preparar las tisanas para Sayén que Asunción se dio cuenta de que algo pasaba.

—¡Ya *mesmo* me dicen en qué andan ustedes dos!

—En nada. Sayén está descompuesta y yo le quería preparar un té.

—Desembuchen ahora *mesmo*, las conozco a las dos…

Cathy la miró, luego la abrazó y llorando le dijo:

—Yo, es mi culpa, yo fui quién contagió la *culebrina* a Sayén.

—¿Qué? Culebrilla será. ¿Qué le pasa, mi niña? ¿Qué le duele? —le preguntó cariñosamente Asunción mientras le acariciaba la cabeza a Sayén.

Cathy le contó el cruel destino que les tocaba vivir, la pronta muerte de su amiga y su culpa por haberla contagiado. Asunción las miraba y escuchaba amorosamente, entonces se tapó la cara con ambas manos, mientras se reía como una loca poseída. Las niñas la miraban, ofendidas.

Cuando pudo controlarse les contó que no estaban enfermas de muerte. Que eso les pasaba a las mujeres y que ahora estaban *avivadas.* Y que cada mes se iba a repetir el sangrado. Les indicó que tomaran una infusión de canela y manzanilla cuando tuvieran dolores fuertes. También les dijo que cuando las mujeres empezaban a sangrar por ahí y se dejaban meter la tripa colgada que

tenían los hombres, también por ahí, luego nacían los niños. Las dos la miraban y la escuchaban con cara de asco.

Las muchachas, a pesar de los dolores de Sayén, revivieron. Estaban contentas de saber que no iban a morir, que tenían mucho tiempo para compartir. Lo que no les gustó mucho saber era que todos los meses tendrían ese sangrado.

La lluvia de verano llegó incesante, pesada, húmeda, intolerable. Mientras Cathy asistía a sus clases privadas de filosofía, Sayén, que ya leía en inglés, había encontrado en la biblioteca de los Sellers un espacio único de felicidad. La lectura era su puerta hacia la libertad. Las novelas, su pasión.

Hacía varios días que llovía casi todas las tardes. Cuando Cathy terminó con sus tareas se fue al piano a darle vida a Mozart. Era tan hermosa y celestial la música. A pesar de que quería seguir escuchando los dedos de Cathy sobre el instrumento, Sayén no pudo controlar su ansiedad y la interrumpió, sabiendo que eso la ponía de mal humor. Pero tenía que contarle.

—¡Cathy!

Con desgano dejó quietos sus dedos y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—¿Sabías que ahora que nosotras ya somos *avivadas* los hombres nos pueden hacer lo que quieran y hasta un hijo?

—¡Claro que lo sabía!, nos lo contó Asunción, ¿no te acordás? Y no se dice *avivadas,* se dice… maduras.

—Y que hay algunas formas de que los hombres te lo hagan y no te quedes preñada…

—¡No! Eso no lo sabía. ¿Sí?

—Sí, entonces podés dejar que te lo hagan y luego hacés lo otro y no quedás preñada.

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó, intrigada.

—Ah, no sé, tenemos que averiguarlo.

—Yo no quiero tener hijos —agregó, con énfasis, Cathy.

—¡Yo tampoco!—sentenció Sayén.

Allí se concretó entre las niñas el primer acuerdo de no tener hijos.

Cathy dejó el piano y siguieron leyendo a escondidas de todos durante el resto de la tarde. Habían encontrado un libro que tenía imágenes de personas entrelazadas, teniendo sexo. La que leía se ponía violeta de la vergüenza y la otra saltaba y se tapaba la boca. Se divertían como locas. Estaban experimentando nuevas sensaciones. Terminaron las dos apretándose la entrepierna con la mano y muertas de risa y de vergüenza, con un tumulto desconocido de emociones en el cuerpo, hasta que Asunción las interrumpió para anunciar que la cena estaba lista.

Luego de la suculenta comida, y ya sin espacio ni para respirar, se fueron a la galería a recibir

un poco de la llovizna que rebotaba y les humedecía el rostro. Se sentaron en el sillón de mimbre y tomadas de la mano se quedaron a ver el espectáculo eléctrico de los rayos partir la tierra e iluminar el horizonte. Sayén se levantó sigilosa y silenciosamente y regresó al rato con la botella de licor de naranja disimulada en su pollera. Las dos le tenían descubiertos todos los escondites a Asunción.

Cada rayo, eran gritos y un trago. Se terminaron la botella de licor y llenas de miedo por los truenos, y un poco borrachas, se fueron al cuarto de Cathy.

Cathy con su camisa de dormir de encaje que le habían enviado sus tías de Inglaterra, y Sayén con su camisa de dormir de lienzo, se metieron en la misma cama, cara a cara, pegoteadas por la humedad y el calor.

—Desnudas —propuso Cathy.

—Desnudas —dijo Sayén.

El alcohol no las deja pensar con claridad. Se sacaron todo y se volvieron a acostar. Hacía mucho calor. Se destaparon. Sus cuerpos estaban cambiando.

Algo diferente espesó el aire. Una sensación de inquietud las invadió a ambas. Fue Cathy quien acarició la mejilla de Sayén. Se estremeció y sintió un escalofrío recorrer su estómago, que luego se extendió hasta la entrepierna. La única vez que había sentido algo así fue cuando leía la novela y el hombre besaba a la mujer por todo el cuerpo. Se sintió un poco rara, pero era agradable.

Las emociones emitían impulsos y gusto por más. Se dejaron llevar por sensaciones que no podían denominar, que no conocían. Sayén cerró los ojos y sintió la mano húmeda de Cathy sobre su cuerpo. Un mundo de hermosas y exóticas vibraciones las envolvió. Ahora Sayén también comenzó a recorrer el cuerpo lechoso de Cathy, sus senos turgentes, quería llegar ahí, a su triángulo marcado por los primeros vellos, pero no se animaba. Hasta que sintió los dedos de Cathy en su pubis y luego más adentro, en su vagina. Suspiró, conquistada de placer, abrió las piernas, quería sentir más de eso. Allí mismo, con sus dedos, recorrió suavemente la vulva de Cathy. Cada parte de los cuerpos jóvenes de las niñas les devolvía una emoción distinta. Esa noche, bajo la tormenta de verano, un poco embriagadas, conocieron los placeres sexuales. Sayén besó los pechos de Cathy. Apoyaron sus pubis y se frotaron. Luego de creer que estaban sufriendo un ataque asmático por el licor, entendieron que habían conocido el máximo placer sexual. Las dos habían tenido un orgasmo. Juntas, vibraron al mismo tiempo.

Al día siguiente, bien temprano, el sol comenzó a subir la humedad mientras el verano seguía transcurriendo.

Fue Sayén la que se despertó primera y enseguida corrió a su cuarto. Si Asunción las veía las mataría y vaya a saber qué decisión tomaría con ellas. Se sentía diferente, rara, como si su cuerpo estuviera relajado, tranquilo. Y con mucha hambre. Desacomodó un poco las cosas, como si hubiera pasado la noche allí, y luego se fue desaforadamente a la cocina.

Ya iba por el segundo pan cuando ingresó Cathy, no sabía cómo mirarla, le daba vergüenza. Pero cuando ella se acercó y le pellizcó el brazo con una hermosa sonrisa supo que estaba todo bien. Como siempre. Suspiró, tranquila.

Habían superado la etapa de la niñez y estaban ingresando juntas a la adolescencia.

El campesino

En la estancia de los Martínez Peña los años también pasaron. Pancracia pasó de ser una criada maltratada por su ama a ser una madre adorada por su hijo del corazón. Pedrito, a pesar de su condición, crecía sano, era un niño muy inteligente y curioso. Su altura nunca había superado la de una silla.

Pancracia era muy cuidadosa con él y lo protegía de todo, le había dicho que sus padres estaban en Europa y que regresarían a buscarlo. Ella, en su interior, sabía que algún día iba a aparecer don Rafael para llevarse a Pedrito para siempre. Agradecía cuando pasaba el tiempo y no venía. Era Rudecindo, el capataz, el que iba y venía todo el tiempo a Buenos Aires. Don Rafael trasladó su preciado haras a otro de sus campos y allí dejó lo que había de ganado y siempre en manos de Rudecindo.

Toda la peonada adoraba a Pedro. El que sabía leer, le enseñaba, el que sabía escribir, también. Su infancia se desarrolló en la naturaleza y con mucha lectura. Algunas noches tenía dolores en las articulaciones y Pancracia corría con sus ungüentos a frotarlo hasta que se calmaba y se dormía.

Otro de los peones, Gervasio, le había construido una silla especial a su medida y un banquito para que llegara a la mesa. Cuando no estaba explorando en el campo, se subía al banquito y ayudaba a Pancracia a cocinar. Ella le daba todos los gustos, no lo reprendía jamás y lo llenaba de abrazos y besos. Amaba a ese niño con todo su corazón.

La criada se había dado cuenta enseguida de que ese niño era hijo del padre Gastón. Con solo mirarlo la imagen del pobre cura muerto se presentaba en ese rostro. Tenía el pelo ondulado, la tez bronceada por sus largas estadías al sol y los ojos verdes, intensos. Los párpados recostados sobre su mirada, era todo un seductor.

Orgulloso y agrandado, caminaba como un rey con la cabeza en alto y hamacándose de un lado al otro por las complicaciones en sus piernas. Nunca sintió que era diferente al resto. Creció sabiendo que era un ser único y especial. Lleno de amor. Además, investigaba en sus libros todo lo que no podía responderse a sí mismo.

Cada vez que Rudecindo llegaba con la carreta llena de provisiones y sus pedidos especiales, él lo esperaba en la tranquera. Apenas asomaba la polvareda desde el horizonte ya levantaba sus brazos para saludar.

Los pedidos especiales de Pedro eran, por lo general, libros, golosinas, ungüentos para el dolor

y ropa. Era muy pituco. Cada domingo se vestía con una prenda nueva y lo festejaban con guitarreada y asado debajo de los árboles en verano, y adentro en invierno.

Pedro comenzaba a transitar su adolescencia y nunca había salido de la estancia, nunca había recibido la visita de nadie, su contacto era exclusivamente con criados, sirvientes y con los que trabajaban en el campo.

Cuando el adolescente tomó posesión del niño, comenzaron las preguntas. Su cuerpo se ponía raro y Pancracia no sabía qué decirle o qué contestar a sus preguntas.

Ya no se creía el cuento de que sus padres estaban en Europa y que vendrían a buscarlo. Su condición empezó a fastidiarlo. Ya no le gustaba ser un enano.

Pancracia, con todo el dolor del mundo, se sentaba a su lado y con mucha delicadeza le contaba solo algunas cosas de su verdadera historia. Le dijo que su madre lo había tenido siendo muy joven y que su padre era una persona muy importante en Buenos Aires y que ella no se explicaba por qué no habían regresado a buscarlo… Eso lo dejaba así, con puntos suspensivos.

Nunca salió de su boca que lo habían abandonado porque era un enano. Le inventaba algunas historias, como que los niños no podían salir de sus casas hasta los veinte años. Trataba por todos los medios que le brindaba la palabra y la imaginación de acomodarle la realidad lo mejor posible, para evitarle todo tipo de sufrimiento.

Pedro dejaba de ser un niño alegre y, de a poco, se iba convirtiendo en un adolescente solitario y orgulloso.

Las estaciones pasaban y Pedro seguía ensimismado, algunas veces enojado, sin saber muy bien por qué. Había duplicado su pedido de libros. Ya había leído filosofía, incursionó en las matemáticas, tenía un gran don con ellas. Algunas novelas españolas como *El hijo del Diablo*. Leyó a Dumas. Se interesó mucho por la medicina. La geografía lo tuvo entretenido varios meses.

Algunos días se despertaba bien temprano y ya no salía a disfrutar del campo, leía, todo el tiempo leía.

A veces pasaba horas encerrado, planeando una terrible venganza en contra de sus padres. Otros días planificaba viajes a Europa. El denominador común de todos los proyectos era irse. Dejar la estancia.

Su cuerpo se cubrió de vellos, su barba marcó su rostro. Era un adolescente en pleno. Pancracia estaba muy preocupada, su conducta era errática. No sabía qué hacer. Lo que ella aún no sabía era que Pedro había tomado una decisión: con o sin aprobación, se iría de allí. Lo iba a planear bien, tiempo le sobraba. Ardua tarea, no tenía idea ni de dónde estaba. Pero trabajó duro y concentrado. Libros y muchas preguntas a todos los que podía.

El día que cumplió catorce años, le contó su plan a Pancracia. La negra, que ya era una regordeta

y simpática mujer, casi se muere de un ataque.

—No, mi niño. *Usté* se va a *morí* allá.

—De todas maneras me voy a ir. Si me querés ayudar…

—¿Por qué se quiere ir? ¿Acaso no soy buena madre *pa usté*?

—No, Pancracia. Vos sos mi madre. Siempre serás mi madre. Pero yo quiero conocer más personas, niños, mujeres. Todo eso que me decís, quiero ponerle realidad a mis imágenes. Soy un enano, no un asesino que está preso. No tengo porqué seguir pagando pena estando aquí escondido.

—Si lo ven, lo van a matar.

—Yo voy a matarlos primero y luego…

La mujer lanzó un grito tan fuerte que hasta los caballos del corral relincharon.

—*Usté* no sabe lo que es su madre, y su padre… No, mi niño. *Usté* no se va *pa* ningún lado.

—Me voy, ya lo decidí, Pancracia, no hagas que me escape, ayúdame.

Luego de discutir por un largo tiempo, Pancracia no tuvo más opción que acompañar a Pedro en la decisión que había tomado. Pero lo hizo con una condición, debían hacerlo con tiempo para que las cosas salieran bien. Comenzarían a planear cada detalle y él se iría después de cumplir los quince años. Pancracia tenía la esperanza de que con el tiempo dejara de lado la idea de irse.

A partir de ese día las cosas cambiaron para Pedro. Estaba todo el tiempo concentrado en su partida. El viaje. Dibujaba mapas de todo lo que le contaban de Buenos Aires, de las casas, de la iglesia. Todo. Estaba tan entretenido al mismo tiempo que Pancracia tan preocupada.

Los ojos de Pedro volvieron a brillar y unos dientes blancos se descubrieron detrás de su sonrisa.

Ponía imágenes en su mente con las palabras de Pancracia. ¿Cómo sería todo? Una vez le preguntó si había muchos enanos y dónde estaban. Así él podía conocerlos y empezar siendo su amigo. Cuando Pancracia no sabía qué contestar, seguía fiel a su método de inventar historias. Por ejemplo, le había dicho que no se preocupara, que luego de los dieciocho años, cuando fuera mayor, como a todos los enanos, le crecerían las piernas y se convertiría en un hombre como todos. Esa promesa le dio una ilusión muy grande a Pedro. Las cuestiones así planteadas daban un giro a la situación, el joven comenzó a postergar todas sus decisiones para luego de que le crecieran las piernas. Cuando Pancracia se dio cuenta de lo que había logrado con su mentira, se quiso morir y estuvo una semana entera buscando las palabras justas para decirle que no, que luego de los dieciocho años seguiría siendo enano.

Como nunca había salido de campo, Pedro estaba un poco confundido con las historias de Pancracia y los consejos de Rudecindo. Crecía entendiendo que el mundo era así, como se lo contaban. La luz de la realidad humana solo la podía interpretar en los libros y en algunos diarios viejos. Ahora solo quedaba planificar y esperar; soñaba con ponerle su propio color a las cosas.

Se iría. A buscar respuestas, a entender la vida. A enfrentar sus limitaciones físicas con la

sociedad porteña. A conocer a sus padres, de los cuales no tenía ningún recuerdo. No tenía recuerdos de nada. Solo rencores. Su cuarto estaba lleno de un futuro incierto. De esperanzas. Sueños de venganzas. Amores por conocer. Faltaba poco…

El anarquista

El sillón de Rivadavia ahora estaba ocupado por el Zorro, así le decían a Julio Roca. Era su momento, su gestión adhirió al liberalismo económico, pero cuidó mucho, y muy bien, su conservadurismo político.

Todo tenía que ser al estilo europeo; quedaban en el camino las culturas indígenas. La curia religiosa pataleaba en un rincón viendo cómo las escuelas parroquiales eran desplazadas y, en algunos casos, reemplazadas por las escuelas públicas y gratuitas.

Con mucho sacrificio de sus padres Vittorio asistió a la escuela. Fue una época complicada para los Costa. El niño, desde sus genes, estaba comprometido con la justicia social. Cuando su criterio infantil detectaba una injusticia, él era el primero en tomar partido y terminaba siempre con las orejas tironeadas y las reglas marcadas en sus manos. Su rostro se ponía colorado, parecía listo para explotar, y los ojos se le inyectaban de furia. Pero jamás soltaba una lágrima, como el hombrecito que él decía que era, se las aguantaba.

Stefano se pasaba horas conversando con su hijo. A pesar de que íntimamente se sentía orgulloso de Vittorio, tenía muy en claro que ese no era el camino.

—*Ma*, vamos, Vitto, no le pongas la cara al *barullo*. Vos sos un hombre de bien. Vas a estudiar en la universidad y todo. No lo desperdicies, hijo. Dejá que cada uno arregle sus cosas, y si no que se encargue la justicia, la policía, pero no podés andar por la vida haciendo justicia en todos los lugares. *¿Hai capito?*

Vittorio era un niño alto y flaco, parecía desgarbado porque la altura siempre llegaba primero a su cuerpo. Despeinado por naturaleza, rubio y con los ojos azules que había heredado de su madre. Con las manos cruzadas, los dientes apretados y mirando el piso, contestó:

—Sí, *papà*.

Stefano y Donatella se desvelaban por las noches pensando en el futuro de su hijo. El niño era duro como una piedra, nada lo doblegaba y cuando algo se le ponía en su cabeza, no paraba hasta lograrlo.

Donatella, gracias a su trabajo como costurera, había hecho nuevas amistades. Y tenía una clienta que tenía una amiga y así, siguiendo la cadena de conocidos, lograron que Vittorio concursara para una beca en el Colegio Nacional. Sus padres, incrédulos de tal acontecimiento, estaban muy felices. Al joven no le gustaba la idea del encierro en ese gran mausoleo. Él era

como un pájaro libre que volaba para el lado que quería, cuando quería. Siendo aún un adolescente, le costaba mucho que sus padres comprendieran ese deseo de libertad que le surgía desde adentro como el grito de un león.

Completaron todos los papeles y gracias al apoyo de muchas recomendaciones llegó la esperada beca para Vitto. Lo nombraron en el sorteo. Stefano estaba tan feliz, era como si todo se acomodara en un instante. Su hijo iba a estudiar, ¡y en el Colegio Nacional!

Donatella terminó de hacerle ropa nueva: camisas, pantalones y chaquetas. Además le compraron medias y zapatos.

Desde que se enteraron que Vitto iba a ir al colegio, los padres no dejaban de implorarle que estudiara y que se comportara con un hombre de bien. Que tratara de contener la furia de su carácter. Que no se metiera en problemas.

Llegó el día, los tres, vestidos de domingo, cruzaron la angosta vereda, y luego de subir algunos escalones, estaban adentro del Colegio Nacional. Stefano y Donatella estaban obnubilados con ese edificio de paredes altas, de un estilo definido del academicismo francés. En cambio, Vitto, impetuoso, tuvo el deseo de pegar media vuelta y salir corriendo de ese lugar.

Los recibieron y los acompañaron hasta la oficina del vicerrector, los estaba esperando. El funcionario les comentó cómo eran las reglas del establecimiento. Luego los acompañó a realizar una recorrida por las instalaciones. Mientras Stefano y Donatella caminaban y observaban con orgullo y agradecimiento, Vitto se pateaba el mentón del aburrimiento. Cuando terminaron sus padres debían marcharse.

Le tuvieron que decir dos veces a Stefano que ya se podía ir. Si por él fuera se hubiera quedado allí mismo a recibir instrucción. Orgullosos, los Costa salieron del colegio y dejaron a Vitto adentro. Su hijo estaba a punto de comenzar a cursar el bachillerato, luego, quién sabía. Tan justiciero que era, Stefano fantaseaba que podía estudiar leyes.

Vitto sintió por primera vez en su vida el encierro. Tenía que respirar profundamente para no ahogarse. Sentía que estaba atrapado en una tumba gigante. Así, su vida cambió para siempre. Definitivamente él no pertenecía a ese lugar.

Los espacios eran altos, fríos y grandes. El comedor tenía largas mesas con sillas a los costados. Las escaleras, los barrotes… Lo que sí le gustó y mucho fue la biblioteca. ¡Cuántos libros! Nunca en su vida había visto tantos tomos juntos.

Vitto se dio cuenta de que la mayoría de los niños se conocían entre sí. Se quedó en un rincón y nadie se acercó a hablarle. De ahí en más siempre fue así. Definitivamente él no era como sus compañeros.

El día comenzaba temprano. El portero era insoportable, cada mañana recorría las camas, y si alguno se quedaba dormido, había que cumplir la penitencia.

Vitto extrañaba la comida suculenta de su madre. La disciplina del lugar lo asfixiaba.

Algunas materias le resultaban atractivas, pero los profesores, no tanto. Todo dependía del

humor de cada uno. Un grupo de sus compañeros lo había agarrado para la macana, le hacían bromas y él tenía que contenerse para no mandarlos al otro mundo. En apenas dos días su vida se transformó en un infierno. ¿Cómo sus padres no podían comprenderlo? Él no era como el resto.

Vittorio Costa, conteniendo su carácter, aguantó todas las bromas, se levantó a las seis de la mañana cada día, aprendió filosofía, matemáticas, literatura. Se robó de la biblioteca libros que dejaron marcas que luego determinarían su destino.

Los de primer año ocupaban los dormitorios de abajo. Vitto se había convertido en el blanco fácil de todas las chanzas. Le ataban las sábanas de su cama, o le ponían pelo de cepillo. Vitto sufría no de angustia, sino por no poder ir a pegarles tantas trompadas hasta dejarlos secos en el piso. Se las aguantaba solo por sus padres.

Cada día libre disfrutó de la compañía de Stefano y Donatella, que siempre lo recibían con los brazos abiertos y la mesa con sus platos preferidos. Sus padres, orgullosos, lo esperaban y le preguntaban todo. Vitto les mentía. Les decía que era muy feliz y que le gustaba.

La física y la química eran sus preferidas, se entretenía. Por su cuenta investigó e incluso tuvo la posibilidad de diseñar la fabricación de una bomba casera.

El primer año estaba conformado por los más tranquilos, eran los del interior. Los más soberbios, arreglados, galanes y revoltosos, los porteños, y luego seguían los de la categoría de Vitto, los pavos. Muchas veces el joven se sentía tan a disgusto que se escondía a llorar su pena.

Para Vitto esa conducta amansada y errática duró solo el primer año. Cuando comenzó a transitar el segundo ya no se escondió más a llorar las humillaciones.

Durante uno de los descansos, estaba comiendo una naranja en el patio cuando sintió un golpe en la cabeza y vio cómo una mandarina rebotaba sobre el piso.

—¡Gringo, traéme la mandarina! —salió una voz de un grupo de muchachos que estaba a pocos metros de él. Apoyados, altaneros y muertos de risa.

No fue justamente ese acto el que lo desbordó, era la suma de todos. Caminó hasta el grupo, estaba trastornado, no era él. Se dio vuelta y le hizo sangrar la nariz a Gutiérrez, que lo tenía cansado. Luego, con los puños cerrados y la mirada inyectada de furia, caminó hacia los muchachos. Empezó a repartir trompadas. Y a recibir. Se armó una gresca tal en el patio del colegio que tuvieron que intervenir para separarlos y más de uno fue a parar a la enfermería, Vitto inclusive.

A partir de ese momento cambiaron las cosas para el muchacho. Dejó salir todo lo que había tenido encerrado durante tanto tiempo. Dejó que su carácter hablara.

Se quedaron asombrados de lo que había escondido debajo del saco de gringo. Ahora todos lo respetaban. Se hizo eco de los estudiantes del interior. Los defendía ante cada atropello. Dejó de ser el preferido de alguno de los profesores para convertirse en el terror del rector y el vicerrector.

Todas las veces que le llamaron la atención. Vitto imploró para que no notificaran a sus padres, prometió mejorar su conducta. Por supuesto que eso nunca pasó y Vitto siguió repartiendo trompadas e imponiendo su propia justicia.

A la segunda llamada a los padres de Vitto, le levantaron la beca y allí mismo se desplomaron todas las ilusiones que tenían los Costa de que su hijo ingresara a la universidad. Lo echaron del Colegio Nacional.

Parado en la puerta del colegio con sus baúles, despedido por algunos, abucheado por otros, esperaba que lo fueran a buscar. Luego de una hora comprendió que no irían. El hecho que había llenado el vaso fue cuando Vitto, junto con Gutiérrez, quien fuera su enemigo y luego de las trompadas quedaran amigos y cómplices para las macanas, colgaron del balcón del segundo piso a uno de los chicos de los años superiores, que molestaba a un pobre infeliz de primer año.

Lo tuvieron suspendido de los pies, con el cuerpo colgando para abajo, un rato largo. Todo el colegio vio y festejó la hazaña. Pero esa fue la última para Vitto, y como estaba allí gracias a una beca, no tuvo forma de poder regresar.

Los Costa estaban tan amargados que ni hablaban entre ellos. Todavía era un niño y ya lo habían corrido de una institución. Stefano estaba angustiado y avergonzado, Donatella trataba de poner algo de calma.

Vitto se sintió muy feliz cuando se fue para siempre del Colegio Nacional. Los peores recuerdos de su vida quedaban entre esas paredes. Llegó a su casa, su felicidad se transformó en culpa cuando vio el rostro cansado de Stefano.

Disgustado consigo mismo por haber preocupado tanto a su padre, decidió buscar trabajo.

—¡*Ma, porca Madonna*, Vittorio!, tenés trece años. Te arruinaste la posibilidad de ir a la universidad. Tuviste la oportunidad en tus manos, no puedo creer que no lo hayas aprovechado. ¿De qué querés trabajar ahora?

Vitto estaba parado, con sus bermudas grises y su gorra aplastada en la cabeza, con los rulos que la coronaban, mirando para abajo, rojo de la vergüenza, sin levantar la vista le contestó a su padre:

—Puedo trabajar de cualquier cosa. El colegio le gusta a usted, no a mí.

El hombre no aguantó más y le pegó una cachetada tan fuerte que le dejó la mejilla ardiendo. Vitto se la tomó con la mano y no se movió, la lágrima orgullosa le rodaba por el cachete, pero él, inmutable.

Stefano estaba cansado, no sabía de dónde había salido ese niño tan transgresor, él solo quería un poco de tranquilidad. Y Vitto, siempre rodeado de problemas. Sin decir nada el padre se fue dejando a su hijo lleno de vergüenza y tristeza, parado al lado de la silla donde había estado sentado.

Ahora era el turno de Donatella. A diferencia de Stefano, tenía la esperanza de que cuando

creciera un poco se apaciguara. Conversó mucho con él. Le explicó con amor lo que significaba no estudiar para un hijo de inmigrantes.

Ese día Vitto salió de su casa sintiéndose culpable por haber ocasionado tanto dolor en la vida de sus padres. Pero luego de caminar la primera cuadra, inspiró el aire, se sintió libre y se reconfortó. Él no era para ese colegio lleno de disciplinas a la vista y desvanes escondidos.

Entró a un bar para pedir trabajo, lo sacaron corriendo. Luego a una panadería. Pasó el resto de la tarde ingresando a distintos lugares, dejando sus datos para trabajar. Fue mozo una semana, luego lo echaron porque no aprendía a manejar la bandeja, era bruto con las manos. Luego trabajó de ayudante en una panadería, pero se fue porque lo echaron, cada mañana se comía una docena de facturas.

Empezó a relacionarse con diferentes personas. Con sus bermudas grises, realizadas por las hábiles manos de su madre, y su gorra de paño, herencia de su padre, revoloteaba sus rulos rojizos y sus inquietudes por todos lados. Comenzó a repetir de memoria discursos que le gustaban pero que aún no lograba entender. Sin embargo, cuando los escuchaba o leía sentía cómo su pecho se inflaba y su sangre corría a gran velocidad.

Siempre desafiando la edad, con absoluta seriedad, un día se le plantó a su madre y le pidió que le confeccionase pantalones largos para todos los días. Donatella amaba a ese jovencito que transitaba la vida apurado. Pero al mismo tiempo le preocupaba, y sobre todo ahora, que luego de insistir en hacer una carrera militar, estaba discursando todo el día sobre los derechos de los trabajadores. Tenía como ejemplo a su padre que cada mañana, en silencio y con resignación, salía a trabajar y regresaba cuando caía la noche.

Y así, trabajando gratis, disertando de memoria y metido en todos lados, Vitto recorría su adolescencia simulando ser un hombre.

La cenicienta

Tenían catorce años y Asunción fantaseaba con algún inmigrante bien acomodado para Sayén y algún hijo de los amigos de don James para Cathy. Y ella al fin podría tomarse un descanso mientras sus niñas queridas seguían sus vidas felices y apacibles.

Durante los últimos años, a medida que iban creciendo, Sayén percibía cómo Cathy se identificaba con sus raíces inglesas, ella también empezaba a reclamar las propias. Pero su mente se inundaba de recuerdos que le producían mucho dolor, la muerte de su madre, la gran caminata al infierno. Muchas cosas que no lograba entender completamente, muchas preguntas que aún no tenían respuestas. Daban vueltas en su cabeza las palabras de su madre: “tenés que vivir y contarlo todo”. ¿Qué tenía que contar?

James había tenido la intención de enviar a su hija al colegio de monjas, pero ella lloró tanto que entonces él cedió. Se arrepintió muchas veces de no haber sido mano dura con Cathy. Ahora estaba casi llegando a los quince años y no tenía pretendiente. Y lo peor de todo es que andaba siempre con Sayén, la india.

¿En qué momento se le había pasado el tiempo? Tantos viajes, meses en el mar, que un día se dio cuenta de que su hija ya había crecido, y él no había estado presente, pensaba y se pensaba.

James, al estar tanto tiempo fuera de su hogar, no logró conocer y encariñarse con Sayén, a quien ahora le adjudicaba todas las culpas de que su hija no estuviera involucrada con las demás niñas de la sociedad porteña. Habló con Asunción y no aceptó lo que la negra le contaba sobre el cariño que se sentían las dos muchachas. Le pidió que tratara de separarlas un poco.

Sayén leía, investigaba y estaba enloquecida con los diarios. Ese descubrimiento le parecía algo extraordinario, que alguien escribiera todo lo que iba pasando. Allí podía enterarse, saciar su curiosidad. Involucrarse, opinar. La prensa era su nuevo gran amor. Con el tiempo descubrió que había más de un periódico. Los quería a todos.

Cathy se sentía muy triste cuando estaba su padre en la casa porque no podía estar todo el día con Sayén. Lo compensaba comprando todos los diarios para su amiga. Apenas James ponía un pie en el embarcadero, ellas se abrazaban y compartían todo. Fue gracias a la prensa que, sin preámbulos, pudo leer su propia historia. Un artículo comentaba sobre lo que había sido la Conquista del Desierto, con todos los detalles. Allí comprendió Sayén quién era, de dónde venía y lo que había pasado con su pueblo. La muchacha quedó angustiada y con un lacerante dolor en

el pecho. Esa nota no solo abrió un herida en el corazón de Sayén, sino también un gran signo de pregunta.

A partir de ese momento en todo su tiempo libre se puso a investigar sobre la Conquista del Desierto. No podía concebir el progreso de un país a costa de la extinción de una etnia completa. Compren, no roben. Cómo la enojaba todo ese asunto, le sacaba la sonrisa de su rostro, le fruncía el ceño y le angustiaba el alma. Ahora, más grande y con un poco más de conocimiento de las cosas, pudo entender que les quitaron su territorio y luego los acarrearon como ganado, destruyeron su pueblo, sus vidas, su cultura, su futuro y se repartieron sus tierras. Nada justificaba la cruel Conquista del Desierto. Lucha desigual. Después de todo, esas tierras eran de los indios.

Lo más triste fue cuando también descubrió que los representantes del Dios de los blancos, ese Dios que algunas veces le hizo algunos favores, eran los que les bendecían las espadas con las que luego les cortaban las orejas o los capaban. Recordó con tristeza cómo lo garronearon al Ñacho.

Su carácter comenzó a cambiar. No conversaba mucho con Cathy sobre el asunto, no quería manchar la relación de amistad con su gran amiga. El resentimiento, el dolor, la bronca y la ira fueron creciendo con Sayén, en silencio.

Leía, preguntaba. Sin darse cuenta, a su escasa edad, tenía tanta información en su cabeza que le pesaba. Pudo armar toda la gestación y el recorrido de la inaceptable invasión. Anotó los nombres de los principales líderes de tan sangriento acontecimiento.

Julio Argentino Roca, el hombre que comenzó a aparecer en sus sueños. El hombre que engendró y llevó a cabo, con todos sus súbditos, la cruel Conquista del Desierto. Alsina estaba muerto. Pero Alsina y su famosa zanja habían sido defensivos, no ofensivos como lo fue Roca que armó toda una estrategia militar, apoyado por la Iglesia y por los políticos para terminar con los indios y ocupar esas tierras.

El miserable discurso de Roca para justificar la masacre sobre el pueblo de Sayén, y todos los pueblos indígenas, decía que él solamente terminó lo que los españoles empezaron. Y que ese era el precio apurado del progreso. Sayén terminaba vomitando ante esas declaraciones.

En sus espacios, mientras Cathy asistía a sus clases particulares, ella averiguaba lo más que podía. Había recortado una foto de Roca, lo estudió, investigó todo lo que pudo sobre él. Nunca se animó a ir a buscarlo, tenía miedo de enloquecer y matarlo. Ahí mismo.

Cuando no se podía dormir, cuando se sentía confusa, cuando todos los fantasmas de su vida la visitaban, ella imaginaba distintas formas de matar a Roca. Primero le cortaría los huevos, esos que decían que tenían tanto el zorro o el compadrito, y lo dejaría desangrando, luego con un hierro pesado le aplastaría el pene. El que usó siempre para engañar mujeres, raptarlas, embarazarlas y luego irse, pagando por los servicios prestados. Luego le lastimaría las manos, tanto que se las cuidaba y… Eso la calmaba un poco.

Cuando Cathy la veía que estaba ensimismada, callada, sabía que estaba recorriendo su mundo, ese que no hablaba con nadie, y respetaba su silencio. Le hubiera gustado que lo compartiera con ella, pero sabía que si Sayén no lo hacía, tenía sus motivos. Lo único que le contó un día, y que la tuvo triste y llorando por todos los rincones, fue cómo había muerto su madre.

James Sellers había viajado a Inglaterra. Cathy no aguantó más y la increpó:

—Me contás todo, por qué estás con los diarios, por qué hay un retrato de Roca entre tus cosas. ¡Vamos, Sayén, somos más que amigas, somos hermanas!

Ese fue el día en que Sayén, llorando, compartió toda su angustia con ella. Todos los detalles. Luego de la charla con su amiga, se sintió tan aliviada, tan contenta que la abrazó y le agradeció.

A partir de ese día otro universo de aventuras se abrió a sus pies. Juntas, empezaron a programar venganza y justicia.

—¿Estás segura de que es así? —preguntaba Cathy.

—Cómo no voy a estar segura, es mi propia vida, Cathy, mi familia.

—Vamos a hacer justicia, Sayén, la princesa india.

Cuando Sayén escuchó las últimas palabras de su amiga rompió en llanto.

Comenzaron a escaparse al centro para buscar a Roca y apedrearlo. Averiguaron dónde vivía. Sabían todo sobre su vida. Se pasaban la mayor parte del día haciendo guardias, o en su casa, o en la Casa de Gobierno. El tiempo de guardia era el mismo tiempo que tenían para escaparse y regresar sin que Asunción se diera cuenta.

Una tarde, durante la siesta, estaban las dos aburridas de esperar, se fueron a la plaza y se sentaron en un banco.

—¡Sayén! ¿Ese no es Roca? —preguntó Cathy y se puso de pie de la emoción.

—¡Sí, es él! —exclamó Sayén. Se quedó parada al lado de Cathy. Tanto había esperado ese momento… y ahora, no sabía qué hacer.

Soberbio, sonriendo y disfrutando del día Roca pasó a pocos metros de las niñas. Sayén sintió que la sangre corría caliente por sus venas y a pesar de que el brazo de Cathy la sostuvo, la joven tenía tanta fuerza propulsada por su ira que arrastrando a su amiga, tomó una piedra y corrió. Cuando estuvo a pocos metros del hombre le tiró el cascote que le rebotó en la cabeza. Salieron corriendo como locas sin mirar atrás. Fue uno de los días más felices de su vida.

Llegaron a la casa y se escondieron juntas debajo de la cama de James, en silencio y muertas de miedo. Sayén le dijo a Cathy que ahora iban a venir a buscarlas los soldados de Roca y que las iban a castigar. Esperaron tres horas, luego, despacio, salieron y cada vez que sentían un golpe en la puerta se les paraba el corazón, se quedaban quietas y se miraban entre sí.

Por suerte ese día no murieron bajo las garras de los soldados de Roca. Pero sí tuvieron que escuchar a Asunción durante un buen rato. Las tenía bajo pena para que no siguieran

escapándose solas. “Si se entera el señor James, ¡sabe Dios!”, les repetía a las dos mujercitas.

El verano era la estación preferida de Sayén y Cathy. Si bien no tenían amigas y eran vistas como las niñas raras, tampoco tenían quién les propusiera una vida social. James no estaba nunca y Asunción no era más que una criada. Pero ellas eran felices así. No necesitaban tertulias, ni bailes ni amigos nuevos para disfrutar y ser felices. Apenas salía el sol comenzaba la aventura y terminaba cuando se iban a dormir.

La Navidad era un poco triste para ambas, se ponían melancólicas y no disfrutaban de nada, la fiesta preferida era el carnaval. Lo festejaban cada año y brillaban de felicidad cuando para esa época don James estaba de viaje, porque entonces se podían escapar tranquilas y espiar a las comparsas y las murgas. Les encantaba ir a los bailes callejeros.

Esa tarde hacía tanto calor que se fueron a jugar al carnaval al tercer patio, a pesar de que Asunción las tenía amenazadas con tirar agua al desperdicio. A escondidas habían llevado harina y huevos.

Estaban las dos enchastradas y Sayén tirada en el piso abrazada a una gallina cuando apareció Asunción con cara de circunstancia. Dejaron de jugar apenas la vieron, sabían que algo no andaba bien, esa cara no era portadora de buenas noticias.

—¡Vamos, niñas! ¡Hay que limpiarlas bien!

Asunción no sabía cómo decirle a Cathy lo que su padre, luego de dar vueltas y vueltas, no se había animado a comunicarle.

—¿Qué pasa? —preguntó imperativamente Cathy, parada al frente de Asunción, con el rostro embarrado y los brazos en jarro.

—Ay, mi niña linda. Su padre me dijo que la prepare, que esta noche *usté* va a *conocé* a su *madestra*. Y eso no es todo, mi pequeña, viene con dos *hermadestras*…

Cathy se quedó sin palabras; a pesar del cruce alfabético que hacía Asunción ella comprendió bien de qué se trataba. Se puso a pensar en los días anteriores, y claro, se dio cuenta de que eso era justamente lo que su padre había tratado de decirle en varias oportunidades. Corrió a los brazos de Sayén. La abrazó y largó su llanto. Asunción las observaba y se agarraba la cabeza sin saber qué hacer. “Una tragedia se avecina”, pensaba la negra.

James había quedado prendado de una joven viuda inglesa. Su esposo había fallecido recientemente guerreando con honores. La conoció justo al frente del Jockey Club. Ella, con sutil y sensual elegancia, corrió su parasol y dejó caer los párpados, para luego levantarlos suavemente, clavó su mirada felina en los ojos del asustado James, que no sentía los placeres que le producían las mujeres desde hacía tiempo.

Su nombre era Rose Mary y era demasiado joven para enviudar, quedando sola con sus mellizas, Ruth y Roselyn, en el nuevo mundo.

Fue Rose Mary quién aceleró cada encuentro con James para meterse en su vida y en su

bolsillo. Esa mujer tenía muy claro lo que quería.

Siguiendo los consejos de sus amigos, que solo veían las curvas y los ojos de Rose Mary, James no cuestionó nada; era linda, madre e inglesa. Reunía todas las condiciones que él esperaba de una mujer para llevarla a su casa. Enseguida le propuso casamiento. “Catherine se va a sentir muy feliz de volver a tener una mamá y nuevas hermanas”, pensó. Todo era perfecto.

Cathy estaba desolada, su padre, su querido padre, no le había consultado nada. Ni siquiera le había contado de la existencia de esa mujer.

—Pero, Cathy, ahora vas a poder ir a las tertulias con tus… las hijas de tu… bueno, con ellas. Y vas a poder conocer a los muchachos adinerados y casaderos. Imaginate. Y me buscas un novio para mí —decía Sayén tratando de consolar a su amiga.

Cathy no escuchaba, solo lloraba.

A partir de ese suceso, fue como si el tiempo pasara volando. Es como cuando uno no quiere que algo llegue rápido, pasa lo contrario, todo llega y enseguida.

En una semana se celebraría la boda y luego las tres mujeres se mudarían a la casona de don James. Cathy no podía creer lo que pasaba. Habló con su padre, pero el hombre entendía que estaba haciendo lo mejor para los dos, para él y su hija. Solo le palmeaba la espalda y le decía que más adelante se daría cuenta. Al fin su casa se iba a volver a convertir en un hogar y su pequeña ya no estaría entre criados y jugando con una india, pensaba James y sonreía feliz.

Una semana antes del casamiento Cathy volvió al ataque.

—Pero, padre, usted no puede hacerme esto. Se va a casar y luego se va a marchar y yo voy a quedar con esas desconocidas en mi casa.

—No hable de esa forma, Cathy, esas desconocidas van a ser su nueva madre y ya no va a tener que entretenerse con la india, va a tener dos hermanas.

—Sayén no es una india, ¡padre!

—Sí, es una india, yo mismo la fui a buscar y usted es una niña de familia bien. Ahora va a tener dos hermanas para entretenerse.

Cathy se dio cuenta de que su padre no veía lo mismo que ella. Estaba desesperada y desamparada. ¿Qué iba a hacer en su casa con esas tres mujeres desconocidas?

El casamiento fue pura formalidad. Rose Mary se encargó de todo y bien rápido. No hubo fiesta, solo una mudanza.

Apenas Rose Mary cruzó la reja de ingreso, Asunción supo que esa mujer tenía algo maléfico en su mirada seductora. “Esta infeliz *me lo ha engualichao* al muy pavo del amo”, pensó, mientras la observaba de reojo, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Había una caravana de coches y carretas al frente de la casona de los Sellers. Luego de que bajaron las tres mujeres y el gato negro, atado de un cordel y sostenido por la mano de Rose Mary, la servidumbre comenzó a bajar los ochenta y siete baúles donde venía empacada la vida de las mujercitas.

Sayén espiaba por la ventana, mientras que la pobre Cathy estaba parada junto a Asunción y su padre dando la bienvenida a su nueva familia.

Sayén sentía incertidumbre, ¿qué pasaría ahora con ella? Con todas esas mujeres gozando del poderío en la casa, ella sobraba, o mejor dicho, haría falta para trabajar como sirvienta, era lo que correspondía, era su razón de ser en esa casa. Pero… nunca lo había hecho más que por puro gusto. Mientras seguía mirando, ahora sintió miedo.

Las dos mellizas, una era rubia y la otra pelirroja, pero sus rostros y sus bucles eran perfectamente iguales. Pasaron al costado de Catherine y le regalaron una sonrisa.

Llegaron, se instalaron. Ya nada iba a ser igual en la casona de los Sellers.

Para la cena, la mesa de la sala estaba completa. Sayén se dio cuenta y disimuló su tristeza cuando vio que no había un plato para ella. Era para la familia. Enseguida se hizo la desentendida y se fue a comer a la cocina con los sirvientes y criados como si nada pasara.

Yanara no paraba de predecir maleficios. Se burlaba de Sayén, decía que otra vez la habían destronado. ¿Tendría razón?

Apenas terminó la cena, Cathy corrió a abrazar a Sayén. Estaba profundamente triste. Su padre solo tenía ojos para las mujeres nuevas.

Rose Mary fue muy amable con todos, y cada tanto llamaba la atención de las mellizas que no paraban de encontrar motivos para pelearse entre ellas.

—Es hermosa tu hija, querido James —dijo Rose Mary.

James sonrió satisfecho, con ese comentario estaban cerradas todas sus dudas, había logrado formar otra vez una familia. Y esta vez la había comprado ya lista, con hijos y todo. Ya podía dedicarse a su trabajo, su nueva esposa se encargaría de Catherine. Sin dudas era una buena mujer, pensaba el hombre mientras las miraba a todas sentadas en los sillones, viendo pasar el tiempo, como si fueran su gran trofeo. Se sentía muy feliz. Nunca percibió la tristeza en el rostro de su hija.

Al día siguiente, Sayén recibió otro golpe bajo cuando vio que su cuarto ya no era suyo. Tuvo que regresar a su viejo catre al lado de Asunción, y a Cathy la habían pasado al que usaba Sayén. Así, las mellizas podían compartir la habitación de Cathy que era bien grande.

Esa noche, luego de los postres, Cathy se fue a su cuarto, sola. Cuando supo que ya estaban todos dormidos, Sayén la siguió. Se abrazaron y lloraron juntas en la oscuridad. El amor que se profesaban era verdadero, era eterno, era de hermanas.

—No llores, Cathy, todo se va a arreglar, ya vas a ver —trataba de animarla Sayén.

—Esto es tremendo y mi padre esta embrujado con esa vieja —decía.

Esa noche se durmieron juntas, más tristes que nunca.

Las cosas habían cambiado, el orden se había instaurado en la casa de los Sellers. Ya no era como antes que andaban las dos sueltas y de aventuras todos los días.

En la alcoba principal, James recordaba el placer de estar con una mujer, Rose Mary le estaba

devolviendo el favor por haberles dado un nuevo hogar.

Lo había desnudado completamente y luego ella, con su camisa de dormir de finas telas europeas, había comenzado a frotarse y resbalar sobre el cuerpo ansioso del hombre. James no podía creer que una mujer de sociedad pudiera agarrar con sus manos su miembro, su esposa jamás lo había hecho en todos los hermosos años compartidos. Y casi se infarta cuando Rose Mary puso el pene completo en su boca. Qué magnífico Dios le había puesto esta gran mujer en su camino. Se dejó hacer. Solo disfrutó. Luego, cuando ya no aguantaba más, la acostó sobre la cama y con su forma poco amable la penetró intensamente.

Al otro día, con una sonrisa de pavo real, comenzó a complacer todos los pedidos de su nueva esposa y sus caprichosas hijas.

Allí empezó la guerra muda entre las mellizas, Cathy y Sayén. Comenzaron con golpes simulados al cruzarse y terminaron con moretones y cortes en la cabeza. Asunción no paraba de aconsejarlas, que fueran amables, condescendientes con las mellizas. Ella tenía mucho más claro que las niñas cómo eran las cosas ahora.

Cuando James se fue de viaje, Cathy era una más de la servidumbre, el derecho de hija de James no le sirvió para nada. Rose Mary le daba toda la prioridad a sus mellizas.

La vida de todos en la casa de los Sellers cambió para siempre desde la llegada de las brujas. Se acabaron los paseos a escondidas, las escapadas al centro a espiar políticos. La felicidad de las mujercitas había llegado a su fin.

Sayén descargaba su angustia en la lectura y Cathy lloraba por todos los rincones. Asunción, a pesar de su pena, obedecía las órdenes de su nueva patrona.

El encuentro

Ya estaban listas las invitaciones para los bailes de carnaval en el Club del Progreso.

Josefa estuvo muy ocupada en la confección de su vestido. Don Rafael le había pedido como favor especial a su amigo James Sellers que le consiguiera una máscara veneciana para su esposa. James, a cambio del favor, le pidió que gestionara ante las autoridades del Club y le consiguiera invitaciones para él y sus nuevas mujeres para el exclusivo baile de carnaval.

Rose Mary se encargaba de bajar la fortuna de James comprando vestidos nuevos para sus hijas, tocados y sombreros recién llegados de Europa. Siempre encontraba una excusa para dejar a Cathy en la casa con la servidumbre. Jamás la invitaba a ir con ellas de compras, a tomar el té, o a visitar amigas. Cathy no solicitaba asistir a esas salidas. Todo lo contrario, apenas cruzaban la puerta corría a buscar a Sayén.

Cuando James quería reclamar algo sobre su hija, que por cierto cada día estaba más bella y más triste, Rose Mary se lo llevaba a la cama y lo convertía en pavo real por un tiempo más.

En Recoleta, la familia Martínez Peña seguían siendo ellos dos. No tuvieron más hijos. Pasaron los años y Josefa se aprendió todos los trucos para no embarazarse.

La joven había borrado de un plumazo a su hijo deforme y siguió con su vida. Lo que sí tuvo, y muchos, fueron amantes. Estaba en la flor de su juventud y se comentaba que era bastante suelta de calzones. Se le conocían varios amoríos con pretendientes mayores y más jóvenes también. Dejaba un tendal de hombres sensibles que caían bajo las garras de su sensualidad y luego eran desechados para ser reemplazados por otros rápidamente. A la iglesia no fue nunca más y las mujeres de la Sociedad de Beneficencia se la sacaron de encima en cuanto pudieron.

Don Rafael había perdido el gusto por su mujer y también el color de su cabello, las canas preponderaban en su cabeza. Luego de la partida de su hijo enano al campo, y con el paso de los años, se convirtió en un hombre con ojos exclusivamente para sus negocios. Los había duplicado varias veces, al igual que su riqueza. Allí descargaba toda su adrenalina. Su mujer lo había cansado. Y sus alientos amorosos se los regalaba a las jóvenes del prostíbulo La Casona.

Nunca más se habló del niño enano. Como si esa parte de la historia del matrimonio se hubiera borrado del libro de la vida. Pero en su interior don Rafael sabía que era un tema pendiente. Ensayó alguna idea de contratar a alguien para matarlo. También pensó en mandarlo a Australia, bien lejos. Pero nunca hacía nada. Lo que en realidad quería era que desapareciera sin que él

tuviera que hacer nada. Josefa ya lo había olvidado, al igual que al pobre cura que murió por su causa.

A pesar de la ausencia de intimidad, para los eventos sociales eran un perfecto matrimonio feliz. Salían tomados del brazo contando una historia de amor que puertas adentro no existía.

Puertas adentro se trataba solo de una convivencia por conveniencia.

El carnaval avanzaba por las calles porteñas. Era una gran fiesta donde todos disfrutaban. Corsos, disfraces, serpentinas y fiesta en todos los barrios. La clase alta porteña se distribuía en dos o tres clubes distinguidos.

Los Martínez Peña eligieron el Club del Progreso. Desde San Telmo salía el carruaje de Sellers con sus mujeres, a excepción de Cathy. Ella los observaba irse desde la ventana, con la nariz pegada en el vidrio. No añoraba estar en el carruaje, solo añoraba su vida anterior sin esas mujeres en su casa.

—Querido, Cathy no quiso venir, dice que está descompuesta y prefiere quedarse a leer con su sirvienta, la india. Ella no está acostumbrada a estas fiestas. Es que la tuvo tanto tiempo encerrada con la servidumbre que le cuesta salir.

James disimuló ante su nueva esposa su enojo; es que era cierto, su hija pasaba demasiado tiempo con la india, y eso no era bueno. Estaba fastidiado.

Desde la mansión de los Martínez Peña también salía el carruaje con don Rafael y Josefa a su lado.

—Querida, ¿puede ser que esta noche no beba tanto?

—Nunca bebo tanto, esposo.

Don Rafael ya estaba harto de esperar que su esposa madurara, creciera. La miró con dureza y le dijo:

—Si usted esta noche me hace pasar papelones al frente de nuestros amigos, la saco tironeando de su hermosa cabellera a la calle y esta vez, sí, la dejo en la casa de sus padres.

La joven bajó la cabeza y no contestó. Sabía cuándo se pasaba de la raya, y eso estaba sucediendo.

Llegaron y con la ayuda del portero descendieron. Josefa acomodó su tocado, repasó el collar de perlas que rodeaba su cuello, levantó su mentón para que sus ojos quedaran cubiertos con la máscara veneciana que sostenía con su otra mano e ingresó. Detrás de ella don Rafael entregó su sombrero de copa al portero y la siguió.

La fiesta transcurría alegre en el Club del Progreso. Don Rafael y James compartían copas, sus mujeres competían máscaras y vestidos. Mientras tanto, los más audaces empezaban a ensayar los primeros valses, alguna polca, y el baile ya estaba en danza.

Cathy seguía con la nariz pegada en el vidrio. Sayén entró corriendo a buscarla, se le había

ocurrido una idea para levantar el ánimo de su amiga y Asunción le ayudó a concretarla.

—Cathy, ¡vamos!

La joven se dio vuelta y la miró con cara de ñandú encerrado.

—Vamos, tengo los trajes —le dijo. Y luego le extendió una botella—: ¡Tomá, bebé un poco! Es brandy, se lo saqué a Asunción.

Catherine dio varios sorbos sin respirar, luego casi despacha sus pulmones con la tos. Se repuso y la siguió con desgano. Fueron al cuarto de la niña, había dos preciosos vestidos estirados sobre la cama. Sayén no daba más de la ansiedad, quería verle la cara a Cathy cuando los descubriera. Pero ella estaba tan preocupada y ocupada en su propia tristeza que no se dio cuenta de los vestidos. Tuvo que llamar su atención para que los viera.

—¿De dónde sacaste eso, estás loca?

—No preguntes y dale. Nosotras también vamos a ir a festejar el carnaval.

Cathy sonrió y en ese momento cambió su semblante. Las dos empezaron a vestirse y a prepararse para la próxima aventura: salir a disfrutar de la fiesta de carnaval.

Cuando estaban listas, ingresó Asunción y las guió hasta la cocina donde las esperaba Yanara.

Una hora estuvieron sobre las cabezas y rostros de las muchachas utilizando la mayoría de las cosas de Rose Mary y sus hijas. Cuando estuvieron listas, Asunción las arrastró hasta el espejo. Se miraron, se admiraron y luego se largaron a reír como locas.

Sayén se observaba y no se reconocía. Esa imagen que le devolvía el espejo no parecía ser ella. El peinado, su cabello se veía tan… tan diferente al de siempre, hasta se veía suave. Su cuerpo metido en ese vestido, también se veía tan lindo. Y era todo de ella.

—Mi niña blanca y mi niña negra, *bue*, negra como negra… no, *vamo a decí* mi niña mestiza.

—Tu niña india, tu niña india —repitió.

Allí paradas, como dos princesas perdidas en el mundo real, Cathy en un vestido rojo con la cintura bien marcada, su escote mostraba que ya no era tan niña, y la falda agrandada con tules y tafetán. Y Sayén con el mismo modelo, pero en color lavanda. Asunción les había improvisado un collar de porotos simulando las perlas y la verdad es que no tuvieron coraje para no usarlo, la hubiesen ofendido mucho si no lo hacían.

Asunción y Yanara las acompañaron hasta la puerta, la india prediciendo maldiciones como siempre mientras Asunción les repetía:

—Tengan cuidado, mis niñas, esta noche todos se convierten en *lobisones* y *carneros*. Las peores cosas pasan en los carnavales. Un rato, miran la comparsa y luego se regresan *pa'cá*. Las mujeres que salen solas son las fuleras, así que *tenganmé* mucho cuidadito. Una *güeltita* y se *me güelven* —repetía Asunción completamente arrepentida de haberlas dejado salir. Pero ya era tarde.

Las dos solas se tomaron de la mano y empezaron a correr por la calle, contentas.

Mientras James con su nueva esposa y sus nuevas hijas conversaba animadamente con Josefa

y don Rafael Martínez Peña, en otro extremo de la misma Buenos Aires y bajo la misma luna… Sayén y Cathy vivían su propia aventura.

Se mezclaron con la gente, bailaron al costado de la comparsa de los candomberos. Era todo tan divertido, algunos se tiraban huevos, aunque todo eso estaba prohibido según les había contado Asunción.

Admiraban el trabajo de algunos trajes y carrozas. Se prometieron hacer una para el año siguiente. Lo juraron. Bailaron, cantaron y cuando no daban más, descansaban un poco en la vereda.

—Escuchá —dijo Cathy.

—¿Qué cosa?

—Esa música, ¿de dónde viene…? —cuando terminó de decir eso comenzó a seguir el rastro de la melodía y Sayén detrás tratando de percibir lo que Cathy estaba escuchando; había tanto barullo, tantas personas, que no llegaban a diferenciar los sonidos.

Caminaron varios metros adentro de un pasaje. Y lo vieron, allí estaba el joven con la guitarra, al lado un señor mayor con un violín. Era un grupo reducido de personas festejando.

—Son irlandeses —dijo Sayén.

—No, son italianos.

—¿Cómo sabés?

—Porque hablan italiano, Sayén —le contestó con cara de fastidio.

Una al lado de la otra comenzaron a acercarse, despacio. Enseguida y amablemente las incluyeron en la fiesta.

—Soy Vittorio Costa, mis *signorinas*, para servirlas —les dijo el joven que luego de dejar su guitarra se acercó a ellas.

Las muchachas lo miraron, se pusieron tan nerviosas que se tomaron de la mano y se largaron a reír. El joven tendría la misma edad que ellas. Vittorio las siguió mirando hasta que dejaron de reír. Y ahora se pusieron coloradas como tomates.

—¿*Ma* cómo se llaman? —les preguntó Vittorio, mientras las acompañaba hasta la pequeña mesa donde lucía la gallina frita, cerveza, ginebra y pan dulce casero.

—Catherine y ella, Sayén. Ella es india —le dijo apresurada y nerviosa.

—No te preguntó si yo era india —la increpó Sayén mientras se metía en la boca un pedazo de pan dulce.

—Y yo inglesa —concluyó Cathy.

—Y yo san telmense, hijo de italianos.

—¿San telmense? —preguntó Cathy mientras Sayén seguía con la gallina frita.

—Sí, nací en San Telmo.

Rieron los tres.

Cuando Sayén terminó de arrasar con la humilde mesa de comidas, las niñas, agradecidas, comenzaron a despedirse.

—¿Se van? Pero si recién llegan —les preguntó Vittorio.

—Sí, vamos a seguir. ¿Querés venir con nosotras?

Vittorio, sin pensarlo y sin consultarlo, dejando a su grupo de amigos en pleno festejo se fue detrás de las muchachas.

Los tres siguieron recorriendo las calles de San Telmo, descubriendo en el barrio las distintas fiestas de carnaval.

Luego de seguir bailando y cantando jugaban a adivinar las naciones originarias de las distintas comparsas. Esquivaron los borrachos buscapleitos. En varias oportunidades tuvieron que agarrarlo a Vittorio de los brazos y detenerlo antes de que se metiera a pelearse por cualquier pavada. Ya cansados, buscaron un lugar tranquilo para sentarse y conversar. Las muchachas estaban tan nerviosas, era la primera vez en sus vidas que conversaban con un joven.

—Sos nuestro primer amigo, Vittorio —le dijo Cathy.

—Y ustedes son mis primeras amigas mujeres.

Sayén lo miraba y trataba de adivinarlo. Le llamaban la atención los rulos rojizos.

—¿Saben bailar?—preguntó Vittorio rompiendo el silencio.

—¡Claro que sabemos! —contestó Cathy.

—Entonces bailemos —le dijo y luego se puso de pie y le tendió la mano.

Cuando Cathy se levantó con su ayuda ya estaban rodeados de unos jóvenes disfrazados con capas negras, capuchas y palos en las manos. Las chicas se asustaron mucho y antes de que pudieran comenzar a correr ya habían golpeado a Vittorio. Luego de dejarlo medio desmayado en el piso, se lanzaron sobre Cathy y Sayén que estaban abrazadas y gritando, aterradas. Pero con todo el ruido que había nadie las escuchaba. A ellas no les pegaron, les ataron las manos con sogas por detrás y las tiraron arriba de un viejo carro, que luego pusieron a andar. Las taparon con unas mantas. Estaban tan asustadas, creyeron que se morirían asfixiadas.

—¡Cathy! ¿Estás ahí? —preguntaba Sayén.

Estaban aterrorizadas, Sayén se movió como pudo y chocó con el cuerpo de Cathy. Allí mismo recordó las tantas recomendaciones de Asunción. Atadas en el carro que se bamboleaba, se arrastraron hasta quedar una al lado de la otra debajo de la sucia manta. Esperaron expectantes.

Cuando Vittorio logró recomponerse, abrió los ojos y lo primero que vio fue a un hombrecito pequeño. ¿Qué era eso? ¿Acaso estaba en otro mundo? Se frotó los ojos con ambas manos y regresó la vista, allí estaba el hombrecito, mirándolo.

—¿Te vas a levantar o te vas a quedar allí tratando de hacerme desaparecer? Sí, soy un enano de carne y hueso, igual que vos, no muerdo ni hago magia. Ahora levantate que tus amigas están en peligro —dijo el enano.

Allí mismo Vittorio recordó lo que había ocurrido unos minutos antes, lo habían golpeado a él y se habían llevado a las dos muchachas. Enseguida quedó parado al lado del hombre diminuto.

—Mi nombre es Pedro —dijo el enano.

—Y el mío es Vittorio —le contestó—. ¿Y vos de dónde saliste? —agregó.

—No importa eso ahora, vi lo que sucedió y tus amigas están en peligro.

—Sí, tenés razón. Las acabo de conocer. ¿Qué pasó?

—Unos cogotudos disfrazados te pegaron a vos en la cabeza y luego ataron a las muchachas y las arrastraron hasta un carro, se fueron por ese callejón —dijo Pedro, señalando con la mano hacia la oscura calle—. ¡Vamos! —gritó como si hubiese estado esperando ese momento.

Pedro sacó un cuchillo de su chaqueta y se lo dio a Vittorio. Este lo miró con asombro, luego lo aceptó. Le cayó simpático el hombre pequeño.

Vittorio salió corriendo, pero luego tuvo que frenar y esperar a Pedro que quedó atrás tratando de alcanzarlo.

Caminaron rápido hacia el lugar que había indicado Pedro, cuando llegaron, doblaron en la esquina y el ruido, la música y las luces desaparecieron. Quedaron inmersos en un oscuro callejón. Siguieron caminando despacio hasta que divisaron un grupo de personas. Se corrieron del medio de la calle y comenzaron a deslizarse casi pegados a las paredes para no ser vistos. Cuando estuvieron cerca confirmaron que se trataba de los hombres que se habían llevado a las jóvenes.

Se acercaron un poco más y vieron cómo las tenían a las dos niñas. Les habían atado un pañuelo en la boca y estaban con Cathy, uno la sostenía de sus brazos y otro, parado delante de ella, se estaba bajando los pantalones.

—¡Vengan si son machos! —les gritó Pedro con Vittorio a su lado que empuñaba el cuchillo con ambas manos extendidas hacia el frente.

Cuando los jóvenes encapuchados se dieron vuelta, tuvieron que hacer esfuerzos para verlos a los dos pegados a la pared. Comenzaron a reírse. Pedro, con la velocidad de un rayo, sacó de un bolsillo interno otro cuchillo que clavó justo en el brazo izquierdo de uno de los muchachos, luego giró e hizo lo mismo con otro. Vittorio corrió y se colgó del cuello del tercero, el que estaba con los pantalones a la rodilla. Se hizo un silencio eterno. Pedro se acercó a los dos que quedaban y con el último cuchillo que tenía en su mano les dijo:

—¡Se van ahora o este va directo al corazón!

Se hizo un silencio, los encapuchados se miraron entre sí y a los pocos segundos salieron corriendo en todas direcciones.

Se acercaron al carro y allí las vieron, atadas y aterrorizadas. Vittorio subió de un salto y enseguida las desamarró.

Bajaron del carro maltrecho y cuando se dieron cuenta de la presencia de Pedro, ambas lo miraron con curiosidad y algo de miedo.

—Hola, soy Pedro, soy enano y no pertenezco a ningún circo —dijo el jovencito, fastidiado de que cada vez que alguien lo descubría lo mirara como si fuera de otro planeta, solo porque tenía las piernas cortas.

—Hola —contestaron al unísono. Se abrazaron las dos y rompieron en llanto.

Vittorio y Pedro se miraron, no sabían qué hacer. Vittorio se acercó un poco y sin mirarlas, le palmeó la espalda a una de ellas.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Pedro a Vittorio mientras las chicas seguían sollozando sin parar.

—¿Esperamos que terminen de llorar? —preguntó a su vez Vittorio.

Los dos muchachitos parados, serios y con cara de circunstancia, al lado de las dos niñas que lloraban sin consuelo. Pasaron como diez minutos. Vittorio le tocó el hombro a Sayén y le dijo:

—¿Y si vamos a llorar a un lugar que esté más iluminado?

Sayén lo miró, se frotó los ojos. Se acomodaron, sacudieron sus vestidos y caminaron tomadas de la mano detrás de los dos jóvenes.

Cuando llegaron a una de las calles principales, se frenaron en una esquina.

Recién allí Vittorio les preguntó.

—¿Están bien?

—Sí, estamos bien. Un feo susto y gracias por salvarnos —dijo Sayén que no podía disimular sus ojos sobre Pedro.

—¡Muchas gracias! Si no fuera por ustedes… —dijo Cathy tapando su rostro con ambas manos.

—Les quiero presentar a quién en realidad nos salvó a todos, Pedro —dijo Vittorio señalando al muchacho que estaba mudo, parado a su lado.

Sayén no aguantó más.

—¿Por qué te cortaron las piernas? —preguntó.

—¡No! ¿No ves que es enano? —la increpó Vitto.

—¡Claro! Es un enano —completó Cathy que ya se había olvidado del suceso anterior.

—¿Los enanos no hablan? —siguió preguntando Sayén.

Pedro ya estaba fastidiado. La miró de reojo y con una mueca en la cara le dijo:

—Sí, los enanos hablamos y hacemos muchas otras cosas.

Sayén le sacó la mirada y se puso muy colorada.

—¡Vamos, las acompañamos hasta su casa! —dijo Pedro, para terminar la conversación.

—¿Dónde viven? —preguntó Vittorio.

—Por allá —señaló Cathy y los cuatro comenzaron a caminar juntos por la calle. Eran apenas unos adolescentes, tan distintos, pero con tantas cosas en común.

—Pedro, ¿nos contás? —dijo Sayén.

—¿Qué querés que te cuente? —le preguntó.

—Quién sos, dónde vivís y que te pasó en las piernas —contestó Sayén.

—Me llamo Pedro, soy enano y estoy llegando de viaje. Ah, y soy inofensivo.

Rieron los cuatro.

—Nunca te vi —le dijo Catherine.

—Es la primera vez que salgo de mi cautiverio —aclaró.

Se quedaron los tres con la boca abierta.

—¿Cautiverio? ¿Te tenían en una jaula? —le preguntó Sayén.

—Sí, cautiverio, pero no justamente en una jaula. Es una larga historia. La cuestión es que ahora estoy aquí y digamos que ustedes son los primeros amigos que tengo.

—¿Y dónde vivís? —preguntó Vittorio.

—En un hotel, por ahora.

Todo sonaba como un cuento. Raro.

—No entiendo por qué estabas en cautiverio, ¿trabajabas en un circo? —siguió preguntando Sayén.

—No, solo que mis padres cuando descubrieron que yo era enano no pudieron soportar la vergüenza, así que me encerraron. Hasta ahora que me escapé.

Se hizo un silencio. No era agradable lo que acababan de escuchar.

Sayén seguía preguntando. Quería saber todo mientras que Pedro no tenía ganas de contar los detalles de su historia completa. Buscaron el mejor camino, el más concurrido e iluminado para regresar hasta la mansión de los Sellers. Las chicas ya habían olvidado el incidente, estaban tan emocionadas, caminaban derechitas, despacio. No querían llegar.

Cuando la casona apareció a la vista, y ellas indicaron que vivían allí, Vittorio, sorprendido, les dijo:

—Ustedes son señoritas bien, digo, acomodadas, bueno… ¿Por qué viven juntas, son parientes?

—No —dijo Sayén y no supo cómo seguir.

—Le cuento, caballero italiano, ella es una princesa india y yo una cenicienta inglesa y ambas vivimos aquí —otra vez rieron los cuatro.

Tenían que entrar antes de que a Asunción se le parara el corazón, pero estaban tan a gusto con los dos muchachos que querían extender el tiempo. Detener el mundo.

Antes de ingresar, y con los primeros rayos de sol queriendo acusar recibo de lo tarde que era, Catherine se dio vuelta y les dijo:

—Mañana a la siesta en la Plaza del Comercio.

Luego salieron corriendo y los dejaron parados mirando la reja negra.

Pasaron derecho a la cocina donde estaba sentada Asunción, con un montón de velas encendidas y estampas diferentes, rezando a varias religiones al mismo tiempo.

—¡Al fin, al fin, no sabía qué hacer! —les dijo sin saber si retarlas, pegarles o abrazarlas.

—Asunción, ya estamos aquí, fue la noche más hermosa de nuestras vidas, ¿no, Sayén? —dijo Cathy.

—¡Claro que sí, la más hermosa! —contestó, satisfecha.

Sin hacer ruido y sin preguntar por el resto se fueron a dormir.

Se sacaron los vestidos, se pusieron las camisas de lienzo y luego se acostaron juntas en la misma cama.

Después de aquella vez, hacía varios años, cuando un poco borrachas habían conocido los placeres que les regalaba el cuerpo, no lo habían repetido nunca más. Esa noche, larga, ya casi de día, había pasado de todo.

—Casi nos hacen eso… Nunca tuve tanto miedo.

—Yo pensé que me moría —contestó Sayén.

Se abrazaron, Cathy se sintió extraña. Tuvo el deseo de besar a Sayén. Pero se frenó, no lo hizo. Se dio cuenta de que solo ella había tenido ese impulso.

—Nos salvaron los muchachos —dijo Sayén.

—Sí, ahora nos tenemos que casar con ellos.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Sayén sorprendida.

—No, mentira, es una broma. Pero, vos, ¿te casarías con un enano?

Sayén se quedó sorprendida con la pregunta, igual no supo qué contestar.

—Yo, no sé, ¿vos?

—¡Yo sí!, pero me parece que el enano se quedó enamorado de la princesa india.

—No te rías, Cathy —dijo Sayén, enojada.

—No me río, solo que… ¿con cuál te quedas? ¡Yo, Vittorio! —dijo Cathy.

—¡Yo, Pedro! —dijo Sayén.

—¿Viste? ¡Le gusta el enano! ¡Le gusta el enano! —le cantaba Cathy.

—Callate, pava. Y a vos ¡te gusta el gringo! ¡Te gusta el gringo!

—Bueno, voy a tener muchos sobrinitos enanos, qué lindo.

—Basta, Cathy, no es gracioso. Mirá si vos fueras la enana.

—Bueno, bueno… está bien, tenés razón. Tenemos que dormir.

—Sí, yo en un rato tengo que levantarme a limpiar —dijo Sayén y ambas niñas recordaron el infierno que estaban viviendo.

A los pocos minutos Sayén se levantó y se mudó a su catre, al lado de Asunción.

—Hace calor —se excusó.

Al día siguiente, mientras las mellizas cuchicheaban acerca de los muchachos que habían conocido la noche anterior, sentadas en los sillones, bebiendo limonada, Cathy pasó al costado de Sayén que estaba puliendo la plata en la sala principal, y le dijo al oído que la esperaba en el gallinero. Sentadas en el piso, como en las viejas épocas, recordaron otra vez las pocas palabras que habían intercambiado con Pedro y Vittorio. Contaban los minutos que faltaban para ir a la

plaza a verlos.

La plaza

Donatella no lo podía creer. Parada al frente de Pedro, con los brazos en jarro, le decía:

—*Ma propriamente* que sos enano…

—Sí, señora —contestaba Pedro fastidiado, hacía media hora que lo miraba y le preguntaba lo mismo.

—Madre, ya le contamos —agregaba Vittorio.

—Sí, sí, se queda en casa con nosotros. No comprendo cómo tus padres pueden hacerte un lado porque… bueno, este… sos un poco petiso, eso no es nada, a cualquiera le puede pasar. *Ma* este chico no va a ir al hotel. Lo van a agarrar para el churrete.

Donatella no podía dejar de hablar, la historia que le acababan de contar le había movido las fibras más íntimas de su ser. Y verlo a Pedro tan hermoso, tan pequeño, tan desprotegido, tan desgraciado...

—Madre, ¿usted le dice a *papà*? —preguntó Vittorio.

—Sí, yo me encargo. Ahora les preparo unos pastelitos, o mejor una tortilla. ¿Cuánto hace que no comés, Pedro?

—No se preocupe, señora Donatella, muchas gracias. Comida siempre me dieron, lo único es que nunca pude salir de la casa.

—¡*Madonna santa*!—Donatella se fue murmurando.

Los jovencitos se quedaron solos.

—Perdón, es que es raro —se excusó Vittorio.

—¿Qué perdón? ¡Gracias! ¡Muchas gracias! No quiero regresar jamás a la estancia. Me quedo unos días con vos hasta que organizo mi viaje y luego, listo.

—¿Qué viaje? —le preguntó el muchacho.

—Me quiero ir a un lugar donde pueda vivir en paz, caminar por los parques, mirar el cielo y comprar sin tener que estar contando que no soy un duende salido de los cuentos, ni un enano que se escapó del circo.

Cuando llegó Stefano de trabajar, Donatella no podía coordinar las palabras para contarle todo lo que había pasado. Al principio, Stefano se preocupó, estaba acostumbrado a los problemas que les traía siempre Vittorio, pero cuando entendió de qué se trataba realmente, estuvo de acuerdo en darle techo a Pedro; tenía la misma edad que su hijo y él, ni por nada del mundo, lo hubiera ocultado aunque a su Vittorio no le crecieran las piernas ni los brazos. Los muchachos fueron a

buscar sus pertenencias al hotel donde se había alojado Pedro y regresaron. Enseguida se hicieron buenos amigos, los dos eran fuertes y apasionados.

Donatella estaba emocionada, ahora tenía dos hijos para cuidar.

Pedro, con optimismo y gratitud, les contó lo menos posible acerca de su cautiverio en su propia casa y del desprecio de sus padres. No podía soportar el sufrimiento de Donatella con cada palabra de él.

Les ofreció pagar su estadía, era evidente que se trataba de una familia muy humilde. Pero, por supuesto, los Costa no le aceptaron nada. Donatella los cuidaba. “Quién dice, tal vez con ese nuevo amigo, Vittorio se calma un poco”, pensaba.

Al fin, luego de charlar hasta quedar secos, Pedro le preguntó a Vitto:

—¿Cuál te gusta de las dos?

—La que me toque, con esas dos hermosuras, la que me toque es un premio para mí.

Pedro se quedó pensativo, después de todo tenía razón. Las dos eran muy bellas en diferentes tonos, por decirlo de alguna manera. Pero de lo que él estaba seguro era que las dos habían elegido a Vittorio, ¿quién elegiría a un enano? Ahora, si él tenía que elegir, le gustaba la india, Sayén. La india y el enano, se rió solo.

La siesta tenía la capacidad de apaciguar el poblado, y más aún en verano, pero en carnaval… no.

Sayén pensaba en Pedro. Ella que creía que su condición de india la dejaba fuera de la vida, de la humanidad. Pero un enano... Y tan lindo que era. Esos ojos verdes, medio caídos, le daban un toque sensual, y esos rulos color miel rozando su frente. Su rostro era tan bello, lástima el resto.

Ninguna de las dos podía aguantar la ansiedad por salir a la plaza a encontrarse con los muchachos. Las horas no pasaban más. Menos mal que las mellizas todavía estaban entretenidas con sus propios chimentos, ni se percataron de que Sayén y Cathy andaban en algo raro.

Luego del almuerzo, salieron convertidas en invisibles, aprovecharon la muchedumbre comercial, los carros y caballos, se mezclaron con la gente y esperaron. Enseguida los vieron, Vittorio era alto y flaco y Pedro, chiquito y más bien ancho; ambos con el pelo enrulado, medio despeinados y con enormes ojos verdes. Sayén observaba a Pedro, agrandado, un andar soberbio. Sonrió.

Cuando estuvieron parados los cuatro frente a frente, nadie dijo nada. El aire se puso raro y ninguno de ellos pudo controlar el rubor que se instaló en sus mejillas, todos miraron al piso.

El encanto se rompió cuando le gritaron a Pedro:

—¡Enano, volvé al circo!

Vittorio se puso como loco, salió corriendo detrás del que había abucheado a Pedro. Lo alcanzó y le pegó una trompada que lo tiró al piso.

Al mismo tiempo pasaba cerca de ellos una señora, que al ver a Pedro soltó una exclamación y

se tapó la boca con su mano envuelta en un guante.

Pedro la miró y le dedicó una hermosa sonrisa, al tiempo que con su mano derecha envolvía sus testículos y los hamacaba, meneando sus caderas para adelante y para atrás.

—¡Morboso! Saquen a este deforme de las calles —se marchó, horrorizada.

Acto seguido, un niño de unos diez años, que estaba junto a otros tres, tiró una piedra que golpeó la cabeza de Pedro. Ahora la que salió corriendo fue Sayén. Lo alcanzó y lo agarró de los pelos. Lo revoleó y el niño cayó al piso, llorando. La miraba sollozando y tomando su cabeza con la mano, se levantó y corriendo se unió al grupo en huida.

Pedro no se inmutó, Cathy le miró la cabeza a ver si estaba lastimado, mientras Vitto y Sayén regresaban.

—Que no les afecte. ¡Vamos! —dijo Vitto.

Los cuatro caminaron juntos, en hilera, orgullosos y con una sonrisa. Vitto revoleando las manos a los costados y la gorra aplastando sus rulos. Cathy con su melena rubia meneaba sus caderas para todos lados haciendo bambolear el vestido. Pedro mirando para arriba, soberbio, y Sayén con sus trenzas llovidas sonreía y movía sus hombros al caminar.

Vittorio los llevó a un bar propiedad del padre de un amigo suyo, Enzo. Les dijo que era lo mejor para que nadie los molestara.

—Hola, *m'hijo*, ¿qué lo trae por aquí? Enzo no está justo ahora.

—Hola, don Mario. No, solo queríamos compartir una limonada en privacidad, para que no molesten a mis amigos —dijo Vittorio.

Al ver a Pedro y a Sayén, enseguida don Mario comprendió.

—¡Pasen, hijos, pasen! —dijo, al tiempo que los acompañaba lejos de los borrachos postrados al costado del vaso y la botella semivacía—. Seguro que cuando llegue Enzo se les va a sumar —agregó mientras enredaba sus dedos en la cabeza despeinada de Vittorio que acababa de meter la gorra en su bolsillo.

Se sentaron los cuatro, con los codos sobre la mesa. Era la primera vez que estaban en un lugar como ese. Enseguida y en persona don Mario les trajo cuatro jarros con limonada. Se sintieron importantes, grandes.

—Muchas gracias, señor —dijeron a coro los cuatro.

Pedro fue el primero en tomar la palabra.

—Creo que hoy, no… hoy es el mejor día de mi vida —dijo. Sus ojos claros brillaban de emoción.

—El mío también. No sé quiénes son, pero sí sé que siento que los conozco desde toda la vida —siguió Sayén.

—Yo también, tengo un poco más de recorrido que ustedes, definitivamente, pero tengo la sensación de que vamos a ser amigos para siempre —completó Vitto.

Allí comenzaba, nacía una gran amistad que se sostendría para siempre, inseparables hasta la

muerte. Cada uno contó su historia, sus males, sus dolores. Se conocieron, o tal vez se reconocieron. No lo sabían. Lo que sí sabían era que querían estar juntos, los cuatro, para siempre. Era un sentimiento raro, pero se sentía tan bien.

Pedro era un ser sensible, hermoso. Tan querible. Vittorio era un agrandado, siempre quería tener la razón.

Sayén se dio cuenta enseguida de quién era Martínez Peña, el padre de Pedro, leía sobre él muy a menudo en el diario. Pero no dijo nada. Pedro ya no quería irse de viaje, por nada del mundo quería dejar a esos amigos que acababa de conocer.

Cuando se hizo la hora de regresar, Vittorio les dijo:

—Aquí, en este próspero país que promete futuro para todos, les presento, yo, en persona, hijo de inmigrantes italianos que vinieron por las tierras que gentilmente compraron el papá de Pedro y el de Catherine, y todos sus amigos cogotudos. Les presento a Catherine, la cenicienta inglesa. A Pedro, el enano, hijo del oligarca, y a Sayén, heredera del peor delito humano cometido por el presidente Roca.

Su discurso, lejos de sonar como una broma que era, los estaba poniendo llorosos a todos. Cada uno se sintió dueño de su desgraciada vida… Y luego pasaron al otro sentimiento, bronca y venganza. Tampoco estaba bueno. Cuando Sayén narró su historia también contó todas las veces que habían ido con Cathy a vigilar a los políticos.

—Y aquí estamos juntos, para empezar a luchar por los derechos de todas las naciones, bueno… de todas las banderas, bueno... no sé, por nuestros derechos —concluyó Vittorio.

Se largaron a reír los cuatro.

—Tenemos que vengarnos —propuso Sayén.

Pedro se puso serio y le contestó:

—De la venganza, no sé qué habrán hecho mi padre y mi madre, tampoco me importa. Pero yo, en todo este tiempo encerrado, y gracias a mi querida Pancracia, más madre que mi propia madre y a don Rudecindo, más padre que mi propio padre, estudié leyes, inglés, filosofía, medicina. De todo. Era lo único que me mantenía sin pensar en mi negro destino. Ahora quiero vengarme de mis padres de sangre y cobrarme mi herencia. ¿Qué opinan? ¿Me apoyan? Y yo los apoyo. Sayén, yo te ayudo a vengar a tu madre. Tenemos que matarlos. Si las dejamos vivas esas personas van a seguir haciendo lo mismo —decía Pedro.

Los tres quedaron con los ojos como platos, y enseguida esbozaron una sonrisa. La tranquilidad económica era lo que todos perseguían, y Pedro la ofrecía a boca de jarro.

La conversación se puso seria y ya nadie quiso levantarse para irse.

—Tenemos que hablar con el hijo de don Mario, mi amigo Enzo. Él trabaja con un abogado italiano, muy buena persona y muy buen abogado. Ayudó a mi padre varias veces y nunca le cobró un solo centavo. Tendríamos que hablarle, yo me encargo —dijo Vittorio, eufórico.

—Luego con ese dinero y después de hacer justicia, nos podemos ir a vivir a otro país —

agregó Pedro.

—A mí me gustaría animarme a matar a Roca —dijo Sayén en voz muy baja.

—Te vamos a ayudar —dijo Pedro.

—Y yo me quiero ir de mi casa —agregó Cathy.

—¡Hagamos justicia!, pero ordenados. Primero tenemos que ayudar a Pedro para que recupere su herencia, eso nos alivia a nosotros. Luego planeamos cómo vamos a destruir la familia de Pedro, luego la de Cathy, y después podemos poner una bomba en la Casa de Gobierno y quedan vengados todos tus parientes…

—¡Pará, loco! —dijo Cathy—. No vamos a matar a nadie, terminaríamos nuestras vidas presos —completó poniendo paz sobre esos corazones alborotados.

—Tiene razón Cathy. No vamos a matar a nadie —dijo Sayén. Se sentía la propulsora de los asesinatos.

—Sí, señoritas, no vamos a matar a nadie, vamos a recuperar mi herencia y luego veremos cómo seguir, ¿qué les parece? —completó Pedro.

Todos estuvieron de acuerdo y hasta les gustó la idea, pero Vitto se quedó planeando venganzas. ¡Ese Vitto era bravo!

Siguieron conversando. Cuatro almas, cuatro vidas, cuatro mundos totalmente diferentes, o no tan diferentes, juntos.

—Ya no quiero regresar a mi casa —dijo Catherine al ver la felicidad de Pedro, libre del peso familiar—, tal vez me pueda escapar, como Pedro.

—Ya va a llegar el tiempo nuestro, Cathy, ahora hay que aguantar. Si nosotras nos vamos tu madrastra va a aprovechar la oportunidad para despojarte de todo lo que te pertenece —dijo Sayén.

Con los hombros caídos y la mirada puesta en los dos muchachos, Cathy y Sayén se fueron, no sin acordar la cita para el otro día. Los jovencitos las acompañaron hasta la calle y luego se despidieron dándose la mano.

Las niñas comenzaron a caminar en silencio y al mismo tiempo regresaron sus rostros para observarlos: allí estaban los dos, parados, esperando que ellas los miraran para regalarles la última sonrisa, la que iba a quedar grabada en la retina de Sayén y Cathy hasta el próximo encuentro.

Esa noche, ya en la cama, Sayén no podía sacarse de su cabeza a Pedro. Le llamaba tanto la atención su cuerpo, su cara, todo. Y le daba mucha vergüenza cuando él veía que lo miraba. Si fuera alto, sería perfecto. Era tan lindo. Pero era enano. Y los enanos en la cabeza de los humanos tienen otro espacio. “Como nosotros, los indios”, pensaba. Eran como diferentes categorías: los humanos, los indios, los enanos, los animales, los negros… Respiró hondo. Se durmió con una sonrisa.

La huida

Cada día que pasaba en la residencia de los Sellers, Catherine quedaba más afuera de lo que era su propia casa. Ya no tenía los beneficios de ser la única hija. Asunción corría todo el día detrás de Rose Mary y sus caprichosas mellizas. A pesar de eso, y casi sin aliento, con las várices a punto de explotar, las consentía a Cathy y a Sayén con lo que podía.

El colmo fue cuando Rose Mary le pidió a su marido que despidiera a Sayén, le dijo que no era bueno que su preciosa hija estuviese todo el día con la india. Estaba convencida de que sus modales se estaban estropeando abruptamente por no estar con gente normal.

No fue fácil la decisión para James. Andaba medio confundido. A Sayén no le pagaban por lo que trabajaba, le daban un lugar para vivir y comida. Y ella estaba allí desde siempre; con Cathy eran como hermanas.

Cuando finalmente se decidió la llamó a Asunción.

—La india tiene que irse de acá. Si Sayén se va de esta casa, eso tal vez ayude a que Catherine comparta más con sus hermanas. Creo que es una buena idea.

Cathy, que estaba escuchando detrás de la puerta, la abrió de golpe con una patada y le espetó:

—¡No son mis hermanas, padre, la única hermana que tengo es Sayén, y usted la quiere echar a la calle! —gritaba entre llantos.

—No grite, Catherine, tiene razón su madre, usted está perdiendo los modales.

—¡Qué me dice, padre! Esa bruja no es mi madre, usted la trajo a esta casa.

—Tranquila, Catherine, ya se va a calmar y me va a dar la razón —luego de decir las últimas palabras se fue convencido de que el berrinche de su hija era pasajero.

Detrás de la ventana Rose Mary celebraba con las dos víboras de sus hijas.

Catherine, al ver que la decisión de su padre era irrefutable, salió corriendo. Fue a buscar a Sayén. Y luego de que se escondieran en el gallinero, le dijo:

—Sayén, tenés que irte ya mismo, andá a buscarlo a Vittorio —hablaba llorando—. La bruja malvada consiguió que papá te eche de casa, tenés que irte enseguida, si no te va a llevar de regalo a la casa de alguno de sus amigos.

Sayén la escuchaba, no había pensado en eso. “¡Qué locura! Al final don James no era tan distinto al Roca, mi mejor enemigo”, pensó.

—¿Tu padre, echarme como un perro? ¿Estás segura? —insistía Sayén. No podía creer que James no la quisiera, después de todos esos años que había estado en su casa, con su hija. Toda

su vida había estado convencida de que moriría viejita junto a Cathy. Pero, claro, ahora con el nuevo matrimonio de Sellers, todo cambiaba para ella también. Se sentía desolada.

—Mi papá ya no es mi papá desde que llegó ella. Ahora solo obedece sus órdenes. Tomá, estas joyas eran de mi madre, dáselas a Vittorio en parte de pago para que te deje estar en su casa. Con esto van a poder vivir un tiempo. Él es buena persona —le decía Cathy con desesperación.

—No puedo ir así, ¿y vos…?

—Yo me tengo que quedar, como vos dijiste, sino la arpía gana. Andá vos y luego mañana cuando pueda me escapo un ratito y voy a ver cómo estás. Pero andate antes de que llegue mi papá. Yo voy a inventar algo. Ya veré. Asunción me va a ayudar. Andá, amiga, hermana, andá. No sé adónde vas a terminar si no te vas ahora. ¡Nunca imaginé esta locura!

—Te amo, Cathy —fueron las únicas palabras que salieron de la garganta de Sayén. Tomó la bolsa, la apretó contra su pecho y sin ninguna de sus pocas pertenencias comenzó a caminar. Asunción estaba ayudando con los corsés a las mellizas y no la vio salir.

—Te amo, Sayén —le dijo Catherine, con los ojos y la nariz enrojecidos del llanto, caminando a su lado hasta la reja—. Te amo como nunca amé a nadie en mi vida —continuaba diciendo.

Salió sin mirar atrás, sola. Nunca se imaginó que algo así pudiera sucederle. Pero qué pava, ¿por qué no debería ocurrirle?

Caminaba, sus emociones habían quedado en neutro. No sabía qué hacer, no sabía qué pensar. Solo sentía el dolor en el medio del pecho y hacía esfuerzos para respirar. Sus manos temblaban y sus piernas se doblaban.

Cerca de la tardecita, cuando James ingresó a su casa, Catherine salió a su encuentro llorando y comenzó a golpear sus puños en el pecho de su padre.

—¡Por su culpa! ¡Por su culpa, padre! Sayén se fue, lejos. Escuchó lo que usted dijo y estaba tan angustiada que se fue, usted es un verdugo. Ahora no sé nada de ella, si está bien, adónde se fue.

Luego de finalizar la obra teatral se fue corriendo a su cuarto. Y se quedó allí, encerrada, llorando.

—Te dije, querido, esa niña no está bien. Tanto tiempo sin madre y con una india como única compañía. Cuánto trabajo voy a tener que hacer —decía Rose Mary con una pícara sonrisa.

—Tenés razón, querida, que agraciado soy de tenerte —le contestaba, embobado, James.

Luego de la cena de la cual Catherine, a pesar de los pedidos de su padre, no participó, las mellizas se fueron al cuarto a jugar a las cartas y James salió desesperado por llevarse a su mujer a la cama para recibir el premio por obedecer todos sus petitorios. Tenía que irse de viaje en unos días y no quería perder el tiempo.

—Vaya, querido, ya lo alcanzo —le dijo su mujercita.

Cuando Rose Mary ingresó al cuarto y vio a su esposo totalmente desnudo con su pene firme como un mástil y los brazos cruzados detrás de su cabeza no tuvo más opción que complacerlo.

Se sacó la ropa lentamente y cuando estuvo desnuda jugueteó con su lengua lamiendo la sal y el sudor de todo su cuerpo. Luego se montó sobre James y en pocos minutos el hombre ya había terminado.

Mientras tanto, en su caluroso cuarto, Catherine pensaba y pensaba. Algo tenía que hacer, resignar todo e irse o esperar para no perder a su padre para siempre.

¿Cómo podía un hombre perder los estribos por una mujer de esa forma? No lo podía comprender y su corazón se desgarraba con cada pensamiento.

Sayén, luego de caminar varias cuadras se dio cuenta de que, en realidad, no sabía dónde vivía Vittorio. Nunca habían ido a su casa y nunca les dijo dónde era. Se le aflojaron las piernas. Seguía pensando en su desventura, ¿cómo es que le había pasado eso?

Recordaba que desde el primer momento Rose Mary no le había caído en gracia. Y sus hijas, tampoco. Todos los días la hacían limpiar su cuarto y acomodar los coloridos vestidos. Sin olvidar cómo se burlaban de ella. Supo mantenerlo en secreto para no herir más a Catherine. Pobrecita. En su propia casa. Siguió caminando sin destino, cruzó varias calles. Estaba completamente perdida. Desolada.

—¡Sayén! ¡Sayén! —sintió una voz que la llamaba, pero no sabía de dónde venía. Empezó a revolear los ojos para todos lados hasta que lo vio. Qué alivio, corrió a su encuentro. A pesar de que lo había conocido hacía poco tiempo, sentía que era su amigo desde siempre. Era Vittorio. Sintió tanta felicidad que corrió hacia el joven y cuando estuvo casi al frente de él se sostuvo para no abrazarlo y ponerse a llorar.

—Sayén, ¿qué haces por acá? —le preguntó.

—La madrastra de Catherine me echó de la casa. Yo tengo algunas joyas para darle a tus padres para poder quedarme con ustedes un tiempo hasta ver, no sé…

—Claro que te quedás con nosotros, no te preocupes —la cortó Vittorio con la respuesta. Se dio cuenta de que estaba desesperada.

Sayén respiró hondo y se quebró. Comenzó a llorar con todo su ser. El muchacho la miraba, no sabía qué hacer. Apoyó la mano sobre su hombro. Sayén levantó la vista, lo miró y se colgó del cuello del flaco, le mojó toda la camisa con sus lágrimas mientras Vittorio, incómodo, le palmeaba la espalda, no sabía cómo actuar.

Luego, con delicadeza, comenzó a guiarla hacia su casa, caminaron despacio, en silencio. Vittorio iba armando un discurso para sus padres. Les llevaba otra persona más a vivir en la diminuta vivienda.

Cuando ingresaron por la única puerta a la calle que tenía la casa, se encontraron con Pedro tomando mates con Donatella. Ambos se quedaron callados al verlos entrar, y más aún cuando

vieron los ojos llorosos de Sayén.

—¡Qué tal! —dijo Vittorio, incómodo—. Bueno, a Pedro ya lo conocés, ella es mi madre, Donatella.

Cuando Pedro se dio cuenta de que era Sayén se puso de pie, nervioso. La saludó y comenzó a acomodarse su camisa y el cabello.

Donatella se quedó mirando a Sayén.

—*Mamma*, ella es una amiga nuestra que también la echaron de su casa.

Silencio.

—¿*Ma* qué le pasa a las personas que echan a todos los jóvenes de las casas? —preguntó Donatella con preocupación—. Venga, mi niña querida, vamos a descansar un poco y a conversar —completó.

—Señora, yo tengo unas joyas para que usted pague el alquiler y compre comida. Aquí están —le dijo, entregando la bolsa que tenía aferrada.

—Guarde eso, niña, que Dios nos ampare y que no lo necesitemos jamás. Usted se queda y vamos a estar bien —la mujer se había dado cuenta de que la niña era una india y se imaginó el resto.

Donatella había comenzado a transitar un capítulo de su vida sumamente entretenido, con Pedro que no paraba de conversar; tenía tanta charla acumulada, el pobre… Y ahora con la llegada de Sayén, no hacía más que pensar en qué preparar de comida para que alcanzara, en la ropa que tendría que confeccionarle a cada uno, en todo.

Cuando llegó Stefano se encontró con la multitud en su casa. Se puso contento de ver que su familia se agrandaba. Solo corría por su cabeza ver la forma de cómo mantenerlos a todos.

Luego de comer la pasta casera, que a pesar del calor estaba exquisita, Stefano se marchó a descansar; Donatella se fue con sus carreteles de hilos y sus telas. Sayén, Vitto y Pedro se sentaron en el umbral de la puerta que daba a la calle, bien apretaditos para entrar los tres y miraban pasar a las personas por la vereda.

Sayén se sentía extrañamente a gusto allí, en el medio de los dos. Solo faltaba Cathy.

Se quedaron despiertos hasta bien entrada la noche. Conjeturaban distintas estrategias para ir a secuestrar a Cathy, Vitto en menos de un minuto había organizado todo un operativo. Pedro lo frenó.

A partir de ese día, para Sayén comenzaba otra etapa de su vida. Otra casa, otra familia. Esa noche los muchachos durmieron en el piso y Sayén en la cama de Vitto. Se sentía extraña durmiendo con los dos muchachos en el suelo. Tenía una sensación rara en el pecho. Una mezcla de angustia e incertidumbre. Lloraba en silencio hasta que comenzaron los ronquidos de Vitto. Primero los escuchó, luego comenzó a reír. No podía roncar de esa forma. Pedro también se despertó. Estuvieron más de una hora viendo cómo dormía y roncaba Vitto, se reían. Parecía un burro.

Al día siguiente, al levantarse luego de dormitar un poco, le dolía todo el cuerpo. Se sentó en la cama de Vitto y ahí, al frente, ya estaba Pedro con un plato y una naranja partida al medio sobre él.

—Buenos días, princesa india —le dijo con una sonrisa que llenó su corazón de gozo y borró toda secuela de la mala noche.

—Gracias, Pedro. Sos muy bueno —le dijo.

Se levantó, aún estaba con el mismo vestido. No tenía otro. Salió al fondo y fue al retrete. Enjuagó su cara con el agua que había en la jofaina, estiró los brazos hacia el cielo y se dispuso a empezar su nueva vida. Otra vez, y sin saber lo que ahora le deparaba su destino.

El viaje inesperado

Vittorio ya había ido a ver a Enzo y le había comentado todas las inquietudes de su nuevo amigo.

Por supuesto que al abogado donde trabajaba Enzo se le iluminaron los ojos con ese caso. Enseguida mandó a buscar a Pedro y comenzaron con todos los trámites.

Pedro no podía creer cómo había cambiado su vida. Durante la charla con el abogado se dio cuenta de que tenía poder. Además, se sentía muy bien a pesar de las burlas de algún imprudente por la calle, pero ya no les hacía caso. Estaba contento con su vida nueva. Su plan estaba saliendo a la perfección. Aunque Vittorio y su familia habían sido un regalo de Dios que no estaba planificado.

Luego de la reunión con el abogado, Pedro y Vitto pasaron por el mercado. Donatella no le aceptaba nada de dinero a Pedro, así que fueron ellos y compraron carnes, verduras, arroz, pan y regresaron. En todo el trayecto las mujeres y los hombres que se cruzaban con Pedro se corrían a un costado y luego se daban vuelta para mirarlo. Él, con mucha gracia, les sacaba la lengua, o se agarraba los genitales con la mano y hacía ademanes. Con eso los espantaba y entonces huían despavoridos y maldiciendo.

Donatella ponía color y aromas en los platos sobre la mesa. Las sillas no alcanzaban así que Sayén, haciéndose la distraída, simulaba que servía y alcanzaba las cosas para que ellos pudieran estar sentados.

A la hora de la siesta, cuando Donatella se fue a coser, ellos tres fueron a merodear a la mansión de los Sellers. Pero, nada. No sabían nada de Cathy. Sayén estaba muy preocupada, al final ella estaba muy bien con los Costa, y su amiga, allá sola con todas esas brujas.

Pedro les aseguró a Vitto y a Sayén que cuando cobrara su herencia ya no tendrían más problemas. Solo se iban a tener que ocupar de ser felices. Sayén se sentía tan agradecida de haberlo conocido.

Ese día, cuando el sol caía y ya estaba bastante entrada la tarde, Sayén estaba paveando en la puerta de calle cuando lo vio llegar a Stefano. El hombre llevaba una bolsa de papas. Su caminar cansado, la mirada perdida en el piso. Los brazos abultados por la carga que manipulaba día tras día. Cuando estuvieron cerca sus miradas se encontraron y allí Sayén pudo sentir el dolor de su alma, la pérdida de dignidad, el orgullo aplastado… Enseguida se apartó, dejándolo pasar y le preguntó:

—¿Cómo está, don Stefano?

—*Ma*, como se puede, niña —contestó el hombre y dejó la bolsa de papas sobre la mesa para que su esposa improvisara comida para llenar la panza de todos.

En ese momento y sin pensarlo mucho, Sayén fue al cuarto que compartía con Pedro y Vittorio, buscó la bolsa con las joyas que no había aceptado Donatella y fue derecho hacia Pedro que estaba ayudando en la cocina a pelar las papas, siempre estaba detrás de Donatella con algo. Como si nunca más quisiera volver a estar solo.

Le hizo un gesto para que saliera y sigilosamente le extendió la bolsa con las alhajas.

—Pedro, tengo estas joyas que me dio Catherine. Hagamos algo, que Stefano no tenga que repartirse más entre los trabajos. Ese pobre hombre no da más. Luego, cuando vos cobres tu herencia, las recuperamos y se las devolvemos, ¿Qué te parece mi idea? —le dijo.

—Podemos decirle a Vitto que las empeñe, luego las buscamos nuevamente cuando yo arregle todos mis asuntos y así Cathy se puede quedar con las joyas de su madre —respondió enseguida Pedro, y Sayén se sintió aliviada.

—Buena idea. Y vos, ¿por qué estás tan seguro de que tu padre va a acceder a todos tus pedidos? —le consultó. Hacía rato que le quería preguntar eso.

—Simple, le soluciono la vida. Cuando le ponga precio a cambiar mi apellido y a desaparecer de su existencia para siempre, él va a sentir que Dios al fin lo escuchó.

Sayén no esperaba esa respuesta, se quedó callada y pensativa.

Al otro día hicieron lo que se habían propuesto. Los muchachos empeñaron las joyas y luego convencieron a Donatella para que aceptara el dinero y así Stefano podría dejar uno de sus dos trabajos. La mujer estaba tan agradecida que no sabía qué decirles. Esos niños habían traído amor y esperanza a la familia Costa.

Los días pasaban y Sayén no sabía cómo abordar la casa de los Sellers para saber de Cathy. Esperó a que Pedro y Vitto salieran a llevar unos papeles al abogado y se fue sola a vigilar. Tenía esperanza de que saliera Asunción. Pero nada. Luego de dos horas decidió regresar a la casa de los Costa. Y entonces la vio. ¡Era Cathy! Corrió a su encuentro. La abrazó fuerte y salieron de la vista de la casa, caminaron unas cuadras y se sentaron a conversar.

Cathy, entre lágrimas y resignación, le contó que su vida era cada vez más miserable. Como su padre estaba ausente casi siempre por sus largos viajes a través de los océanos, ella quedaba a la merced de su madrastra y las mellizas. Ya no aguantaba más el maltrato. Le dijo que la única salida que tenía era irse a Inglaterra, a la casa de sus tías.

Sayén casi se muere cuando escuchó eso. Sintió como si el corazón literalmente se le cayera al piso. Ese hueco vacío en el medio del pecho. Comenzó a sollozar desconsoladamente.

—Me voy con vos —le dijo.

Cathy la miró con los ojos vidriosos.

—Imposible, me lleva mi padre en el próximo viaje. Y además la bruja se encargó de que él

no quiera saber nada con nuestra relación. Salimos en unos días.

Caminaron de la mano y sin palabras hasta la casa de los Costa. Cuando llegaron los muchachos estaban adentro preocupados por la desaparición de Sayén. Cuando las vieron a las dos, corrieron y las abrazaron. Les contaron la noticia del viaje de Cathy.

Se quedaron los cuatro juntos, en silencio. Sayén no podía aceptar la idea de no ver más a Cathy. Estaba estupefacta. Pedro se acercó, le tomó ambas manos y le dijo:

—Sayén, estamos nosotros para acompañarte. Nunca vas a estar sola. Y tal vez, quién te dice… podamos ir a Inglaterra a visitar a Cathy. Paciencia. Cuando yo arregle mi herencia, nos vamos. ¿Qué te parece?

Sayén volvió a romper en llanto, lo abrazó con fuerza. Una pequeña luz de esperanza, aunque muy chiquita, aparecía a lo lejos.

—Yo les voy a escribir. No sé y aún no pregunté dónde viven mis tías, pero apenas me instale les escribo. Y ustedes también me tienen que escribir —dijo Cathy.

Vittorio, que estaba muy atento a toda la conversación, agregó:

—*Ma*, bueno, tendré que aprender a hablar inglés…

Recién allí los adolescentes se relajaron un poco. Querían detener el tiempo, estar juntos para siempre. Entre ellos se completaban. No necesitaban nada más. Solo bastaba la presencia, las miradas se cruzaban y las lágrimas inundaban el piso.

Cuando llegó la hora de despedir a Cathy, se abrazaron todos un buen rato. Sayén pidió a todos los dioses que pudieran existir que por favor le permitiera volver a ver a su amiga del alma. Por primera vez tuvo una sensación fea.

—Te amo, Cathy —le dijo la niña.

La muchacha regresó, la abrazó y la besó en todo el rostro.

—Yo también te amo. Desde que te vi por primera vez. Te voy a escribir y te prometo que nos vamos a volver a encontrar. Y cuando eso suceda, no nos vamos a separar jamás. Y a vos, Pedro, cuidala, te lo encargo. Y a vos, Vitto, tratá de no matar a nadie. Cuando viajen a Inglaterra a visitarme, los voy a estar esperando a los tres. Así, justo como están ahora.

Parados en la vereda la vieron irse. No sabían cuándo la volverían a ver. ¿Podían las cosas cambiar tan rápido?

Cuando Sayén no vio más su espalda, sintió cómo sus labios se torcían para abajo, las lágrimas le llenaban los ojos y ese gusto amargo le subía por la garganta. Sus hombros cayeron con triste resignación cuando sintió las manos de Pedro en su cintura. Lloró, mucho. Sintió que todas sus sombras estaban juntas allí, los soldados pateándolos, su madre degollada, Yanara prediciendo maldiciones, y la sombra más oscura, la que siempre estaba: el vacío, la soledad, el abandono. No sabía cómo llamarla, era un exquisito jugo de esas tres desgarradoras emociones. Pedro y Vitto estuvieron con ella. Su corazón aún caminaba al lado de Cathy.

Le pidió a Pedro que le consiguiera licor. El alcohol no solo le apaciguaba el corazón, también

la conectaba con Cathy, de alguna loca manera.

¿Volvería a verla alguna vez? Cada persona que ella adoptaba como familia, se esparcía por los aires. Tal vez su destino era estar sola, para siempre.

Pedro no consiguió licor, pero sí un poco de ginebra. Y así, abrazada a la botella, tirada sobre la cama de Vitto, esa noche lloró, lloró y lloró.

Los secretos

Ya sabían quiénes eran los Martínez Peña. Se trataba de una familia muy rica y poderosa, por eso dejaron todo en manos del abogado y, con paciencia, esperaron.

No volvieron a ver a Cathy. Fueron a espiar varias veces, pero solo veían a las mellizas. Teóricamente era la fecha que estaba por zarpar el barco de Sellers hacia Inglaterra llevando allí a su hija. Sayén no se acostumbraba a la idea de no volver a verla, pero Pedro y Vitto estaban tan pendientes de ella que le aliviaron los días.

Los tres andaban juntos para todos lados. Por las noches se quedaban hasta tarde conversando. Sayén se sentía rara con los dos muchachos, pero a la vez, estaba tranquila, contenida.

El matrimonio Costa velaba por los jóvenes. Donatella los tenía como a sus tres hijos, era feliz. Los consentía, los retaba y les ponía penitencias como si fueran niños pequeños, ellos la dejaban hacer. Tanto Pedro como Sayén disfrutaban de Donatella y Stefano.

En una de las tantas charlas que mantenían, Donatella le contó a Sayén todos los disgustos por lo que los había hecho pasar su hijo, se lo decía con la única intención de que lo ayudaran a encaminarse, y Sayén comprendió la indirecta. Ya se había dado cuenta de que Vitto era un poco tremendo. Era mandón y siempre quería tener la razón.

Pedro estaba feliz. Era tan lindo, tan sensual. Donatella le decía que con esa mirada iba a encantar a las señoritas más lindas. Sayén, sin darse cuenta, se convirtió en la niña mimada por todos, inclusive por los dos muchachos que la cuidaban todo el tiempo. Vitto se agarró a piñas un par de veces cuando salieron a caminar los tres y le dijeron algún piropo a Sayén.

—Ustedes dos no me van a dejar conseguir un novio —les dijo un día que ambos reprendieron a un comerciante que les comentó que Sayén era un jovencita muy hermosa.

—Yo te guardo para mí —le dijo Pedro en broma.

—Y yo para mí —agregó Vitto, ¿también en broma?

De a poco Sayén fue retomando sus hábitos y comenzó a leer nuevamente los diarios. Pero ahora no lo hacía sola, Pedro estaba encantado de estar al tanto y conocer las noticias a cada momento. Vitto, además, comenzó a llevar a la casa los primeros periódicos anarquistas.

Cuando salían los tres juntos se divertían mucho viendo las caras que ponía la gente. Se autodenominaban los mosqueteros de San Telmo, ellos custodiaban los derechos de los débiles. En realidad el que lo hacía era Vitto. Sayén y Pedro eran sus escoltas y en muchas oportunidades su salvación. Varias veces lo sacaron a los tirones de algún bar antes de que lo mataran a

trompadas.

Un día Vitto les avisó que se llevaría a cabo una reunión en la casa de un trabajador tipográfico. Los tres se prepararon especialmente, cada uno a su manera. Primero, por turnos, se higienizaron con el agua de una jofaina, Sayén se puso un vestido color canela que le llegaba arriba de los tobillos, sus piernas habían pegado un importante estirón. Estuvo un rato con una regla de costura de Donatella asegurándose de que la raya al medio de su cabellera luciera derecha. Luego dejó caer encima de sus hombros dos trenzas gruesas y perfectas. Pedro se puso un pantalón negro, camisa blanca y chaqueta también negra. Vitto, en cambio, eligió usar un pantalón largo y chaqueta grises y una camisa blanca. Agregó su gorra que aplastó los despeinados rulos. Los tres juntos, luego de mentirle a Donatella acerca de dónde iban, se dirigieron al encuentro caminando por las veredas de San Telmo. Era la primera reunión a la que asistían Pedro y Sayén. No sabían con qué se iban a encontrar. Ni siquiera entendían muy bien de qué se trataba. Vitto les explicó tanto y tan rápido que solo los confundió más.

Llegaron. Había mucha gente de todas las edades, la mayoría eran varones. La presencia de Sayén llamó mucho la atención y la de Pedro también, pero en su caso por su enanismo.

Cuando comenzaron a discursar sobre los derechos de los trabajadores, el reclamo de las ocho horas y el ajuste de salario, Pedro quedó impactado. Sayén admirada. Los jóvenes se dieron cuenta de que Vitto tenía muchos amigos allí. O sea que no era la primera vez que iba. Inclusive antes de concluir la reunión leyó unas crónicas de un anarquista francés. Cuando todo terminó y estaban en la calle de regreso, lo hicieron en silencio. Cada uno sacando sus propias conclusiones.

Al otro día, luego de que Stefano se fuera a trabajar y Donatella al mercado, llegó un mensaje para Vitto, para que se presentara en un diario al que había ido a ofrecerse para trabajar. Lo recibió él mismo. Saltaba de contento. Enseguida se fue a ver de qué se trataba y cuando regresó oficializó la noticia ante sus amigos: estaba trabajando en un periódico anarquista, *El Perseguido*, aunque por pocas monedas. Pero no importaba, estaba exultante de felicidad. Les pidió que guardaran silencio, su padre se angustiaba mucho con sus preferencias políticas.

Esa noche no durmieron, se quedaron conversando toda la noche. Vitto era un gran admirador de las ideas anarquistas. Les contó de la experiencia de la Comuna de París —esa sublevación de los trabajadores, ocurrida en Europa hacía varios años, lo fascinaba—, la primera batalla ganada por el proletariado sobre el poder establecido.

Los líderes anarquistas tuvieron que salir disparados para todo el mundo, muchos llegaron a la Argentina. Compartió con sus amigos los recortes de las máximas de la mayoría de esos líderes. También les contó, con dolor en sus palabras, que el anarquismo había llegado a su vida, sin darse cuenta, viendo a su padre ir a trabajar cada día. Ver cómo las esperanzas por un futuro mejor se esfumaban a medida que pasaba el tiempo. Sayén y Pedro estaban entusiasmados, lo

admiraban, lo idolatraban y querían apoyarlo en todo.

Salían temprano los tres para que Donatella no sospechara que Vitto estaba trabajando, luego él se iba al diario y ellos deambulaban por la ciudad hasta que Vitto terminaba. Juntos regresaban.

En esos días, Sayén le mostró a Pedro dónde estaba la Casa de Gobierno. Otro día estuvieron sentados en una plaza varias horas, hablaron acerca de la Conquista del Desierto y Sayén le contó detalles que nunca había relatado. Luego de eso Pedro quiso conocer a Julio Roca. Así que durante los días siguientes estuvieron haciendo guardia en la plaza, al frente de la Casa de Gobierno para ver si lo veían pasar, pero nada.

En secreto, comenzaron a compartir el gusto que les había contagiado Vitto por las ideas anarquistas. Sayén leía. Pedro escribía y Vitto discursaba.

Pedro descargaba sus opiniones en papel y Vitto las llevaba al diario. Tal vez algún día las publicaran, pensaba. Mientras tanto él seguía siendo el repartidor de *El Perseguido*. Se iba temprano al trabajo, porque cuando terminaba, lo dejaban ingresar y participar de todo el proceso del armado del diario. Estaba con sueño y cansado, pero fascinado. Siempre acompañado por sus amigos.

Pasaban los días y Sayén se sentía cada vez mejor. Donatella los hacía rezar, a los tres. La muchacha le adelantó que estaba disgustada con el Dios de los blancos.

—Fueron los de su Iglesia los que le dieron la bendición a las armas que mataron a toda mi familia, Donatella.

—¡*Ma, mia figlia!* Esos son los hombres, no Dios. Él jamás pondría un arma en la mano de un hombre para que matara a su hermano. Dios nunca apoyaría algo como eso, querida. Y rezar va a traer paz a tu alma, te va a ayudar a perdonar —le repetía.

Sayén la escuchaba y le sonreía. No la convenció mucho, pero no se animaba a decirle que no a Donatella, era tan buena. Así que calladita la boca, se aprendió el rosario completo. “¡Qué mujer rezadora!”, pensaba Sayén.

Luego de eso, Donatella fue avanzando y la llevó a la parroquia de San Pedro Telmo.

—Si usted quiere, Donatella, mientras escucha la misa, yo le voy hilvanando los cortes —le decía Sayén, tratando de esquivar entrar a la iglesia.

—No, vamos las dos, rezar hace bien.

Luego de escuchar toda la misa, cuando regresaban tomadas del brazo, le contó la función que había tenido esa iglesia cuando la fiebre amarilla había atacado a Buenos Aires. Sayén no podía creer las cosas que le contaba, experiencias que ella misma había vivido. Cuando ya estaban casi llegando a la casa le relató la historia del cura que se había ahorcado allí mismo, en la parte trasera. Sayén quedó tan impresionada con esa primera visita a la iglesia que esa noche soñó que los sacerdotes bajaban del cielo como lluvia, todos colgados del cuello por una soga y cuando llegaban a la tierra, la corrían a ella, la encerraban y la aplastaban, y entonces se despertaba.

Lo que sí le gustaba a Sayén hacer con Donatella era ir de compras.

Donatella convivía con la sensación de que el dinero no le pertenecía, que no tenía derecho a darse placeres con él. Compraban lo que necesitaban, añoraban lo que les gustaba y cuando regresaban la hacía rezar por el camino para que Dios las perdonara por haber caído en el pecado de la gula. “Extraña forma de transitar la vida”, pensaba Sayén.

Luego, cuando llegaban a la casa, Donatella, siempre con una sonrisa, se ponía a cocinar en un brasero sencillo, sin espacio ni comodidades.

Al día siguiente, Sayén le pidió a Pedro dinero y sin que supiera Donatella se fue a la botica a la que iba siempre Asunción a comprar. Se surtió de pomadas, hierbas y ungüentos para los dolores y otro tanto para mejorar la piel. Cuando regresó los mezcló, recordando de memoria las recetas de cómo hacerlo. Luego lo repartió, le dio uno para las manos a Donatella, estaba tan agradecida que lloró como una niña, y el otro con alcanfor y alcohol para los dolores de espalda de Stefano. Sayén ya había adoptado a esa familia como suya, el sufrimiento de ellos era el de ella. Algunas veces se quedaba pensando en Cathy, sentía culpa por no estar juntas. ¿Dónde estaría? ¿Ya habría llegado a Inglaterra? La extrañaba tanto.

Esa noche cuando Stefano llegó con todo su cansancio y sus dolores, se encontró con una mesa concurrida y llena de pan, fiambres, huevos rellenos, batatas quemadas con azúcar. Donatella lo miró y le sonrió.

—Y esto es solo la pitanza —le dijo con sus ojos claritos llenos de brillo y los cachetes colorados por el fuego.

Luego trajo el matambre relleno. La costura estaba tan prolija que daba lástima cortarlo. Y de postre, una crema pastelera. Tomaron vino y todo. Solo faltaba Cathy para que la felicidad fuera completa.

Cuando Stefano se fue a descansar, Donatella lo acompañó llevando el ungüento especial con alcohol y alcanfor para los dolores de espalda. Esa noche Stefano también esbozó una pequeña sonrisa de esperanza. Mientras disfrutaba las manos de su mujer calmando sus dolores, escuchaba la guitarra de Vittorio que ya sonaba en la otra pieza. Entre voces, cansancio, sabores y aromas mezclados, Stefano giró y tomó a su mujer impregnada de olor a menta y alcanfor. La besó suavemente en la boca y luego, cuando su cuerpo ya ardía de excitación, tranquilo se trepó sobre Donatella y la penetró intensamente. Ella lo abrazó, corcovearon entrelazados, pegoteados, transpirados. Fueron felices haciendo el amor, como hacía tanto tiempo que no lo hacían. Juntos, abrazados, recordaron su juventud y el placer que los había unido desde siempre.

La herencia

El invierno trajo alivio a la montonera que vivía en la casa de los Costa.

Sayén le escribía cartas a Cathy y luego las guardaba para enviarlas cuando tuviera su dirección. Ya estaba en Inglaterra, en cualquier momento llegarían noticias de ella.

Todos se habían acostumbrado a la circulación de la prensa escrita en la casa de los Costa. Sayén leía los periódicos, analizaba la información y luego de marcarlos, recortaba lo que le interesaba y lo guardaba, el resto lo tiraba. Pedro leía y escribía, los dos sin darse cuenta ya estaban alistados detrás del liderazgo de Vitto.

La Nación, el diario de los Mitre y *La Prensa*, el diario de los Paz, conservadores y liberales. Contaban la historia con el color de su lápiz. Allí, el progreso era el pan de cada día. El valor de los inmigrantes, las invitaciones a venir a trabajar al país no eran consecuentes con la realidad del inmigrante en Buenos Aires.

Por otro lado, la prensa anarquista como *El Perseguido*, *La Protesta*, *El Oprimido* y la revista *La Questione Sociale* pasó a ser la lectura obligada de Sayén y los muchachos. Errico Malatesta fue el primero que llegó a las manos de Sayén y Pedro provisto por Vitto.

El reclamo por las jornadas laborales de ocho, nueve y diez horas. Las mujeres ya empezaban a alzar sus voces en una larga lucha por sus derechos a no ser maltratadas por sus maridos ni sus patrones, a no ser violadas.

El derecho a huelga ya había sido reconocido en otros países como Gran Bretaña y Francia. Pero en la Argentina no. Se repelía con los fusiles, se encerraba a los protestantes, se los enjuiciaba y, algunas veces, llegaban hasta la pena de muerte.

Donatella estaba muy conforme con su labor en el taller de costura. Vitto siempre le decía que trabajaba muchas horas, que así iba a dañar su columna, pero ella amaba tanto lo que hacía que no se daba cuenta. Incluso le consiguió un trabajo a Sayén como sombrerera. Para la muchacha era su primer empleo, estaba muy feliz con la noticia.

—¿Estás segura de que querés ir? —preguntaba Vitto que pensaba que su madre había obligado a Sayén a tomar ese trabajo para que dejara los diarios e hiciera tareas de mujeres.

—Estoy feliz, no veo la hora de comenzar —le contestaba.

La noche anterior a su primer día de trabajo, no pudo dormir de la emoción y pensando cómo sería, qué tendría que hacer. Pedro le masajeaba la cabeza para que se tranquilizara un poco.

—Vas a llegar tan cansada al trabajo que te vas a quedar dormida allí mismo —le decía.

—Tengo miedo, ¿y si no sirvo? ¿Y si me echan? ¿Y si me sale mal un sombrero?

—Mujer, qué pesimista. Pensá que te va a ir muy bien, ya te dijo Donatella que son un montón de mujeres trabajando allí. No debe ser tan complicado.

—Pedro, si pudieras elegir, ¿de qué te gustaría trabajar? —le preguntó Sayén.

—No sé. Tengo muchas limitaciones siendo enano. Pero, en realidad, lo que me gusta hacer, y mucho, es leer, escribir. Tal vez…

—A mí también, me gustaría ser una gran escritora. Pero imaginate, ni estudié.

—¡Otra vez! Qué pesimista que estás, Sayén. Estás a tiempo. Uno siempre está a tiempo para hacer lo que quiere, solo tiene que hacerlo, mirá a Vitto. ¿Querés otro ejemplo mejor que él?

—Sí, tenés razón. Bueno, dale, rascame un poquito más así me relajo —le dijo y se acomodó sobre su regazo para seguir disfrutando de sus caricias.

Pedro no estaba muy convencido de que Sayén fuera a trabajar, pero necesitaban más dinero para vivir. Así que se guardó sus opiniones y se propuso apurar a los abogados con sus trámites.

No hubo que preocuparse mucho, a la semana Sayén llegó llorando a la casa, la habían echado del trabajo. No solo por lo inútil que era con las manos sino por el lío que armó cuando comenzó a conversar con todas las empleadas y a contarles acerca de los derechos que tenían. Sobre todo el derecho a no tener que quedarse toda una noche trabajando porque una señora quería su tocado para el otro día muy temprano.

—Pero, Sayén, cómo se te ocurrió decirles que se tenían que retirar de su trabajo —le decía Pedro, agarrándose la cabeza con ambas manos.

—Pero si es lo que siempre hace Vitto —le contestaba Sayén y lloraba.

—¡Bueno! Pero no era para tanto. Está bien, tranquila.

En ese momento ingresó Vitto, aplaudiendo.

—¡Muy bien, Sayén! Estoy orgulloso de vos —le decía.

Sayén se deprimió mucho, de repente comenzó a pensar que era un estorbo, que no servía para nada, ni siquiera para armar un sombrero. Pedro le propuso que la ayudara a Donatella en todo lo posible, para que ella pudiera dedicarse a la costura, pero no en el taller. En su casa. Todos querían que dejara de trabajar en ese lugar que la explotaba y le pagaba poco. Pero ella estaba encantada, sobre todo de traer un poco más de dinero a la casa.

Comenzó con el surfilado, ya sabía hilvanar, y así poco a poco Sayén pudo aprender a dominar sus manos. Donatella dejó de ir al taller y siguió con la costura en su casa. Mientras ella cosía y cosía, Sayén la ayudaba con todas las tareas de la casa. Ambas mujeres habían logrado encontrar sus espacios y disfrutaban de estar juntas.

A Sayén le gustaba ir a comprar, aunque fuera lo mínimo para resolver la comida diaria. Caminaba por las calles. Cada vez que salía sola iba hasta la Casa de Gobierno, se paraba al frente y, entre lágrimas y sonrisas, recordaba las aventuras vividas con Cathy, cuando hacían la

guardia para esperarlo a Roca. Nunca más lo volvió a ver, pero seguía sus pasos a través de los diarios.

Mirando la Casa Rosada trataba de entender la organización nacional. Sus presidentes, hasta ahora, habían sido provincianos de armas tomar. Según la prensa, estaban transitando la mejor época. El progreso. Era un pensamiento recurrente, es que no lo podía comprender. ¿El progreso para quiénes? Ella misma veía a los inmigrantes de todas partes del mundo suplicando por sus derechos, derechos humanos.

Pedro estaba siempre a su lado, para contestar cada inquietud, para poner calma en su ajetreado y confundido corazón. Para salvarle la vida al presidente cada vez que Sayén enloquecía de dolor, ira y bronca.

Extrañaba cada vez más a Cathy. Mucho. Le costaba acostumbrarse a su ausencia.

Luego de un tiempo Enzo y el abogado ya tenían todo en sus manos. Las propiedades de los Martínez Peña eran muchas más de las que se imaginaban. Ya habían conversado con Pedro acerca de lo que él pediría, en concepto de qué. Todo estaba arreglado y había llegado el momento de la verdad.

Era el gran día. El abogado, luego de todo el trabajo de investigación y análisis sobre el caso, tenía la esperada reunión con don Rafael Martínez Peña.

Esos días el que estaba ansioso, nervioso y distante era Pedro. Le costaba controlar la emoción. Tanto tiempo había esperado esto y ahora tenía miedo. Miedo de lo que pudiera pasar con él, con Pancracia que estaba en el campo esperando alguna noticia, con sus amigos que lo habían ayudado tanto.

Vitto se había ido a su trabajo. Sayén, luego de terminar con las tareas del hogar, invitó a Pedro a caminar. Salieron juntos, los dos solos. Casi siempre eran tres. Recorrieron las calles en silencio. Ese fue el primer día que Sayén sintió la rareza en su cuerpo al rozar su brazo con el de Pedro.

Tal vez era porque estaban muy ansiosos, esperando respuestas, que cuando se cruzaron con algunos niños que se burlaron de Pedro no les dieron importancia.

Llegaron hasta la parroquia y Sayén le propuso que descansaran un momento, allí había donde sentarse.

—Sayén, te cuento que nunca entre a una iglesia. Solo las dibujé con las descripciones de Pancracia —le dijo, levantando sus ojos verdes hacia ella.

Sayén lo tomó de la mano, una sensación extraña recorrió su cuerpo otra vez. No le prestó atención y entraron. Se sentaron en un banco.

Pedro puso su mano sobre la pierna de Sayén y le dijo al oído:

—¡Gracias! —y luego le dio un beso en la mejilla que la hizo vibrar de una manera diferente. ¿Qué le estaba pasando con Pedro?

Desde que se conocieron, siempre habían sido como tres hermanos. Pero ahora no le pasaba eso. Con Vitto podía luchar, tumbarlo y caer al piso sobre él, pero con Pedro no podía. Se ponía nerviosa. No hablaron más.

Luego de un rato largo salieron, se sentían relajados. La sonrisa de Pedro volvió a ocupar una gran parte de su rostro.

—Tengo miedo que algo salga mal —le dijo al fin.

—Todo va a salir bien, Pedro, quedate tranquilo.

—¿Qué pensará mi padre cuando lo contacte el abogado? ¿Nunca habrán tenido la curiosidad de saber cómo soy? Después de todo soy su hijo.

Sayén ya no podía contener las lágrimas.

—No pienses en eso. Pensá en cómo vamos a disfrutar el dinero que les saquemos —le dijo y luego lo abrazó por el cuello, dejando la nariz del muchacho entre sus senos. Se incomodó, no supo qué hacer, lo empujó hacia atrás. Pedro casi se cae al piso. Se rieron los dos.

—Pedro, muchas veces las cosas son como son. Y punto. No las podemos cambiar. Yo no voy a ser nunca más la que era, no voy a vivir con mi cultura, y tengo que hacer un esfuerzo para no olvidarme del rostro de mis padres. Pero si me detengo ahí, me muero. ¿Entendés lo que te quiero decir?

—Sí, Sayén. Claro que entiendo. Y tenés razón. Pensemos en cómo vamos a gastar el dinero.

—Lo primero que tenemos que hacer es lograr que Stefano deje sus trabajos. Me aflige ver cómo nos cuida y cómo trabaja —dijo Sayén, haciéndose cargo de la fortuna junto a Pedro—. Y también quisiera unos… sombreros. ¿Sabés que nunca usé? Solo cuando vivía con Cathy, algunas veces que salíamos ella me prestaba alguno. Me quedan bien.

—¿Cómo no te van a quedar bien si sos muy hermosa?
—le dijo Pedro. Ella se sonrojó. No se creía linda, todo lo contrario.

—No mientas, ¡mirá que sos compadrito, eh! —le replicó.

—No miento, esas trenzas que te hacés son más lindas que cualquier sombrero o como se llamen esas cosas que se ponen en la cabeza.

Sayén se sentía muy avergonzada con las palabras de Pedro, pero le explotaba el corazón de alegría.

Caminaron de regreso, uno al lado del otro, tomados de la mano. No escuchaban lo que pasaba a su alrededor. Disfrutaban de la dulce incomodidad de sentirse.

—Vos también sos lindo, Pedro —le dijo y se adelantó unos pasos. No podía contener su cuerpo. Estaba tan nerviosa.

—¡Claro, claro! —dijo Pedro, que también estaba nervioso.

Siguieron caminando en silencio. Sayén no pudo contener el impulso y le frotó la cabeza al muchacho.

—¡Dejá! —le dijo, lo irritaba. Todo el mundo le tocaba la cabeza, claro, les quedaba a la

mano.

Sayén se afligió tanto de romper ese hermoso momento encantado. Se quería morir.

Ingresaron a la casa de los Costa. Allí estaba Donatella, con la mesa cubierta de telas e hilos. Se sentaron a su lado para hacerle compañía. Cruzaron sus miradas, se sonrojaron.

A partir de ese día Sayén ya no se dormía pensando en cómo iba a asesinar a Roca, ahora pensaba en Pedro, y sonreía. Sin darse cuenta, comenzó a estar todo el tiempo pendiente de él.

Vittorio también sentía cosas extrañas, lo enojaba no poder estar todo el tiempo con Sayén y Pedro. Sentía celos. Es que su trabajo lo tenía ocupado; sus reuniones lo apartaban de esa convivencia a la que se había acostumbrado y tanto le gustaba. Los tres para todo. Ahora eran solo Pedro y Sayén.

En Recoleta, los Martínez Peña se preparaban para recibir al desconocido abogado.

La noticia de la visita de ese misterioso letrado lo había puesto algo nervioso a don Rafael. Él era hombre de negocios, tenía varios abogados trabajando para él. Pero, esto, ¿qué sería?

Josefa se había enterado, por casualidad, de esa reunión misteriosa que tenía su esposo y como su curiosidad se había acrecentado con los años, estuvo pendiente del asunto.

—Querido, ¿qué querrá este hombre? Algo me huele mal —decía Josefa, mientras se acomodaba la falda para sentarse en el sillón.

—No lo sé, seguramente es por algunos de los trabajadores que tenemos en la Sociedad Rural. Uno les da trabajo, lo piden por favor y prometiendo hasta su vida, y luego de un tiempo llegan los reclamos. Qué gente de porquería.

Josefa respondió con un ademán, no le interesaban mucho los negocios de su esposo, solo se preocupaba por sus vestidos, sus sombreros, las fiestas y tertulias. Y su tiempo lo compartía con su amante de turno.

Aguardaron en silencio hasta que, al fin, la servidumbre avisó que había llegado la visita esperada.

Se presentó un hombre delgado, alto, de tez muy blanca, con un traje y sombrero grises. Don Rafael lo observó y pensó: “a este flacucho lo despacho en diez minutos”. Con gentileza, lo hizo pasar al escritorio. Josefa se quedó en la sala, esperando. Por lo general, en esas reuniones no participaban las mujeres.

El hombre escuálido abrió su antiguo portafolios de cuero con absoluta tranquilidad, luego de sacarse el sombrero y dejarlo sobre una silla. Extrajo varios papeles, bajo la curiosa mirada de don Rafael y luego, sin autorización, tomó asiento donde lo creyó oportuno. El dueño de casa le siguió la corriente y se sentó en su escritorio, justo al frente del hombrecito.

—¡Perdón! No me he presentado, soy el doctor en Leyes, don Pascual Giovannino. Y represento en este acto a su hijo Rafael Pedro Martínez Peña.

Don Rafael sintió que le faltaba el aire, no podía respirar. Inspiró, se tomó unos minutos y

luego preguntó:

—¿Cómo dice?

—Lo que escuchó…

—¿Quién es ese Rafael que lleva mi nombre y apellido? ¿A qué tipo de farsante usted representa?

Don Rafael estaba tan sorprendido que no sabía qué decir, cómo reaccionar. Su hijo enano. Enseguida todas las emociones comenzaron a surgir.

El doctor Pascual levantó la mirada lánguida, despacio, y luego con una media sonrisa le dijo:

—Su hijo, su primogénito. ¿O acaso se olvidó de que tiene un hijo? —agregó con ironía.

Don Rafael se levantó y comenzó a caminar por el estudio como búfalo encerrado.

—Si le doy más detalles tal vez su memoria se refresque. Su hijo, el enano que abandonó en su estancia hace unos… ¿quince años, un poco más?

Don Rafael lo miraba, mientras se acomodaba sus bigotes, no sabía qué decir.

Las cartas estaban echadas. Había que jugar. No imaginó en ningún momento que sucedería lo que estaba ocurriendo. ¿Pero, quién se creía ese enano? ¿Cómo se había escapado de la estancia? Y Rudecindo y Pancracia… ¿cómo habían permitido semejante delito y no le avisaron nada? Tendría que haberlo mandado a Australia, o bien…

—Mi hijo está desaparecido —dijo.

El abogado lo miró. Y luego de unos segundos le informó:

—Su hijo está listo para presentarse en el Club del Progreso, en la Sociedad Rural y contarle a todo el mundo que usted es su padre, tiene cómo probarlo. También va a contar que lo tuvo escondido hasta ahora y… ¿sigo?

Don Rafael inspiró, por su cabeza comenzaron a desfilar imágenes muy desagradables. Retuvo su impulso de echar a patadas al abogado de su casa.

—¿Qué quieren? —preguntó sin rodeos.

El abogado buscó entre sus papeles y luego se puso sus gafas redonditas, con un vidrio bien grueso, y comenzó a leer lo que ya sabía de memoria.

—A cambio de dejar de usar el apellido Martínez Peña, su hijo quiere la estancia donde lo tuvo usted encerrado todo este tiempo, la que tiene en Luján. Con toda su gente, herramientas. Como está ahora. La casona que tiene en alquiler en San Telmo, esa casa se requiere inmediatamente. También quiere esta suma de dinero —agregó y luego le mostró un papel con unos números escritos—. Ah, y también a la criada Pancracia, inmediatamente. Si está de acuerdo firma estos papeles y comenzamos con los trámites. Comparado con todo lo que usted tiene, esto no es nada —concluyó.

Don Rafael trataba de asimilar rápido y tomar decisiones. No se esperaba esto para nada. Por supuesto que no lo iba a conversar con Josefa, en realidad su hijo estaba poniendo un muy buen precio para desaparecer de sus vidas. Eso era lo que él quería. En realidad era Dios que lo estaba

compensando por todo lo que había sufrido criando ese deforme escondido en Luján. Cambió de actitud, pidió licor y cigarros, se sentó y comenzó a negociar. Quería que desapareciera de su vida, pero no quería entregar todo lo que pedía.

—Quiero que no lleve más mi apellido, es indigno de eso. En mi familia no hubo, ni habrá, enanos o deformes.

—Lo haremos de inmediato a cambio de la casa en San Telmo. El resto cuando se terminen todos los papeles —dijo el doctor Pascual.

Quería sacarse de encima eso enseguida. Cada año había estado esperando que Pancracia le mandara la noticia de que su hijo había muerto. Pero nada. Le habían dicho que esas personas no vivían muchos años. Pero este no se moría nunca. Y él jamás tuvo el valor de hacerlo matar, aunque había pasado por su cabeza varias veces.

Lo que iba a sugerirle al abogado era adquirir unos pasajes para que se fuera del país. No quería al enano caminando por las mismas calles que él y su esposa.

Siguieron conversando y ultimando detalles. Cuando terminó con todo el petitorio, el doctor Pascual invitó a don Rafael a que fuera a su estudio, al día siguiente, para dejar todo firmado ante un escribano. Así acordaron.

Cuando el abogado salió de la casa doña Josefa cayó sobre su marido, llena de preguntas.

—Siéntese, querida. Así no se desmaya —le dijo antes de comenzar con la historia —. El abogado que se acaba de ir representa a su apestoso hijo enano que ahora viene con un montón de amenazas y reclamos.

Josefa empalideció y no dijo una sola palabra.

—Quiere la estancia de Luján, entre otras cosas, para desaparecer de nuestras vidas. ¿Usted está segura de que ese hijo es mío?

Con esa pregunta terminó de golpear el escondido corazón de Josefa que, luego de largarse a llorar, se retiró a su cuarto sin preguntar nada más.

Se recostó en su cama mirando el techo. Había regresado ese hijo que ella había borrado de su vida. ¿Cómo sería? ¿Qué quería? ¿Y si se le aparecía? Se tapó la cara con las manos. Su esposo ya no la consentía con todo lo que pedía. ¿Qué iba a hacer ella si se le aparecía el enano? Llamó a los gritos a Clara, su sirvienta. Le pidió que le masajeara los pies y ella se quedó pensando en su hijo, el enano.

En San Telmo, Pedro estaba insoportable, la ansiedad de la espera lo estaba matando a pesar de que había hecho de todo para distraerse, hasta había aprendido a surfilar. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que se surfiló la camisa completa que le estaba haciendo doña Donatella justamente para él. Sayén lo observaba, le causaba gracia y cariño verlo tan concentrado con la aguja en la mano, sentado con sus piernas colgando por debajo de la mesa. Tenía ganas de abrazarlo y no soltarlo jamás.

El día más largo del año estaba llegando a su fin.

Por la cabeza de Pedro pasaban todas las preguntas y ninguna respuesta. ¿Qué habrá dicho su padre? ¿Cómo será su madre? Tal vez querían verlo…

Los golpes en la puerta los hicieron saltar de sus sillas.

Al fin, ingresaron Enzo y el doctor Pascual, y por esas cosas mágicas de la vida, también llegaron Stefano y Vittorio. Estaban todos. Se sentaron los afectados a la reunión y el resto quedó parado detrás, a la espera de que el paciente y lento abogado abriera la boca.

—Bueno, Pedro, las cosas salieron como pensaba. La casona es suya, nos la van a entregar enseguida, el campo en Luján tal cual usted lo pidió, el dinero también. Su padre solo pide que firme los papeles y que no use su apellido. También ofreció pasajes a cualquier parte del mundo, por si se quiere ir de viaje.

Se hizo un silencio sepulcral. Todos querían escuchar eso, pero también todos esperaban un abrazo de su padre para el pobre Pedro, no un pasaje para hacerlo desaparecer para siempre.

—¡Falta algo! —gritó Pedro, poniéndose de pie.

Con toda la parsimonia del mundo el abogado caminó hasta la puerta y la abrió. Allí estaba, derechita, con las manos cruzadas sobre su gastada falda gris, los crespos ensortijados en su cabeza, aplastados con un pañuelo sostenido en la nuca. Esperando, los ojos brillosos, mirando el piso.

—¡Pancracia! —exclamó Pedro y corrió como pudo hasta ella, con un gran esfuerzo la levantó desde las caderas, dejándola suspendida en el aire. La negra Pancracia estaba tan emocionada que se mareó y casi se cae al piso.

Ingresó tímidamente a la casa de los Costa, que ya no tenía espacio ni para una mosca, como si entrara al mismísimo reinado de España.

Stefano los miraba en silencio. Estaba contento. Todos sabían muy bien quién era Pancracia.

Don Pascual les contó que había mandado a buscar a Pancracia hacía unos días y con la complicidad de Rudecindo lo había logrado. Había estado viviendo en un hotel por las dudas de que don Rafael tomara represalias contra ella. Era la sorpresa que le tenían preparada a Pedro.

Ni los platos ni las sillas alcanzaban. Apretujados y encimados, una nueva familia estaba naciendo y las esperanzas dejaron de ser parte de la fantasía o de la magia por un rato en los corazones de los presentes.

Ese día quedó en la memoria de todos para siempre. Solo faltaba Cathy. Igual estaba presente, Sayén le iba contando por carta, día a día, todos los sucesos de su vida.

El vapor que emanaba del brasero les lastimaba la vista, pero el aroma del puchero que bramaba en la olla los reconfortaba. Comieron por turnos, no alcanzaban ni los utensilios ni los asientos.

Cuando todos se fueron, Vitto, Sayén y Pedro durmieron en el piso de la cocina, le dejaron la cama a Pancracia.

Los tres sentados en el piso, Sayén en el medio, repasaban lo acontecido en el día.

—¿Viste, Pedro, que todo salió bien? —le dijo la muchacha que, como nunca, se sintió incómoda entre sus dos amigos.

—Sí, amigo, ahora todo va a ser diferente —completó Vitto.

Pedro no contestaba, tenía un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas. Una esperanza acababa de morir dentro de su corazón. Pero una nueva familia lo contenía.

Cuando había llegado a la casa de los Costa y vio y sintió en su propio ser cómo los padres aman a los hijos, pensó que tal vez los suyos quisieran darse otra oportunidad con él. Pero nada de eso había sucedido.

Tanto Vitto como Sayén se dieron cuenta de lo que estaba pensando Pedro. Lo pusieron al medio y lo abrazaron entre los dos hasta que se quedaron dormidos.

No todos los padres aman a sus hijos incondicionalmente. No todos los padres… No importa. Cada uno tiene que aceptar su destino y seguir adelante.

EL AMOR NO ES PARA TODOS

Vitto, sin darse cuenta, comenzó a estar pendiente de Sayén, y Sayén de Pedro.

La incomodidad comenzó a inquietarlos a los tres. Vitto le dijo a Pedro que estaba preocupado, porque sentía que se estaba enamorando de Sayén. Pedro no dijo nada. Calló lo que pasaba con su corazón y apoyó a Vitto. Él no podía enamorarse de Sayén. No podía casarse con ella y llenarla de enanos. En cambio Vitto sí le podía dar una buena vida. Se la merecía, pensaba con tristeza Pedro.

Vitto estaba tan contento, al fin uno de sus escritos se publicaría en *El Perseguido*. Por supuesto que Stefano y Donatella no sabían nada al respecto. El dueño del periódico se había dado cuenta de la fuerza del muchacho, comenzó a leer lo que escribía, y bueno, lo ayudó y le publicó una nota.

Vitto había logrado un resumen perfecto y bien descriptivo de la última reunión de los trabajadores estibadores donde trabajaba su padre. Pudo poner en palabras el sacrificio de los asalariados y la esperanza aplastada por la burguesía del momento. La necesidad de la unión para modificar las normas y la importancia de tener una voz que los protegiera. Esa noche fue la primera vez que tomaron ginebra, sentados en la vereda, afuera de un bar.

Los tres estaban felices y festejaron. Pedro redobló la fuerza en sus escritos y Sayén circulaba por todos lados con una sonrisa de amor en su rostro.

Las buenas noticias empezaron a llover en la casa de los Costa. Don Martínez Peña ya había firmado los papeles ante el escribano. Pedro ya podía tomar posesión de la casa en San Telmo.

Luego de beber en el bar del papá de Enzo, caminaron todos en caravana detrás del doctor Pascual. Iban a conocer la casona de Pedro. Él no había querido hacerlo hasta no estar seguro, tenía miedo de ilusionarse y luego volver a caer en la decepción.

Era divertido verlos, el abogado, desgarbado, flaco y alto. Enzo era de estatura mediana pero bien gordito, luego Stefano y Donatella tomados del brazo, serios, asustados. Vitto y Pedro, sus cabelleras eran muy parecidas, la desigualdad de altura, más lo destartalados que eran para caminar causaban gracia y, detrás de todos, venía ella. Su cuerpo se había modificado en el último tiempo. Alta, su tez morena, los ojos achinados y los labios gruesos eran elegantemente custodiados por su pesada cabellera negra. La cintura pequeña engrandecía su esbelta figura. Ya no era una niña, ya era toda una mujercita. Caminaba como en una nube, la sonrisa estaba siempre presente. Sus pensamientos… por otros mundos, donde, por lo general, deambulan los

enamorados.

Cuando el doctor Pascual les señaló con el dedo la casona, las mandíbulas de todos cayeron al mismo tiempo. Estaba emplazada en la calle Defensa. El abogado les contó que don Martínez Peña había comprado esa casa a una familia que se había mudado como consecuencia de la fiebre amarilla.

Ingresaron por la ancha puerta, primero pasó Pedro. Donatella se tomaba el rostro con ambas manos. No podía creer que todo eso fuese una sola casa.

El primer patio estaba rodeado por una galería con las rejas de los balcones del piso de arriba, que escoltaban el ingreso del sol. Luego, otro pasillo y otro patio similar con una gran escalera al fondo. Se perdieron todos de vista. Cada uno se puso a recorrer de acuerdo a su instinto.

—*Ma* ¿cómo hace una familia para ocupar todo este lugar? —fue la pregunta que se le escapó a Donatella y que provocó la risa de todos.

Se volvieron a juntar en la escalera para subir a la planta alta, donde la arquitectura se repetía en su estilo italianizante.

Y a partir de ese momento la vida de todos cambiaba para siempre.

La primavera empezaba a sonreír con su floración. La nueva casa de San Telmo ya estaba lista para ser habitada. Estaba limpia. Solo había que hacerle algunos arreglos, pero de eso se encargaría luego Stefano.

Asunción, a la cual Sayén veía cada tanto y a escondidas, le contó que la bruja de Rose Mary había logrado que don James comprara una casa en un lugar decente, quería irse de San Telmo, esa zona que, según ella, estaba llena de sucios inmigrantes. “¡Qué alivio!”, pensó Sayén. Las dos estaban a la espera de noticias sobre Cathy, pero aún nada.

Los Costa eran muy felices, velaban por todos sus hijos. Habían construido una linda familia. Stefano renunció a su trabajo, luego de la insistencia de Pedro quien le había pedido que lo ayudara con la casa y el campo.

La mudanza fue inmediata y rápida. En un solo carro llevaron todo.

Una vez mudados, sentían cómo las voces hacían eco en las habitaciones peladas. Pasaron de estar enjaulados en la antigua vivienda de los Costa, a la casona donde se perdían entre las paredes. Ahora sobraba espacio y faltaban muebles.

Pedro comenzó a recibir su renta y apenas llegó el dinero a sus manos la casa comenzó a tomar calor y color.

Stefano ya había contratado gente para que lo ayudara a poner en funcionamiento todo. Los muchachos eligieron una de las habitaciones que estaba al lado del ingreso, allí pondrían su escritorio. En la planta alta instalaron el dormitorio de Stefano y Donatella. En otro Vittorio y el último era de Sayén. Tenía una hermosa ventana. El dormitorio de Pedro quedó en la planta baja, por sus piernas, y al lado del cuarto de Pancracia. Tenían una cocina enorme, el fogón ocupaba

casi toda una pared, se podían hacer varios platos al mismo tiempo. El cuarto de baño tenía una hermosa tina y un *toilette*. La sala, el comedor; hasta un piano había comprado Pedro, y tenían más de una mesa. Donatella no podía dormir de la adrenalina, los pensamientos se agolpaban: cuáles cortinas de verano usarían, porque luego había que sacarlas para poner las de invierno. Ella nunca había vivido en una casa tan grande. ¿Y las alfombras?, ¿había que ventilarlas todos los días? La porcelana china no tenían que usarla, se podía romper. Tantas mesas, ¿Por qué no comían todos en la cocina? Y la platería, ¿cada cuánto había que lustrarla y dónde era mejor guardarla? Estaba completamente sobrepasada, pero nunca más feliz. Terminaba agotada, junto a Pancracia se encargaban de dejar todo impecable.

Para Donatella lo más maravilloso fue cuando unos días después y de sorpresa la hicieron ingresar a un cuarto que había estado cerrado hasta ese momento, le habían dicho que no entrara porque estaba por derrumbarse.

La mujer entró y vio su propia sala de costura, con hilos, gran cantidad de telas y géneros que había elegido Sayén, y lo más grandioso: la máquina de coser. Habían comprado una usada pero en perfectas condiciones. Soltó su llanto de felicidad. Abrazó y besó a Pedro durante un largo rato. Los sueños de todos se hacían realidad, gracias a él. El muchacho se sentía feliz de verlos a todos disfrutando, y también poderoso. Solo los talleres más importantes habían logrado traer de afuera alguna máquina de coser, y ella tenía una allí. No más callos en los dedos.

Sayén estaba entusiasmada con la cocina; se preparaba unas carnes asadas con verduras que los dejaba a todos chupándose los dedos. Tomaban vino y comían postre.

Ya estaban cómodamente instalados en la casona. El verano golpeaba la puerta. Stefano ya se había enterado de las actividades políticas de los tres, pero como no habían sufrido más inconvenientes, no dijo nada. Recordó sus comienzos cuando él concurría a esas reuniones y en silencio admiraba esa fortaleza en los otros. Hoy la veía no solo en su hijo, también en Pedro y en Sayén.

Una noche estaban los tres solos en el escritorio. Vitto estaba callado, hacía unos días que estaba raro. Algo le pasaba.

—Desembuchá —le dijo Pedro. Y luego sacó papel y tabaco y comenzó a armar cigarros. Sayén lo miraba con ojos de panda.

—Ya no trabajo en el periódico —dijo, sin sacar la vista del cigarro que, con toda tranquilidad, Pedro seguía armando.

—¿Pero qué pasó? ¿Por qué? —preguntó Sayén, también sin sacar los ojos del cigarro de Pedro.

—Porque lo cerraron —dijo.

Silencio.

Pedro terminó de armar el cigarro, luego lo encendió y le dio la primera pitada. Casi se ahoga

de la tos que le atacó, se lo pasó a Vitto. Lo tomó con el dedo pulgar y el índice, se lo llevó a la boca e inspiró, también tosió. Sayén, como nadie se lo pasaba, se lo arrebató de la mano de Vitto e inspiró tan fuerte que se ahogó. Ese día, el día que Vitto declaró que se había quedado sin trabajo, aprendieron a fumar. Luego de varios cigarros y un poco de ginebra les contó todos los detalles y su angustia.

A partir de ese día se pasaban noches enteras encerrados en el escritorio, fumando, tomando y leyendo. Vitto siempre traía algo nuevo. En sus paseos Sayén compraba libros, y los que no había y le interesaban, los encargaba. Estaban formando una hermosa y variada biblioteca. En los últimos tiempos los libros que más atraían a Sayén eran los de leyes y códigos. Jean-Jacques Rousseau, Voltaire, Locke, Hobbes. La variedad le completaba su razón, decía siempre.

Los escritos de Sayén incluían aquellos en los que narraba la historia de su gente, y algunas veces se aventuraba con algunos párrafos que hacían referencia a una política incluyente. También proponía determinadas reformas para las leyes.

Lejos de estar sentada alrededor del escritorio, la joven se ponía el pañuelo como vincha para sostener su cabello, el cigarro en la boca y las manos ocupadas con lápiz y papel, sentada en el piso, con todos los libros a su alrededor. Pedro se apoyaba contra la pared, y cuando se cansaba se estiraba en el suelo, fumando y con la botella de ginebra al lado. Y Vitto caminaba por todos lados, no podía estar quieto, fumaba y bebía lo que había. Discursaba, leía en voz alta.

Ese cuarto era su guarida. No dejaban que nadie ingresara. Cada noche, a la luz de la luna de San Telmo, construían sus propias reglas.

En todas las reuniones de obreros, Vitto, que ya era conocido, cerraba el discurso con las frases elegidas para la ocasión, parado sobre una mesa. La situación de los trabajadores se complicaba cada vez más. Y el muchacho, a pesar de su escasa edad, no solo era escuchado, sino que además atendían sus consejos.

Algunas noches se quedaban a escribir ellos mismos los folletos que luego de imprimirlos los repartían. Ayudaban a todos: a los panaderos, a los lavanderos, a los carpinteros; los estibadores eran los preferidos de Vitto, tantos años de trabajo de su padre como estibador.

Ya estaban acostumbrados a estar juntos los tres. Sayén se había convertido en una hermosa mujercita, siempre con su pañuelo en el cuello o en la cabeza como india. Con el cigarro en la mano, y la otra por los aires, alentaba a las mujeres a reclamar sus derechos.

Sayén, en silencio, adoraba a Pedro, y Vitto, en silencio, adoraba a Sayén. Nunca hablaban del amor; eran un trío perfecto para la acción.

A Donatella no le gustaba mucho la vida que llevaban los tres pero, como no había disturbios, no decía nada.

Una noche, luego de participar de una reunión en una casa particular en la que habían estado conversando sobre cómo proceder ante los abusos laborales de los tipógrafos, que bien conocía Vitto, se quedaron tomando ginebra y fumando en el escritorio.

Sayén, un poco borracha, preguntó:

—Pedro, ¿qué pensás del amor?

—No creo en el amor, Sayén. Y no me voy a enamorar nunca. No voy a regar de enanos mi vida. Con que sufra yo, es suficiente —le contestó con la voz gruesa, ronca.

—¿Y vos? —le preguntó a Vitto.

—Yo sí creo en el amor —le contestó el muchachito, mirando a Sayén a los ojos.

—Yo sí, creo que creo en el amor. ¡Qué se yo! —dijo Sayén y se largó a reír.

Vitto, un poco mareado por el alcohol y el humo de los cigarrillos, le dijo:

—Yo me casaría con vos, Sayén.

Sayén que esperaba esas palabras, pero no justamente de Vitto, se sintió muy extraña.

—¡Yo también me casaría con vos, Vittorio Costa! —nunca supo por qué contestó eso. Y luego se fue corriendo a su cuarto, entró, cerró la puerta y metió la cabeza debajo de la almohada.

—¡No, no, no! ¡Pava, tonta! —se repetía. No entendía por qué le había dado esperanzas a Vitto si ella amaba a Pedro. Si lo amaba a su manera, en silencio, pero lo amaba. ¡Estaba tan enojada consigo misma!

La relación entre ellos cambió a partir de ese momento.

Mientras los tres se observaban por lo bajo, como animales que olfatean a sus presas, para saber en qué pensaba el otro, Vitto nunca más dijo nada, Pedro no sacaba el tema y Sayén evitaba la mirada de los dos. Pero al mismo tiempo cuando estaba sola con alguno coqueteaba. En realidad, los hacía sentir queridos a los dos.

Pancracia y Donatella recorrían la casona durante todo el día, no les alcanzaba el tiempo para ordenar todo. Pancracia le explicaba cómo se trabajaba en casas tan grandes, cuándo había que sacar las cortinas. También salían de compras juntas.

Stefano se había instalado en su tallercito al fondo y desde allí seguía las órdenes de las mujeres que lo tenían todo el día ocupado.

El proyecto de Vitto era agrupar a los trabajadores. Con su escasa edad, durante todo el día, junto a Pedro, visitaban los distintos establecimientos de trabajo. Él quería agruparlos a todos en uno, organizarlos por rubros y luego administrar sus derechos.

Los tipógrafos habían logrado algunas mejoras, y eso alentaba a toda la clase trabajadora.

Vitto y Pedro estaban organizando una reunión en su casa. No sabían cómo decirle a Stefano, pero necesitaban darle forma a lo que hacían. Se dieron cuenta de que con ir a los distintos lugares de trabajo y apoyar a los maltratados asalariados, para que ellos mismos gestionaran sus derechos, no siempre funcionaba.

Luego de que se reunieran con los trabajadores de los hoteles para ayudarlos a exigir la reducción de una hora de jornada laboral, la huelga finalmente resultó un fracaso porque luego, los mismos trabajadores por miedo, y ante la amenaza de los patrones, suspendieron todo. Eso

torturaba la mente de Vittorio, él quería ayudarlos y lo que hacía no era suficiente. Había que reunirlos, conseguir a los más fuertes y agruparlos. Ese era su objetivo y Pedro lo apoyaba.

A escondidas de Stefano y con la complicidad de Pancracia, los tres jovencitos siguieron tramando la organización de la reunión en la casa. La idea era invitar a los líderes de todos los rubros y contarles su proyecto. Vitto se encargaría de visitar a los diferentes establecimientos e invitaría a uno de los obreros, uno que los representara. Pedro se ocuparía de escribir un estatuto que los agrupara a todos y Sayén visitaría a las trabajadoras mujeres.

Todo venía cumpliéndose al pie de la letra. Pero una tarde estaban los tres encerrados en el escritorio, conversando sobre las partes que contendría el estatuto, cuando la puerta se abrió de golpe. Era Stefano. Sayén, sin pensarlo, se metió el cigarro en la boca y la cerró, luego tuvo que salir corriendo enseguida. Lo escupió afuera, pero ya tenía toda la boca quemada.

—Tranquilos, vengo en paz —dijo el hombre—. Toda la vida estuve preocupado por vos, Vitto, sabés cuántas veces conversamos. Bueno, basta, hasta aquí. Sé que estás organizando una reunión grande. Sé que estás muy involucrado con ayudar a todos los trabajadores. Te cuento que cuando yo llegué a este país con tu madre, lleno de ilusiones y esperanzas, me encontré con algo bien distinto. Admiraba a las personas que hacían lo que vos hoy hacés. Sos mi hijo, a partir de ahora te voy a apoyar, entendí que no van a cambiar las cosas, eso me dice siempre tu madre —decía Stefano sin parar, ante la asombrada mirada de Vitto—. Te apoyo, hijo. Hacé tu reunión. Es lo que sos y estoy orgulloso de vos.

Cuando terminó el discurso, Stefano no se quedó a esperar respuesta. Estaba muy emocionado y jamás iba a derramar una lágrima frente a su hijo. Se fue. Vitto se quedó con la boca abierta, igual que Pedro. Cuando reaccionaron, festejaron.

Cuando regresó Sayén, con la boca ardiendo, le contaron lo que había sucedido. Se puso muy feliz y siguieron planificando la reunión que se iba a realizar el siguiente mes.

Sayén, con la ayuda de los muchachos, había organizado la primera huelga con sus excompañeras sombrereras. En realidad, las había convocado, y luego de conversar bastante, les propuso que luego de las diez horas de labores hicieran abandono de trabajo, y si al otro día tenían represalias, organizarían, con la ayuda de Vitto, una huelga. Algunas de las mujeres no estaban muy de acuerdo, pero tuvieron la suerte de que la patronal las escuchó y pudieron negociar a tiempo. Sayén estaba tan contenta. Se sentía grandiosa. Había logrado algo por la dignidad de las mujeres trabajadoras.

LECTURA, CIGARROS Y TRAMWAY
(*TRÁNGUAY*)

Estaban felices. Trabajaban tranquilos, sin esconderse de nadie. Podían recibir personas en su casa.

—Sayén, no me fume. Se le van a explotar los pulmones —le repetía Donatella a la jovencita.

No le gustaba verla con el pañuelo en la cabeza y el cigarro al costado de sus labios. Sí la admiraba cuando la veía con los vestidos que ella misma le confeccionaba y algún tocado en la cabeza. Era tan bonita, tan femenina.

—No se preocupe, fumo poco, en realidad son los muchachos los que me obligan —se excusaba.

Una vez un alemán, conocido de Vitto cuando trabajaba en el diario, lo había ido a buscar. El hombre era propulsor de la línea marxista y trabajaba en una panadería. Había ido a buscarlo porque se reunirían los trabajadores de ese rubro y querían que los ayudara. Conocían bien sus dotes de palabra. Sabía que Vitto pasaba horas preparando sus discursos. Por lo general, las frases que utilizaba eran de Malatesta, su preferido. Vitto aceptó con gusto.

Esa noche se preparaba para esa reunión de los panaderos; estaban los tres en el escritorio. Vitto les contaba de dónde habían salido los nombres de las masas: “vigilantes” era por los soldados, los “cañoncitos”, obvio, por los cañones y las “bolas de fraile” por los curas. Pedro se moría de risa y Sayén, en cambio, lo tomaba con la mayor seriedad.

Vitto se fue a la reunión. Pedro se quedó a acompañar a Sayén que estaba descompuesta.

Cuando Vitto estaba terminando de discursar, llegó la policía. Se armó un gran disturbio. Los enfrentaron, les pegaron y detuvieron a los que lograron alcanzar. Vitto pasó esa noche en la comisaría catorce. Enzo, que pudo escapar, fue enseguida a avisarle a Pedro. A la mañana siguiente, bien temprano y evitando a Stefano, Pedro fue a buscar al doctor Pascual y se dirigieron a rescatar a Vitto. Lograron sacarlo de la comisaría, si bien tenía unos machucones, por suerte estaban distribuidos en el cuerpo y no eran visibles.

Esa fue la primera vez de Vitto en la comisaria, se asustaron mucho todos. Pero no les dijeron nada a Donatella y Stefano.

Los fines de semana pasaban de la seriedad a divertirse como chicos, por primera vez salieron a

pasear en el *tránguay*. Hacía rato que lo venían organizando, pero nunca lo concretaban. Había llegado el momento. Pedro estaba muy nervioso.

—¿Y si no puedo subir? ¿Y si no me dejan subir? —preguntaba a cada rato hasta que Vitto, ya mufado, le contestó:

—Si no te dejan subir les saco todo el comedor junto de una sola trompada.

Se rieron los tres. Era obvio, Vitto arreglaba las cosas a las trompadas.

Se vistieron de domingo y se fueron. Cuando llegaron a la parada, Vitto se encargó de todo y luego, con un ademán rápido y disimulado, lo levantó de atrás a Pedro para que pudiera subir sin problemas, luego subió Sayén y por último él. Estaban sentados los tres: Vitto, flaco, alto, enrulado y desgarbado; Sayén, india más que china, con sus trenzas caídas a los costados y cara de susto; y Pedro, no existía enano más agrandado que él, lindo, era un rey.

Cuando sonaba el cornetín los matungos quedaban en dos patas y salían a pura furia. El chirrido, el taconeo y empezaba el paseo. Repasaban las calles que por lo general recorrían a pie. Observaban a las personas. Desde arriba del carro se podían distinguir las clases sociales, los trabajadores, la burguesía. Para los ojos de Vitto, era como un mapa indicador. Les gustó tanto el paseo que juraron repetirlo.

Sayén estaba feliz, Donatella le hacía un vestido más lindo que el otro. Le resultaba un poco incómodo el asunto del corsé, solo lo usaba cuando iban a pasear en *tránguay* o cuando iba a comprar libros y tomar café. Con los tocados le pasaba lo mismo, tanto añoró tener un carnaval sobre su cabeza que cuando Pancracia y Donatella trabajaban horas construyendo obras de arte, entre cintas, peinetas y su propio cabello, caminaba dura como una estatua y terminaba con un dolor de cuello tan intenso que se tenía que pasar alcanfor con alcohol para calmar la contractura.

Pedro le pidió a Donatella que aceptara ayuda, o sea, personal doméstico para la casa. Le dijo que tanto ella como Pancracia merecían descansar más.

—¡Somos mujeres sanas, no necesitamos ayuda! ¡Alcanza y sobra para trabajar! —puso el grito en el cielo.

No la podían convencer, además de terminar el día agotada, se quedaba toda la noche en vela porque ella misma les hacía la ropa a todos. Sus manos eran mágicas.

Stefano había sembrado al fondo una hermosa huerta con las semillas de estación y también había puesto plantas frutales. Cada mañana se levantaba y antes que nada iba a ver el avance y a comprobar la magia de la naturaleza.

Luego de mucho perseguirla, finalmente pudieron convencer a Donatella de que si tomaban a dos sirvientas les estaba haciendo un favor dándoles trabajo. Recién entonces aceptó.

El problema vino después cuando las sirvientas nuevas —dos polacas de buena actitud— se la pasaban detrás de Donatella, que con la excusa de enseñarles a hacer las cosas, las hacía ella. Y no les dejaba hacer nada más que pelar algunas papas, tender camas o airear la pieza de Pancracia.

Sayén se acercó a las mujeres y les dijo:

—Tengan paciencia, ella nunca tuvo nadie que le hiciera las cosas, ya se va a acostumbrar.

Las polacas le devolvieron una sonrisa, asintiendo. Siguieron siendo las escoltas de Donatella durante mucho tiempo.

Sayén, luego de la noche de las declaraciones, amaba a Pedro en silencio. Y se cuidaba de que Vitto no se diera cuenta.

Disfrutaba de su roce, de su mirada, de sus labios cuando le besaba la mejilla por alguna circunstancia. Las veces que se quedaban leyendo solos, ella le sacaba conversación con temas sobre el amor, las relaciones, la familia. Pero él no aceptaba hablar de eso. Esa parte estaba negada en su vida. Le dijo que nunca se iba a casar, y menos, tener hijos. Que la última historia para contar era la suya y punto.

Finalmente llegó el día tan esperado de la reunión. Enzo los había ayudado a repartir los folletos y a ultimar los detalles. El doctor Pascual no estaba de acuerdo en que la reunión fuera en la casa de Pedro. Decía que siempre era mejor hacerlo lejos de donde uno vivía. Pero no le hicieron caso.

La casa quedó atestada de hombres y mujeres de todas las edades; había gente hasta en la vereda. Los muchachos estaban exultantes. Leyeron algunas notas de anarquistas reconocidos, y Vitto, antes de comenzar con el estatuto, parado en la mesa del primer patio, les habló a todos exponiendo los beneficios de estar unidos. Les explicó que con un representante de cada rubro podían luchar juntos, unificar los reclamos, por ejemplo del trabajo de diez horas, hasta llegar a las jornadas de ocho horas. Unidos y agrupados por actividad tendrían sus propios estatutos.

Stefano lo escuchaba desde su dormitorio en la planta alta y a pesar de que le daba un poco de miedo, sonreía orgulloso de su hijo. Pedro asistía a Vitto y Sayén repartía mates, ginebra, jerez y vino.

Con gritos alentadores y aplausos, luego de discutir entre todos algunos puntos del estatuto modelo que había presentado Vitto, terminaron la reunión, hicieron los acuerdos y se fueron a dormir con una sonrisa. Lo habían logrado.

Durante los días siguientes, incluso algunos diarios anarquistas hicieron referencias a esa reunión. Vitto estaba enloquecido, no paraba, seguía visitando los establecimientos, asistiendo a todas las reuniones, quería lograr imponer su estatuto. Ayudó a los trabajadores de la construcción a organizar una huelga. Fueron reprendidos por la Policía y uno de los primeros detenidos fue Vitto. Ya lo conocían.

Cuando llegó a la casa y Sayén lo vio, corrió enseguida en su ayuda, estaba todo golpeado. Pedro se enfureció, quería ir a la Policía a denunciar a los que le habían pegado a su amigo. Vitto, con la cara machucada, le explicó que no era necesario. Todo lo contrario, los que lo habían apaleado eran los mismos policías. La bronca fue mayor, pero la tuvieron que contener en

las cuatro paredes.

Stefano tuvo que poner estantes de madera en la única pared que quedaba libre del escritorio. Los libros, diarios, recortes y escritos ya habían llenado las otras paredes y posaban amontonados en el piso. Había literatura de todo tipo. Los tomos que no conseguían, gracias a unos contactos de Vitto, se los traían de afuera.

Cuando llegó a manos de Sayén el libro *La conquista de quince mil leguas*, de Estanislao Zeballos, editado un año antes de la Conquista del Desierto, cuando trajeron arreando a todo el pueblo indígena, se quería morir.

La letra escrita de ese libro le revolvió el estómago. Desde la dedicatoria a Roca, hasta la última página. Contaba la historia de la masacre desde el comienzo. Y lo más terrible para ella era saber que luego ese mismo libro sirvió como guía para los ejecutores del genocidio indígena. Hubo reimpresiones y menciones en el diario *La Prensa*.

Pedro no la dejaba leerlo sola. Estaba sufriendo dolores en sus huesos, entonces se quedaba en la casa mientras Vitto seguía discursando en diferentes reuniones.

Sayén no podía desprenderse del libro, todo tipo de emociones se movían en su cuerpo. Cuando el autor iba detallando la historia de la estrategia de la Conquista del Desierto, Pedro le mostraba las dos caras de la moneda. Solo lo hacía para apagar un poco el odio que crecía en su corazón. Lo apenaba verla así. Le hablaba de los malones y las cautivas, las masacres de los indios a los blancos. Con eso la confundía. Sayén casi siempre terminaba llorando sobre su hombro y le decía que los blancos habían abusado y exterminado su raza.

Le ponía el ejemplo de Yanara, que terminó muerta en vida, llena de odio y resentimientos, y su destino, creado y obligado por un blanco, era trabajar gratis hasta morir en la casa de los Sellers.

No encontraba la forma de que eso le pareciera justo. Lloraba de impotencia cada día cuando no podía recordar el rostro de sus padres, las costumbres de su pueblo. Tenía que regresar a sus anotaciones para acordarse. Leer ese libro la hizo caminar su historia completa, recordar, y no le gustó nada.

Su odio por Roca regresó, floreció. Tuvo la suerte de que el presidente solo se quedó en Buenos Aires mientras duró su mandato. Eso ayudó a que no se convirtiera en una asesina. Pedro le decía que si ella perdonaba a Roca, él perdonaría a sus padres. Quería volverla amorosa, sacar el odio de su corazón.

Luego de leer ese libro Sayén asentó su responsabilidad por todo ser humano que sufriera injusticias sobre la tierra.

Estaban sentados en el piso en el escritorio. Pedro quería esconder el texto que tanto dolor le causaba a Sayén, pero ella lo tenía siempre consigo. Se lo quiso quitar y Sayén lo sostuvo fuerte entre sus brazos. Pedro insistió en sacárselo y quedaron muy arrimados. Quietos. Sayén puso sentir la tibieza de su respiración, sus ojos se apoderaron de su razón. Lo tenía tan cerca, y tan

lejos. Su dulzura y su anhelo por ayudarla la confundieron. Se acercó despacio y posó sus labios sobre los de él. Se quedó allí. Sintió un estremecimiento recorrer su cuerpo entero. Pedro abrió la boca y sintió su saliva. Sayén se emborrachó de placer. Cuando reaccionó se apartó sintiéndose incómoda, aturdida y se puso colorada como un tomate maduro. Se le había mezclado todo: Roca, el beso, la bronca, el odio, el amor… Se fue corriendo a su cuarto. Durante ese día no salió más de allí. No podría volver a mirar a Pedro a los ojos nunca más. Su vida terminaba ahí. ¡Qué vergüenza!

La aparición

Pedro luchaba con las emociones internas que lo carcomían. El beso que le había dado Sayén le había recordado cada uno de los órganos de su cuerpo. Lo había movilizado completamente. Se sentía extraño, y vivo a la vez. Pensaba en Vitto, y a pesar de que nunca habían hablado de Sayén, él sabía que la amaba en silencio. Tal vez era hora de conversar con su amigo. De contarle lo que le pasaba con la muchacha. Desde el día en que la vio, quedó capturado en esos ojos achinados, los labios pulposos y su mirada llena de tristeza y brillo al mismo tiempo. Enseguida quiso desprenderse de los sentimientos que lo agobiaban, él no podía amar. ¿Qué futuro podía darle a una mujer siendo un enano?

Salió a caminar solo. Anduvo absorto en sus pensamientos, cruzó calles. Llegó al centro. Se lamentó de ser el único enano. ¿Por qué no había más enanos? Sería más fácil para él. Cuando estaba por regresar sobre sus pasos, cansado y con los huesos doloridos, sintió un golpe en su cabeza. Se dio vuelta y se encontró frente a una mujer que lo miraba horrorizada, con un parasol en la mano.

—¡Señora! ¿Qué le pasa, por qué me golpea? —le preguntó Pedro, fastidiado.

—¿Vos sos Pedro? —le preguntó la mujer con cara de espanto.

—¿Qué? ¿Por qué? —el muchacho se puso serio, no entendía qué pasaba.

—¡Dios, sos igual! ¡Igualito! —le decía la mujer, mientras lo seguía mirando tomándose el rostro con las manos.

—¿Igual a quién, señora?

—¡A tu padre! —le gritó y salió corriendo. Josefa estaba tan impresionada, todo había regresado del pasado en un segundo. Y ese rostro, ese rostro era el mismo del padre Gastón. Sus emociones le estaban jugando una mala pasada. Ese era su hijo, no el padre Gastón.

Pedro salió corriendo detrás y antes de que se alejara la agarró del vestido. La tironeó hasta hacerla detenerse y luego la dio vuelta tomándola del brazo con todas sus fuerzas.

—Usted no se mueve de aquí hasta que no me cuenta qué está pasando —le dijo Pedro serio y aferrándola del brazo con firmeza.

Doña Josefa lo miró, intentó tranquilizarse y luego le dijo:

—Mirá, mire… yo vendría a ser algo como ¡su tía! Sí, ¡su tía!

Pedro se dio cuenta de que estaba mintiendo.

—Señora, me dice cómo me conoce ahora mismo —la increpó.

Josefa se quedó paralizada. Se acercó al joven y mirando para abajo le dijo:

—Yo era tu madre hasta que te pusiste enano. Y ahora, sos… tan lindo. Tan parecido a tu padre —Josefa lo miraba. Sentía una rara mezcla de sentimientos. Ese enano le resultada elegante y seductor. Esos ojos eran iguales a los del padre Gastón, los que la volvieron loca en su momento. Las emociones comenzaron a confundirla.

—Usted puede decirme que mi padre es don Rafael Martínez Peña.

Josefa le acarició al rostro de una forma rara, a Pedro le resultó incómodo.

—No, querido, tu padre no es ese viejo. Tu padre era joven y apuesto, justo como vos ahora, pero… alto. ¿Me explico? —le dijo la mujer, recuperándose de la impresión. Pedro, con audacia, trataba de sacarle información.

—Usted está diciendo cualquier cosa…

—Imagínate qué lío se te arma si ahora yo digo que no sos hijo del viejo, ¿no?

—Supongo que a usted también se le arma el lío. ¿No, señora?

—Bueno, pequeñín, me voy. No me gustaría que me vieran con un… bajito.

—No se preocupe, señora, vaya. Pero, ¿me repite el nombre de mi padre?

—Nunca te lo dije, era Gastón —Josefa le acarició la mejilla y, como si nada, siguió su camino. Dejando a Pedro ahí, parado y más confundido que nunca.

Corrió y la volvió a agarrar del vestido.

—¿Qué Gastón, qué apellido?

A Josefa ya no le caía en gracia, ya se estaba poniendo nerviosa.

—Nada, nadie, ¡fuera! —lo espantaba como si fuera un perro. Pero Pedro la seguía.

—Usted es mi madre, ¿no le conmueve verme? —le dijo.

—No, dejame seguir. No te conozco.

Pedro la soltó. Se quedó mirándola mientras se alejaba. Era una linda mujer. A los pocos metros ella giró su cabeza y su cara mostraba una mueca de horror, y cuando lo vio, apuró el paso. Pedro quedó allí parado hasta que la vio desaparecer, luego muy despacio caminó de regreso. Cuando llegó a la casa pasó derecho a su cuarto. A los pocos minutos ingresó Pancracia que lo había visto llegar.

—¿Qué pasa, mi niño?

—¿Cómo era mi madre? —preguntó sin rodeos.

—*Mi Dio*, *usté se me* encontró con doña Josefa.

—Creo que sí. ¿A quién soy parecido, Pancracia? ¿Por qué se asustó tanto cuando me vio? ¿Quién es Gastón? —preguntaba Pedro con tristeza en la voz.

—A su padre no. Tal vez a algún pariente de doña Josefa —dijo Pancracia haciéndose la desentendida del asunto.

—Josefa es mi madre, pero don Rafael no es mi padre. ¿Quién es mi padre? ¿Viste algún enano visitar a mi madre? —seguía preguntando Pedro.

—No, hijo. Deje esas cosas en el pasado que le van a hacer mal. *Usté* es *usté* y listo.

Tal vez Pancracia tenía razón pero saber que don Rafael no era su padre lo llenó de nuevas inquietudes. Más preguntas y menos respuestas. Su cabeza estaba a punto de explotar. ¿De dónde venía realmente? Tenía que averiguarlo. Se quedó pensando en su madre. Qué rara era. Linda. ¿Qué tendría él de su madre? ¿Quién era Gastón? ¿Realmente Pancracia no sabía nada? ¿Quería volver a verla? Cuántas dudas.

NO TODO ES COMO PARECE

Poco a poco se habían acomodado, con la ayuda incondicional del doctor Pascual, que por supuesto se cobraba sus buenos pesos de honorarios. El campo de Luján ya estaba listo para Pedro.

Con Vitto habían decidido darle la noticia a Stefano y pedirle que se hiciera cargo de la estancia. La idea era que se fuera con Donatella a hacer crecer la tierra, a cumplir su sueño de trabajar el campo.

Cuando Stefano recibió la noticia todos lo miraban atentos, temían que de la emoción se le explotara el corazón. En cambio Donatella, apenas se enteró, comenzó a rezar, deambulaba por la casa con los dedos enrollados en su rosario gastado. Pensaba que luego de tan buena noticia, vendría la mala.

Stefano no podía asimilar semejante novedad, perseguía a Pedro por toda la casa, ofreciéndole mil formas futuras de pagar la tierra. El muchacho le sonreía cariñosamente y les recordaba que tanto él como Donatella eran sus padres del corazón.

Cuando al fin se pusieron todos de acuerdo, y el traslado de los Costa al campo era inminente, tuvieron que lidiar con otro asunto. Donatella quería estar en el campo y en la ciudad. Al fin había aprendido a dominar la casa, y no quería dejar a sus tres pollos, como les decía. ¿Quién los iba a cuidar, alimentar y vestir si ella no estaba? Sayén le explicó muchas veces que ya eran grandes y que de todas maneras Pancracia se quedaba con ellos. No tenía de qué preocuparse.

Organizaron todo y Stefano, Donatella y Pancracia salían de viaje para Luján a la estancia que ahora era de Pedro. Allí los esperaba, feliz, Rudecindo. Pancracia los acompañaría, los ayudaría a acomodarse y luego regresaría.

Donatella aturdió a las sirvientas polacas con recomendaciones. Les dijo que las iba a estar custodiando como ave de rapiña a su presa. Por supuesto que logró asustarlas. Les hacía repetir de memoria todas las indicaciones.

Stefano habló un largo rato con Vitto. Le pidió que se cuidara, le dijo que lo apoyaba y que se sentía orgulloso de él. Se abrazaron como nunca. Lloraron la despedida, ambos tenían mucha emoción contenida.

Pancracia le dijo a Pedro que dejara las sombras en el pasado, que disfrutara la vida ahora. Y le aseguró que una vez que acomodara a Stefano y Donatella en el campo, regresaría para estar con él.

Se quedaron los tres jóvenes con las sirvientas.

Apenas pasaron algunos días, Asunción, a escondidas de sus patrones, le llevó una carta de Cathy para Sayén.

Cathy estaba muy feliz con sus tías y les pedía imperiosamente que se fueran a Londres. Le contaba que los extrañaba mucho. Sayén se sentía muy sola al leer las cartas de Cathy. En ese momento no estaban ni Asunción, ni Donatella, ni Pancracia. Todas las mujeres que la abrazaron, que la supieron contener con tanto amor, no estaban. Y la relación con los muchachos ya no era de tanto abrazo.

Muy desganada, esa noche dijo que se sentía descompuesta y se fue a su cuarto. Vitto y Pedro se iban a juntar con los trabajadores de las panaderías. Los pobres seguían sin poder conseguir lo que querían. Les decían que sí, que iban a negociar y luego todo seguía como siempre. Es más, les habían descontado las horas de trabajo que teóricamente la patronal les cedía. Era todo un caos de malos entendidos que siempre perjudicaban a los trabajadores. Estaban muy enojados y desesperanzados. Se reunirían para organizar la retirada de una hora antes el viernes, y la huelga el sábado y el domingo. Sayén nunca supo dónde se reunían. Estaba tan inmersa en sus propios problemas que no les prestó atención.

Pedro y Vitto juntaron sus panfletos y se fueron.

Al otro día, cuando despertó, los muchachos no estaban. Los buscó por todos lados. Muchas veces se quedaban toda la noche haciendo los folletos o escribiendo para el diario. Pero nada, no estaban. Salió desesperada de la casa y se fue a buscar al doctor Pascual. No sabía a dónde ir a buscarlos.

El abogado le sugirió que podían estar en la comisaría. Con toda la parsimonia que lo caracterizaba, la tomó del brazo y comenzaron a caminar juntos. Cuando llegaron a la Policía le pidió a Sayén que se quedara afuera. Él iba a ver qué pasaba y si los muchachos realmente estaban ahí.

Tardó como una hora en salir. Con la cara por el piso, le contó que Vitto se quedaría detenido por tiempo indeterminado y que Pedro recién podría salir al día siguiente. También le dijo que estaban muy golpeados, sobre todo Pedro. Por lo que pudo averiguar, aparentemente habían agredido a un policía.

Sayén regresó sola a la casa. Por primera vez tomó conciencia de lo que estaban haciendo. Pensó en los consejos de Stefano. Ellos eran muy jóvenes y venían con las heridas de sus padres, de su historia. Querían sus propias reglas, pero… ¿a qué precio? Podían morir en el intento, ¿era eso lo que querían?

Ese día la historia se colgó de su espalda. Y la reflexión en su razón. La soledad le enseñó esa noche que a veces hay que establecer las prioridades. En su cuarto sintió miedo, no pudo pegar un ojo ni un momento. Rezó el rosario que le había enseñado Donatella.

A primera hora del día siguiente ya estaba con el abogado buscando a Pedro y viendo qué iba

a pasar con Vitto.

Cuando lo vio se le aflojaron las piernas. Menos mal que habían ido en el carruaje, lo subieron como pudieron y lo llevaron a casa. De Vitto se seguía encargando el doctor Pascual, no quería que lo trasladaran de ahí. Así que iba a presentar algunos papeles.

Llegaron e instalaron a Pedro en su cuarto. Estaba todo rayado y lleno de moretones, como si lo hubieran arrastrado sobre un colchón de clavos y luego usado de machete para pegar sobre la piedra. Sayén no se despegó de su lado. Lo desvistió, lo limpió y lo volvió a vestir con ropa limpia. Pidió a las polacas que prepararan caldo de gallina.

Durmió a su lado. Enzo fue a buscar a un médico que lo revisó y antes de irse les encargó unos medicamentos. Les aseguró que se iba a recuperar.

Sayén fue a la botica, compró todo lo que le había encargado el médico y, además, algunos ungüentos. Luego pasó derecho a la cocina para prepararle emplastos fríos de hojas de geranios para los machucones. Le apenaba verlo así. También renovó su bolsita de lienzo con arroz para las articulaciones, le agregó unas hojitas de ruda, para que le limpiara los pensamientos y se dejara de joder con la exposición de su cuerpo de esa manera; además, algunas de manzanilla y romero para aliviarlo.

Encargó a las polacas que le mantuvieran listas las infusiones que había preparado y se instaló con él. Estaba tan dolorido e inapetente, que Sayén tomó el plato de comida, fue a la cocina, lo picó bien pequeño, lo puso a hervir con hojas de salvia y condimentos hasta que quedó espeso. Le agregó pimentón y pimienta negra. Le puso un poco de leche. Olía rico. Se sentó a su lado y con una cuchara se lo dio. Pedro le sonreía. Terminó de comer y se quedó dormido. Ella lo besó la frente.

Al día siguiente Vitto todavía seguía preso y no les dejaban visitarlo. El doctor Pascual corría todo el día con el asunto. Había consultado a un colega suyo de mucho prestigio que lo estaba asesorando. No tenían que dejar que lo trasladaran.

Pedro se recuperaba muy lentamente. Cuando pudo hablar bien, le contó a Sayén cómo la Policía los había increpado y se había armado la batahola. Él había quedado tendido en el piso y hasta los caballos le pasaron por encima. Nada que ver con lo que le había dicho el comisario al abogado.

—Cuando Vitto me vio tirado en el piso, con todos arriba, se puso como loco. Empezó a revolear trompadas para todos lados —le terminó de contar Pedro.

La huelga se hizo pero fue reprendida y hubo muchos heridos y más presos. Al otro día, mientras la prensa anarquista detallaba el horror de los descamisados, de los pobres y maltratados trabajadores, la prensa oficial contaba los logros del progreso.

Finalmente, luego de unos días, el doctor Pascual llegó a casa con Vitto.

Tenía las costras duras en el cuerpo y la sangre caliente, el brillo de sus ojos contaba lo

enojado que estaba.

Sayén, con la ayuda de las polacas, los acomodó a los dos en el mismo cuarto para poder atenderlos. Los cuidó, repasó cada herida en sus cuerpos con sus manos, ella también estaba muy resentida.

Vitto temía que los fueran a buscar. En esos días habían allanado la imprenta y se habían llevado detenidos a varios trabajadores. Todos los fantasmas del miedo regresaron a sus vidas. Y estaban solos, se sentían desamparados. Cuánto necesitaban a Stefano, Donatella y Pancracia esos días. Valientes los tres, se las aguantaron.

Cada vez que golpeaban la puerta, se chocaban entre sí para esconderse y mandaban a las polacas, que iban, empujándose una con la otra, estaban tan asustadas como ellos.

Ese día llegaron a la casa el doctor Pascual, Enzo, y su padre, don Mario.

Rodearon la mesa de la sala entre todos y enseguida Sayén pidió mate y té. Fue el doctor Pascual el que tomó la palabra:

—Muchachos, estamos todos aquí reunidos y ya saben por qué. Estoy muy preocupado por la seguridad de ustedes, que no estén Stefano y Donatella les da una libertad que me preocupa donde puede terminar —les decía con un gesto de preocupación real en su mirada—. Vitto, sabés muy bien, al igual que Enzo, lo que me costó sacarlos. Si los trasladaban a la penitenciaria… no quiero ni pensarlo —continuó discursando.

Lo escuchaban atentos y ensimismados como pollos mojados.

—Yo les digo, chicos, en el bar se ve todo. Déjense de joder y pongan sus fuerzas en otra cosa. Ya no doy para más susto —agregaba el papá de Enzo.

Sayén miraba de reojo a los muchachos, Pedro tenía la mirada mansa, como siempre, pasara lo que pasara, pero Vitto estaba conteniéndose. Tal vez por el respeto que les tenía a los dos hombres que estaban tratando de marcarles un camino de vida, no de muerte, sabiendo que estaban solos.

Pedro aprobó con su cabeza todo lo que decían y se comprometió a ayudar a los muchachos a no exponerse tanto; a Vitto y a Enzo se los veía como búfalos encerrados. Pero se quedaron callados. Sayén apoyó a Pedro y les agradeció mucho su preocupación, de corazón lo hizo.

Cuando el doctor Pascual empezaba a hablar, y lo dejaban, era más pesado que el olor del riachuelo. Pero era tan buen orador que quienes lo escucharan podían hacerse una pausa mental, regresar y seguir en la conversación. Continuaba diciendo:

—¡Vos, Vitto! He visto a tu padre sufrir por las largas jornadas laborales. ¿No fue suficiente su padecimiento? Vos, Sayén, ¿hace falta que te recuerde lo que hizo el cuñado de nuestro querido presidente con tu pueblo? ¿Creés que vas a poder cambiar eso? Y vos, Pedro, toda la vida encerrado y ahora podés perderla por buscar justicia ajena. Esta no es la patria de ustedes, es la patria de ellos. Ustedes, o mejor dicho nosotros, somos la bazofia del progreso de este país.

—¿Qué significa bazofia? —preguntó Sayén.

—Lo que sobra, lo que no sirve. Lo que tiran los mataderos al riachuelo.

Los muchachos ahora sí levantaron su mirada hacia el doctor Pascual.

—Estoy aquí porque son jóvenes y están solos. Tu padre, Vitto, se cansó de pedirte que te alejaras del movimiento social. Ahora están solos. Tomen esto como el consejo de un padre. Yo creo que en una estructura política como la que tenemos en este país, los permisos sociales, o bueno, anarquistas, están lejos de ser atendidos. Crezcan un poco más y luego vean. El jefe de la catorce me dijo que esta es la última vez, Vitto, que te deja salir. La próxima te vas al penal. Y ahí sí que no te vamos a ver más.

—Don Pascual, ¿pero usted no cree que alguien tiene que pelear por nuestros derechos?

—Querida Sayén. A los indios los exterminaron sin problemas y sin juicios. Están desparramados trabajando como criados para la burguesía porteña. ¿Vos creés que eso va a cambiar? Yo solo quiero salvar tu vida. Muchas veces el progreso tiene sus costos. Y no todos están de acuerdo. Yo personalmente creo que no es el momento, este país aún está en construcción.

—Yo no voy a dejar de luchar. Yo nací para esto, Pascual —fueron las únicas palabras de Vitto.

—No te digo que no luches. Podés luchar desde otros lugares, ¿Por qué no retomás la escritura en el diario? ¿Por qué no escribís un libro sobre tus bases anarquistas? Pero ya no te expongas. Ya no te queda vida para seguir apostando.

Luego de conversar, ellos habían cumplido con su conciencia. Los había aconsejado como el padre que ninguno tenía allí en la casa. Se fueron los tres.

Sayén se encargó de cuidar a los muchachos, los perseguía con ungüentos y tés por toda la casa. Cada noche su refugio era compartir con Cathy largas cartas, en las que le contaba todo a su querida amiga. Vitto recibía visitas a cada rato. Lo querían mucho y vaya si tenía amigos. Todos se solidarizaban con su causa. El joven estaba tan ocupado que ya no seguía tan atento a Sayén. Su causa, luego su vida. Por supuesto que de los últimos acontecimientos prometieron no contarles nada a Stefano y Donatella.

Pedro y Sayén se fueron acercando cada vez más. El muchacho había quedado consternado luego del encuentro con Josefa. Quería hacerla investigar, pero Sayén era ahora la que lo calmaba y lo contenía. La paliza que había recibido lo había sensibilizado, no como a Vitto que lo había enfurecido.

Pedro y Sayén pasaban más tiempo inmersos en las lecturas, y además escribían. Estar juntos les hacía bien. Pancracia aún no había llegado y se sentían solos. Vitto no, él era pura euforia, siempre. Cruzaban miradas, se disfrutaban al pasar, cada roce era estremecedor. Ya no podían mantener la mirada sin ponerse colorados…

Pedro seguía sufriendo dolores en las articulaciones. Enseguida llamaron al médico. Luego de

revisarlo dejó algunas instrucciones y se fue. Sayén calentaba la bolsita de arroz y hierbas a cada rato, luego le frotaba los ungüentos recetados. Lo cuidaba como si fuera un bebé. Entre los dos había una conexión única y silenciosa. Ella aliviaba su dolor con sus manos embadurnadas, resbalando en sus rodillas y codos, y él aliviaba su corazón con su sonrisa.

La primera vez

Pancracia finalmente regresó del campo. El matrimonio Costa se había quedado en la estancia a trabajar, se venían las cosechas. La mujer les contó que Stefano estaba feliz, con Rudecindo todo el día, y que nunca lo había visto sonreír tanto, al igual que Donatella.

El calor seguía pesado y húmedo, había llovido mucho. Sayén había acompañado a Pedro a buscar los folletos que le había dejado encargado Vitto. Fueron en el carruaje porque se trataba de una buena cantidad. Se sentía el ambiente caldeado. Había soldados por todos lados.

Pero también había hombres que, sin estar vestidos de soldados, estaban armados y con boinas blancas. Pedro le explicó a Sayén que ellos representaban a los revolucionarios. Que había nuevamente una discusión por el tironeado sillón presidencial. Que estaban preparados para enfrentarse con armas, si no llegaban a ningún acuerdo.

Ahora la discusión era entre ellos mismos. ¿Cómo se puede ir a las armas por una discusión política? ¿Puede un hombre ser tan corto de cabeza para no intentar otra forma de negociación? ¿Qué tipo de país estaban construyendo?

Llegaron apurados. Ingresaron por el patio trasero con carruaje y todo. Vitto no estaba. Pancracia estaba ordenando la cocina y viendo con qué los iba a deleitar esa noche. Dejaron los panfletos en el escritorio y se fueron al cuarto de Pedro. Sayén lo ayudó a sacarse los zapatos. Se recostaron uno al lado del otro, mirando el techo. Pedro le seguía contando sus conjeturas políticas sobre lo que estaba sucediendo en el centro. Sayén escuchó guerra civil y comenzó a quedarse dormida, se acurrucó a su lado. Quería quedarse ahí para siempre.

Algo hizo que abriera los ojos, Pedro estaba mirándola. Se tapó la cara con las manos. Pedro, con suavidad, se las sacó y luego la besó, suave, húmedo, ¡en la boca! Sin hablar y sin dejar de mirarla a los ojos, comenzó a desvestirla. Sayén estaba tensa, estirada en la cama, completamente desnuda y con las manos tapándose la cara. Pedro se sacó la ropa, cerró bien la puerta y luego se metió en la cama. Se puso sobre ella, a horcajadas, le sacó las manos y sus miradas se encontraron, sus rostros se ruborizaron y la respiración se entrecortaba.

Pedro la miraba, la besaba. Sayén se entregó, confiada a él. Sintió la dureza entre sus piernas, se abrió para recibirlo, no sabía cómo era, pero no tuvo miedo. Él tampoco sabía, solo se dejaron llevar. Pedro tomó su pene y comenzó a frotárselo rozando la vulva de Sayén, ella enloquecía de placer. De a poco comenzó a penetrarla, hasta estar completamente dentro de ella. Ninguno de los dos conocía las sensaciones que estaban experimentando. Sayén abrió los ojos y ver la mirada

de Pedro la excitó tanto que le dio vergüenza. Los cerró. Nunca sintió dolor, solo placer. Deseaba fundirse en un solo cuerpo con él. No quería que se terminara. Juntos, abrazados, se besaban y llegaban al máximo placer que jamás habían experimentado. Encorvados, enlazados, enamorados, habían conocido el amor en todas sus expresiones.

Cuando la calma retomó a sus cuerpos, se acomodaron uno junto al otro, Pedro besó la frente de Sayén y ella tocó el cielo con las manos.

Vitto no había ido a cenar, Pancracia estaba preocupada porque no había aparecido en todo el día. Ni siquiera había ido a buscar los folletos para repartir. Pedro y Sayén sonreían ante cualquier cosa. Luego de la cena, fumaron en la galería, se despidieron con un beso húmedo y largo y se fueron a dormir.

A la mañana siguiente Sayén se levantó con un semblante nuevo, su cuerpo se sentía extraño, liviano, relajado. Tenía hambre, así que se fue a la cocina a buscar comida y a ver si Pedro ya se había levantado. Pero se encontró con un panorama totalmente diferente al que esperaba. Cuando entró y vio a Pedro sosteniendo su cabeza con ambas manos y a Pancracia llorando a moco tendido, no supo qué pensar. No sabía si quería escuchar lo que pasaba.

Pedro levantó la mirada, sus ojos estaban enrojecidos de tanto llorar, le dijo que Vitto, Enzo y otros compañeros habían fabricado una bomba casera para matar al jefe de Policía, estaban hartos de las detenciones sin sentido, de las persecuciones. Pero algo salió mal y la bomba les explotó en las manos. Enzo murió en el acto y Vitto estaba en el Hospital de Hombres, mutilado, en estado muy grave.

Mientras Sayén escuchaba las peores noticias, sintió una puntada en su vientre. Se sentó. ¿Qué estaba pasando?

Pedro la miró a los ojos y le dijo que tomara algo de desayuno así, junto a Pancracia, se iban a ver a Vitto.

Lo que no sabían es lo que les tenía preparado el destino para cada uno de ellos.

MALDITO DESTINO

Incrédulos, los tres llegaron al hospital. Luego de preguntar y dar vueltas, llegaron al pabellón donde estaba Vitto. Hablaron con el médico. Les dijo que había perdido las dos piernas y un brazo. Se quedaron atónitos. Sintieron que estaban transitando un mal sueño. No pudieron verlo, aún lo estaban operando.

Regresaron a la casa. En la cocina tomaron ginebra con café y lloraron hasta pasada la medianoche. Al día siguiente pasaron un rato por el velorio de Enzo, y luego siguieron al hospital.

Los pasos que caminaron hasta llegar al lugar donde estaba Vitto fueron eternos, pesados, angustiosos. Ingresaron al pabellón. Todas las camas estaban ocupadas. No podían distinguir dónde estaba Vitto. Pedro tomó de la mano a Sayén, se detuvieron al frente de un bulto arrollado de vendas. Estaba dormido. Era él. Sayén sintió que sus piernas se aflojaban. Se tuvo que apoyar en Pedro para no caer al piso. Pudo ver su cara, y luego las partes que le faltaban a Vitto. Salió corriendo de la sala. Vomitó y luego la oscuridad se apoderó de todo su ser.

Cuando despertó estaba en una silla, Pedro parado a su lado, la tenía tomada de la mano.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¿Era Vitto? ¡Dios mío, que no sea Vitto! —exclamó, recordando el horror de hacía unos minutos.

Pedro tomó sus dos manos y luego le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—Es Vitto, es Vitto —no pudo seguir hablando, solo la abrazó y lloraron juntos.

—¿Se va a morir? —preguntó Sayén.

—No, pero su cuerpo… Pobrecito.

Entraron los dos nuevamente, fueron donde estaba Vitto. No lo dejaron solo ni un solo minuto. Pancracia iba y venía con los encargos de los muchachos. Decidieron no avisarles a Stefano y Donatella hasta que el joven no saliera del hospital.

Luego de diez duros días, le dieron el alta a Vitto. Hablaba poco, estaba deprimido. Sayén se desesperaba por consentirlo al igual que Pedro. Lo acomodaron en la planta baja para que pudiera convivir con todos y para poder atenderlo como correspondía. A Sayén le costaba mucho, hacía esfuerzos para no llorarle en la cara.

No quería comer, no quería leer, no quería nada. Pancracia le preparaba comidas ricas y luego

Sayén se las daba en la boca como a un niño, lo obligaba a comer.

—Vitto, si no te alimentás te vas a morir —le dijo.

—Sayén, quiero morir, solo quiero morirme —le decía con la voz apagada.

Qué dolor escucharlo hablar así. Él, siempre con tanta energía. ¿Dónde estaba Vitto? Ese no era Vitto.

—No podés morirte, sos joven, hay una vida que te espera…

—¿Qué vida me espera?, soy la mitad de una persona, ¡mirame, Sayén!

—Igual que Pedro —le dijo cortando sus palabras.

—No, Sayén, no te confundas. Pedro está entero, íntegro. Yo estoy cortado. Me falta un brazo completo, y también las piernas, por si no te diste cuenta, no voy a volver a caminar jamás y en un tiempo voy a estar olvidado en algún rincón de cualquier casa sobre una silla de ruedas —le decía con sarcasmo.

—Vitto, por favor, tenés que curarte. Por Stefano y Donatella. Ellos viven por vos y para vos.

—No quiero la vida que me espera, Sayén. No quiero una vida a la mitad, tampoco quiero lastimar a mis padres cada vez que me vean. Así no podría soportarla. Amiga mía, no me duele morir. Viví intensamente y lo disfruté. Tal vez algunos piensen que tomé malas decisiones, pero no me arrepiento, me gustó. Me salió mal. Me retiro… Me quiero morir. Ayudame a morir.

—No podes hablar así, Vitto, no se puede retirar uno de la vida. Cuando yo era pequeña, ya sabés lo que pasó. Anduve mucho tiempo tratando de matarme. Menos mal que no lo logré. No hubiera podido llegar hasta aquí, conocerlos, amarlos. Si me hubiera quitado la vida —le decía Sayén sin poder dejar de llorar.

—Sayén, no quiero vivir más —le dijo y cerró los ojos.

La muchacha salió corriendo a buscar a Pedro, a contarle todo. Tenía una puntada en el pecho que no la dejaba respirar. La angustia le partía el corazón.

Esa noche Pedro fue a buscar a Sayén con una botella de licor y otra de ginebra y se fueron a conversar con Vitto. Se acomodaron los tres en la cama del muchacho. Tomaron del pico de la botella. Pedro sacó unos cigarros y los prendieron, fumaron. El primer sorbo de licor que llegó al paladar de Sayén le trajo el más hermoso recuerdo de Cathy, cómo no estaba con ellos ahora. Y como estaba de lágrimas fáciles se largó a llorar sin consuelo. Sayén, al lado de Vitto tomando licor y ginebra, lloró una hora seguida. Ahora era Vitto el que trataba de consolarla.

—*Ma*, Sayén, dejá de llorar ya, el que no tiene piernas ni brazos soy yo, ¡carajo!

Sayén reaccionó y los tres sonrieron.

Se tomaron las dos botellas, fumaron y se quedaron dormidos ahí mismo.

Al otro día los despertó Pancracia, horrorizada.

—¡Lo están aplastando! —les gritó.

Se despabilaron. Sayén y Pedro salieron a la galería a tomar aire. Todo se veía mal. Tan mal.

Mientras pasaban las semanas, el físico de Vitto mejoraba, pero su alma seguía en terapia. Los muñones en sus extremidades cicatrizaban, su mente se pudría a gran velocidad.

Por las noches, cuando no podía dormir, gritaba,

—¡Quiero morir! ¡Quiero morir! ¡Quiero ser libre! —la voz de Vitto retumbaba hasta el medio de la calle.

Sayén se tapaba la cabeza con la almohada, no podía escucharlo gritar así.

—¡Quiero morir!

Cada noche quería morir. Su mente, su cuerpo maltratado y su pobre corazón no podían ponerse de acuerdo.

Pedro le había conseguido unas gotas de opio. Algo que lo ayudara a calmar su mente. Tuvo que discutir mucho con Sayén, ella no quería dárselas. Pero Pedro no aceptó un no. Se las dio para que pudiera dormir de noche. Vitto comenzó a sentir alivio con el opio y lo tomaba todo el tiempo. Nunca le dijeron nada a Pancracia.

Le pidieron que los autorizara a llamar a Stefano y Donatella, pero Vitto no quería saber nada, les tiraba con lo que tenía al lado con la mano que le quedaba. Con muchas dudas cumplieron con su deseo. No les avisaron nada.

Una tarde les pidió conversar con ellos dos solamente. Y así lo hicieron. Sin preámbulos, les pidió directamente que lo ayudaran a morir.

—No sientan culpa. Si ustedes me ayudan a morir, se van a sentir aliviados. No me condenen a esta vida que ya no elijo. Por favor, amigos, hermanos que no tuve. Déjenme ir con Enzo a liderar en el cielo. ¿O se creen que no hay injusticias divinas? Pedro, vos cuidás a Sayén, te casás con ella, tienen muchos hijos y yo desde el cielo los cuido. Pero quiero morir.

Sayén y Pedro lo miraban y las lágrimas rodaban solas por sus mejillas, dejando un sabor amargo por el camino.

—Unas gotas de más de opio y listo. ¡Por favor! A mis padres les dicen que morí junto a Enzo, feliz, luchando por los derechos humanos. Incentivando a los trabajadores a defender lo que les corresponde, a escribir sus propias reglas y a bajar a la burguesía.

Lo seguían escuchando, en silencio. Se estaba despidiendo de ellos.

—Ustedes me dejan un frasco aquí, y luego se van y listo. Yo desde el cielo voy a estar custodiando cada paso que den, los voy a proteger siempre. Por favor, no me priven de esa libertad. Y, tranquilos, que voy a regresar, se van a dar cuenta cuando eso suceda… Postrado no sirvo. Imaginen, voy a arruinar la vida de todos, voy a querer casarme con Sayén. ¿Te vas a casar con un hombre a la mitad, que lo vas a tener que acompañar al baño cada vez?

Sayén se levantó, no pudo seguir escuchando más.

Pedro le tomó la mano sana. Y lo dejó que siguiera hablando. Se acostó a su lado.

—Vitto, dejá que llamemos a Stefano y Donatella, ellos van a aconsejarte desde su corazón.

—No, Pedro, dejame ir. Vos llegaste para que yo pueda partir tranquilo. Cuidá a Sayén y a mis

padres. Vamos, amigo, no me abandones.

Pedro lloraba en silencio. No podía ayudarlo a morir, ¡a morir!

—No, Vitto, no te voy a dejar morir. Juntos vamos a salir adelante.

—¡Pero, Pedro! ¡Mirame!

—Vamos a seguir dando discursos, yo voy a llevar tu silla de ruedas para todos lados.

—Pedro, quiero morir. No soy hombre para silla de ruedas, tenés que comprenderme, por favor —le imploraba.

Pasaban las horas, los amigos de Vitto desfilaban por la puerta, pero se tenían que regresar sin verlo, no quería que nadie lo viera así.

Una sola vez dejaron que pasara el Pejo, un gran amigo, compañero, cuando lo vio, le tiró con el plato que había dejado sobre la mesita.

Esa noche Sayén se acurrucó al lado de Vitto. Sentía sus besos en la cabeza. Lloró en silencio. Y mandó a la mierda a todos los dioses que pudieran existir…

—Vitto, ¿no te ibas a casar conmigo?

—No empecés, Sayén, quiero morir.

Sayén lloraba por los rincones, todo el día. Cuando llegaba la tarde, Pedro traía una botella de lo que tenía más a mano y la tomaban los tres juntos. Pancracia los espiaba detrás de la columna de la galería: los tres sentados en la cama, fumando, borrachos. La negra los lloraba en silencio.

El tiempo endurecía los corazones. Vitto ya no avisaba cuando quería hacer pis, se hacía encima. Cuando no estaba drogado gritaba que lo mataran. ¿Puede cambiar tanto una persona? Él ya había decidido no negociar más con la vida, ahora solo quería conversar con la muerte.

Esa noche, cerca de la madrugada Sayén se despertó por el dolor de su pierna cruzada. Vitto dormía y Pedro no estaba, ya se había ido a su cama. Se levantó, le dio un beso en la frente y bajo la luz de la luna, subió la escalera y se fue a su cuarto. Como estaba se acostó. A las pocas horas, ingresó Pedro a despertarla.

—Vitto se fue —le dijo.

—¿A dónde se fue? —preguntó Sayén, dormida. A los pocos segundos reaccionó.

Empujó a Pedro y bajó las escaleras como un rayo. Saltó el último escalón y se fue al cuarto donde estaba Vitto. Se paró en el quicio de la puerta. Parecía dormido. Sonreía y todo. Su torso desnudo, y lo que le faltaba, estaba todo enrollado de vendas. Ese no era Vitto. Se había ido antes, con sus piernas y su brazo. Se deslizó, apoyada en el marco de la puerta y se sentó en el piso. Gritó, golpeó el piso con ambos puños.

El pecho le ardía. No lo podía soportar. Estaba seca, no tenía más lágrimas, ni fuerzas. Pedro la ayudó a ponerse de pie. A partir de ese momento todo empezó a pasar en secuencias por su mente.

Avisaron a Stefano y Donatella. Pedro no sabía de dónde sacaba la fortaleza para hacer todo lo que hacía. Contrató el mejor servicio fúnebre. Publicaron la noticia de su muerte en los

periódicos anarquistas.

Si hubiera visto Vitto toda la gente que fue a su sepelio. La cantidad de trabajadores que le dejaron flores. Que lo lloraron. Cuando lo llevaron al cementerio, Sayén no podía imaginar que adentro del ataúd estaba su amigo encerrado, le daba claustrofobia.

—Pedro, abrí la tapa, que respire, él no puede estar encerrado —le decía llorando.

—Sayén, Vitto ya se fue, no está ahí adentro.

—Sí está ahí adentro, sácalo, Pedro, por favor, tiene que respirar, se va a asfixiar.

Cuando Donatella se colgó de su brazo, entonces pudo prestar atención al dolor de ella, más que al propio. Cerró los ojos. Vitto no podía estar allí adentro, encerrado, él era libre. Era libre.

Donatella parecía perdida. Pancracia la sostenía.

Regresaron a la casa, sin palabras. Con los ojos enrojecidos y el corazón desgarrado. Cada uno se fue a su cuarto, solo. Stefano y Donatella habían envejecido todos los años que habían florecido en el campo. Aún no entendían lo que había pasado. Su hijo, su querido Vitto, muerto, ya no estaba entre ellos. Querían volver el tiempo para atrás. Ya era tarde.

Pasó un mes y el dolor estaba intacto. Con los corazones destrozados, Stefano y Donatella subieron al carruaje para regresar al campo, luego de dejar a su único hijo en el cementerio. Con las miradas perdidas en la amargura se abrazaron y se despidieron sin dejar de agradecer a Pedro que les había cedido el campo a nombre de ellos. Al menos una parte del sueño se había cumplido. Aunque en ese momento no tenía sentido. Nada tenía sentido.

Se despidieron. Rudecindo los estaba esperando.

Cuando estuvieron solos, Sayén se fue como un tiro a Pedro.

—¿Por qué permitiste que Vitto se fuera? ¡¿Por qué, Pedro?!

—No fui yo, Sayén —le dijo, desconcertado—. Creí que habías sido vos.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Pancracia.

—Fui yo, yo le di el opio a Vitto *pa* que ustedes vivan en paz —dijo Pancracia y se desmoronó en llantos y culpas.

Pedro enseguida la abrazó y la consoló. Ella lo había hecho, de esa forma los salvó a los tres. Se abrazaron. Lloraron juntos a su querido Vitto. En sus corazones estaría para siempre.

Los días pasaban y la tristeza se había apoderado de la casa. Deambulaban como locos perdidos. Con Pedro todas las noches se tomaban una botella de ginebra, fumaban y luego caían dormidos donde estaban.

Pancracia, cansada de verlos desperdiciar sus días, había abierto todas las ventanas, las polaquitas corrían de un lado para el otro sacudiendo la tierra de los muebles. Sayén se despertó con el barullo, le dolía la cabeza, fue a la cocina y allí estaba Pancracia, a todo vapor. Le contó que ya venía un amigo de una prima a puntear la tierra para armar la huerta. Le puso el mate al frente de la muchacha para que lo cebara.

A los minutos apareció Pedro con el mismo semblante.

Pancracia les pidió que se sentaran. Los sermoneó de lo lindo, les dijo que en la casa no podía ingresar más ni una gota de alcohol ni cigarrillos. Y luego tomó aire y cambió de tema.

—Pedro, tengo que contarle algo que me carcome el alma. No sé qué será verdad o no de lo que le voy a decir. Pero *usté* ya creció, es un hombre al que amo más que a mi propia vida. Me dio el título de madre que pensé que nunca conocería. Gracias a *usté* conocí el amor de verdad.

—¿Qué pasa, Pancracia? —preguntó Pedro un poco inquieto.

—Antes de que *usté* naciera, y cuando la fiebre amarilla nos atacó como perro embravecido y se murieron tantas personas, su madre, Josefa, la que conoció, no es la madre perfecta que yo le dije. Solo quería evitarle dolores a su corazón. Siempre fue una mujer mala, a mí me pegaba todo el tiempo. Era caprichosa y se casó muy joven con don Rafael. Cuando ella quedó embarazada de *usté*, un tiempo antes me hacía ir a espiar a un cura a la iglesia del Pilar, se llamaba Gastón…

—¿Y, qué tiene que ver todo eso conmigo? —preguntaba Pedro sin poder controlar la ansiedad y con el deseo de que Pancracia escupiera todo de una buena vez.

—No sé qué pasó, pero lo que sí sé es que pude conocer al padre Gastón.

—¿Y…?

—Es igualito a *usté*, mi niño.

—¿Qué decís, Pancracia?

—Eso mi niño, que *usté* es igualito al padre Gastón. No sé nada más porque luego se vino *la fiera* con la fiebre y don Rafael nos llevó al campo a todos y nueve meses después llegó *usté*.

Los tres se quedaron en silencio.

—Yo ya averigüé que el cura se llamaba Gastón Caparrós y que todos sus datos están en la parroquia. Yo tenía que contarle, mi niño. Así *usté* ahora puede elegir y yo me saco este peso de la espalda que me está matando día a día.

Pedro quedó atónito, Sayén su lado. ¿Y ahora, qué?

TERCERA PARTE

“La historia del progreso está escrita con la sangre de hombres y mujeres que se han atrevido a abrazar una causa impopular, como, por ejemplo, el hombre negro al derecho de su cuerpo, o el derecho de la mujer a su alma.”

Emma Goldman

La soledad

Sayén y Pedro no se acostumbraban a la ausencia de Vitto. No dejaba de parecer un mal sueño y siempre estaban esperando verlo entrar por la puerta, con sus manos en alto y algún folleto entre sus dedos.

Pedro, luego de la charla con Pancracia, no podía ordenar las cosas en su interior. La duda lo carcomía. ¿Su padre al final no era su padre? Era verdad, no tenía ningún parecido con quien pensaba que era su progenitor, don Rafael Martínez Peña. ¿Qué habrá pasado entre su madre y ese cura? Cuántas dudas.

Luego de ese día tuvo a la pobre Pancracia sentada a su lado relatándole quiénes eran realmente sus padres. Cómo era don Rafael, cómo era Josefa. Cómo eran en su vida cotidiana. A quién era parecido él. Todo y con detalles.

—*Usté* me es igualito al cura, qué decir —repetía—. Apenas nació yo *mi* di cuenta. Josefa era mala, muy mala —le decía.

¿Podía ser una mamá tan mala? Y sí, podía. Como le había dicho Donatella una vez:

—No todas las mujeres nacen para ser madres.

Una nueva puerta se estaba abriendo y Pedro estaba dispuesto a entrar y a averiguar. Fue a la iglesia. Con diferentes excusas sacó información. Pedro ya no juzgaba a sus padres, solo quería saber la verdad. Sayén estaba preocupada, ya ni siquiera la miraba. Estaba obsesionado con lo suyo. Averiguó dónde vivían los Martínez Peña, los espió para verlos. No dejaba que Sayén lo acompañara, le decía que ella ya había sufrido mucho, que esperara a que él terminara con sus asuntos. Pero saber dónde vivían, verlos entrar y salir no le sumó nada.

Luego de dar mil vueltas, finalmente consiguió el dato y una dirección donde aparentemente vivían los padres del cura Gastón Caparrós, los que teóricamente serían sus abuelos. Estaban en Málaga, España. Decidió que tenía que viajar. Era muy pobre la información que tenía sobre su origen. Quería saber de dónde venía su enanismo.

Como Pedro no le había dicho nada a Sayén, Pancracia decidió adelantarse a la noticia y se lo contó. Cuando la muchacha se enteró se puso feliz. Pero cuando supo que viajaba solo, pensó que estaba en un mal sueño. Lo enfrentó a Pedro.

—Sayén. No sé con qué me voy a encontrar. No podés venir conmigo. Aquí estás bien.

—No me querés con vos. Decilo y listo.

—Quiero resolver esto y luego el resto. ¿Tanto te cuesta entender? No te voy a poner en

riesgo.

—Se fue Vitto. Ahora vos me dejás. Nos quedamos solas con Pancracia.

—No, viene Donatella a acompañarlas. Vas a estar mucho mejor que conmigo.

—Vos no vas a volver nunca más…

—Sayén, no seas mala conmigo. Ayudame. Esto es algo que tengo que hacer yo solo. Tengo que aceptar quién soy y para eso tengo que conocer de dónde vengo. Las cosas son distintas para mí ahora, saber que mi padre no es mi padre me abre un abanico de dudas. Y una cantidad de posibilidades. Hasta me gusta que mi padre no sea mi padre. Tengo que desentrañar todo esto. ¿Cuánto me iré? ¿Un año? Tampoco podemos dejar solos a Stefano, Donatella y Pancracia. Ellos viven por nosotros. Son nuestra familia.

Sayén estaba muy perturbada. La sensación del abandono regresaba. Otra vez sentía que no tenía identidad, que su cultura, su vida entera se le escapaba entre sus dedos y ella no tenía la capacidad para retenerla. Se sentía culpable por no haber hecho nada. Por no embanderarse en la desgracia de su pueblo. Cuando estaba así todos esos fantasmas regresaban a visitarla.

¿Cómo podía ella reconstruir todo, si ya no quedaba nada…? ¿Cómo no había matado a Roca? Lo pensó, mil veces, pero siempre lo escuchaba a Pedro que le decía:

—Lo vas a matar y luego vas a ir presa por toda tu vida, y sus hijos van a quedar sin padre y entonces la fatalidad no se corta jamás y la desgracia sigue en tus manos.

Nunca supo si eso se lo decía de verdad o para que ella no agregara una culpa más a su espalda, la de asesinar a alguien. Vitto había muerto defendiendo su causa, Pedro se iba a averiguar la suya… ¿Y ella?

Pedro lo tenía decidido. Se iba solo, eso era algo que tenía que enfrentar y resolver exclusivamente él. Había dejado todo arreglado con el abogado para que no les faltara nada.

Estaban en el dormitorio de Sayén. Pedro había ido a buscarla.

Para la muchacha todo pasaba tan rápido…

—Sayén querida, esperame. Cuando regrese nos casamos. Y estaremos juntos para siempre —le dijo Pedro al tiempo que se recostó a su lado.

—Ya no creo en nada.

—Tenés que creer en mí. Yo te amo. Sos mi india preferida.

—¿Por qué? Si vos también me dejás.

—Porque te amo. Y quiero que formemos una familia. Pero no puedo hacerlo sin saber quién soy, ya te lo dije.

Sayén se quedó callada y una lágrima pesada y salada comenzó a rodar sobre su mejilla. Pedro la secó con su boca. La miró a los ojos y sin dejar de hacerlo se acercó suave, delicado y saboreó sus labios.

La amaba con todo su ser, pero no podía llevarla a lo desconocido. Con todo lo que ya había

sufrido Sayén. Pero ella no lo entendía de esa manera. Se levantó y puso tranca en la puerta. Comenzó a desvestirse. Despacio. Sayén lo miraba asombrada. Era de día. Cuando Pedro quedó libre de prendas, con su cuerpo lechoso y su melena rozando sus hombros, Sayén no pudo dejar de observar en detalle su cuerpo. Tan diferente. Se sentó en la cama.

—Esto soy, Sayén. Dejame ir para que pueda regresar y casarme con vos.

Se trepó en la cama, desnudo. Sayén lo observaba un poco incómoda.

Le tomó su mano y comenzó a acariciarse el cuerpo con ella, mirándola a los ojos.

—¿Te impresiona? —le preguntó.

—¿Qué me tiene que impresionar?

Pedro comenzó a desvestirla.

—Yo, ¿te causo impresión, así… desnudo?

—No —le contestó mientras ella misma terminó de sacarse toda la ropa.

Desnudos, a plena luz del día, se observaron sin disimulo.

Pedro se arrodilló entre las piernas de Sayén y comenzó a investigarla. Ella se moría de vergüenza, colorada como un tomate, lo miraba. Los ojos de Pedro brillaban. Le sonreía. Era perfecto. Y luego bajaba la vista, quería saber, conocer las partes de su amada mujer.

Sin poder aguantarse apoyó la punta de su pene. Sayén se sobresaltó de placer. Pedro pudo sentir su humedad. Más gozaba Sayén más húmedo se ponía todo. Sin perderse ni un solo detalle y observándola, la penetró, despacio, suave.

Pedro, enlazado con su amada, apoyó sus brazos a los costados de Sayén y al tiempo que la gozaba desde adentro de ella, besaba sus pechos, la miraba, se sonreían, la seguía besando. La comunión era perfecta. Cuando su cuerpo le exigía explotar de placer, tomó con sus manos sus pechos y la besó, dulce, largo y húmedo. Extasiados de placer quedaron los dos mirando el techo.

—Sos tan… toda, mía —susurró Pedro.

Sayén sentía vergüenza. Jamás habían explorado su cuerpo de esa forma. Aún le latía la entrepierna.

—Llevame con vos.

—¡Qué cabeza dura que sos! Cuando regrese, ¿te casarías conmigo?

Sayén lo miró, emocionada.

—Claro que me caso con vos. Ahora mismo me caso con vos.

—Y vamos a tener muchos hijos.

—Muchos, una familia muy grande.

—¿Y si son enanos?

—Van a revolucionar a todas las mujeres, como vos lo hacés conmigo.

—¿Estás segura de que no te importa que nuestros hijos… sean enanos?

—¿A vos te importa que la madre de tus hijos sea una india?

—No es lo mismo. Vos tenés que estar orgullosa de tus orígenes, van a ser un hermoso legado

para nuestros hijos. Pero si son enanos...

—¡Qué cabezón! Los vamos a amar. ¿Qué importa si tienen tal o cual altura? ¡Por favor, Pedro!

Pedro sonrió. Necesitaba sacarse esa duda. Escucharlo de la misma Sayén. Cómo la amaba.

Ese día no salieron del cuarto.

Las cosas cambiaban tan rápido en la vida de Sayén que a veces deseaba que el mundo se detuviera un rato, y la dejara disfrutar de algunas cosas. Todavía tenía el sabor de Pedro en su boca y él ya estaba por subirse a un barco.

Después de que dejó de sufrir por ella y por su soledad inminente, empezó a pensar en él. ¿Y si en el barco se burlaban de él, o le hacían algo? A pesar de que Pedro hacía caso omiso de sus piernas cortas, sabía que no había respeto por las personas diferentes. Él vivía como todos, pero claro, así tenía que ser. Nunca dejaron de molestarlo, burlarse de él y discriminarlo.

Sayén no fue a despedirlo, no lo iba a soportar. Su amor de piernas cortas la dejaba. Otra vez la dejaban. El abandono era parte de sus días, desde siempre. Cada uno que la amó, por la circunstancia de la vida que fuera, se había ido. Se sentía desamparada.

Pancracia no le perdía pisada. Sabía lo difícil que era para ella quedarse sola. Cathy, luego Vitto y ahora Pedro.

Sola, así estaba cuando llegó la carta de Cathy. No la abrió enseguida, para que la emoción le durara un poco más. Estaba tan amargada con la partida de Pedro que nada la motivaba a seguir viviendo, a esperarlo. ¿Por qué no la había llevado con él? ¿Por qué no lo dejaba acompañarlo? Tal vez no la amaba de verdad.

Al fin leyó la carta de Cathy, ella aún no sabía acerca de la muerte de Enzo y Vitto. Le contaba que había conocido a un francés, que estaba muy enamorada y les avisaba que se prepararan porque en cualquier momento tendrían que viajar para su casamiento.

Sayén se puso tan feliz por ella. Su vida se había arreglado viajando a Londres con las hermanas de su madre. Era feliz, qué lindo por ella. También sintió un poco de envidia. Quiso recordar por qué no se había ido con ella. Es que ella no se podía ir con nadie. Estaba destinada a ese lugar. A sufrir, toda su vida. La soledad, su mejor compañía.

Pancracia se desvivía por atenderla y Donatella ya estaba llegando del campo. Sayén deambulaba por la casa como un fantasma. Algunas veces se quedaba en la habitación de Vitto. Otras en la de Pedro.

—¡Basta, Sayén! *Ma*, mirá un poco, si yo estoy parada después que Vitto me dejó. Vos no tenés derecho a andar despreciando la vida. ¡Vamos! Pedro va a regresar y se va a encontrar con una loca perdida dando vueltas por la casa. ¡No señor! ¡Vamos a darte un baño y a comprar algunas cosas!

Sayén se quedó parada, mirando a Donatella que le estaba dando flor de reto. Corrió hacia ella y la abrazó. Lloró en sus brazos como una hija llora en los brazos de su madre. Ese momento fue

sanador.

Pasaron los días y las tres mujeres junto con las sirvientas convivían con mucha tranquilidad. Sayén ayudaba a Donatella con la costura y Pancracia cebaba mates.

Un día Sayén se sintió tan descompuesta que no se pudo levantar de la cama. Pancracia enseguida le preparó unas tisanas. Donatella le cocinaba comida liviana pero el malestar seguía. Se asustaron tanto que enseguida fueron por un médico. Las dos paradas, las polaquitas más atrás, el doctor y Sayén en la cama.

—Está embarazada —dijo sencillamente el médico, y luego de despedirse de todos, se fue dejando algunas indicaciones.

—*Ma*, estos chicos lo hicieron, ¿en qué momento? —le decía por lo bajo Donatella a Pancracia antes de regresar al cuarto donde estaba Sayén.

—Y… vaya a saber uno… —contestaba Pancracia, avergonzada.

Ingresaron las dos mujeres calladas al cuarto, dándole la palabra a Sayén.

—¿Qué me miran? —preguntó a punto de largarse a llorar.

Donatella corrió a abrazarla.

—¡No llores, le hace mal al bebé! ¿El bebé de quién, o sea, quién sería el padre?

Sayén las miró a las dos y esbozó una sonrisa.

—Pedro…

Pancracia, detrás de Donatella, aplaudía en el lugar, acababa de escuchar la noticia más hermosa.

—*Ma*, ¿en qué momento lo hicieron? —inquirió Donatella y cuando se dio cuenta de lo que preguntaba, agregó—, bueno, eso no tiene importancia.

Sayén posó las manos sobre su vientre, su panza comenzaba a latir, todo sería diferente a partir de ahora.

UNA SONRISA

Ese poroto que empezaba a crecer en su panza le mantenía la alegría.

Al principio de su embarazo tuvo tanta ansiedad por contarle a Pedro que hasta organizó un viaje. Pancracia y Donatella la detuvieron a tiempo. Menos mal. ¿A dónde iba a ir? Era tan impulsiva. Y estaba tan embarazada.

Le escribió a Cathy contando todas las desgracias, la muerte de Vitto y Enzo, el viaje de Pedro, y al final la hermosa noticia de su embarazo. Cuando escribía la carta imaginaba su rostro al leerla, lloraba cuando le contó de los muchachos y sonreía cuando le contó de su incipiente pancita.

Cada día esperaba una carta de Pedro, que le dijera qué hacer, cómo seguir. El tiempo pasaba sin novedades y su vientre se hizo visible. Comenzó a sentir la liebrecita moverse adentro de su cuerpo, mostrándole signos de su vitalidad, de su deseo de comunicarse con ella.

Sayén custodiaba su panza con sus dos manos todo el tiempo. Como si fuera a desprenderse de ella y caerse al piso. ¿Qué sería? Qué intriga. Cómo le costaba manejar la ansiedad. Por supuesto que se preguntó si sería un niño enano, y si era una niña enana. Los amaría con todo su corazón.

Una tarde decidió poner en orden el escritorio. Desde la muerte de Vitto nadie había tocado nada. Antes de ponerse a trabajar, repasó cada rincón de ese lugar con la mano sobre su pancita. Recordó la voz de Vitto, las noches de cigarros y ginebra. Las charlas, las discusiones. Con una sonrisa y los ojos llenos de lágrimas disfrutó de los recuerdos.

Comenzó a sacar todos los papeles de los cajones del inmenso escritorio. Encontró sus escritos, se asombró de la cantidad. Se puso a repasarlos… Siguió revisando y encontró los de Vitto. El estatuto. Su amigo había muerto cuando estaba en plena ejecución de su proyecto. Lo abrió despacio y se puso a leerlo, era como escucharlo a él. Se aletargó en el sillón principal y navegó por la historia de la anarquía mundial en sus palabras, repasó diferentes autores, diferentes líneas de pensamiento.

Qué silenciosa la casa sin su guitarra, sus largos y aburridos discursos… Cómo lo extrañaba. Cerró los ojos y pudo sentirlo, su espíritu estaba allí, con ella. Abrazándola. Él la había amado y ella nunca le había respondido a ese amor. Ahora llegaba la culpa. Pobre Vitto, se había ido sin conocer el amor.

¿Y si Pedro no regresaba nunca? Era la pregunta que la atormentaba desde que abría los ojos

hasta que los cerraba a la noche. Tenía que empezar a programar su vida con el bebé y con la opción de que Pedro no volviera. Pancracia y Donatella cosían y tejían para el bebé en camino. Ya le habían confeccionado de todo. En esos días llegarían Stefano y Rudecindo que venían a gestionar las exportaciones de cereales.

El embarazo de Sayén era un regalo hermoso de algún espíritu o dios que se apiadó de su existencia. Era ella, su panza, Pancracia y Donatella detrás. Cuidando cada cosa que hacía, que comía. Todos estaban pendiente de ella y el bebé todo el tiempo. Era la razón de sus vidas. Por supuesto había dejado de fumar y ya no bebía alcohol.

Donatella y Pancracia se ocupaban de todo junto con las sirvientas, Sayén se encerraba en su escritorio con su lápiz y sus fantasmas. Había retomado la lectura de los diarios, seguían siendo su vicio, seguía el paso de cada uno, los oficiales, los anarquistas, todos. Nadie sabía de su existencia, pero ella, sabía de todo y todos. Quedaba mucho trabajo por hacer, faltaba ordenar toda la biblioteca. Escribía notas, repasaba los escritos de sus amigos. Acomodaba los libros, movía los muebles de lugar. Se tiraba en el piso, boca arriba, y se quedaba allí, añorando un cigarro y un poco de ginebra. Pero el embarazo no se lo permitía.

En la Argentina el cuñado de Roca, luego de los encuentros tras las armas, se termina yendo. La deuda externa pudre al país, los bancos piden auxilio y las empresas quiebran. Y toda esa crisis queda en las manos de Pellegrini. Nace el primer partido político de la Argentina, la Unión Cívica Radical.

Su embarazo crecía y ella seguía viendo y analizando cómo se construía el país. Por supuesto que no le gustaba. Sí la puso feliz ver las obras que hacían crecer a Buenos Aires. Los proyectos para mejorar el puerto. Los *tránguay* tirados por caballos al poco tiempo fueron suplantados por los *tránguay* y trenes que llegaban casi a todos lados. La mejora en las comunicaciones. Pero también podía ver con mucha claridad porqué el anarquismo seguía en aumento. Las condiciones en las que la mayoría trabajaba eran imposibles. Existían los ricos, dueños de las empresas que seguían creciendo, y los pobres que trabajaban de sol a sol, sin mejoras ni derechos humanos. Le costaba entender que una persona pudiera abusar de otra sin sentir remordimientos.

Mientras eso pasaba, don Martínez Peña y todos los grandes mercaderes les cerraban los caminos de exportación con precios muy altos a los pequeños campesinos, como los Costa.

Stefano y Rudecindo estaban amargados, no podían creer que no pudieran hacer crecer la riqueza que Pedro, con todo el amor del mundo, había puesto en sus manos. Entonces Sayén les organizó una reunión con el doctor Pascual, él siempre era la solución para todo. Mientras el gobierno se ajustaba la cincha con la ayuda de los más poderosos, ellos trataban de sobrevivir vendiendo las cosechas de contrabando, gestión realizada en su totalidad por el abogado.

Sayén, a pesar de su embarazo, pudo sentir todo el odio que otra vez renacía de sus entrañas. Su resentimiento estaba a flor de piel. Como siempre su desquite fue el lápiz. Escribió.

Finalmente Stefano pudo sacar toda la cosecha y regresaron al campo. Donatella se quedó a ayudar a Pancracia y a custodiar el embarazo de Sayén.

LA FELICIDAD ACABA DE NACER

La panza de Sayén estaba enorme, grande y pesada, pero con orgullo y felicidad la muchacha la trasladaba para todos lados. Conversaba con ella todo el tiempo, Pancracia se reía cuando la veía hablando consigo misma. Toda la casa corría a acariciarle la panza cuando Sayén gritaba:

—¡Se está moviendo, vengan!

Era maravilloso ver cómo tomaba distintas formas, vida propia.

Pasaba horas y horas en su escritorio, su lugar preferido. Allí convivía con los espíritus de sus dos amigos. Podía sentirlos en el olor a tabaco impregnado en los papeles. Allí estaban sus proyectos y las esperanzas de todos.

Tomó los escritos de Vitto y separó el estatuto. Los pasó en limpio y luego estuvo varias noches buscando un título. Iba a publicar su libro: *El estatuto solidario de Vittorio Costa*.

En la primera página puso un prólogo de Errico Malatesta, lo eligió porque definía lo que Vitto pensaba. Decía así: “Anarquista es, por definición, aquel que no quiere estar oprimido y no quiere ser opresor, aquel que quiere el máximo bienestar, la máxima libertad, el máximo desarrollo posible para todos los seres humanos”.

Cuando tuvo todo listo, fue a la imprenta de siempre, donde le hacían todos los folletos a Vitto. Imprimieron doscientos ejemplares. Los dejó en las casas de los amigos de Vitto y luego se regaron como agua por todos lados.

Donatella lloró una semana abrazada al libro, se lo mostraba a toda persona que se cruzaba en su vida y le contaba la historia de su hijo. Ese libro les devolvió a Vitto por un rato.

Y así Sayén se convirtió en la vocera de Vittorio Costa. Comenzó a discursar sus palabras, a llevar *El estatuto solidario de Vittorio Costa* por todos lados. A unir a los líderes para armar la famosa reunión de donde saldrían los que formarían el primer gremio o asociación formada por personas con el mismo objetivo: la justicia social.

Sayén incluyó a las mujeres y sus derechos. Y empezaron a seguirla las cocineras, las lavanderas, las sombrereras. Eran varias. Hasta tenían idea de armar un periódico. Más se metía en el asunto, más se horrorizaba, las mujeres terminaban pidiendo por el derecho al amor libre, a no ser violadas o maltratadas por maridos o patrones, a que la voz femenina también fuera escuchada. Cada día se unían más al grupo y como ingresaban, luego se iban. A muchas de ellas las amenazaban los maridos o los mismos patrones. Algunas concurrían llenas de golpes.

Sayén, con su panza a cuestas, repartía los libros de Vitto, se recorría la calle Defensa

completa. Estaba satisfecha, Vitto ya era un líder después de su muerte entre los grandes.

A pesar de los enojos de Donatella, Sayén seguía con las reuniones. Una tarde, luego de descansar un rato, sus piernas estaban hinchadas, y aun así tuvo que asistir a la reunión que había previsto con Lucía, una inmigrante judía que le recordaba mucho a Vitto, tenía tanta energía en sus palabras que contagiaba. La mujer tenía la idea de abrir un centro. Allí enseñarían lectura, costura y, sobre todo, educarían a las mujeres para ser independientes de los hombres. Sayén siempre les aclaraba que su idea era no dejar de ser madres y esposas, sí dejar de ser maltratadas. Ella no quería ocupar el lugar del hombre, quería ocupar un lugar al lado del hombre. Le costaba que lo entendieran. Con ese proyecto Sayén las involucró a Donatella y Pancracia para que ayudaran, para que enseñaran a las mujeres a coser. Se trataba de una buena idea, pero debían conseguir el apoyo de alguien. No tenían dinero suficiente para llevarlo a cabo.

Lucía había logrado un contacto que estaba involucrado con el gobierno y que les podía facilitar el lugar para instalar el centro. Fue Sayén a acompañarla. Pero cuando el contacto de Lucía, el señor Pérez, se dio cuenta de que eran anarquistas, las sacó rápidamente de su oficina. Sayén se enojó tanto, le dijo de todo en una discusión tan acalorada que terminó en la cárcel por dos días. El doctor Pascual no la pudo sacar. Ya estaban muy fichados en la comisaria como ácratas peligrosos. Al final salió porque hizo un par de escenas con su panza, tirada en el piso, saltando como una rana pinchada en el pescuezo.

Lo peor fue aguantar el discurso de Donatella. Estaba tan afligida con su comportamiento a punto de ser madre que se enojó con ella y la puso en penitencia como si tuviera ocho años. A Sayén le resultó tan hermoso y cariñoso que la cumplió al pie de la letra. Por una semana no asomó la nariz a la calle. También la sermoneó de lo lindo el doctor Pascual, pero cuando le contó del centro cultural que estaban armando con las otras mujeres, le gustó mucho, se dio vuelta como una media y decidió ayudarlas.

De Pedro, ni una carta. Trataba de no pensar, pero cuando llegaba la noche y luego de dejar el libro, él la visitaba con sus ojos cielo, su sensual sonrisa, y las lágrimas que nunca la abandonaban, allí estaban. Cada noche lloraba su ausencia.

Mientras el libro de Vitto se hacía conocido por todo Buenos Aires, Sayén comenzó a escribir los testimonios de las mujeres que llegaban a ella. Eran aterradores. Un día llegó una niña negra que no tenía más de diez años, y era criada de una familia desde su nacimiento ya que su madre era criada también. Su patrón comenzó a violarla todos los días. La amenazó con matarla a ella y a su madre si contaba algo. También la obligó a no embarazarse. La niña lloró su angustia en los brazos de Sayén. La muchacha no pudo dejar de pensar en ella, su nombre era Lupita. Pero como ella llegaron más mujeres que eran obligadas a tener relaciones sexuales con sus patrones, a cambio de seguir manteniendo el trabajo. Mujeres que eran golpeadas por sus esposos borrachos. Sayén dejaba asentadas todas las historias.

En las semanas siguientes se sentía muy cansada, así que trabajó en su casa escribiendo y

planificando. Quería abrir ese centro donde pudiera enseñarles a las mujeres un oficio para que ellas mismas pudieran ganar su dinero para vivir, y quería agregar algunas habitaciones a modo de pensión para que las que eran maltratadas por sus amos, esposos o lo que fuera, tuvieran un lugar para estar hasta que pudieran ubicarse. Ese era su sueño. Pero, claro, como para todo, se necesita dinero. Y en este caso ella no lo tenía.

Una mañana se levantó y buscó los diarios del día anterior, le habían quedado pendientes algunas notas por leer. Cuando caminaba a la cocina sintió que se orinaba encima. Pegó un grito tan aterrador que en menos de un minuto estaba rodeada por todos.

Enseguida la trasladaron al Hospital de Mujeres donde, luego de sufrir dolor como nunca se había imaginado que existiera, llegó a su vida esa cosita lechosa y arrugada llena de pelos negros pegados en su cabecita. Enseguida le abrió las piernitas para ver si era niño o niña. Era él, el hombre que nunca dejaría de amarla con todo su corazón. Su gran amor, su ángel, su hijo. Se alegró de que fuera niño. Se iba a poder defender mejor en el mundo que le tocaba.

Con la ayuda de las mujeres que la rodeaban, lo prendió de su teta. Sus manitos arrugadas le producían tanta ternura que se le caían las lágrimas. Era tan pequeño. Le contó los dedos de la mano, dos veces. Los de los pies, le abrió los ojos a ver si estaban bien y eran dos y le revisó mil veces ese cuerpecito pequeño y adorable.

Lo apoyaba sobre su pecho y su calorcito llenaba su corazón de amor. En un momento se puso seria y se dijo basta, lo besaba tanto, tanto que pensó que lo iba a traumar. A pesar de eso, no lo separó de su cuerpo, nunca.

Lo llevaba para todos lados como un canguro con su cría. Le daba de mamar a cualquier hora. No prestó atención a todas las advertencias que le hacían Donatella y Pancracia sobre cómo darle una buena crianza. No respetó sus horarios de comida y durmió a su lado, siempre. Eran uno, de día y de noche.

Le puso de nombre Vittorio Pedro y ahí se dio cuenta de que no tenía apellido. Se angustió tanto que cuando regresaron a la casa con Vitto bebé lo llamó al doctor Pascual y le dijo:

—Siempre tuve el apellido de mis patrones, ¿pero ahora, qué hago? No tengo apellido, doctor Pascual… ¡Qué lío!

El abogado, con su mirada mansa, le dijo que no se preocupara, que él se encargaría de todo. Como siempre.

Pero, bueno, Vitto estaba allí con ella, haciéndola muy feliz.

Tanto tiempo estuvo coqueteando con la muerte, que ahora que había nacido su hijo empezó a rezarles a todos los santos de todas las religiones para que la mantuvieran con vida. No podía dejar a su bebé sin madre.

La celda

Vitto trajo felicidad no solo a su vida, Donatella y Pancracia estuvieron a punto de perder los estribos entre ellas por atender al pequeño. Luego de varias discusiones se pusieron de acuerdo en cómo se repartirían al pequeño. Por suerte no había heredado la nariz puntiaguda y los ojos estirados de Sayén. Era igual a Pedro, todo un compadrito.

Ojalá lo viera, ojalá se abriera la puerta y Pedro ingresara por ella. ¿Y si estaba muerto y ella lo seguía esperando toda su vida? ¿Por qué no le escribía una carta? Algo. Algunas veces, bueno, muchas, se le ocurrió viajar, pero, ¿a dónde? Lo extrañaba tanto, su mirada. Estar a su lado la completaba. ¿Por qué no regresaba?

Cuando Sayén salía, Vittorio se quedaba con sus dos abuelas del corazón. No le gustaba sacarlo a la calle. La tierra, las pestes.

Sayén retomó sus actividades, las horas transcurrían en su escritorio con Vitto encima de ella o a su lado. Le leía sus anotaciones o algún artículo del diario. Conversaba con él. Y cada tanto lo agarraba y lo besaba hasta saciarse.

El libro de Vittorio seguía siendo solicitado y lo seguían imprimiendo.

Ahora era su turno. Las palabras de su madre en el último tiempo retumbaban en la cabeza de Sayén: “tenés que vivir y contarlo todo”.

Luego de repasarlas y corregirlas mil veces, tenía doscientas cincuenta páginas escritas sobre *su* conquista del desierto. Empezó anotando todo para no olvidarse de quién era. Escribió, contó, recordó y opinó. El libro era un rezo a la pérdida de los verdaderos orígenes argentinos.

Empezaba con la historia de su pueblo, los tehuelches o *aonikenk*, quienes siempre estuvieron allí, en sus tierras. Cómo vivían, sus fiestas, sus ceremonias, sus casamientos, sus creencias en *Elal*, el creador de la vida, su protector. También detallaba cómo Julio Argentino Roca y toda su comitiva los despojó de todo. Ella era testigo. Se hartó de escuchar las sandeces que decía, “solo terminé los que los españoles empezaron…”, “si no los exterminábamos ese territorio pasaba a Chile”; ese territorio era de los indios. Los amansaron, los convirtieron en campesinos, en sirvientes, en criados, en basura. Nunca más fueron respetados como personas, por nadie. Perdieron su cultura, su dignidad, sus familias, todo.

Ese libro no solo era un desahogo para Sayén, era la historia de un pueblo desaparecido por la mano del hombre. Todo su enojo, su ira, su dolor por lo que nunca iba a recuperar. Cómo

murieron sus caciques, con su orgullo de cuatro y cinco plumas aplastado en el piso. Las tribus, todas las etnias, todos estaban en su libro.

Sayén nombraba a Roca, pero detrás de él también estaban los que lo acompañaron, los que los habían acuchillado una y otra vez en esa larga travesía que Sayén describía letra por letra, en primera persona, siendo ella el mejor testigo. La iglesia de los blancos que les bendijo las espadas antes de salir, el gobierno que les dio la plata para la conquista. Todos.

El título del libro era *Las lágrimas de la conquista de nuestro desierto* y lo firmaba con el nombre de Sayén Tehuelche.

Cuando estuvo todo listo. Sintió el espíritu de su madre abrazarla. Pudo sentir paz en su corazón. Pudo reconciliarse con su pueblo. Comprendió las palabras que tantas veces le había escuchado a Pedro: "soy lo que fueron mis ancestros".

Fue a la prensa donde imprimían todos los ácratas y rezagados de la sociedad política. Allí la conocían desde siempre. Con orgullo se lo publicaron.

Cuando estuvo listo, ella misma salió a repartirlo. Caminó hasta que le salieron ampollas en los pies. Lo dejó en lugares estratégicos, como el diario de los parientes de Roca, en todas las instituciones, en la iglesia del centro. Y luego se sentó a esperar la repercusión.

Pasaron algunas semanas y… nadie habló de su libro. Como si nunca hubiera existido. Estaba enojada. Se fue a la imprenta y redobló la apuesta. Ahora lo repartió en los clubes, en los bares, en negocios importantes, se recorrió la calle de las tiendas. Regó la ciudad con su libro.

La única nota que salió en uno de los diarios más importantes de Buenos Aires, fue unas semanas después y hacía referencia a una india resentida que no comprendía los costos del progreso. Y que en vez de estar agradecida, regaba la ciudad con improperios y agravios a los valientes soldados que habían soportado con valentía y esfuerzo la Conquista del Desierto. ¡Casi se muere cuando lo leyó! No importaba, ella seguiría escribiendo. ¡Qué enojada estaba! Seguro a esos hijos de sus fuleras madres los iban a recordar como los héroes de la patria en el futuro. Sayén esperaba que desde el gobierno le reconocieran que habían hecho mal. ¡Qué ilusa! Pensaba que luego de su libro se generarían nuevas leyes de inclusión, ¡más ilusa!

No importaba, iba a seguir repartiendo *El estatuto solidario de Vittorio Costa* y *Las lágrimas de la conquista de nuestro desierto*. Los dos libros caminaron las calles de Buenos Aires sin reparo de barrios ni de clases sociales. Fueron muy bien recibidos por algunos, rechazados por otros, pero hicieron su camino al fin.

Sayén seguía imprimiendo los libros y un grupo de anarquistas muy amigos de Vitto había tomado con absoluta responsabilidad el reparto.

El ocaso brillaba en el horizonte y Sayén jugaba con Vitto. Le hacía cosquillas solo para ver sus encías carnosas y los ojitos brillosos escoltando su sonrisa. Era de noche, ya habían cenado. Los golpes en la puerta incomodaron a las tres mujeres y sus sirvientas. Era tarde. Nunca nadie las

visitaba a esa hora.

Pancracia fue a atender y regresó con la cara pálida y cuatro policías detrás de ella. Sayén se quedó paralizada.

—¿Usted es Sayén Tehuelche? —le preguntó imperativamente el que estaba primero. Ella no contestó. Se mantuvo en silencio y enseguida le entregó el bebé a Pancracia para que lo sacara de allí. Ya los conocía. Mil veces habían vivido eso con Vitto y Pedro.

—Queda usted detenida por perturbar la paz social repartiendo impresos y por integrar el motín con otros anarquistas para atentar contra nuestras autoridades…

No escuchó más, se paró, le puso la nariz debajo de su asqueroso aliento y le dijo:

—Usted sabe muy bien que nada de lo que dice es verdad. Yo no participé en ningún motín — antes de terminar la oración sintió el calor y luego el dolor en su cabeza producido por la trompada que le pegó el policía.

Un poco aturdida por el golpe se dio vuelta enseguida para corroborar que Pancracia y su bebé no estuvieran en la habitación. Justo entraba Donatella a los gritos.

—¡*Ma*, qué le hacen, malditos infelices! —exclamó cuando vio a Sayén tirada en el piso.

Cayó de rodillas al lado de la muchacha.

—Shh, Donatella, no diga nada, deje todo así. Estos son muy bravos, vaya a buscar al doctor Pascual, él me va a sacar enseguida —le susurró al oído. Luego se levantó del piso.

A pesar de los gritos de las mujeres y de las patadas y piñas que repartió Sayén para todos lados, la alzaron y sin que sus pies pudieran tocar el piso, la cargaron arriba del coche tirado por caballos que la trasladó hasta la comisaría, ¡si la conocía…! Se quedó más tranquila, cuando la viera el jefe de Policía se daría cuenta de que era ella, totalmente inofensiva y la dejaría ir. En última instancia esperaría hasta que llegara el doctor Pascual a buscarla.

Pidió hablar con el jefe de Policía pero la pasaron directamente al calabozo. Otro lugar que no era desconocido para ella. Menos mal que estaba sola. Allí pasó la noche. No pudo entender bien porqué la detenían. No había participado en nada grande ni grave y el último tiempo más que estimular a las mujeres para que se defendieran un poco mejor y repartir los libros, no había hecho nada.

Bueno, eso era lo que ella creía. La bomba que habían puesto la semana pasada al frente de la comisaria, había ocasionado muchos daños, pero Sayén no había tenido nada que ver. Es más, no le gustaban las bombas. Y menos luego de lo que habían sufrido con Vittorio. No entendía por qué la incriminaban...

A la mañana siguiente esperó que llegara el doctor Pascual y la sacara. ¿Qué estaría haciendo su Vitto? Se lo imaginaba tironeado entre Pancracia y Donatella. Pasó el mediodía y nadie vino por ella. Pidió hablar con el jefe, le dijeron que no estaba más el que ella conocía, que ahora había uno nuevo. Sayén comenzó a inquietarse. ¿Por qué el doctor Pascual no venía a sacarla?

Exigió hablar con alguien que le explicara lo que estaba sucediendo. Siempre le contestaban lo

mismo. No le aclaraban nada y no le creían cuando ella afirmaba que no había participado en la colocación de la bomba por la que la acusaban. Pensaba y pensaba. Las horas pasaban, eternas. Dos días separada de su hijo, detenida. ¿Por qué? ¿Por qué? Se repetía una y otra vez.

Llegó el tercer día y al fin la llamaron. Estaba el doctor Pascual, "menos mal", pensó. No podía soportar un minuto más sin abrazar a su pequeño, se sentía sucia y con hambre. En un rato ya iba a estar en su casa y todo ese infierno terminaría.

Lejos de lo que esperaba la llevaron al lugar donde los presos recibían las visitas. Apenas vio la cara del abogado, supo que no traía buenas noticias.

—Doctor Pascual, menos mal que vino, no aguantaba más. Sáqueme de aquí, por favor. Esto es todo un error, yo no tengo nada que ver con lo que dicen.

—Sayén, todo está muy complicado con vos. Tengo algunos conocidos que me pudieron adelantar que van a pedir nueve años de cárcel por instigar a la población pacífica mediante la escritura revoltosa, y por ser persona indeseable para la sociedad, entre otros muchos puntos más.

Sayén se quedó helada.

—Pero, ¿no estoy aquí por la bomba?

—Sí, también, pero lo que más pesa es el libro de Vitto que vos editaste y el tuyo propio. Está complicado, querida, tocaste algún tema que molestó a algunos poderosos.

—Pero, ¿por los libros? No me pueden detener por opinar, o escribir…

—Tu detención está tan bien argumentada que no estoy logrando sacarte de aquí.

Con el alma por el piso Sayén le preguntó:

—¿Y todos esos años voy a estar detenida? —no podía creer…

—Sí, eso es lo que piden, querida. Yo me estoy ocupando, pero va a llevar tiempo. Tenés que ser muy fuerte y sobrevivir. Ahora te van a trasladar al Asilo Correccional de Mujeres. Es nuevo y está a cargo de las monjas del Buen Pastor. Creo que vas a estar mejor allí.

—¿Trasladar? ¿Qué? ¡No! ¡No! ¡Por favor, doctor, lléveme con usted, tengo un hijo! ¡No me deje aquí, doctor!

El doctor Pascual estaba desarmado, ver a Sayén así.

—Voy a volver, ¡te lo prometo!

—¡No, no! ¡Vitto me espera!

Sayén escuchaba pero no podía creer que le estuviera pasando todo eso. Se fue acurrucando en la silla como queriendo desparecer. El doctor Pascual seguía hablando pero ella solo veía sus labios moverse. ¿Cómo iba a estar tanto tiempo separada de su bebé? ¿Qué diablos había pasado? ¿Por qué no se podía volver el tiempo un poquito para atrás, así agarraba a su hijo y se iba al carajo de este país en manos de zorros escurridizos, miserables y cobardes?

Sentía que la sangre hervía en todo su cuerpo, se levantó y como poseída se fue hacia la calle. La retuvieron a los dos pasos. El doctor Pascual le acariciaba la cara y seguía hablándole.

Comenzó a llorar y a gritar. Terminó encerrada nuevamente. Con el alboroto que armó no pudo ponerse de acuerdo con el abogado. Se acurrucó en un rincón y metió la cabeza entre las rodillas. Lloró.

En el calabozo también estaba Julia. Era una anarquista judía que no estaba casada ni tenía hijos. Era muy buena con Sayén. La tranquilizaba; ella también había pasado varias noches en la comisaría. Odiaba a los policías con toda su alma. Le contó que en la última huelga que habían hecho, antes de la bomba en la panadería, habían estado pidiendo por una hora de descanso y que además tenían planeado juntarse con otro grupo, el de los zapateros. Mientras se manifestaban caminando, los policías los interceptaron con caballos y armas. Parece que fue tremendo. Julia le hablaba de la revolución y Sayén le contaba de su querido Vitto. Cómo lo extrañaba. Cada una con sus amores.

Esa noche se tranquilizó pensando que al día siguiente iría de nuevo el doctor Pascual. Le preguntó a Julia si sabía del lugar que le había mencionado el abogado. La mujer negó conocerlo, o se hizo la que no sabía.

Pero al día siguiente no fue nadie. Y al otro tampoco. Y al otro tampoco.

La prisionera

Acurrucada en el carro, con las manos atadas y el cepo de hierro en los pies, la trasladaron a otro lugar que no era la comisaría. Seguro era el que le había dicho el abogado.

Llegaron, con fuertes golpes en la espalda la bajaron. Estaban en el flamante Asilo Correccional de Mujeres. Sayén reconoció el edificio por fuera, tantas veces había caminado por esa vereda, pero nunca se interesó por lo que pasaba adentro. ¿Por qué la llevarían a ese lugar? ¿Por qué le negaban el derecho de comunicarse con los suyos? ¿Por qué nadie la iba a ver para decirle qué estaba pasando?

Ya con los pies en la tierra, cuando levantó la vista vio a las monjas que la esperaban. Eso le dio un poco de esperanza, las monjas eran de Dios. Recordó la primera vez que las vio, estaba con Donatella y ella le preguntaba por qué llevaban cortina en la cabeza, la mujer se reía de su ocurrencia. Ahora seguramente se iba a aclarar y ella podría volver con su bebé, a su hogar. Uno de los soldados le entregó un papel a una de las religiosas.

Sayén levantó la vista y se encontró con los ojos de la monja más vieja. Lejos de lo que Sayén pensaba, era como una víbora metida en una paloma blanca. Bajó la mirada y siguió caminando torpemente, con el cepo en sus tobillos, completamente lastimados y sangrantes, detrás de las monjas envueltas en sus vestimentas clericales.

Cruzaron un patio grande, cuadrado, pasaron por un pasillo, había muchas mujeres de todas las edades, con vestidos grises. Todas parecían iguales. ¿Lo eran?

La monja mayor se adelantó, sacó de debajo de la pila de telas que rodeaba sus caderas una llave grande, abrió un candado, y con un empujón propiciado por el soldado que la conducía Sayén cayó adentro. La celda era pequeña. Ruidos a hierro y el silencio.

Sayén se sentó en el suelo, tratando de acomodar sus pies para que ya no le dolieran tanto. Esperó con su mente en blanco. No quería poner malos pensamientos en ella. Tenía que regresar al lado de Vitto. Pobrecito, cómo la extrañaría. Tenía que mantenerse viva por él.

¿Minutos? ¿Horas? No lo sabía. Estaba toda acalambrada cuando se abrió la puerta y un plato de lata retumbó en el piso. Adentro había un pedazo de pan.

No lo tocó. Siguieron pasando las horas. Hasta que otra vez escuchó el chasquido de las llaves. Ingresaron dos monjas. Una de ellas, con una sonrisa y mucha delicadeza, le sacó las cadenas de los pies. Sintió alivio. Seguro que la que estaba parada y supervisaba el trabajo de la otra era la patrona, la que había visto afuera, esa sí que no le gustaba para nada. “Mal agüero esa monja”,

pensaba Sayén.

La ayudaron a salir de la celda y otra vez cruzaron el patio. A Sayén le llamaba la atención el andar de las religiosas, sus manos cruzadas, siempre con la cabeza hacia abajo, mirando el piso. Otro pasillo y ahora sí, detrás de una puerta de gruesa madera, la luz de la ventana ilustró la imagen a los ojos de Sayén: la monja, la de los ojos feos, estaba allí. Sin embargo, a trasluz se veía angelical. Apenas la muchacha ingresó al cuarto la religiosa caminó y se sentó en un sillón grande, detrás del escritorio, Sayén quedó parada delante de ella con una monja de cada lado.

—¡Reclusa! Diga su nombre —las palabras no tenían nada que ver con la imagen, la voz de la religiosa sonó firme, dura.

—Sayén, señora. Creo que hay un error con mi detención —se apresuró a decir.

—Madre, no señora. Todas llegan aquí, se paran ahí y dicen lo mismo. Usted no puede darse cuenta de los pecados en los que incurrió, y no una vez. Muchas. Tengo su historia. La vamos a ayudar. Tiene que seguir con las reglas y no va a tener problemas. Si se porta bien, vamos a dejar que la visiten sus parientes. Comenzamos a las seis de la mañana. Misa a las siete. Desayuno, revista de limpieza, turno de escuela para las menores, labores, instrucción moral. Comida y recreo, luego por la tarde es más o menos lo mismo, las hermanas ya la van a acompañar y a guiar en todo.

Mientras la monja hablaba, Sayén levantaba temperatura contenida en la sangre de sus venas. ¿De qué delitos hablaba esta mujer? ¿Es que acaso estaba loca? Su hijo. No podía quedarse más tiempo allí. Nunca se había separada de Vitto. Levantó la mirada, poseída y le dijo:

—Esto es todo un gran error, exijo mi libertad. Mi hijo me necesita. No cometí más delito que escribir e imprimir mis pensamientos y los de mi amigo ¿Es por eso que estoy aquí detenida, no? Yo no participé de ninguna bomba ni nada de eso. Me tiene que ayudar, señora. Usted tiene que ayudarme, usted es un ser de Dios.

La religiosa se puso de pie delante de su sillón, tomó una vara larga que tenía sobre su escritorio y la hizo sonar sobre la cabeza de Sayén para que dejara de hablar.

—Y usted no es mi madre —concluyó.

—Si hubiera caminado con Dios, hoy no estaría aquí —fueron las últimas palabras que retumbaron en sus oídos.

Apretó fuerte los puños para no saltarle a la yugular y morderla hasta rompérsela.

—Aquí estamos en las manos de Dios para ayudarle. Le vamos a enseñar a respetar al Señor, a orar, y cuando esté lista para ingresar a la sociedad va a poder salir. Nunca antes —le continuaba diciendo la monja.

Sayén la miró y luego las palabras salieron solas, sin su autorización.

—No entiendo por qué me privan de mi libertad, señora.

—No me diga señora, me va a llamar como corresponde, madre Agustina.

—¡Usted no es mi madre! —repitió.

—¡Se calla la boca y me llama madre Agustina!

Y ahí la traicionó esa fea costumbre de las mujeres de su pueblo. Miró al costado y escupió. En segundos sintió el impacto sobre su cabeza.

Otra vez la monja le gritó:

—¡Madre Agustina! Ahora.

No podía, no le salía. Y ahí parada, con sus piernas flacas y tambaleantes, siguió recibiendo golpes en la cabeza hasta que cayó al piso. Ingresaron más religiosas, todas vestidas iguales. La alzaron de los brazos y la arrastraron hasta la celda. La más jovencita se acercó a su oído y le susurró:

—Haga lo que le piden —luego se fue.

Su cabeza le dolía toda. No podía pensar. Se la agarraba fuerte con las manos, en ese segundo calmaba, luego regresaba. Trató de dormirse pero los dolores la mantenían despierta.

A otro día la trasladaron a un cuarto de baño. La asearon y le dieron un vestido gris como los que había visto en las otras mujeres, limpio.

—No toques mi pelo —le dijo cuando vio a una de ellas con la tijera en la mano.

—¡No hables! —le gritó.

Sayén abrazó su cabeza Y se agachó. Le dolió la patada en las costillas. Levantó la mirada y allí estaba la monja con la tijera y una sonrisa. Esperando.

A los pocos minutos sintió que la levantaban de los cabellos. Antes de que la tijera sonara y dejara caer al piso el mechón de cabello negro y brilloso de Sayén, algo pasó dentro de ella como un viento maldito. La empujó con todas sus fuerzas y la religiosa cayó de cola sobre el piso, empuñando la tijera. Sayén corrió hasta la primera puerta que vio. Salió a un pasillo angosto y largo. Corrió con las pocas fuerzas que le quedaban, cruzó el patio, estaba perdida, trataba de pensar rápido por dónde había ingresado, todo se veía igual. No se dio cuenta en qué momento ni de dónde salió, pero quedó abrazada a la monja con ojos malditos. La más vieja de todas.

La religiosa la empujó y enseguida terminó con los pies arrastrados por el piso, colgada de los hombros de otras dos monjas. Otra vez la oscuridad.

—¡Me tengo que ir! ¡Mi hijo me espera! ¡No hice nada, no hice nada! —Sayén empezó a gritar. Gritó hasta que se cansó.

Perdió la noción del tiempo. Sentada en el piso, con la cabeza apoyada en la pared comenzó a murmurar una canción de cuna. Cuando se volvió a abrir la puerta, le dejaron dos latas, una con agua y otra con pan. Imploró de rodillas que la escucharan, que la dejaran salir. La puerta se volvió a cerrar con ella del lado de adentro.

Luego de mucho pensar, decidió hacer todo como ellas querían. Complacerlas, como le había dicho su madre cuando los soldados los traían a Buenos Aires. Tal vez si se comportaba como esperaban, podían escucharla y dejarla ir. Tenía que amansarse. Ella misma. Controlarse. Por algo su madre tantas veces le había dicho que tenía que ser amable con los blancos.

Luego de muchas horas, días, la sacaron de ese lugar oscuro. Otra vez la asearon, pero esta vez se portó bien. Les sonreía a todas las monjas que cruzaban la mirada con ella. Cuando terminaron le informaron que aún no se podía integrar a las labores, pero sí a la misa y al trabajo.

Salieron al patio, la luz directa hirió sus retinas, frunció los ojos. Cruzó la puerta y ahí parada estaba la madre Agustina. Al lado, las otras, todas vestidas iguales, Sayén no lograba distinguir sus rostros, excepto la cara de ñandú con cortina, la más vieja. Inclinó la cabeza y dejaron que pasara.

La llevaron a la cocina. Las mujeres trabajaban en silencio, se dio cuenta enseguida de que eran reclusas, la sentaron en un rincón para darle comida. Desde allí pudo divisar las mesas largas donde comían regularmente. "¿Por qué estarán aquí?", se preguntaba.

Una de las mujeres, sin mirarla a la cara, le trajo un plato con guiso. Tenía tanta hambre que lo empezó a comer con sus manos. Un golpe seco en su antebrazo le inhabilitó el movimiento. Esperó la cuchara y se devoró el guiso. Le cayó tan bien que hasta calmó sus dolores. Cuando la acompañaban de vuelta a su celda, pudo espiar el patio grande y rectangular donde había mujeres de todas las edades, con el mismo vestido gris como el suyo caminado, leyendo…

Le pidió a la monja que la llevaba que le trajera libros, papel y lápiz. La religiosa no contestó, solo cerró el candado con llave y se fue.

No sabía cuánto tiempo había pasado, ¿tal vez un mes? El doctor Pascual no había venido más. Comenzó a interiorizarse con la vida allí adentro. Nunca le permitieron ni leer ni escribir. De a poco comenzó a portarse mejor. No se dormía en la misa de la mañana y los rezos que se había aprendido gracias a Donatella los decía en voz bien alta mirando los santos para que la escucharan. Se ofreció para las labores y comenzó a ayudar en la lavandería. Entonces empezaron a darle algunos beneficios. Sayén pudo comer bien y salir al patio a caminar media hora por día.

Allí se reencontró con Julia. Habían compartido celda en la comisaría. Con absoluta tranquilidad su compañera le comentó que tenía que cumplir una pena de tres años. Charlaron un rato en voz baja. Sayén le contó que el doctor Pascual estaba haciendo todo lo posible para sacarla, y que le habían dado muchos años por dos delitos, uno que tenía que ver con ofender con su escritura y el otro por participar en colocar una bomba de la que ella no tenía conocimiento. Pero nadie hacía caso, ni la escuchaban. Era una injusticia. También le dijo que le costaba comportarse y aguantarse a las religiosas, pero que lo tenía que hacer, solo así volvería a la calle cuando estuviera reformada y entendiera que la mujer tiene que estar en su casa, no en la calle dando discursos perturbadores para la apacible sociedad porteña. Se había aprendido de memoria lo que le repetían las monjas.

La Turquita, otra presa, estaba allí recluida porque les había faltado el respeto a sus patrones. Les había pedido que le dieran un día para descansar. Eso decían las monjas, pero la Turquita le contó a Sayén que el patrón la llevó allí de los pelos porque después de que la violara todos los

días, la última vez le puso el pene en su boca y ella se lo mordió. Aún le brillan los ojos de alegría cuando lo contaba.

En el patio eran como un remolino de hormigas de todos los colores. Cada tarde les tomaban de memoria un rezo diferente. Sayén escuchaba con atención las clases de moralidad. Cada minuto que pasaba ahí adentro se iba alejando del Dios de los blancos. En la palabra de Dios no podía existir lo que ella veía y vivía cada día. No llegaba a comprenderlo. Otra vez el dominio humano sobre el humano. Quiso conversarlo con Concepción, una monja que era muy amable con las reclusas. Pero cuando comenzó a transmitirle sus inquietudes, la religiosa salió corriendo, horrorizada.

Aún no tenía autorización para las manualidades ni la lectura, solo el paseo de media hora por día en el patio, y cumplir con su trabajo en la pileta de la lavandería. El resto del tiempo estaba encerrada. Pasaban los días y nadie la visitaba.

En algún momento fantaseó con que Donatella le traería a su hijo. Sayén veía que los parientes venían a visitar a algunas de las mujeres que estaban allí. Pero no era su caso. Preguntó, pero nadie le dijo nada.

Siguieron pasando los días. Ya no le quedaban fuerzas para seguir aguantando, los rezos, la misa, la madre Agustina que la torturaba todo el día. Pidió que le permitieran hablar nuevamente con ella. Le dijeron que no podía.

Comenzó a estudiar el lugar para escapar. Prestó atención especial a todo, ya que era de perderse con facilidad. Calculó, vio, preguntó algunas cosas a las otras reclusas, pero era muy difícil. Y si la encontraban a la mitad del camino, tendría que volver a empezar de cero otra vez.

Se estaba pudriendo en ese lugar. Cada día le costaba más levantarse, rezar el padrenuestro y luego ir a misa. Todo le costaba. Tenía que poner esfuerzo. Seguía sin comprender y añoraba estar en su casa con su bebé.

Esa tarde salió al recreo luego del almuerzo. Julia había conseguido cigarrillos y los compartió con Sayén. El tabaco le removió las células del cuerpo. Le recordó quién era ella en realidad. Caminó, cruzó el patio, estaba como poseída. Se fue directo a la puerta prohibida, a buscar a la madre Agustina. Entró sin golpear.

Toda su furia cayó de golpe cuando vio lo que vio. La monja mayor estaba sentada en su silla y al frente de ella una de las niñas reclusas, no tenía más de trece años. Desnuda. Arrodillada, mirando el piso. No entendió bien qué estaba pasando ahí, pero esa imagen, que por supuesto quedó impregnada en su memoria para siempre, le activó el demonio interno, corrió directamente a la monja, le saltó encima como un puma a su presa. La tumbó de la silla. La monja tratando de defenderse se agarró del cortinado que tenía detrás, con el peso de las dos lo tiraron al piso.

Le arrancó la toca y con las dos manos, sentada sobre el pecho de la madre Agustina le agarró los pelos y comenzó a menear su cabeza como loca. Hasta que sintió un golpe seco en su cabeza

y la nada la invadió. Otra vez el silencio. Ese que le daba tranquilidad, la tranquilidad que ella ya no quería. Ahora tenía que mantenerse despierta, por su hijo, por Vitto.

Cuando despertó estaba oscuro. No se veía nada. Quiso moverse y no pudo, tenía sus brazos atrapados en una camisa perfectamente ajustada. Se arrastró hasta que encontró una pared y se apoyó en ella. Había cometido un error. Un gran error.

LAS COSAS SON ASÍ…

Apenas se llevaron detenida a Sayén, Donatella mandó a avisarle a Stefano que enseguida regresó a Buenos Aires.

El doctor Pascual Giovannino había movido cielo y tierra. Las leyes y los jueces no apoyaban la moción de ayudar a Sayén. Estaban cansados de los anarquistas, todo el tiempo revolucionando. No resistía su propio archivo. Los discursos, las huelgas, y con las impresiones de los dos libros, no había mucho para defenderla.

El abogado seguía todas las indicaciones legales al pie de la letra. Quería verla, pero con la conducta de Sayén adentro del Asilo, no lo dejaban. Cruzando el umbral perdía todos los derechos.

Mil veces fueron a golpear las puertas para poder visitar a Sayén. La respuesta era siempre la misma:

—No puede recibir visitas hasta nuevo aviso.

Donatella caminaba con Vitto en brazos, Pancracia estaba sentada justo al frente del doctor Pascual. Todos los días lo esperaban con ansias, pero la respuesta era casi siempre la misma.

—No hay nada para hacer.

—¡No podemos dejarla allí! ¡Pobrecita!

Stefano ingresaba con el mate en la mano y la furia en el rostro.

—No puedo entender que digan que Sayén es una india que no puede convivir con el resto de los mortales porque es peligrosa. Ella es una mujercita hermosa, dulce, inteligente… Y su hijo aquí que la espera, ¡saquémosla de ahí! ¡Como sea! —dijo el italiano con vehemencia.

Todos alrededor de la mesa con mate y ansiedad, buscaban la forma de inmiscuirse en el asilo, para al menos, ver cómo estaba Sayén. La idea brillante vino de Pancracia.

—Yo puedo entrar —dijo.

—¿Cómo podés entrar? —preguntó Stefano.

—Ya estuve vigilando ahí. Cuando ingresan las visitas puedo entrar con algún canasto lleno de algo. Mírenme, soy una criada.

Todos la miraron.

—¡Cómo no se me ocurrió! —exclamó el doctor Pascual.

Con esa idea comenzaron a planear. Tenían que vigilar los momentos de las visitas, luego empezar a preguntar quién tenía la amabilidad de acercar una carta para que la reclusa visitada se

la pudiera alcanzar. Todos estaban de acuerdo con el plan. Lo primero que harían sería armar guardias para vigilar la puerta principal.

Stefano fue el primero, cansado y canoso, merodeaba por la calle del frente del Asilo. Los más variados pensamientos recorrían su cabeza cuando rara vez veía a las monjas salir. ¡Pobre Sayén! Cuántas cosas le tocaba vivir. Pensó en él, en su amada Donatella y en su hijo, el finadito Vittorio. Recordó cuando llenos de esperanzas bajaron del barco tomados de la mano con su esposa. Hasta ahora nada había sido más duro que despedir a su querido hijo. Su vida se había ido con él. Nunca dejó de sentir culpa por la muerte de Vittorio. Stefano pensaba que tal vez era el castigo por haber abandonado su país de origen y por desear una vida tranquila y abundante. Ahora que tenía el campo que Pedro les había regalado, se sentía vacío, desganado. Todo había sido pensando en Vittorio, y él ya no estaba. Pero sí estaba Donatella, por ella seguía adelante, mostrando la sonrisa, mientras que su alma no dejaba de llorar. Y estaba Pedro, que en algún momento regresaría, Sayén que era su hija y Vitto. El niño les había regalado un poco de esperanza a los Costa.

Lo distrajo de sus pensamientos una jovencita que salía del lugar. Por impulso la siguió unas cuadras y luego la detuvo.

—Buenas tardes, señorita, disculpe mi atrevimiento. Es que tengo a mi hija en el Asilo y quería saber si usted tiene alguna novedad de lo que ocurre allí adentro.

La joven lo miró. Era la hermana de la Turquita. Le sonrió tímidamente.

Enseguida Stefano se sacó su gorra y le siguió hablando.

—Se llama Sayén —agregó.

La mujercita lo miró y suspiró.

—Sí, la conozco, me contó mi hermana sobre ella. La está pasando mal, la pobre. Desde que quiso asesinar a la madre Agustina.

Stefano no esperaba escuchar eso.

—¿Qué, por qué? ¿Y qué le pasó…?

—No sé, la encerraron y hace días que no la ven. Bueno me voy, tengo que llegar a la casa de mis patrones enseguida. Adiós —dijo y siguió caminando dejando a Stefano lleno de impotencia.

Stefano volvió sobre sus pasos hasta llegar al Asilo y golpeó la espesa madera con fuerza. Enseguida lo atendió una monja con cara angelical.

—Soy el padre de Sayén y solicito inmediatamente que me dejen verla.

La monjita perdió su aura angelical y se trasformó en un felino de ataque.

—Señor, se tiene que retirar, aquí nadie visita si no está autorizado por el juez —le cerró la puerta en la cara.

Stefano sintió una gran amargura, caminó hacia el puerto, que en esos momentos era obra por todos lados. Se sentó a fumar y a llorar en silencio, mirando el agua turbia.

Cuando regresó, no contó nada de lo sucedido.

Escribieron una nota en la que le decían que en poco tiempo la iban a sacar de allí. Tenían que hacérsela llegar, tenían que darle esperanza para que resistiera, tenían que hacerle saber que ellos, su familia, velaban por ella.

Luego de varios días dieron con una señora que amablemente se ofreció a llevar la carta, se la daría a su hermana que estaba allí adentro para que se la entregara a Sayén. Ahora tenían que ver cómo la sacarían del Asilo. Ninguno tenía como opción esperar nueve años para volver a verla. Hasta el doctor Pascual estaba de acuerdo. Los tiempos de la ley eran demasiado largos.

El abismo

Pensaba en Vitto, su hijo. Le pedía al espíritu de Vittorio, su amigo muerto, que la ayudara a salir de ahí. Trataba de abrir los ojos. Su cuerpo estaba desecho, pensó que estaba en la enfermería. Pero no, no la llevaron a curar. La pusieron en una cama, en una habitación sin ventanas y con reja en la puerta, que daba al patio. Esa luz que ingresaba le alivió un poco los dolores. Allí, acostada, convertida en una liebre aplastada y muerta de hambre estaba Sayén. Tratando de mantenerse viva.

Luego de varios días sin comer, le costó tragar la sopa que le trajo Concepción. La monja, mientras la miraba, rezaba en voz baja. De seguro le dio mucha lástima, había bondad en ella. Era la única que entraba a darle de comer una vez por día. Ya no tenía fuerzas ni para sentarse. A pesar de que su mente estaba activa, no podía recordar lo que había pasado luego de que atacara a la madre Agustina.

Cuando pudo decir algunas palabras le imploró a Concepción que la ayudara a escapar. La monjita salía disparada. Cada vez que Sayén abría la boca, se condenaba sola.

El tiempo, dicen, es bueno para todo, sus piernas otra vez se pusieron de pie. Tenía que evitar encontrarse con la madre Agustina —doña Bigotes—, así le decían las reclusas. Tenía más bigotes que el gato de la madrastra de Cathy. “Si supiera Cathy donde estaba”, pensaba.

Sayén se sorprendió cuando la dejaron salir un momento al patio. El cigarrillo esta vez lo puso en sus manos otra de las reclusas, la Pelucona; estaba ahí porque era prostituta. En el poco tiempo que se cruzaron le contó que los mismos que la habían encerrado a ella ingresaban por otra puerta y elegían a las más jovencitas, y si eran vírgenes mejor, para hacerlas comprar por el prostíbulo que frecuentaban. Todo era un asco.

Sayén intentó localizar a la niña que había visto ese día junto a la madre Agustina, pero nunca más la volvió a ver.

Comenzó a concentrarse en recuperar su cuerpo, definitivamente la habían golpeado y mucho. Y había tomado una decisión, que tal vez tendría que haber tomado antes, pensaba. Se iba a escapar. Sí, se iba a ir de ese infierno.

Las mujeres más sumisas eran las víctimas de las más malevas. Pasaba de todo ahí adentro. Quería conseguir papel y lápiz para escribir una carta, pero no podía. Y las que tenían no lo compartían, con miedo le decían que tenía que pedírselo a la Tuca. Sayén ni sabía que existía la Tuca, pero, bueno, la buscó, la encontró y se lo pidió.

La Tuca era una mujer grande, hacía mucho que estaba presa porque había matado al marido. Le mandó a decir a Sayén que para acceder al papel y lápiz tenía que estar sola en el baño, dispuesta a todo, antes de que llegara la revisación de las monjas. Fue.

Cuando estuvo allí, un grupo de mujeres se alinearon haciendo una cortina de espaldas a ellas, mientras la Tuca se acercaba a Sayén, que la miraba con un poco de recelo. ¿Qué quería? La Tuca se le acercó más de lo normal, Sayén la dejó hacer, quería el lápiz y el papel. La besó en el cuello y la aplastó contra la pared. Levantó su vestido y pegó su asqueroso y oloroso triángulo peludo al de Sayén. Se frotó sobre ella y luego la presionó de los hombros hacia abajo haciéndola caer de rodillas. Con ambas manos y fuerza de estibador le metió la cabeza en su entrepierna. Sayén casi se descompone. El olor a pescado podrido que salía de allí era nauseabundo, pero con una mano se tapó la boca y con la otra le dio placer a la Tuca. Luego salió de allí con su papel y lápiz, y vomitó.

Quiso escribir la carta, pero no pudo. Lloró desconsoladamente. ¿A quién le iba a dar la carta? Ese mismo día, a la tarde, la buscaron las monjas y la escoltaron al cuarto maldito, donde todo le pasaba a la pobre Sayén. Caminó despacio, dolorida y expectante. ¿Qué pasaba ahora?

Cuando ingresaron, la dejaron sola con la madre Agustina y cerraron la puerta. La monja mayor estaba sentada en su escritorio, levantó la vista luego de varios interminables minutos. La intimidó con la mirada y se puso de pie.

Sayén, inclinándose a pesar de sus dolores, le dijo totalmente mansa:

—Buenas tardes, madre Agustina.

Como si no lo hubiera escuchado, rodeó el escritorio y se paró justo al frente de Sayén. Le pegó una cachetada que la tiró al piso.

—¿Así que usted se comunica con los de afuera? Yo no sé cómo dejaron vivos algunos de su clase, los indios no entienden cómo hay que vivir. Las normas y las reglas no las aprenden nunca. Son unos salvajes. Benditos nuestros curas que perdieron la vida tratando de amansarlos —decía y se santiguaba.

—No me comunico con nadie, madre —aclaró Sayén desde el piso con el cachete machucado.

La madre Agustina sacó un papel de su bolsillo, lo abrió y lo leyó:

—Querida Sayén, tenés que mantenerte bien, te vamos a sacar de allí lo antes posible, tenés que aguantar.

Cuando sus oídos escucharon esas palabras, su corazón comenzó a latir tan fuerte que parecía que iba a explotar. Aún no estaba sola. La estaban esperando, preocupados por ella.

—¿Y qué más dice? ¿Quién la firma? —preguntaba Sayén con absoluta inocencia.

La madre Agustina caminó hasta donde estaba aún en el piso Sayén y con un pie sobre su pecho le aclaró:

—Pensaron que llegaría la carta a sus manos, ¡qué infelices! Por cada carta como esta que le envíen, la pongo en el cepo una semana. Así que si de alguna manera tiene comunicación con

esta gente avíseles.

Luego la monja retiró su pie del pecho de la muchacha, que lloraba e imploraba, ahora de rodillas, que le diera la carta.

—Por favor, madre Agustina, deme esa carta, es para mí. ¿Qué delito hay en que usted me entregue esa carta?

—Reclusa, esta carta no solo no está autorizada, sino que está instando a un delito.

—Dígame, por favor, quién la firma. ¿Dice Pedro? ¿Por qué no se fija, madre? Voy a hacer lo que me diga. Siempre —insistía aún de rodillas.

—¡Otro ácrata! Cómo desperdician la vida, las oportunidades que se les da a todos. ¿Qué están planeando? ¡Vamos! ¡¿Qué están planeando?!

—Nada, ¿cómo voy a estar planeando algo si no me puedo ni mantener en pie? ¿No se da cuenta? Dígame, quién firma, ¿es Pedro? —imploraba Sayén llorando.

La madre Agustina comenzó a romper la carta en pedacitos bien pequeños que comenzaron a volar al piso.

Sayén no pudo resistir la ironía. Tomó el hábito de la monja y lo tiró con toda la fuerza que pudo conseguir de su maltrecho cuerpo. La religiosa patinó y cayó de espaldas al piso. Se puso a horcajadas sobre ella, quería lastimarla, hacerle daño. A Sayén no se le ocurrió otra cosa que agarrarla de las tetas. Las apretó y pellizcó con todas sus fuerzas, y cuando la estaba mordiendo, llegó su amigo, el golpe seco en la cabeza. Silencio. Otra vez.

Cuando despertó estaba completamente desnuda, incrustada en el cepo de madera. Ahí entendió que su fin había llegado. ¿Cómo se le había ocurrido tirarla al piso y después apretarle los pechos a la madre Agustina? Se odió por haberlo hecho. Ahora moriría y su hijo, al igual que ella, se quedaría sin madre.

¿Cómo podía ser tan cruel una persona invocando a su propio Dios? Donatella le había dicho en la parroquia, justo al lado de donde ella estaba ahora como mono en exposición, enrollada en el cepo, que el Dios de los blancos no aceptaba esas cosas que eran acciones de los humanos. Pero ella ya no podía diferenciar. No había Dios que se apiadara de ella. No había razón que comprendiera.

La hermana Concepción, cuando todos dormían, aparecía en el medio de la oscuridad como fantasma y ponía agua en sus labios, luego se esfumaba en la noche.

Durante el día podía ver de reojo a grupos de mujeres que la miraban, en silencio, con las manos tapándose la boca y los ojos llenos de horror.

—Vitto, Vitto mío, mi hijo, por vos voy a vivir —repetía Sayén.

Nada importaba más que seguir respirando. Cada minuto o acaso era una hora. El tiempo se ponía raro. Cerraba los ojos y cuando los abría ya era de noche. No quería morir. No podía morir.

Cantaba con el hilo de voz que le quedaba para mantenerse despierta. Cantaba en un idioma que ya no recordaba. La que cantaba era Sayén Tehuelche. Bien argentina.

El regreso

Pedro había recorrido mares y caminos. Conoció la variedad más grande de personas diferentes que se hubiera imaginado. Nunca dejó de pensar en su Sayén. Su flaca preciosa. Sus ojos negros y estirados, como decía ella cuando se describía. Sus labios carnosos, jugosos. La extrañaba. Sonreía pensando en ella. Imaginaba cada día el encuentro. ¿Y si no lo había esperado y ahora que él regresaba ella estaba casada con otro? No, era Sayén, su Sayén y él la conocía más que nadie. Extrañaba su cabello espeso y suavizado con aroma de almendras.

Su viaje fue bien oportuno, llegó al pueblo de su familia, su familia de verdad. Su padre se llamaba Gastón José Caparrós. Pudo conocer a la hermosa y humilde familia que ahora era su familia. Su abuelo había fallecido, su abuela también. Habían tenido siete hijos, cuatro mujeres y tres varones. Una de las mujeres, Carmen, era enana. Pudo verlos a todos. Contarles su historia y conocer sus orígenes.

Estuvo revoloteando por España en la casa de cada uno de sus tíos, conociendo la familia, presentándose. Fue recibido con todo el amor del mundo.

Por fin Pedro pudo sentirse íntegro, completo. La familia que no lo quiso no era su familia. Durante ese viaje sintió que estaba completando una parte de su ser que le faltaba. Conoció y experimentó la magia del amor familiar, ese amor que te fortalece para toda la vida. Que te da seguridad, que te abraza para siempre.

Ya estaba listo para ir a buscar a su Sayén y formar una familia, juntos. Sus tíos se encargaron de arreglar todos sus documentos. Eso fue lo que lo demoró más de la cuenta. No quiso escribirle ni adelantarle nada, era una sorpresa. No paraba, no tenía tiempo. Disfrutaba cada segundo.

Había empezado su viaje con miedos, inseguridades y dolores. Ahora regresaba íntegro, grande y amado, y con un pasaporte que decía Pedro Gastón Caparrós. Se había ido siendo uno y regresaría siendo otro.

Antes de partir le hicieron una gran despedida que duró como cuatro días. Prometió volver con ellos. Y se fue. Ancho de amor, se sumergió en las profundas aguas del océano de regreso a casa. Su casa.

Durante el viaje en el barco no podía parar de sonreír, pensaba en el pasado inmediato y sonreía, qué hermosa familia tenía. Pensaba en el futuro junto a Sayén y sonreía. Y su entrepierna se le endurecía. Todo su cuerpo la extrañaba.

Se olvidó de su estatura. Su grandeza lo ponía más alto que el resto. En su viaje de ida había estado casi todo el tiempo en el camarote, y evitando las burlas. En su viaje de regreso jugó a las cartas con el capitán y sedujo a cuanta mujer se cruzó. Aunque su corazón ya estaba entregado, disfrutó siendo deseado, admirado. En ese momento comprendió que no era la altura lo que lo definía como persona, era el amor. Su corazón sonreía, entonces todo sonreía.

Ese viaje había cambiado su vida. Ya no pensaba en la loca de su madre o en la fortuna de su padrastro. Tal vez don Rafael tendría que enterarse de que Pedro no era su hijo, pero antes debía arreglar sus negocios. Tal vez después le diera la hermosa noticia, o no, tal vez lo dejaría que muriera creyendo que tuvo un hijo enano al cual abandonó. Sí, lo dejaría así.

La ansiedad de abrazar a Sayén lo dominaba. Quería acelerar el tiempo. Cuando el capitán avisó que llegaban, su corazón empezó a latir con fuerza. Era cuestión de poco tiempo para tener a su amada en sus brazos. Ya le costaba manejar su propia ansiedad. Quería llegar, ¡ya mismo!

Se paró al frente de la puerta, con el carro aún cargado con sus doce baúles. Golpeó… y, sonriendo, esperó. Fue Pancracia la que salió a abrir y se abrazó a Pedro, llorando, sin poder hablar.

—Querida Pancracia, está bien. Estoy bien y aquí. Y feliz.

—¡Es Pedro! ¡Vengan, llegó mi Pedrito! —exclamaba Pancracia, emocionada.

Apareció Stefano, y detrás Donatella con un niño en brazos. Pedro se puso serio, algo andaba mal. ¿Acaso Sayén se había casado y había tenido un hijo?

—¿De quién es ese niño? —encaró a Pancracia.

—De Sayén —dijo, sin dejar de llorar.

Allí Pedro entendió todo, la tristeza de todos era porque él había regresado y Sayén estaba felizmente casada, con un hijo. Pasó a la sala sin saludar a nadie más y luego se acomodó en un sillón.

—¿Dónde está Sayén? Qué me lo diga ella, en mi cara —decía.

Stefano y Donatella se dieron cuenta de la confusión. Pero lo que tenían para decirle era peor aún. Donatella, y solo por instinto, le alcanzó a Vitto. El niño enrolló los brazos en su cuello. Pedro lo alejó y lo miró, era precioso. Tenía la sonrisa de Sayén.

—Es tu hijo, Pedro —le dijo Pancracia mientras seguía llorando. El muchacho cada vez entendía menos.

—Pedro, cuando te fuiste, nos dejaste este hermoso regalo, se llama Vittorio Pedro, y te estábamos esperando por el apellido, Sayén no tiene apellido —completó Donatella con Stefano al lado.

Pedro se quedó inmóvil con el niño en brazos. Volvió a mirarlo y Vitto le regaló un gorjeo con sonrisa. Cerró los ojos y lo abrazó. Luego frunciendo el ceño lo elevó y revisó sus piernitas, luego sus brazos. Cuando levantó la vista estaban todos mirándolo a él y al niño con los ojos brillosos.

—¿Vieron que no es enano? —dijo, risueño.

—Que crezca hasta donde quiera, eso dijo su madre —agregó Donatella.

—¿Y Sayén? ¿Por qué no viene?

—De eso tenemos que hablarte…

—¿Murió? —preguntó antes de que pudieran continuar con el relato.

—¡No! —gritó Pancracia—. Peor.

Stefano se sentó a su lado.

—Pasaron muchas cosas desde que te fuiste, no solo el tiempo —le dijo como para empezar a contarle.

Con la mayor tranquilidad que lograron comenzaron a narrarle todo lo que había ocurrido desde su partida. Pedro se ponía de pie, caminaba, se rascaba la cabeza, pateaba cosas. Fue pasando por todo tipo de emociones. Trataba de asimilar la abundante información que le estaban dando.

Esa noche leyó el libro de Vittorio y el de su amada, no durmió. Lloró con cada renglón del libro de Sayén, la acarició en cada letra. Al otro día estaba tan furioso, pasó muchas veces al frente del Asilo, su querida Sayén allí adentro. ¡No podía ser!

Stefano ya le había dicho que no fuera a golpear la puerta. No era la forma. Pedro conversó durante horas con Stefano. Luego pensó mucho, se encerró horas en el escritorio, el doctor Pascual salía y entraba con papeles. Había presentado todo tipo de peticiones. Pero nada.

Finalmente Pedro convocó a toda la familia, ya tenía un plan para sacar a Sayén del Asilo.

LA PESADILLA CONTINÚA

No sabía cuántos días había estado en el cepo. El tiempo se había convertido en infinito, otra vez. Lejos, en algún lugar de su conciencia, sentía que su propia voz le decía que no tenía que ceder. Tenía que seguir estando despierta, Vitto la esperaba. Cuando despertó estaba todo oscuro y cuando quiso moverlo su cuerpo no respondió.

Sintió el ruido de la llave en la cerradura, sabía que venían por ella. Sabía que había llegado su final. La madre Agustina no la iba a perdonar, se había pasado de la raya y muchas veces.

Desde el mismo día en que había ingresado a ese lugar injustamente, juzgada por algunos, diezmada por otros, sin derecho a la vida por ser quién era, había firmado su pena de muerte cuando la atacó.

Solo le hubiese gustado darle un último beso a su hijo, ver a Pedro, despedirse de la gente buena que decidió abrazarla todo este tiempo. ¿Dónde estaba Pedro? Nada de eso habría pasado si él no se hubiera ido.

Se abrió la puerta y la sacaron de ese lugar. Otra vez fue al cuarto donde se había recuperado la vez anterior. No sabía qué hacer para que su cuerpo y su mente no la abandonaran. Podía ver algo, sus labios se movían con la intención de sus palabras pero el sonido estaba atascado. Como una gacela atacada a punto de morir estaba tendida en esa cama de hierro.

Llegó la hermana Concepción, ella era buena. Sintió que ponía algo en su mano. No sabía qué era, pero lo aferró fuertemente. Luego la monja se fue. Otra vez su mente no llegaba a controlar los minutos, las horas. Prefería dormirse, pero se resistía porque tenía miedo de no despertar más. Y Vitto la estaba esperando. Ella no lo iba a dejar solo, como había hecho su madre, ella no. Ella era una tehuelche y tenía que vivir. Tenía que contar la historia.

Finalmente se entregó al sueño, pero por suerte despertó. La soledad era su mejor amiga y los dolores la mantenían alerta. Aún tenía en su mano lo que le había dado Concepción. Lo acercó a sus ojos para ver de qué se trataba. Era la imagen de una Virgen, no sabía cuál. No las conocía, ella pensaba que solo existía una, pero un día se dio cuenta de que Donatella la tenía multiplicada por un montón, cada una con un vestido distinto. No le preguntó nada porque la mujer se exasperaba con ella por su ignorancia religiosa.

La miró, era diminuta, la acercó a sus labios y la besó, luego le dijo:

—Virgen, ayúdame a envejecer al lado de mi hijo y voy a serte fiel, más que cualquiera de los cristianos asesinos que caminan por estas tierras levantándote en gloria. Dame una oportunidad

de existir y yo me deberé a vos para siempre.

Las reclusas la espiaban en las horas de la escuela o de los recreos. Todas tenían una vida más o menos normal allí. Con sus vestidos grises, salían en hilera, caminaban en hilera, se sentaban en hilera. Todo lo hacían una al lado de la otra. Ella no podía, no había motivo para que estuviera allí detenida. Pocas veces llegó a compartir con las otras mujeres. Se sentía débil. A veces el dolor desaparecía. Entonces tenía miedo de haber muerto. De allí no se regresa.

Algunas le rezaban, agarradas en los barrotes de la puerta, y otras la maldecían desde el mismo lugar. Sayén era algo así como un bicho extraño sin derecho a la vida humana.

El único contacto con personas que tenía era cuando le traían comida y agua, una vez al día. Sayén trataba de mover sus extremidades de a poco para que tomaran fuerza, no podía, ni quería, rendirse. Muchas veces se calmaba imaginando cómo ardía la madre Agustina, gritando, pidiéndole perdón en el infierno.

Pasaron varios días. Una tarde estaba sentada en la cama, tratando de pararse y hacer algunos pasos, cuando ingresó una de las niñas reclusas. No la conocía, tal vez la había visto alguna vez en el taller de costura, pero no la recordaba. Le sonrió, le dejó unos caramelos en la mano y le dijo al oído:

—Tenés que irte de aquí porque me parece que te van a llevar a fusilar a la cárcel de los hombres —dijo eso y se escabulló por donde había entrado.

Todo se aceleró en su cabeza, nadie le había brindado confianza allí adentro. Estaba encerrada, sin acceso a ninguna de las manualidades, paseo o escuela del Asilo. ¿Cómo se iba a escapar? Se puso de pie y se obligó a caminar, una y otra vez. Se aguantó el dolor. Nunca dejó a la Virgen que le había dado la hermana Concepción, la llevaba con ella, pegada a su cuerpo, para que no tuviera dudas de lo que era su tormento.

Ahora sabía que tenía los días contados. Trató de repasar en su memoria la distribución del Asilo. Si se escapaba por la puerta, la agarrarían a la cuadra. Algunas de las mujeres ya lo habían intentado.

—Ay, Virgen, no quiero morir. ¿Podrás ayudarme?

El plan

Cada día Pedro se paraba en las inmediaciones del Asilo para acompañar a su amada. Le hablaba para sus adentros, le prometía que en breve la sacaría de allí. Cerraba los ojos y trataba de conectarse con su mente. Los separaban apenas unos metros y tanto al mismo tiempo. Estaban todos revolucionados. Vitto seguía creciendo lleno de amor, pero sin su madre, aunque ahora sí con su padre.

Stefano y Pedro ya tenían todo el plan listo. Solo había que ordenarlo y ponerlo en acción. Lo primero que hizo Pedro fue reunir a los amigos del finadito Vittorio, los líderes anarquistas. Donatella le pasó el nombre de algunas de las mujeres que Sayén había ayudado y así quedó completa la lista.

Eran las diez de la noche y ya estaban todos en la cocina. Pancracia se había llevado a Vitto a dormir. Donatella preparó mates y Stefano trajo una botella de brandy y una de ginebra. Cuando Pedro vio la botella de ginebra, se prendió un cigarro y los olores lo acercaron a su Sayén y a Vitto. No iba a perder a nadie más. Con Vitto había sido suficiente.

El doctor Pascual les leyó a todos una nota bien larga donde se explicaban los detalles de la condena a los nueve años de Sayén. Los rostros empezaron a emanar sed de justicia. Los puños comenzaron a cerrarse, el mate comenzó a circular.

—¡Tenemos que sacar a Sayén de ese lugar! —gritó Pascual de pie.

Stefano se paró y comenzó a contar el plan ideado por Pedro. Los distintos pasos. Lo que tenían que hacer y cómo. Quién se encargaría de cada cosa. Las velas se consumieron y ellos siguieron allí con las lamparitas de combustible. Casi a la madrugada se retiraron con todo listo.

Al día siguiente, sin haber dormido, Pedro continuó con su parte del plan. Compraron caballos. Stefano y un carpintero amigo revisaron los carruajes. El doctor Pascual puso los papeles en orden, y bueno, llegaba la hora.

Uno de los encargados de liderar el rescate había averiguado que Sayén estaba en las últimas. Pedro no tomó bien la noticia y quiso apurar los tiempos. Pero no se podía. El pobre no dormía, no comía. Y cuando tenía tiempo libre se paraba al frente del Asilo.

Tenían que irse. Y encomendarse a sus dioses para que todo saliera bien.

La casa quedaba en manos del doctor Pascual, quien la alquilaría a los inmigrantes a bajo costo. El abogado ya tenía la lista que habían confeccionado con los nombres de los empleados

nuevos que llegarían para poder mantener la productividad del campo. Ya hacía tiempo que la tierra estaba a nombre de Stefano Costa.

A las cinco de la mañana estaban los carruajes listos al frente de la casa. Donatella, Pancracia, Vitto y Pedro partían en ese viaje, acompañados por dos criollos que habían contratado. Cruzarían a Uruguay y en Montevideo esperarían a Sayén y Stefano, luego seguirían viaje a Londres. Cathy los estaba esperando.

Pedro quiso quedarse con Stefano pero este se lo prohibió. Quedó encargado de mudar a toda la familia y luego llegarían ellos, escapando. La primera parte del plan quedó concluida cuando Pedro, Donatella, Pancracia, Vitto y los baúles subieron al barco que los cruzaba. Stefano tenía que esperar tres días para seguir con la segunda parte. Fueron los días más largos de su vida. Mientras tanto ultimaban los detalles.

Antes de emprender el rescate habían averiguado que Sayén estaba muy mal de salud, eso complicaba las cosas. Pero Stefano dio la orden de que el plan siguiera su curso.

Llegó el día. Y ya estaba todo coordinado. Eran las tres de la mañana cuando la puerta del Asilo se abrió desde adentro. Stefano esperaba afuera, montado a caballo, y del otro lado de la calle un carruaje estacionado. De las sombras aparecieron siete personas que se escabulleron dentro del Asilo en la oscuridad. Fue Concepción la que antes de irse a dormir esa noche se había asegurado de que la puerta quedara sin llave.

Cuando Sayén sintió un ruido fuerte en su puerta y se dio cuenta de que no podían abrirla, quedó sentada en la cama. Pudo divisar sombras, nada más. Cuando las puertas al fin se abrieron, la cargaron en brazos. Sayén, sin comprender mucho lo que estaba sucediendo, se dejó llevar con la Virgen apretada en su mano.

Lamentablemente no todo salió como estaba planeado. Cuando estaban cruzando el patio comenzaron a aparecer luces y voces. Estaban casi llegando a la puerta, mientras Sayén se aferraba con fuerza al cuello de su captor. Cruzaron la salida y el hombre la tiró a los brazos de otro, montado a caballo, mientras el resto subía al carruaje que estaba al frente. Se escucharon disparos, gritos y amenazas. Cuando se dio cuenta de que el jinete era Stefano, lo abrazó con todas sus fuerzas y volaron juntos al galope.

Sayén no sabía a dónde iban, ni cuánto tiempo estuvieron arriba del caballo, pero no fue mucho, o tal vez la engañó su deseo de seguir gozando el aire de la libertad en su rostro maltrecho.

Ingresaron a una pequeña casita y la escondieron debajo de una cama, otra vez la oscuridad. A las pocas horas la sacaron. Cuando lo vio a Stefano ambos se largaron a llorar. Se abrazaron.

—*Ma*, mi niña, ¿cómo está? —le decía sin poder parar de llorar. Con lo orgulloso que era Stefano, luego de la muerte de Vittorio las lágrimas se le disparaban fáciles.

—Stefano, gracias… —decía Sayén con el hilo de voz que le quedaba.

—Silencio, querida. Todo va a estar bien. Ahora bebe —le decía mientras le daba con una

cuchara leche tibia con azúcar.

Definitivamente su aspecto era aterrador. Estuvo un día en ese lugar y luego Stefano y los muchachos que lo ayudaban la trasladaron a otra casa. Cabalgaron un rato al lado del río para llegar hasta la nueva posta. La recibieron con mucho amor. Allí se cambió de ropa, le dieron unos pantalones de lino, una camisa larga y un poncho. Stefano no perdía de vista a Sayén pero también estaba atento a los muchachos que le traían las últimas noticias. La policía los buscaba a todos. El doctor Pascual los estaba reteniendo con la información falsa que habían preparado. Que los Costa estaban en el campo de Luján junto a Pancracia y que la casa estaba en alquiler hacía tiempo.

Stefano le hablaba poco, estaba muy concentrado en todo lo que tenían que hacer y ella decidió respetar eso. Sayén se dio cuenta de todo estaba muy bien planeado; ya tendrían tiempo para conversar.

Se puso como meta inmediata recuperar sus fuerzas y rezar a la Virgen. Se sentía mejor y cada vez con más ganas, así que conversaba con ella, siempre repetía el rezo que se sabía completo, el avemaría y el padrenuestro; el credo no lo recordaba más. Había quedado en el Asilo, con una parte de su dignidad y de su vida.

Siguieron viaje a otra casa. Sayén se sentía cada vez mejor, su deseo de reunirse con su hijo ya era casi un hecho, eso la llenaba de fuerzas.

—Sos muy valiente —le decía Stefano, entre abrazos.

Juntos, y haciendo postas con los muchachos, visitaron tres casas más en quince días. Hasta que llegó la hora de cruzar el río. Lo hicieron de noche. No tuvieron problemas. Cruzaron y se quedaron a esperar en un galpón. Ya no aguantaban más. Stefano solo tenía palabras de consuelo y esperanza para Sayén. Luego de varias horas, el sol ya estaba arriba y sus tripas desorientadas ya no sabían a qué hora pedir comida, ingresó un hombre tirando un caballo. Se acercó a ellos y les dijo que lo siguieran. Con lo puesto, caminaron detrás del desconocido. Los invitó a subir a un carruaje, un poco viejo pero entero, igual que el cochero que sostenía las riendas. Subieron sin preguntar y se sentaron uno frente al otro. Se sonreían. Los dos al mismo tiempo recorrieron rápidamente sus vidas hacia atrás y la concluyeron justo en ese instante. Sayén se levantó y se sentó a su lado. Stefano la rodeó con el brazo y ella apoyó su cabeza sobre el pecho.

—La pesadilla terminó, hija —le dijo con la voz entrecortada por la emoción.

Lloró hasta quedarse dormida.

Muchas veces sintió rabia por ser quién le tocó ser. Sobre todo cuando veía a las familias perfectas, donde el amor sazona todo. Muchas veces sentía ganas de destruir los perfectos momentos de otras personas, solo porque a ella no le tocaron, y muchas veces se preguntó por qué a ella no le habían tocado…

Hoy, acurrucada al lado de Stefano, ya no se preguntó más. La Virgen que llegó a su vida en el

Asilo le había dado tanto alivio. No sabía, tal vez porque le había entregado su corazón. Nunca pensó que podría salir con vida de ese lugar. Tantas cosas dando vueltas por su cabeza…

No más preguntas, no más respuestas.

Llegaron. Sayén bajó primera. Miró alrededor, la imagen de las flores coloreó su vista y el aroma activó sus sentidos. Estaban al frente de una casona, con tejas rojas y las paredes blancas. La puerta de madera clarita y aspecto pesado se corrió despacio y sus ojos pudieron ver la luz, la vida, la felicidad.

Allí parado, y con Vitto en brazos, estaba el hombre de su vida. Pedro. Su Pedro. Corrió a abrazarlos y besarlos a ambos, casi ruedan por el piso. Vitto estaba tan diferente, más grande. Apenas la vio sus ojos se agrandaron y le estiró los bracitos.

Ingresaron a la casa. Pedro la observaba de reojo, no podía creer lo delgada y lastimada que estaba. Se sentaron los tres en el sillón del medio y Vitto sobre las rodillas de Pedro.

Sayén sonreía. Pedro no paraba de hablar y contar de todo. Mezclaba anécdotas del viaje con peripecias del plan de rescate de Sayén. Pancracia y Donatella desfilaban con bandejas llenas de ricuras y Stefano caminó y se acomodó en el sillón al lado de Pedro. Sayén sacó de sus trapos a la virgencita, le pidió a Donatella que la identificara entre todas. Ella era su Virgen. La Virgen de los Milagros. Ambas mujeres le prendieron una vela en agradecimiento.

Pasaron a la mesa, comieron y bebieron. Se amaron con las miradas. Rieron y recordaron a los ausentes.

La vida la curó con el amor de su hijo y de Pedro. Vida nada te debo, vida estamos en paz.

Los viajeros

Estuvieron viviendo un tiempo en Montevideo. Pedro, entre todas las pertenencias, había llevado el libro de Vitto y el de Sayén. No dejaba de felicitarla por ambas obras y la motivaba para que siguiera escribiendo.

Sayén tenía tanto para escribir y tantas ganas de leer. Pero no, era tiempo de compartir. La estadía en Montevideo fueron sus primeras vacaciones con su familia. Ninguno de los dos sabía cómo se comportaba una familia. Algunas veces, cuando Vitto hacía alguna travesura, Pedro tenía actitudes que le copiaba a Stefano y Sayén se enojaba mucho.

Salían de paseo los tres. Cuando estaban en la casa, las abuelas se encargaban de Vitto y ellos dos se iban a su cuarto.

La primera vez que estuvieron solos, Sayén aún estaba débil. Pedro le sacó la ropa despacio y con mucho amor. La muchacha, mientras él se desvestía, lo acariciaba con sus manos, bajaba haciéndose la distraída hasta que llegó a su entrepierna. Ahí se detuvo y apretó un poquito. Con solo el roce de su mano, pudo ver cómo la zona tomaba volumen. Por encima de los pantalones lo acarició. Pedro la miró y ella casi se murió de amor.

Pedro terminó de sacarse toda la ropa. Era tan hermoso. Se acostó a su lado. Sayén tomó su pene. Estaba caliente y temblaba entre sus dedos. Pedro le sacó la mano y la destapó completamente.

—Soy un lagarto, no me veas —le dijo.

Le sonrió y la besó en la boca. Luego acarició su cuerpo lastimado y huesudo. Lo recorrió con sus labios y le hizo tocar el cielo de placer. Entre el dolor de sus articulaciones castigadas, los besos de su Pedro adorado, y luego cuando con sumo cuidado se arrodilló entre sus piernas para penetrarla, fue maravilloso. No la aplastó con su cuerpo, puso sus brazos al costado de la cabeza y quedaron rostro con rostro, enlazados en el amor. Con dulzura y delicadeza le hizo sentir cómo su pene entraba y salía de su cuerpo. Hasta que juntos abrazaron el amor, para siempre.

—¿Vamos a tener más hijos? —preguntó Sayén.

—Los que quieras, podemos empezar ahora mismo —le dijo con picardía.

—Me gustaría tener una hija.

—Pedile a tu virgencita… —contestó.

Leían, fumaban y se amaban profundamente.

Sayén pensó mucho en su madre. Cuánto había cambiado su vida. Un día corría al lado del Río Negro y al tiempo dormía en una cama con cuatro patas. Yo no podía cambiar las cosas, tampoco podía volver el tiempo atrás, pero sí podía dejar registro con su lápiz. Y eso iba a hacer, exorcizarse escribiendo.

Vitto cada día le daba luz a su existencia. Él no cargaría con los dolores de su historia y la de su padre. Vitto tendría su propia experiencia y sabría que era hijo de una india y un enano que lo amaron más que a su propia vida.

Aún se sentía decaída, pero el amor la levantaba. Pedro estaba pendiente de ella, todo el tiempo. Charlaban, como siempre, hasta altas horas de la noche, tomados de la mano.

¡Qué lindo era su Pedro! Sus ojos verdes siempre le producían cosquillas en la panza, le daba vergüenza, era como si él pudiera leer lo que pensaba. Que lo deseaba, que lo extrañaba aun teniéndolo a su lado. Vitto dormía plácidamente con las piernas y los brazos despatarrados, su boquita entreabierta y sus rulos libres. Pedro no podía creer que Vitto no fuera enano. Y eso lo hacía muy feliz. Aunque él lo hubiera amado con toda su alma, el mundo entero todavía no estaba preparado para seres humanos diferentes.

VOLVER A EMPEZAR

Apenas Sayén mejoró comenzaron a organizar el viaje a Londres. Stefano y Donatella regresarían a Buenos Aires a custodiar los bienes que Pedro les había legado. Además el hombre añoraba la tranquilidad del campo. Pancracia, en cambio, viajaría con ellos.

Pedro y Sayén se sentían expulsados del país. ¡Qué locura! Su pueblo, la familia de Sayén había vivido allí más tiempo que la suma del resto de la población.

Ella enviaría sus libros a la Argentina, y cuando pudiera recuperarse, volvería. Mantendría y recordaría en la memoria de todos los argentinos que los indios no tuvieron la oportunidad de seguir haciendo crecer su cultura, sus costumbres. Y Pedro se había comprometido a continuar con el proyecto del estatuto de Vittorio. Las nuevas leyes de inclusión eran su sueño.

Esa noche se había quedado escribiendo mientras Pedro hacía dormir a Vitto.

"Y no vengan con la pavada de que los indios eran salvajes, indomables, yo… soy una de ellas", fueron las últimas palabras que escribió esa noche.

Cuando faltaban tres días para embarcar, despidieron a Stefano y Donatella que regresaban a la Argentina. Lloraron y se prometieron cartas. Y así, con las ironías de la vida, dos días después, los cuatro viajaron a Londres en uno de los más modernos barcos de la compañía de James Sellers. Por suerte, en esa ocasión el capitán no era él. Tal vez porque tenía un montón de embarcaciones.

Apenas embarcaron tuvieron todas las sensaciones de descompostura que puede tener un ser humano. Sayén vomitó, casi se desmayó y se tropezaba con todo. Por suerte se acostumbró bastante rápido.

Parecían los dueños de un circo millonario. Por supuesto que eso no les prohibió festejar y disfrutar el viaje a cada minuto, en la clase más alta, solos en la mesa. Nadie compartía nada con ellos. Pero eso no les importaba en lo más mínimo. Sentados en los sillones en la cubierta, leían, tomaban sol, se querían, conversaban, se abrazaban, se besaban. Se sentían reyes, con su príncipe, y Pancracia, la reina. Pedro le contaba de su viaje a Europa con todos los detalles y le adelantaba cada cosa que iba a suceder en el barco. A Sayén le daba un poquito de miedo pensar que estaban solos, flotando en esa inmensidad, solo mar y cielo. Se le aceleraba el corazón al pensar que en poco tiempo iba a abrazar a Cathy.

Una tarde viendo caer el sol, cuando la raya del mar y el cielo se confundían, Pedro le tomó la

mano y le dijo:

—Sayén, sos la mujer más hermosa que pude conocer.

Sayén se sintió un poco cohibida con ese comentario, se puso colorada, pensaba que siempre que le decía algo lindo, le estaba mintiendo.

—Bah, mentiroso —fue lo único que le salió.

—Tus ojos estirados color almendra me descomponen de amor cuando los miro fijo. Tus labios carnosos, jugosos, me llenan de gozo cuando me rozan, son como el aire que respiro, tengo necesidad de besarte para poder seguir viviendo. Tu nariz define quién sos, tu personalidad, tu seguridad. Y cuando tenés el cabello suelto sos la mujer más hermosa del mundo entero, tu cabello negro rebelde es libertad. Tus piernas largas me intimidan. ¿Nunca te diste cuenta? Tu vientre chato me vuelve loco… y tus senos perfectos me dicen que soy un hombre privilegiado de tenerte. Te amo, Sayén.

Sayén se quedó sin palabras y como últimamente andaba de lágrimas fáciles lloró. No podía unir esas palabras a su persona. Esa noche, cuando se quedó un instante sola, se recordó en las palabras de Pedro, al frente del espejo. Y bueno, se vio un poco más linda. Tal vez la felicidad embellece, ¿no?

Cuando estaban llegando sintieron la presencia de lo desconocido. ¿Y si Cathy no estaba? ¿Y si no había recibido la carta que le había enviado Pedro? Ya no todo se sentía tan fácil como parecía. Sayén y Pedro dominaban el idioma pero hasta el aire se sentía distinto. Parados al costado de sus baúles, mezclados con la multitud, esperaban.

Pasaron unos diez minutos y Sayén comenzó a ponerse cada vez más nerviosa. Hasta que algo llamó la atención de su vista. Entre la multitud de personas había una escena que se salía de lo normal. Una mujercita que venía corriendo, bamboleando sus brazos para todos lados.

—¡Cathy! ¡Cathy! ¡Miren, es Cathy! —dijo Sayén y dejando todo salió corriendo al encuentro de su amiga.

Se abrazaron, se separaron, se observaron y luego se dijeron:

—Estás tan… distinta, rara.

—¡Vos también! ¿Qué te pasó? —preguntó Cathy.

—Creo que nos pasó… la vida. Eso.

—Te quedaste con el enano, nomás —le susurró Cathy al oído.

—Ah, ¡sos la misma de siempre!

Cathy se acercó y abrazó a Pedro y a Pancracia y luego, a pesar de los gritos de Vitto, lo cargó en sus brazos y lo llenó de besos.

Subieron a un coche tirado por caballos. Pedro tenía los ojos como platos y la boca abierta. Todo era diferente de la Argentina. Pancracia directamente estaba muda. Sayén y Cathy no paraban de conversar.

Luego de un rato largo, el carruaje ingresó por un camino rodeado de árboles y al fondo se divisaba un castillo. Cathy miró a Sayén y sonrió.

—Y, sí. Vivo aquí con mis tías. Mi abuela tenía títulos nobiliarios.

—¡En un castillo! —exclamó Pedro.

—Sí, en un castillo.

Llegaron y un montón de sirvientes vinieron a recibirlos. Pancracia no llegó a retener todas las caras de ellos. Era muchos. Y adentro había más. Cruzaron dos puertas y ya no sabían cómo volver a la principal.

Cathy estaba feliz de tener a sus amigos. Tenía todo preparado, paseos, teatros. Y un montón de historia del lugar que iba a enloquecer a Sayén y Pedro.

Instalados en el palacio, Pancracia con Vitto en brazos todo el tiempo, no le daban los ojos para mirar. No hablaba inglés pero disfrutaba de los colores, el lujo extremo y las comodidades; no la dejaban hacer nada.

Sayén quería conocer a la reina Victoria, el Palacio de Buckingham y Pedro quería ir al teatro y conocer la casa de Shakespeare.

Cathy les contó que su novio estaba de viaje y que llegaría en un mes. Se la veía muy feliz.

Poco a poco los Costa Caparrós se fueron adaptando a las costumbres inglesas. La preferida de Pancracia era el té.

Los días comenzaron a ser sencillamente fabulosos. Los tres, como en los viejos tiempos, pero en otro lado del mundo, recorrían las calles de Londres, hurgaban en las librerías y salían con los brazos doloridos y cargados de libros. Tomaban té, licores. Comían bombones. Fumaban puros. Se escurrían en los jardines de los palacios. Y cuando fueron al teatro, Sayén lloró de la emoción desde que entró hasta que salió. Pasearon en autos de cuatro ruedas y todo. Eran tres reyes sueltos disfrutando de la vida. Intelectuales sin título. Referentes con experiencia.

Sentados los tres en una sala barroca del palacio, Pedro leía unos tomos que habían conseguido en una librería anarquista, Sayén tenía a Vitto dormido en sus brazos y conversaba con Cathy.

—¿Vas a seguir escribiendo?

—Sí, voy a terminar con la segunda parte de *Las lágrimas de la conquista de nuestro desierto* y luego voy a seguir.

—Y… ¿van a volver? A la Argentina, digo.

Pedro levantó la vista y las miró a ambas.

—Claro que vamos a volver. Es nuestro país… Y nuestra familia ya nos está esperando.

MUCHOS AÑOS DESPUÉS…

La periodista corrió la pesada puerta del bar que estaba en la esquina. Ingresó y estiró su cuello para mirar adentro. Luego de escudriñar los rostros de las personas que estaban disfrutando de su café, rodeados de recuerdos e historia, se fue directamente hacia una mesa donde un señor mayor y una elegante jovencita conversaban.

—¿Doctor Vittorio Costa Caparrós? —preguntó inclinándose hacia ellos.

—Sí, soy yo. Usted es la periodista…

—Sí. Mi nombre es Aurora Freytas, como le dije por teléfono. Tenemos media hora antes de que empiece el recorrido. Usted es invitado de honor hoy. Y, ¡muchas gracias por cederme estos minutos!

—Gracias, le presento a mi nieta, Sayén.

—Mucho gusto —le dijo la periodista al tiempo que se inclinaba a besarla en la mejilla. Luego tomó asiento—. Estoy un poco nerviosa. Yo soy una gran lectora de sus padres. Conozco toda la historia.

Vittorio la escuchaba, sonriendo.

—Entonces no tiene sentido la entrevista, ya sabe toda la historia —dijo con gracia.

—Pero, abuelo, no seas descortés —lo retó Sayén.

Aurora le sonrió con cariño.

—Está bien, doctor, si por mí fuera le hago preguntas hasta mañana… Como le dije, y le digo a todos, yo lo admiro mucho. Usted es el único que continuó el legado de sus padres. ¿Y sus hermanos?

—Sí, somos cinco. El que me sigue, Stefano, él es cura, ahora está en Italia. Luego Nahuel y Enzo, ellos viven en la Patagonia, son amantes del campo. Y la más chica y la única mujer, Aylín, ella es médica, vive en Londres, es una genetista reconocida.

—Ella, es…

—Sí, ella es enana.

—¡Perdón! No lo quise ofender.

—No me ofende, señorita. Hoy la acondroplasia es algo común. Ella es especialista en el tema y además tiene una fundación. Ser enano no es ofensivo.

—Qué bien —contestó la periodista un poco incómoda.

En ese momento interrumpió el mozo y pidieron café.

—Yo leí todas las obras que su familia escribió. Tengo una duda, el libro de su madre, *El rescate*, esa historia del Asilo Correccional de Mujeres, fue ella la que estuvo encerrada ahí, ¿no?

—Sí, esa novela la escribió en Londres. Y sí, se trata de ella. Muchas veces utilizaba nombres de ficción porque le producía mucho dolor volver a vivirlos en primera persona.

—Cuando se fueron a Londres, ¿qué pasó con ellos? ¿Cuándo regresaron? No hay registro de toda esa época más que sus libros.

—Vivimos en Londres con una tía. Pero luego mi papá quiso regresar. No aguantaba el clima. Cuando mamá estaba embarazada de Enzo regresamos y nos mudamos a Tigre con mis abuelos Stefano y Donatella. Ellos vivían en Luján, pero cuando nos fuimos a Inglaterra, mi abuelo Stefano vendió la estancia y compró una propiedad en Tigre. Pero al poco tiempo nos tuvimos que ir, había muchos problemas legales que no se habían resuelto.

—¿Y luego qué pasó?

—Nos fuimos a Uruguay unos años y luego regresamos, gracias a los libros. Yo siempre digo que a mis padres les salvaron la vida sus libros.

—¿Y cuándo regresaron?

—Cuando murió mi abuelo Stefano.

—Pero se volvieron a ir…

—Sí, mis padres no encontraron la inclusión que deseaban. Y eso los puso muy tristes. Viajamos mucho, mis hermanos y yo crecimos aprendiendo varias culturas. Mi padre siempre nos decía que nosotros teníamos que estudiar y aprender a compartir con el mundo entero, no solo con una parte. En las vacaciones siempre vinimos a la Argentina.

—¿Por qué cree usted que sus padres nunca encontraron la inclusión?

—Porque papá soñaba con ser congresista, él fue un gran diseñador de leyes. Pero no solo que no pudo, no tuvo acceso libre. Él es enano.

—Lo sé. Aunque actualmente las cosas ya no son así…

—Ojalá. Hoy no nos importa eso, pero en la época de mi padre sí. Y más con su historia.

—Vittorio Costa. ¡Qué hombre!

—Mi tío, el anarquista. Por él llevo mi nombre. Mi mamá siempre decía que yo soy muy parecido. Agrandado, soberbio y buenmozo.

Rieron.

—¿Por qué su madre firmaba los libros con el seudónimo Sayén Tehuelche?

La nieta de Vitto sonrió y bajó la cabeza.

—Como un homenaje a todas las personas que no tienen acceso a sus derechos humanos. Cuando mi madre escribió su primer libro no tenía apellido.

—Y su padre los firmaba Pedro y Vittorio. ¿Era por usted?

Rió y luego contestó:

—No, por mi tío. Mis padres ingresaron al mundo de los derechos humanos de la mano de

Vitto. Él fue el que les endulzó la sangre.

—¿Por qué usted es abogado, pero se dedica a escribir? De hecho vino a presentar su último libro, ¿no?

—Por las dudas… creo. Tanto necesitaron un abogado para caminar por la vida mis padres y tantas veces soñaron con cambiar las leyes que me interesó saber cómo era… Bueno, mi último libro es un ensayo sobre las leyes de inclusión. ¿Usted leyó mis libros, o solo los de mis padres?

La periodista sonrió y luego suspiró.

—¡Todos, doctor, todos! Si quiere se los recito. Mi preferido es la novela policial *El loco del puerto*.

—Abuelo, ¿estás cansado? —preguntó la jovencita.

—No, sigamos.

—Sus padres vivieron en la riqueza, pero siempre mirando la pobreza ¿Es así? —preguntó Aurora.

—De lo que yo recuerdo, cuando ya éramos una familia, nunca tuvimos problemas económicos, pero mis padres siempre trabajaron desde la fundación y desde ellos mismos con la pobreza. No la podían soportar. No te olvides de sus orígenes. Ellos fueron muy humildes.

—¿Le gusta la política?

—Sola para estudiarla, analizarla.

—La última, doctor, la historia del cura que se ahorcó, acá cerquita, ¿es verdad?

—Ese cura, el que se ahorcó, era mi abuelo.

—Su abuela, ¿quién era? La… esposa, bueno, esposa no, la que… estuvo con el cura.

—Mis abuelas se llamaban Donatella y Pancracia, las mujeres más amorosas que la vida me regaló. Bueno, señorita, estoy un poco cansado y ya está por comenzar el paseo. Y no me lo quiero perder.

—¿Por qué ahora va a recorrer este barrio, si usted va y viene todo el tiempo? ¿Nunca vino antes?

—Luego de que mis padres escaparan a Londres y luego regresaran, bueno, fuimos y vinimos varias veces. Pero ellos dos nunca regresaron a San Telmo. Ambos tenían sentimientos encontrados con el barrio. Mi madre, en uno de sus libros, escribió que aquí conoció el amor, pero también el dolor y la injusticia.

—Doctor, cuando cruce esa puerta se va a olvidar de mí. Pero sepa que yo a usted lo llevo en mi corazón y también en mi razón. Por favor, ¿me firma su libro? Yo quisiera ser como usted…

—¡Claro, querida! Dame.

Vittorio tomó una lapicera de su saco y escribió: “Para Aurora, con cariño”. Y luego agregó: “El domingo la esperamos en la estancia *Los Caparrós* en Tigre. Traiga torta de almendras y le muestro la biblioteca de mis padres”. Cerró el libro, lo dejó sobre la mesa, y con la ayuda de su nieta se levantó. Ambos caminaron hacia la salida.

La periodista se quedó mirando hasta que la puerta se cerró y no los vio más. Tomó el libro, lo acarició, lo abrazó y luego lo abrió con expectativa. Lo volvió a cerrar. Inspiró profundamente y exclamó:

—¡Sí, sí! ¡Soy feliz! ¡Te amo Vittorio Costa Caparrós! ¡Mi primer libro te lo voy a dedicar a vos! —gritaba Aurora, emocionada, ante la mirada curiosa y chismosa de todos.

Estaban parados en la primera fila del grupo que comenzaba a recorrer el barrio de San Telmo, en Buenos Aires.

De golpe todas las palabras escuchadas, escritas, cayeron en su mente en un perfecto cuaderno de recuerdos.

De su infancia, de la vida de sus padres. Cada lugar, cada rincón, cada pared, tenía un aliento de su familia.

De su querido tío, del cual no solo había heredado su nombre, sino además toda su fuerza, su amor por la justicia.

De su padre, Pedro Gastón Caparrós, el enano.

De su amada madre. Sayén Costa Caparrós, la india.

De sus abuelos, Stefano, Donatella y Pancracia… y de todos lo que aunque él no lo supiera habían pasado por la línea de su vida.

La mujer que orientaba los miró a todos y les dijo:

—Estimados, en cinco minutos comenzaremos el recorrido. Mi nombre es Camelia. Seré su guía, hoy.

—¿Estás seguro, abuelo? —le preguntó Sayén.

—Sí, querida. ¡Vamos!

—Fin—

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores, ¡siempre! Muchos hoy son mis amigos. Gracias por leerme, por acompañarme en mi recorrido. Por seguirme en las redes sociales. Por ser tan amorosos conmigo. ¡Los quiero mucho!

A Gabriel, Cande y Augus, mi hermosa familia, por los días como hoy que hace tiempo (mucho) estoy sentada al frente de la computadora, tapada de libros y notas, sin recordar el día y la hora. Y en casa la heladera está vacía, el pasto largo y la huerta abandonada. Los amo y les agradezco que se hagan los disimulados y me apoyen en este maravilloso viaje que emprendí.

A todas mis amigas por acompañarme y apoyarme.

A Claudia Zurueta por ser compañera entrañable de mis historias cuando ni siquiera son bocetos. Por buscar y acercarme bibliografía de todos los temas que componen mis novelas. ¡Siempre presente! Gracias, Clau.

A Mariela Heinze, por ser tan buena amiga, y mantenerme ordenada.

A Carolina Kenigstein, mi comadre literaria, muchas gracias por tomar en tus brazos a mis personajes con tanto amor y profesionalismo. ¡Nos debemos una ginebra con Pedro! Gracias, Caro.

A Luciana Rosa y Alicia Esnaola, siempre. ¡Las quiero mucho!

A Julieta Obedman, mi editora, por confiar en mis proyectos y ser tan hermosa persona siempre.

A las bibliotecas, a los historiadores y a todas las personas que pusieron en mis manos libros que me ayudaron a poder compartir con ustedes esta novela que se llevó un pedacito de mi corazón.

¡Gracias infinitas!



En el marco de la terrible epidemia de fiebre amarilla que asoló la Ciudad de Buenos Aires en los años 1870 y 1871, Graciela Ramos vuelve a enamorarnos con sus fascinantes personajes. *Los amantes de San Telmo* cuenta la historia de Vittorio, militante anarquista hijo de inmigrantes italianos, un joven idealista decidido a pelear por mejorar las condiciones paupérrimas de los inmigrantes en una ciudad en pleno crecimiento. Pedro, por el contrario, proviene de una familia adinerada de la oligarquía porteña pero, para su desgracia, es confinado y escondido, ya que padece enanismo. Sayén, por su parte, es una hermosa indígena sobreviviente de la Campaña del desierto de Roca, que expulsada de su tierra llega a Buenos Aires en busca de una nueva vida. Entre los tres le dan forma a esta original y atrevida historia de amor en la que se cruzan los destinos de estos jóvenes con los acontecimientos históricos que dejaron sus huellas en nuestro país. El hermoso barrio de San Telmo, en el sur porteño, es el escenario de la nueva y esperada novela de Graciela Ramos, autora de *Lágrimas de la Revolución* y *La Capitana*.



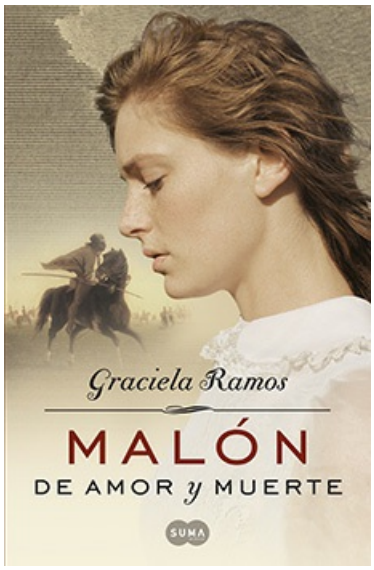
GRACIELA RAMOS

Nació en Devoto, provincia de Córdoba. Egresada de la Universidad Católica de Córdoba con un título en Gestión Gerencial, ocupó distintos cargos en el área de Marketing y Ventas durante muchos años, hasta que decidió que era hora de darle lugar a su siempre postergado deseo de escribir. Es autora del libro para chicos *El juego de la conciencia* y de las novelas histórico-románticas *Lágrimas de la Revolución* (Suma de Letras, 2013), *Malón de amor y muerte* (Suma de Letras, 2014) y *La Capitana* (Suma de Letras, 2015). Con una infancia viajera, ha terminado por establecerse en Villa Allende, en plena sierra cordobesa, donde vive con su marido y sus hijos. Allí, con una huerta suculenta, se dedica a lo que más le gusta: cocinar, leer y escribir maravillosas historias. *Los amantes de San Telmo* es su nueva novela.

gra_ramos@hotmail.com

Foto: © Cecilia Casenave







Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar

Ramos, Graciela
Los amantes de San Telmo. - 1a ed. - Buenos Aires : Suma de Letras, 2016
(Romántica)
EBook.

ISBN 978-987-739-031-5

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

© Graciela Ramos, 2016

Edición en formato digital: febrero de 2016
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-739-031-5

Conversión a formato digital: Libresque



Índice

Los amantes de San Telmo
Primera parte. Buenos Aires, 1870-1878
- El viaje al futuro
- San Pedro Telmo
- La Navidad
- Bajo el mismo sol, Recoleta
- La peste busca hogar
- La caprichosa
- El pecado
- Malas decisiones
- El vómito negro
- La muerte acecha
- El sepulturero
- La trágica Semana Santa
- El frío trajo el alivio
- La cigüeña
- La maldición
- Y la vida continúa

Segunda parte. Buenos Aires, 1879
- Sayén
- La amistad
- La borrachera
- Mujercitas
- El campesino
- El anarquista
- La cenicienta
- El encuentro
- La plaza

La huida
El viaje inesperado
Los secretos
La herencia
El amor no es para todos
Lectura, cigarros y Tramway (tránguay)
La aparición
No todo es como parece
La primera vez
Maldito destino
Tercera parte
La soledad
Una sonrisa
La felicidad acaba de nacer
La celda
La prisionera
Las cosas son así…
El abismo
El regreso
La pesadilla continúa
El plan
Los viajeros
Volver a empezar
Muchos años después…
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Otros títulos de la autora
Créditos